PASAR...



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 45

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA

PASAR

Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA

PASAR...

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

MONTEVIDEO
1964

…lurados de INIAL. 1977.



P R O L O G O

SINGULARIDAD

Esta novela, *Pasar...*, de Mateo Magariños Solsona, merecidamente actualizada al reeditarse ahora cuando han transcurrido cuarenta y cuatro años de su inicial publicación y cuarenta y siete de escrita,[1] constituye, con todo rigor, un caso singular en la literatura uruguaya. Su singularidad se motiva, por un lado, en la trayectoria literaria del autor, y por otro, en la índole de la novela misma.

Esa trayectoria, en efecto, no avanza por los carriles habituales. Se da en Mateo Magariños Solsona un curioso proceso creador. Nacido en 1867, publicó, antes de los treinta años, en 1893 y 1896, respectivamente, dos novelas: *Las hermanas Flammari*[2] y *Valmar*[3], y tras esta iniciación, que parecía prometer una carrera fecunda en realizaciones, se produjo un silencio de casi veinticinco años, roto con la publicación de la novela que ahora se incorpora a esta colección. Sólo tres años, pues, separan la publicación de la segunda y la primer novela, mientras que entre la segunda y la tercera y última media casi un cuarto de siglo. Pero no es solamente esto lo que singu-

---

1 Mateo Magariños Solsona - *Pasar*. (Montevideo, Maximino García, 1920) La novela está datada en Maroñas, 1917

2 Mateo Magariños Solsona - *Las hermanas Flammari* (Montevideo, Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos y Tip.-Lit. Oriental de Luis Peña, 1893). Prólogo de Samuel Blixén.

3 Mateo Magariños Solsona - *Valmar* (Montevideo, Imprenta y Litografía "Oriental", 1896).

lariza la trayectoria literaria de Mateo Magariños Solsona. Lo más curioso es que esos veinticinco años de mutismo literario sirvieron para que el creador madurara. El escritor pasó, según expresión usada alguna vez por Rafael Barrett, del cartílago al hueso. Sus dos novelas iniciales, efectivamente, se inscriben dentro de ese grupo de obras que en otra oportunidad hemos llamado obras de *"valor documental"* [4]. Utiles como testimonio de un momento del proceso evolutivo de nuestra cultura, no alcanzan, en cuanto a creación literaria, valores intrínsecos perdurables [5]. En cambio, *Pasar*... es una de las buenas novelas nacionales. Tiene calidades firmes. Resiste, hoy, una lectura exigente. Sus debilidades no destruyen la bondad del conjunto.

Con lo dicho, queda indicado, pues, el primer motivo que hace de *Pasar*... un caso singular en nuestra literatura. El otro motivo, repetimos, radica en la índole de la novela misma. Por el marco en que la acción se ubica en casi toda la extensión de sus

4 En notas aparecidas en *"El País"* — Página de *Arte y Cultura* — el 16 y el 23 de febrero de 1964

5 Prescindimos en este prólogo del análisis de las dos primeras novelas de Magariños Solsona, aunque no carecen de interés en ciertos sentidos. Anotaremos que ambas son de ambiente montevideano y que constituyen una de las primeras manifestaciones del naturalismo zoleano en el Uruguay *Las hermanas Flammari* es una pintura de la clase media Esa pintura se complica con algunas de esas escenas que, según el gusto de la escuela, mostraban el lado "tenebroso" de la condición humana. Una hija, por ejemplo, que mientras su madre agoniza se entrega al que luego continuará siendo su amante, con el agravante de que el tal amante es, además, su cuñado *Valmar* moviliza varias capas sociales pero se radica especialmente entre la alta burguesía Es obra más ambiciosa que la anterior, hasta por su volumen material casi 500 páginas de prosa apretada. Pero, sin carecer de algunos momentos rescatables, nos parece hoy menos legible que la anterior. Más falsa en su trama y personajes, que pretenden ser más sutiles y complejos que los de la novela anterior, y resultan, al fin, menos verosímiles.

páginas *Pasar...* se coloca dentro de esa larga secuencia constituida por nuestra narrativa de ambiente rural o campesino. Esto no tiene, desde luego, nada de singular. La singularidad se percibe cuando horadamos esa primer capa que recubre la creación más honda. Percibimos, entonces, que los resortes que mueven todo el mecanismo imaginario difieren, en *Pasar...*, de los resortes que mueven el mismo mecanismo en las otras novelas que forman nuestro ciclo rural o campesino. La intención creadora de Mateo Magariños Solsona no es análoga a la de esos otros creadores. No diremos que *Pasar...* queda totalmente al margen del citado ciclo narrativo. Pero sí que se construye dentro de él, para ubicarse, un lugar muy personal y, hasta cierto punto, retirado y solitario. Conviene precisar, en forma explícita para evitar equívocos, que estas observaciones tienden a iniciar una caracterización y no a establecer una estimativa. Afirmar que la novela de Magariños Solsona ocupa, dentro del mencionado ciclo, un lugar retirado y solitario no significa asignarle una superior jerarquía. Supone tan sólo sostener que muestra, dentro de un grupo genérico, una fisonomía personal, rasgos específicos diferenciales. Ser distinto no es siempre igual a ser mejor.

Identidades y diferencias

Se ha afirmado, y es afirmación que proviene de una voz antigua y venerable, que lo que las cosas tienen de semejante entre sí se percibe, precisamente, por lo que entre sí tienen de diferente, y, a la inversa, que lo que entre sí tienen de diferente se evidencia mediante sus mismas semejanzas. Y, en efecto, al co-

tejar unas con otras las obras que constituyen nuestro ciclo narrativo rural o campesino, percibimos que lo que las identifica nos hace evidente, por contragolpe, sus propias singularidades, y éstas, a su vez, nos remiten de inmediato a su inicial identidad. La más exacta caracterización global de ese conjunto de obras debe surgir, necesariamente, de la síntesis resultante de ese vaivén entre identidades y diferencias. Al solo efecto de fijar con alguna precisión ese lugar retirado y solitario que a *Pasar*... le hemos asignado, trataremos de establecer algunas de esas identidades y diferencias. Lo haremos en forma esquemática y tomando en cuenta tan sólo a tres creadores, importantes, contemporáneos de Mateo Magariños Solsona. Ellos son: Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921), Javier de Viana (1868-1926) y Carlos Reyles (1868-1938).

La primera identidad, obvia, proviene de la utilización, por parte de esos tres escritores [6], como materia narrativa, de un mismo escenario natural: nuestra campaña, y de un semejante tipo de hombre: el que en ella habita. Los tres roturaron narrativamente, y el verbo tiene aquí cierto significado simbólico y de juego de palabras, esa ancha realidad. De ahí, naturalmente, que sus obras tengan un cierto sabor común, un aire filial que las identifica. Pero ese sabor común, ese aire filial es, precisamente, el que, en el juego de

6 En su casi totalidad, la obra de Javier de Viana tiene por escenario nuestra campaña En lo que de ella importa, igual ocurre con la de Eduardo Acevedo Díaz (en la cual hay, además, algunas rápidas incursiones al Montevideo colonial). La obra de Reyles ofrece mayor diversidad Hasta 1920, año en que apareció *Pasar*. , Reyles llevaba publicadas tres novelas: *Beba* (1894), *La Raza de Caín* (1900) y *El Terruño* (1916). De escenario rural, con algún rápido desplazamiento a Montevideo, son la primera y la tercera. De las tres *Academias*, también una es de escenario rural *Primitivo* (1896). Un cuento, *Mansilla* (1893), se halla en la misma situación.

vaivén a que nos hemos referido, lleva a experimentar de inmediato las profundas diferencias que separan esos orbes narrativos. El mundo novelesco de Eduardo Acevedo Díaz, aunque fuertemente infiltrado de realismo, es, en su conjunto, el fruto de una concepción romántica del arte y de la vida. Esa concepción romántica es la fuente de donde nace el aliento épico de su tetralogía (*Ismael*, 1888, *Nativa*, 1890, *Grito de Gloria*, 1893, *Lanza y Sable*, 1914) y de su narración *El Combate de la Tapera;* también de esa concepción romántica fluye el calor y color poéticos que caldean y le dan intensas luces a *Soledad* (1894). Nos hallamos ante un mundo novelesco donde hasta lo brutal, inevitable por la índole de la materia con que está construido, se halla como transfigurado por una luz que lo ennoblece. Al romanticismo de Acevedo Díaz se opone el naturalismo zoleano de Javier de Viana [7], naturalismo tajante en sus libros iniciales *(Campo,* 1896, *Gaucha,* 1899, *Gurí y Otras Novelas*, 1901) y atenuado por el humorismo en sus posteriores cuentos breves. Ya no estamos ante el gaucho épico de la gesta de la independencia sino ante un ser que muestra como en negativo sus propias virtudes: el coraje se hace frecuentemente perfidia o vesanía, la pujanza vital aunque siempre poderosa se muestra como desorientada. De tarde en tarde, salta como un relámpago

7 Se ha subrayado, a nuestro juicio con exageración, la influencia del modernismo en Javier de Viana. Esa influencia, sin duda, es perceptible en ciertos pormenores y hasta, parcialmente, en la concepción de algun personaje (Juana, de *Gaucha*). Pero el naturalismo zoleano rige, a pesar de esas infiltraciones, el conjunto de su obra. Sobre la influencia del modernismo en de Viana véase el trabajo de Tabaré J. Freire, *Javier de Viana, modernista* (Montevideo, Publicaciones del Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo, 1957).

y desaparece con la misma rapidez un destello de nobleza. Pero el cuadro general es sombrío. Es el hombre de nuestra campaña durante las últimas décadas del siglo XIX, que mata y muere en las cuchillas durante las guerras civiles, y desfallece durante la paz, sometido a los azares de un período de transición que lo bambolea como el viento a un cañaveral. El paisaje narrativo que ofrece Reyles, aun tomando en cuenta solamente sus novelas de ambiente rural, es más matizado y complejo. Y, por consiguiente, más difícil de caracterizar mediante fórmulas sintéticas. Es posible, sin embargo, señalar dos rasgos que sirven para distinguirlo de los narradores anteriores. Uno de ellos es la presencia en su novela con carácter predominante de un elemento que aunque no ausente en Acevedo Díaz y de Viana tiene en sus obras una importancia secundaria: la estancia. Tanto en *Beba* (1894) como en *El Terruño* (1916) y *El Gaucho Florido* (1932), la estancia, en cuanto núcleo sustantivo en la estructuración social de nuestra campaña, ocupan un lugar de primer plano. No en vano se ha afirmado que en Reyles es difícil distinguir, a veces, el novelista del hacendado [8]. Nuestra intuición de los personajes de Acevedo Díaz y de de Viana los sitúa en un lugar de la tierra de horizonte ilimitado; los personajes de Reyles parecen ubicados en una zona

8 Arturo Torres-Rioseco, en *Novelistas Contemporáneos de América* (Santiago de Chile, Nascimento, 1939), y Enrique Anderson Imbert, en *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954), formulan algunas observaciones en tal sentido En lo que tienen de peyorativo, las creemos injustas. Reyles hace, es verdad, en algunas de sus novelas, consideraciones de carácter agropecuario, pero ellas se incorporan, con naturalidad al cuerpo de la novela El carácter técnico y la intención de orden práctico ostensibles en *Las Geórgicas* no le impiden ser una obra maestra de la literatura latina

que los mojones de la estancia delimitan. El segundo rasgo diferencial es la utilización, por parte de Reyles, para la creación de su mundo novelesco, de personajes, algunas veces de procedencia urbana, fuertemente "intelectualizados", lo cual, unido al temperamento conceptualmente más complejo y refinado del autor, quita a sus novelas, salvo, quizás, *El Gaucho Florido,* ese aire de primitivismo, entre duro y poético, que se respira en la obra de Acevedo Díaz y de Viana. Percibidas estas diferencias, podemos sentirnos impelidos, por el mecanismo de vaivén mental antes aludido, a fijar otras identidades más hondas que aquella primaria consistente en el manejo de similar materia narrativa. Y hallamos, entonces, que los tres radican su visión del hombre de nuestra campaña dentro de los marcos de una concepción telúrica, histórica y sociológica. En la creación narrativa de los tres, la naturaleza no es un medio donde el ser humano *está* sino un medio que *determina* el temperamento del ser humano y de sus hábitos de vida. El medio no es *escenario* sino *personaje.* La naturaleza es mostrada en toda su pujanza. Con lo que tiene de salvaje y con lo que tiene de idílico. Con lo que hay en ella de destructor y constructivo. Y el hombre y la naturaleza se hallan en diálogo permanente. Luchan algunas veces; fraternizan, otras. Sometidos a esa fuerza tremenda, los seres, aunque no pierdan su carácter reactivo, están, de un modo u otro, como fatalizados por ella. He ahí la concepción telúrica. El medio natural es, pues, un factor condicionante del tipo de personajes creados por Acevedo Díaz, de Viana y Reyles. Pero esos personajes son, también, representativos de una situación histórica y social bien determinada. Son personajes de una época específica, de una faz de nues-

tro proceso evolutivo. Y los tres han subrayado, en forma implícita o explícita, este rasgo. En sus obras, esas circunstancias históricas y sociales se entretejen, no en forma accidental sino esencial, con la trama imaginaria, con los hilos de la ficción. He ahí la concepción histórica y sociológica.

Dejándonos llevar por ese vaivén mental que nos permite fijar identidades y diferencias en la obra de nuestros narradores de tema rural o campesino, podríamos afinar el esquema primario hasta aquí realizado. Podríamos, asimismo, extender el análisis a los narradores posteriores a los citados. Veríamos que, en mayor o menor grado, continúa actuando en estos nuevos narradores la concepción telúrica, histórica y sociológica, y veríamos, también, cómo cada uno de ellos despliega ante nuestros ojos un orbe narrativo con personalidad propia. El conjunto de nuestros narradores de tema rural o campesino se nos muestra, así, como un todo unitario y coherente pero que no excluye la variedad y la originalidad creadora. No nos extenderemos en estas consideraciones. Con lo expuesto, alcanza para nuestra finalidad inmediata: situar ese lugar relativamente retirado y hasta cierto punto solitario que ocupa *Pasar*... dentro del contexto de nuestro ciclo rural o campesino. Es necesario, sin embargo, subrayar otro elemento esencial que da coherencia y unidad a todo ese conjunto de obras. No se relaciona con el modo de ver la realidad o de interpretarla, sino con la intención que mueve la mano de los diversos creadores. Hay, en todos ellos, un propósito subyacente: el de servirse de la narración como de un instrumento propicio para la indagación de la realidad nacional. La narración no se reduce a un juego estético ni a una lúdica movilización imagina-

tiva. Consciente, lúcidamente se procura interpretar una realidad que se experimenta como angustiosamente problemática. Agazapado en el corazón de toda narración hay, digamos así, un sociólogo potencial.

Un lugar solitario

Cuando afirmamos que *Pasar...* ocupa un lugar hasta cierto punto retirado y solitario dentro del ciclo de nuestra narrativa de tema rural o campesino, no pretendemos significar, reiteramos lo dicho, que ello le otorgue una superior jerarquía. Tampoco significa que *Pasar...* ocupe ese lugar relativamente solitario y retirado porque excluya totalmente de sí esos elementos sustanciales que constituyen la vertebración misma de ese conjunto de obras y le otorgan unidad y coherencia. Esos elementos, pues, sin los cuales *Pasar...* quedaría completamente al margen del citado ciclo, están presentes en la novela de Magariños Solsona. Pero están en *Pasar...* de distinto modo que en las otras novelas. Esos elementos tienen en esas novelas un peso y una importancia radical. En *Pasar...* son secundarios. Es un problema de nivel o de disposición. Cosas iguales distribuidas de distintos modos dan conjuntos diferentes aunque en algunos aspectos identificables. Así ocurre en este caso. El telurismo, la historicidad, el sociologismo, el deseo de interpretación de la realidad nacional no están ausentes en *Pasar...* Pero mientras en el resto de nuestra narrativa de tema rural son esenciales, en *Pasar...* descienden, séanos permitido el modo de decir, a los entresuelos de la creación. Mateo Magariños Solsona proyecta su atención y su intención de narrador hacia otras

zonas. Ellas, al ocupar los niveles superiores en el contexto de su novela, determinan lo que ella tiene de más característico. Procuraremos, a continuación, precisar algo más estas observaciones.

El medio natural, hemos sostenido antes, actúa, en nuestra narrativa de tema rural, como *personaje*. No es un mero escenario. Es una fuerza enorme que gravita de tal modo sobre el ser humano que éste parece emerger de su medio con caracteres casi fatalizados por el medio mismo. Ya por adaptación, ya por reacción. Pero siempre en estrecha relación con la naturaleza. Este telurismo está sumamente atenuado en *Pasar*... Muchos personajes de la novela están *ante* la naturaleza, no *en* o *dentro* de ella. La naturaleza determina algunas reacciones de esos personajes, pero no los configura. En los restantes, en los que aparecen como configurados por el medio natural, esa configuración no aparece tan violentamente acentuada como en las otras novelas o cuentos de tema campesino. La naturaleza es, pues, en *Pasar*... más escenario que personaje. La novela carece, por consiguiente, de intensa acentuación de la vertiente telúrica. Se halla muy diluido ese color y ese sabor de primitivismo, frecuentemente poético, característico de las otras obras de tema campesino. El carácter histórico y sociológico se hallan, en *Pasar*..., mucho menos atenuados que el telurismo. Sin esas bases, la novela quedaría, desde luego, con las raíces en el aire. Son supuestos necesarios para dar consistencia de realidad a la acción y los personajes. Pero la atención del autor no se dirige fundamentalmente a esos centros. Están en la novela. Pero no son, como en otras obras, los núcleos afectivos o conceptuales desde los que la obra crece. No hay tampoco en *Pasar*... la intención de lograr, co-

mo finalidad esencial de la obra imaginativa, una interpretación de la realidad nacional. Aunque existe, sí, un *cuadro* de esa realidad y, consecuentemente, un comienzo de interpretación de la misma. ¿Hacia dónde ha sido desplazado, entonces, el centro de atención del autor? ¿Cuál ha sido su intención fundamental al escribir su novela? Dicho brevemente: hacia el destino individual de unos seres, hacia el análisis de sus individuales rasgos sicológicos y de las mutuas reacciones derivadas de su convivencia, más, también, la explanación narrativa, hecha sin énfasis, de una personal, discreta filosofía de la vida. El autor coloca a los personajes en un medio que sirve a sus fines, pero que podría ser otro sin que por eso variara fundamentalmente su creación. Lo campesino, en *Pasar*..., es más accesorio que sustantivo, sin que, a pesar de todo, deje de ser un ingrediente interesante en la novela.

Situar una obra literaria dentro del contexto del que forma parte es, a nuestro juicio, el mejor punto de partida para correctamente entenderla, gustarla y enjuiciarla. Situar una obra en su contexto es hundirla en un sistema de relaciones mediante las cuales nuestro conocimiento de la obra se enriquece: cada obra arroja luz sobre las otras y subraya sus perfiles propios. Una comparación no es odiosa, sino útil cuando tiende a que cada una de las cosas comparadas dibuje con mayor nitidez su personalidad. Tal es lo que, hasta aquí, hemos procurado hacer con *Pasar*...: situarla dentro de su contexto literario. Ello nos ha permitido fijar algunos de los trazos de su fisonomía, determinar algunos de sus rasgos definitorios. Esos rasgos y esos trazos, de orden muy general, constituyen algo así como las coordenadas críticas, dentro de

las cuales encuadraremos el más particularizado estudio de la novela de Magariños Solsona que a continuación intentaremos.

ESCENARIO

En la casi totalidad de sus páginas, *Pasar*... tiene como escenario una estancia: "El Oasis". Este escenario sólo varía en dos oportunidades: una, en el capítulo II, en el cual el personaje protagónico evoca algunos episodios de su vida, fundamentales en la trama de la novela, ocurridos en Europa, especialmente en París; otra, en los capítulos XIII y XIV, en los que la acción se desplaza, por lógica necesidad de su desarrollo, hacia Montevideo, dando lugar, dicho sea de paso, a unas rápidas pinceladas, no desprovistas de interés, con las que se esbozan aspectos de la vida montevideana de los años en que la novela transcurre. Indicado el escenario, corresponde, ahora, particularizar algunas de sus características. "El Oasis", estancia del acaudalado señor Mauricio Padura y Arteta, personaje protagónico de la obra, es mostrado como un establecimiento modelo de explotación agropecuaria, en nuestro país y hacia la segunda década de nuestro siglo [9]. Es un establecimiento modelo, pero lo es en un sentido muy especial. No ha sido concebido por su creador, que es, desde luego, el propietario de la estancia, como un medio egoísta de intensificar la producción con fines de ganancia personal. "El Oasis" quie-

9 La acción de la novela comienza un poco antes de la primera guerra mundial. En el capítulo IX se hace referencia precisa al estallido de la guerra. La novela concluye sin que se haga alusión a la terminación de la conflagración. Por otra parte, ella incide sobre el desarrollo de la trama novelesca

re ser una creación que tienda al bien y al progreso colectivo. Es, según la visión de Mauricio Padura y Arteta, *"un nuevo foco de vida y experimentación"* [10], que intenta, según afirma en un diálogo el mismo personaje, *"el estudio de fórmulas nuevas para intensificar la producción del suelo, y dar tarea al mayor número posible de los desocupados que pululan en nuestra campaña (...)"* [11]. Como es lógico, en varios lugares de la novela se describen las distintas dependencias de "El Oasis", desde la lechería hasta las caballerizas, desde las bodegas hasta los talleres y usinas, y en otras partes se reflexiona sobre métodos de explotación agropecuaria o sobre las posibilidades de la evolución rural del país. Retomaremos, más adelante, algunos de estos temas. Ahora nos interesa fijar cuál es, desde el punto de vista narrativo, el funcionamiento de este escenario.

En primer término, y a pesar de lo que podría suponerse en contrario de acuerdo con lo que llevamos dicho, "El Oasis", en cuanto establecimiento modelo, no funciona al modo de una *"tesis"* que ocupe un primer plano en el cuerpo de la novela. Si ello fuera así, "El Oasis" adquiriría carácter protagónico y los personajes se convertirían en una mera "función" de "El Oasis". Lo exacto es lo contrario. "El Oasis" está en "función" de los personajes: sirve para acentuar algunos de los rasgos de su carácter, para determinar lógicamente algunas de sus reacciones, para enmarcarlos en un medio que les presta mayor colorido e interés. Un medio que alumbra sus rasgos sicológicos con una luz más intensa. Empleando una fórmula sin-

10 Pág. 10.
11 Pág. [illegible].

tética, podríamos decir que los personajes no son un "*ingrediente*" de "El Oasis" sino que "El Oasis" es un "*ingrediente*" útil aunque no sustancial para la definición de los caracteres de los personajes protagónicos. "El Oasis", en cuanto establecimiento modelo, no es, pues, "*personaje*" protagónico en *Pasar...*, como no lo es tampoco, repetimos lo señalado antes, la naturaleza, en cuanto elemento integrante de una concepción telúrica del hombre. El uno y la otra ocupan un segundo plano en la economía de la obra, algo así como "los lejos" de la pintura, pero ni el uno ni la otra están meramente *agregados* al primer plano sino realmente *integrados* a él. Cabe, por consiguiente, señalar, en segundo término, que Magariños Solsona ha obtenido, en *Pasar...*, buenos efectos narrativos tanto de su concepción de un establecimiento modelo como de la presencia de la naturaleza. Subrayamos, en este aspecto, y sin comentarios, que el lector podrá hacer de por sí, los capítulos X y XI, a modo de ejemplos. En el primero, la naturaleza sirve de marco donde se encuadra una situación sicológica, y el autor utiliza bien ese marco natural para acentuar la situación íntima; en el segundo, se plantea un conflicto determinado por el modo de convivencia de "El Oasis", pero, en definitiva, ese conflicto refluye sobre Mauricio Padura y sirve para ahondar en los perfiles de su temperamento.

El cotejo de la estancia tal como es dada en *Pasar...* con la estancia tal como es mostrada por otros narradores uruguayos es un tema no carente de interés y asimismo en relación con el escenario de la novela de Magariños Solsona. Pensamos, por ejemplo, en la novela de Carlos Reyles, *Beba,* en la cual también se diseña un establecimiento modelo. Sugerimos el

tema sin entrar en él. Sólo anotaremos que Reyles enfrenta los problemas agropecuarios con una intensidad y preocupación mucho mayores que Magariños Solsona. En Reyles, la estancia ocupa un primer plano en la problemática del novelista. La estancia es, por eso, *"protagonista"* de su obra [12]. Aludido y eludido este tema, vamos a cerrar estos apuntes sobre el escenario de *Pasar...* con dos observaciones más. Primera: no hay en *Pasar...* ninguna de esas grandes escenas, habituales en nuestra narrativa campesina, en las que se muestra al hombre en lucha a brazo partido con las fuerzas naturales [13], ni abunda en esos otros episodios también típicos y ya tópicos (la yerra, la doma, etc.). Lo más característico, en este último aspecto, es la *"polla"* que aparece en el capítulo IV. Una buena escena, por otra parte, realizada con sobriedad y eficacia, y puesta, como casi todo en la novela, al servicio del trazado sicológico de varios personajes. La escena está creada, además, fundamentalmente, a través de lo visto, desde fuera, por testigos, y no mediante lo vivido, desde dentro, por actores. Segunda: el paisaje es también una presencia discreta en *Pasar...* Hay algunas buenas descripciones, pero el autor no las multiplica. No procura la brillantez descriptiva, ni constituir la descripción en un valor aislado.

12 Hay, desde luego, muchas otras novelas en la que la estancia tiene importancia, aunque, quizás, en ninguna adquiera tanta como en la obra de Reyles. Pensamos que el más cercano a él, en este aspecto, es un escritor posterior: Enrique Amorín, con *El Paisano Aguilar* (1934) y *El Caballo y su sombra* (1941).

13 Algunas de estas escenas son espléndidos frutos en nuestra narrativa Recordemos, por vía de ejemplo, el paso del ganado a través del río, en el capítulo incial de *El Gaucho Florido*, de Reyles, y la muerte de don Farías, en el capítulo penúltimo de *El Paisano Aguilar*, luchando contra la corriente del arroyo.

Hace entrar el paisaje en función narrativa, como se evidencia en el capítulo I, donde, simultáneamente, se va describiendo un paisaje de amplia perspectiva y haciendo la historia de "El Oasis".

PERSONAJES

Cuando nos referimos a la especial situación que ocupa *Pasar*... dentro de nuestro ciclo rural, subrayamos que la atención del autor se centraba especialmente sobre el destino individual de algunos seres y sobre sus rasgos sicológicos. Es, pues, *Pasar*..., ante todo, novela de *personajes*. Sin embargo, y contrariamente a lo que podría pensarse de acuerdo con tal afirmación, no hay en la novela de Magariños Solsona ni creación de grandes *tipos*, ni ocupa el buceo sicológico, analíticamente realizado, muchas páginas. La intención del autor no fue, evidentemente, la de crear grandes *tipos*, sino diseñar bien un grupo de personajes interesantes y verosímiles, aunque sin nada realmente excepcional; su intención no fue hacer sicología en abstracto, sino iluminar interiormente a sus personajes mediante actos que objetivan lo síquico [14]. A nuestro juicio, Magariños Solsona logró, en su novela, uno y otro objetivo.

Por las páginas de *Pasar*... desfilan una treintena de personajes. Todos ellos, incluso los episódicos, perduran fácilmente en la memoria del lector, porque el

14 No faltan, en ciertas páginas, análisis sicológicos abstractos Pero están realizados con mesura, y en general, apoyados en una situación o un acto que los justifican. El análisis no detiene la acción. El haber procedido al revés, abusando del sondeo síquico abstracto e inmovilizando la acción como consecuencia, es el error de Javier de Viana en *Gaucha* (1899). Por esa razón, se malogran muchas páginas de esta novela, tan importante, a pesar de ello, en nuestra narrativa.

novelista supo, en cada caso, hallar algún rasgo que hiciera narrativamente bien discernibles a sus personajes. Cada uno de ellos tiene, pues, su propia personalidad novelesca. Es posible, sin embargo, escindir esa treintena de personajes en tres grupos. El primer grupo está integrado por Mauricio, Jacqueline, Eloisa Llanos y su hijo Jorge, que asumen carácter protagónico; el segundo grupo está formado por algunos personajes (especialmente Zenón y Fausto Peralta) sobre los cuales el autor demora su atención, aunque no tanto como en los protagonistas, y que inciden sobre la acción determinando episodios importantes; el tercer grupo se constituye con aquellos personajes (los agrónomos Eduardo Granier y Otto Rasker, el maestro don Cosme Comellas, Francisco Luchardo, el administrador don Juan Tussoni, el indio Merlo, la tía Juana, don Brígido Martínez (a) El Hueso y otros) cuya función narrativa consiste en completar el diseño del escenario, y los personajes episódicos (la cuadrilla de amigos de Mauricio, los canillitas y la tonadillera Cholito) que sirven para determinar situaciones que contribuyen al trazado de las figuras protagónicas. Ninguno de los personajes del segundo y tercer grupo impresiona como superfluo. Es cierto que el enfrentamiento conflictual de los cuatro protagonistas hubiera bastado de por sí para sostener el interés dramático y sicológico de la novela. Pero reducida a ellos, *Pasar*... hubiera quedado en el plano de la novela puramente sicológica (a la manera, digamos, del *Adolfo*, de Benjamín Constant). Ese enfrentamiento conflictual gana en interés al ubicarse en un escenario como "El Oasis" y al ser rodeados los protagonistas por esos personajes de segundo

y tercer plano. El conflicto se sitúa dentro del contexto de un *cuadro social* que opera como caja de resonancia. Este fue, a nuestro juicio, un acierto del autor. La novela de preponderante intención sicológica, reducida a ese solo centro de interés, corre el riesgo de esquematizar demasiado los contenidos humanos. Ubicados los personajes en un medio adecuado, se amplían los puntos de mira y la obra se beneficia con ello. Adquiere mayor proyección. Lo sicológico, sin perder en tensión, puede impresionar como más vitalmente fluido, aparecer menos como un producto de la abstracción. Piénsese, por ejemplo, cómo gana vivacidad, al ser colocado en el cuadro social de lo andaluz, el análisis sicológico del pasaje del amor divino al amor humano en *Pepita Jiménez,* de Juan Valera.

En *El arte desde el punto de vista sociológico,* afirma Guyau que *"la forma menos complicada de la novela sicológica es la que se ocupa únicamente de un solo personaje, sigue su vida paso a paso y enseña el desarrollo de su carácter"*, pero, añade más adelante, cuando se pasa *"a la novela de dos personajes sobresalientes el problema se complica. Los dos personajes deben estar incesantemente reunidos, mezclados uno a otro, permaneciendo siempre bien distintos uno de otro. Cada acontecimiento debe, después de haber, por decirlo así, atravesado al primero, llegar al segundo. La acción total del drama es una especie de cadena sin fin que comunica a cada personaje movimientos diversos, ligados entre sí, aunque individuales, y que obran sobre el conjunto, acelerando o retardando la acción"*. El máximo de complicación y de interés se logra, agrega después Guyau, cuando en vez de dos son varios los personajes que se interinflu-

yen a través de acciones y reacciones mutuas[15]. Esta interdependencia de los personajes entre sí (característica esencial de lo novelesco excelentemente acentuada por Guyau) es uno de los logros relevantes de *Pasar...* Como dijimos antes, la ecuación hombre-naturaleza, base de la concepción telúrica de nuestros narradores de tema rural, está apenas insinuada en la novela de Magariños Solsona; en cambio, se halla fuertemente subrayada la ecuación que relaciona lo humano con lo humano. Y esa sólida trabazón entre los personajes, en su juego de acciones y reacciones, es uno de los mayores atractivos de la novela. Es a través de ese juego de acciones y reacciones que los personajes cobran interés y adquieren su verdadera dimensión narrativa. Hay figuras de ficción que parecen poder (relativamente, por lo menos) independizarse de su contexto, manteniendo, aún así aisladas, sus relieves propios. No ocurre así con los personajes de *Pasar...* Interesan más por el proceso sicológico que en ellos se da como consecuencia de su relación con los otros, que por lo que ellos *son* en sí mismos. Pero su mutua relación los revitaliza y le otorga a la novela una genuina progresión dramática.

Mauricio Padura y Arteta, mostrado en esa edad cenital que es la cincuentena, constituye, sin duda, una limpia, hermosa figura novelesca. Se halla en ese instante de la vida en que el pasado corre el riesgo de convertirse en un cementerio de recuerdos aureolados de nostalgia, y en que el futuro se abre como un horizonte que arroja sus últimos resplandores de esperanzas. Hay en él una tranquila nobleza que le hace

15 J M. Guyau - *El Arte desde el punto de vista sociológico.* Segunda parte. Capítulo I. (La novela sicológica y sociológica de nuestros días)

ver la vida con benevolente mirada comprensiva. Se halla todo como bañado por una melancólica luz crepuscular. Es, a pesar de sus riquezas, un ser sencillo y llano, de temperamento naturalmente bondadoso. Pero es también (y aunque parezca curioso se trata de un rasgo sicológicamente muy veraz) un ser no exento de sensualidad que, voluptuosamente, ha gozado de los places de la vida. Los otros tres personajes que con Mauricio forman el conjunto protagónico de la novela, tampoco son sicológicamente muy complicados. Jacqueline, la joven amante de Mauricio, es una francesita grácil y atrayente, sensitiva pero muy normal. Tiene un "pasado" (su primer amante la ha abandonado dejándola con un hijo) pero es un ser moralmente sano. La vida fue, por momentos, dura con ella. Su relación con Mauricio la pone a cubierto de la abyección y la miseria. Expande, entonces, por "El Oasis" su "joie de vivre". Eloísa Llanos, ex amante de Mauricio, y Jorge, hijo de aquélla y protegido y secretario de éste, son también fácilmente caracterizables en pocas líneas. Ella y él son catalanes. Mauricio conoció a Eloísa en momentos en que atravesaba ella una difícil circunstancia. Luego, fueron amantes. Ella fue la amante que en él dejó más profunda huella. Lo que en Eloísa se destaca es una cierta reciedumbre de carácter unida a una evidente sensualidad, cuyos últimos fulgores, algo sombríos, brillan, de pronto, en esos años de madurez, en los cuales, aunque casi sin esperanza, no se resigna a perder definitivamente a su ex amante. Menos relieve tiene la figura de Jorge: gravedad, entereza moral, lealtad, prudencia son calificativos que le caben sin que logren hacer de él más que un ser simpático y medio-

cre. Esta rápida caracterización permite comprobar que ninguno de esos personajes (con excepción, quizás, y parcialmente, de Mauricio) tiene rasgos sobresalientes. Nada tienen de abismal o de profundo. El autor logra, sin embargo, hacerlos narrativamente interesantes como consecuencia, repetimos, de su mutua relación, porque crea entre ellos una red de acciones y reacciones compleja. Las reacciones son, digamos así, cruzadas: se trasvasan de los unos a los otros. Por ejemplo: las reacciones de Jorge ante Jacqueline, de quien se enamora, determinan reacciones ante Mauricio, a quien debe lealtad y gratitud, pero al cual siente desde entonces como a un obstáculo, y sus reacciones ante Mauricio se complican cuando llega casi a la certidumbre de que su madre ha sido la amante de aquél. Del mismo modo, la posición sicológica de Jorge ante Jacqueline se determina, en gran parte, por la situación de ambos ante Mauricio, y a la inversa, su relación con el último no es ajena a las actitudes de Jacqueline frente a Jorge. El amor por su antiguo amante, es causa de los movimientos síquicos de Eloísa con respecto a Jacqueline, y, a su vez, las reacciones de Mauricio ante los otros tres personajes no se deben sólo a su individual relación con cada uno de ellos sino al total de esa triple relación. Y así, cada vez más complicadamente, se va entretejiendo la urdimbre que vincula estrechamente a estos cuatro seres. Este tipo de acciones y reacciones que se producen entre los cuatro personajes dinamizan la acción y da a la novela tensión sicológica. Subrayamos el hecho, aunque no avanzaremos más en el análisis. Realizarlo en detalle sería demasiado extenso, aunque, quizás, no careciera de interés. Sería interesante, sobre todo, el

análisis de la relación Mauricio-Jacqueline. ¿Qué hay en lo hondo de esa "liaison" entre un hombre cincuentón, de corazón bondadoso e inteligencia comprensiva, y esa jovencita de veinte años, llena de la alegría de vivir pero de fondo muy sano y equilibrado? ¿En qué zona, en qué esfera del sentimiento se ubican los vínculos que los unen? No es sólo la atracción carnal en él y la necesidad de un protector en ella lo que los liga. En ese plano se sitúa el comienzo de su relación. Pero luego, los vínculos que los unen se hacen más sutiles, complejos y variados; su mutua atracción está constituida, en verdad, por un nudo de sentimientos diversos. No es, precisamente, lo que suele llamarse amor. No es tampoco una mera atracción sexual mutua (no ausente, sin embargo, según discretamente insinúa el novelista). Es un sentimiento complejo formado por una suma de sentimientos: gratitud, admiración, necesidad de quebrar la propia soledad interior, deseo de marginar el corazón con nuevas esperanzas vitales...

Para completar este cuadro de los personajes de *Pasar*..., haremos unas pocas, rápidas anotaciones sobre los que ocupan un segundo y tercer plano en la novela. Todos ellos, repetimos, están bien caracterizados: Zenón, el viejo servidor fiel; Fausto Peralta, el paisanito simpático y rebelde, que termina, muy criollamente, convirtiendo en vicios sus mejores virtudes vitales; Rasker y Granier, los dos agrónomos rivales, que discuten constantemente sobre planes de cultivo y sólo se ponen de acuerdo cuando se trata de pedir aumento de sueldo; el conjunto de amigos ciudadanos de Mauricio que forman "la cuadrilla", cada uno de los cuales, aunque someramente, queda

narrativamente definido [16], como podrá comprobarse en los capítulos IV y V. Creemos innecesario referirnos a otros personajes. Solamente haremos esta última observación: hay en *Pasar*... una gran cantidad de personajes extranjeros [17]. Y ello es nueva prueba de que el *telurismo* casi no influye en la concepción novelesca de Magariños Solsona. Esos personajes *están* en un medio natural que no condiciona en modo alguno su carácter [18].

TRASLUZ

Como al trasluz del pensar, del sentir y del actuar de Mauricio, centro alrededor del cual gira toda la novela, *Pasar*... hace ostensible una especie de filosofía de la vida, evidente, incluso, en el tejido argumental y en el fin de la obra, contenidamente doloroso y melancólico pero bañado por una luz de serenidad y resignación. "*Dan fondo y emoción a esta obra* —ha escrito don Alberto Zum Felde— *una gra-*

16 En páginas escritas en 1920, año de publicación de *Pasar*..., José G. Antuña insinua que los personajes de la "cuadrilla" son retratos de seres reales que formaban el núcleo de amigos íntimos del novelista. Sospechamos que en Jacobo Skien retrata a Samuel Blixen, prologuista de la primer novela de Magariños Solsona. El trabajo de Antuña, titulado *La Novela Nacional*, fue incluido en *Litterae* (París, Imprimerie Artistique A. Fabre, 1926).

17 Jacqueline, francesa; Eloísa Llanos y Jorge Llanos, catalanes, Otto Rasker, alemán, Eduardo Granier, francés; Francisco Luchardo, su mujer y su hija Pispeta, napolitanos; don Cosme Comellas y su hija, españoles; Ludovico Chaff, no se indica nación pero se especifica que es extranjero.

18 Según indica José G. Antuña en las páginas mencionadas en la nota 16, se le reprochó a Magariños Solsona, al aparecer *Pasar*..., que su novela era impugnable por "falta de nacionalismo". Se señaló, escribe Antuña, "*como una de las causas de ese funesto extranjerismo, la nacionalidad francesa de la "maitresse" de Mauricio*"

ve y dulce sabiduría de hombre de mundo, un como sentimiento hondo —pero amablemente contenido en límites de ironía— de la vida que ya se va sin haber realizado sus grandes promesas, con su carga marchita de frustrados sueños, en la fatalidad del tránsito breve; una melancolía de tramonto otoñal, una sonrisa triste de viejo gentleman..." [19]. Y, en efecto, la intuición que subyace en las páginas de *Pasar...*, y de ahí el título, es la intuición del tiempo, ese tobogán por el cual el hombre se desliza insensiblemente hacia la muerte. Esa intuición pone en la novela un tenue estremecimiento metafísico. Pero, añadamos, lo pone sin hacer alardes, sin engolamiento, sin ni siquiera pretensiones de vestirlo conceptualmente. "*Vivir es devorar tiempo*", pensaba el Mairena de don Antonio Machado. Vivir es ser devorado por el tiempo, siente el Mauricio de *Pasar...* En el capítulo V, entre bromas, los amigos de la "cuadrilla" se quejan de sus achaques. Entonces, Jacqueline se dirige a Mauricio: "*—¿Y a tí qué te duele, mi querido?*" Y él responde: "*—Pasar...*" [20]. Es decir: a Mauricio le duele en el alma el tiempo que corre, lo fugitivo inasible, el anhelo de permanecer. Y no por miedo a la muerte, sino por amor a la vida, según afirma unas líneas después. Pero ese dolerse por el tiempo que corre, con un correr que no sólo lleva arrebatadamente hacia la muerte sino que, además, y es lo peor, va quitando los frutos que la vida misma antes ha donado, encuentra en Mauricio, al fin, y en lo más hondo de él, ecos de comprensión, de serenidad, de resignación. Es esa su sabiduría. Y su conquista final. Las últimas líneas

19 *Proceso Intelectual del Uruguay y Crítica de su Literatura* (Montevideo, Editorial Claridad, 1942).
20. Pág. 124

de la novela muestran que Mauricio se ha posesionado para siempre de esa *su* verdad íntima.

Una consecuencia de esta filosofía de la vida es "El Oasis". Porque ese establecimiento modelo, fruto, sin duda, de un corazón bondadoso que desea el bien y el progreso colectivos, es, también, fruto de la necesidad de Mauricio de crear algo que justifique su vida, de crear algo que, nacido de él, tenga cierta permanencia y se contraponga a la acción devoradora del tiempo. Por eso hemos dicho que el personaje no está, narrativamente, al servicio de "El Oasis", sino, a la inversa, "El Oasis" al servicio del personaje: acentúa una faceta de su carácter. Igual ocurre con las ideas que sobre lo social expresa, en diversas partes de la novela, Mauricio. Nacen, por una parte, de su particular filosofía de la vida, y, por otra, denotan su benevolente comprensión, rasgo hondo de su temperamento. Por este aspecto, y sólo por él, tiene Mauricio algo de personaje tolstoiano. Así como algunos personajes de Tolstoi intentan repartir sus tierras entre los campesinos, Mauricio desea organizar cooperativamente "El Oasis" para que todos los que lo trabajan participen de las posibles ganancias; lo mismo que algunos personajes de Tolstoi, Mauricio siente una genuina pero en el fondo muy aristocrática piedad por los humildes o desposeídos (cuando el personal del establecimiento organiza una huelga, el administrador Tussoni comenta: *"—¡Qué infames!"* y Mauricio responde: *"¿Y no sería mejor decir, qué desgraciados?")* [21]; finalmente, y a semejanza de lo que ocurre en algunas de las obras del novelista ruso, Mauricio choca con la incomprensión de aquellos a quie-

21 Pág. 218.

nes procura ayudar y experimenta la inanidad del intento de solucionar los problemas sociales mediante el mero esfuerzo individual. Con todo, anotemos, no es Mauricio un iluso. Percibe claramente que "*aquella admirable máquina del Oasis, montada con tanta previsión como abundancia, no se costeaba siquiera, daba pérdidas y era indispensable reforzar a cada momento sus recursos, precisamente con los proventos de las estancias explotadas a la antigua usanza, en las cuales los ganados vivían y prosperaban confiados a la benignidad del clima y a la gran extensión del campo*" [22]. Y, en una oportunidad, comenta: "*—Desde luego que, sólo para ganar dinero, no necesitaba haber hecho nada de esto; ni siquiera preocuparme de variar los procedimientos empleados por mis antepasados, pero, ya que intento el estudio de fórmulas nuevas para intensificar la producción del suelo, y dar tarea al mayor número posible de los desocupados que pululan en nuestra campaña, no puedo prescindir de su interés*" [23]. Se le reprocha, entonces, por su sentimentalismo, y Mauricio responde: "*—¿Y por qué no decir previsión? ¿No creen ustedes que ha entrado ya mucha luz en las conciencias para que los más se resignen a servir, indefinidamente, a los menos?*" [24].

En síntesis

Un escenario bien definido; un grupo de personajes bien logrados, verosímiles y con la suficiente densidad humana como para mantener alerta el interés

22 Pág. 11
23 Pág. 83.
24 Pág. 84.

del lector; un bien trabado juego de acciones y reacciones sicológicas entre los antagonistas; un transfondo de problemas incitantes que se entretejen a la acción y a los personajes pero sin disminuir la buena andadura narrativa: he ahí algunas de las cualidales de *Pasar*... que, a través de estos apuntes, hemos procurado destacar. Creemos innecesario demorarnos sobre los aspectos de composición y estilo. El autor no intentó —ni tenía porqué— complejidades técnicas. Narra llana y dinámicamente una acción principal: las relaciones de Mauricio y Jacqueline, que progresan en forma lógica hacia su desenlace, y hace confluir hacia esa acción principal, alimentándola con nuevos ingredientes dramáticos, algunas acciones secundarias (por ejemplo: la huelga y la muerte final de Zenón y Fausto Peralta) que, por otra parte, sirven para acentuar los rasgos del protagonista. El estilo es narrativamente eficaz. Se desliza al par de la acción sin esforzarse por hacer brillar sus hallazgos. Es un cauce verbal fluido y parejo. Todo esto hace de *Pasar*..., a nuestro juicio, no una novela excepcional, pero sí una de las buenas novelas con que cuenta nuestra narrativa. Y podemos terminar estas páginas recomendando, honradamente, su lectura.

ARTURO SERGIO VISCA.

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA

Nació en Montevideo el 14 de junio de 1867, siendo sus padres Mateo Magariños Cervantes y Juana Solsona. Cursó estudios en su ciudad natal y en París. Enseñó filosofía en la Academia Militar; fue Comandante de Guardias Nacionales; formó parte de la delegación popular enviada a Río de Janeiro para agradecer la actitud del Barón de Río Branco en la restitución a nuestro país del condominio de la Laguna Merín y del Yaguarón; integró la delegación oficial del Uruguay que concurrió a los actos conmemorativos del Centenario de las Cortes de Cádiz, y presidió, asimismo, el Club Colorado "Rivera" que encabezó el movimiento político que dio origen al golpe de Estado de febrero de 1898.

Casó con Luisa Magariños en 1894 y tuvo tres hijos. Se dedicó al periodismo formando parte de las redacciones de "El Día" y de "El Eco Militar"; escribió diversos cuentos y artículos de crítica social y literaria; fue autor de una obra teatral *Quien siembra en tierra ajena* y publicó las novelas *Las hermanas Flammari*, Montevideo, Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos - Tip. Lit. Oriental de Luis Peña, 1893, *Valmar*, Montevideo, Imp. y Litografía Oriental, 1896 y muchos años más tarde *Pasar*... Montevideo, Maximino García, 1920.

Siendo primer Secretario del Senado, falleció en Montevideo el 10 de julio de 1921.

CRITERIO DE LA EDICION

Pasar... se publica por segunda vez, siendo la primera edición la de Maximino García, Montevideo, 1920.

Se ha seguido fielmente el texto de la edición original, eliminando alguna errata y aplicando en cuanto a ortografía las nuevas normas de la Academia Española.

PASAR...

A la memoria de
Juan P. Castro.

CAPITULO I

Daban las seis en el reloj del *hall* cuando Zenón entraba en el dormitorio de Mauricio con el café servido.

Después de depositar la bandeja sobre el velador, Zenón descorrió las cortinas de una ventana, la abrió y abrió también las celosías.

Amanecía.

—¿Qué tiempo hace? —preguntó Mauricio desperezándose y bostezando.

—Hay neblina.

—Entonces manda encender la estufa en el escritorio — dijo el amo, incorporándose para tomar el café.

—Ya está, —repuso lacónicamente el criado.

Mauricio sonrió y se estiró de nuevo en la cama con visible pereza.

—Pobre indio viejo, —pensó— no hay manera de ordenarle nada razonable que ya no esté hecho, —y clavando la vista en el cielo raso, siguió pensando sin rumbo.— Un día más... como un soplo pasará la mañana, también pasará la tarde y vendrá la noche... Después volverá a lucir la mañana y otra vez como hoy y como ayer, Zenón entrará con el café... no obstante, será otro día... *La vita e breve, la morte viene*... ¡Pobre Tita!... ya declina... Todo declina.

Se oyó una campanada sonora: era el reloj del *hall* que marcaba las seis y media. —¡Cómo vuela el tiempo! Parece que fue ayer cuando estrené esta casa y sin embargo ya va a hacer diez años que me despierto bajo este mismo techo... ¡Diez años ya!...

El silencio reinante permitía que se oyese distintamente el tic-tac del reloj.

—Y decir que cada tic-tac de esos, es un paso más hacia la muerte, —volvió a pensar Mauricio.— ¡La muerte!... ¡Bah!... De allá venimos y para allá vamos. ¡Lo malo es la vejez!... Sin que esto impida que los más viejos se resistan a morir... ¡Qué rico está el café!... ¿Por qué no intentaría una plantación de café en el Oasis?... ¡Hum! muy complicado es eso... Es cierto que daría trabajo a mucha gente... ¿Y qué?... Ya empiezo a cansarme del Oasis... *Tout passe, tout casse, tout lasse*!... ¡Qué pereza tengo!... En fin, vamos, arriba! — Y saltando resueltamente de la cama, calzó las pantuflas y entró en su cuarto de baño. Se lavó someramente la cara, se puso el traje de esgrima y pasó a la sala de armas donde ya le aguardaba Zenón cargando unas pistolas de calibre reducido.

Mauricio cogió una de ellas y casi sin apuntar tiró sobre un blanco diminuto situado a veinte pasos de distancia; cogió la otra luego, y mientras Zenón cargaba la anterior, tiró otra vez. Los tres primeros disparos se sucedieron sin que el tirador diera en el blanco; pero a pesar de la rapidez con que tiraba, acertó a introducir en el pequeño disco las nueve balas restantes.

—*Non ce male*, ¿eh? —dijo con satisfacción.

—Desde que entró el otoño "erra" con frecuencia, — observó Zenón con mucha calma, sonriendo con sonrisa sana.

—Son los otoños que se juntan, —contestó Mauricio. E irritado por la exactitud de la inocente observación, se apretó el cinto y se puso a plastronear con desusada energía.

Entretanto, Zenón vestía el peto de cuero acolchado que usan los maestros para dar la lección, calzaba el guante de alto puño de suela y se cubría la cabeza con la careta de alambre. Con toda calma, sacó luego una espada del armero, se cuadró militarmente, como buen veterano, y aguardó a que su patrón terminase el ejercicio en que estaba empeñado.

Esto no tardó en ocurrir. Mauricio se detuvo fatigado, se volvió hacia Zenón y se apoyó en la espada para tomar aliento.

Cuando le pareció oportuno dio la señal de empezar.

Entonces, el subordinado, trocándose momentáneamente en superior, ordenó con voz de mando:

—En guardia... Paso adelante... paso adelante... A fondo... En guardia. Paso atrás, paso atrás, paso atrás y a fondo... En guardia... Golpe derecho. ¡Vivo!... ¡vivo!...

Y así durante cerca de veinte minutos, hasta que la camisilla del ejecutante acusó una transpiración copiosa.

—No dirás que también aflojo en la lección, —dijo Mauricio deteniéndose, con la voz alterada por la fatiga.

—No digo, —repuso el otro despojándose de sus arreos y siguiendo a su patrón al cuarto de baño.

Mauricio, después de la ducha y el masaje, pasó al escritorio, donde, a pesar de los beneficios de la calefacción central, ardía un buen fuego de leña.

Iba a sentarse ya frente a la estufa, junto a la cual solía pasar las primeras horas de las mañanas invernales entregado a sus lecturas favoritas, cuando un rayo de sol que logró romper la neblina reinante y que se reflejó de pronto sobre el marco del espejo, le hizo cambiar de propósito, y a pesar del frío, se puso a

contemplar el paisaje a través de las vidrieras del *bow-window*.

El tiempo abría muy lentamente.

Del panorama habitual, sólo se veía la cresta de las dos cerrilladas que orillaban la región partiendo del punto ocupado por Mauricio y separándose luego como las piernas de un compás cuyos extremos iban a perderse en la vaguedad azulada de las cuchillas lejanas. El inmenso triángulo comprendido entre las sierras y el horizonte, desaparecía totalmente de la vista velado por la densidad de la bruma.

Desde la altura dominante que ocupaba la casa, el Oasis tenía aquella mañana el aspecto de un lago rodeado de montañas, de la superficie del cual, como islotes esparcidos al azar, emergía el caballete de algún tejado, el ramaje de algún árbol o el extremo de alguna chimenea. Del arroyo de las Aguilas que serpenteaba por los bajos y de los sembrados, las fábricas y las viviendas de sus orillas, nada se veía, y, el lugar, así desprovisto de su animación habitual, parecía recobrar el aspecto agreste y solitario que Mauricio le había conocido en la época de su niñez. Entonces realmente, como ahora, en apariencia, la única habitación que lucía a la vista desde la garganta de la sierra donde se alzaba la vieja estancia de los Padura, ahora reformada, era el rancherío de don Ceferino Páez, arrimado a su ombú, en la cumbre de una cuchilla distante.

La visión de aquel nido solitario, aislado sobre un verdadero peladar donde no crecía ni la mala yerba, y donde las aguas de lluvia iban trazando surcos cada vez más hondos, trajo el recuerdo del pájaro que lo habitaba, el inmutable don Ceferino, con su rostro acartonado, de momia egipcia, recorriendo su cam-

pito a las mismas horas, al tranco de su overo retacón, de lazo a los tientos, boleadoras a la cintura y seguido de una jauría jadeante y apestosa.

Nada había variado en aquel lugar, ni seres ni cosas.

Las vacas de don Ceferino parían en agosto y doña Nicasia en todo tiempo: sólo que el ganado se vendía en cuanto pesaba mucho sobre el campo, mientras los hijos del apreciable matrimonio pesaban cada día más y no tenían salida.

¿Era una vida la de aquella gente?

Mauricio había pensado reiteradas veces en penetrar su misterio; pero las investigaciones que había intentado, se habían estrellado invariablemente contra la reserva instintiva del viejo y de su voluminosa consorte. Los demás habitantes del lugar, desaparecían al primer ladrido de la perrada dispersa en los alrededores, cuando él se acercaba a las casas.

—En fin, desde que no conocen otra vida mejor, — pensó Mauricio. Y como se dobla la hoja de un libro al tropezar con un pasaje difícil que se tiene pereza de analizar, dirigió la mirada hacia otros rumbos.

En ese momento, el lago de nieblas tendido a los pies de su ventana empezó a encresparse al contacto de ráfagas intermitentes, de caprichosos remolinos que al arbitrio de sus giros, fueron limpiando de velos el paisaje.

Lo primero que apareció a la vista fue la lechería: surgió de pronto a la distancia, como una mancha oscura cuyos contornos se confundían con la niebla. Lentamente, aquel cuerpo de líneas vagas, fue adquiriendo perfiles propios, fue dejando ver sus aristas, hasta destacarse bien definido en medio de la llanura, dorado por el sol.

Era un núcleo de edificios de estilo suizo, formado por un cuerpo central de varios pisos, destinado a la manipulación de la leche y rodeado por seis establos dispuestos en forma de abanico. Estos establos tenían capacidad para seiscientas vacas; pero, a pesar de sus esfuerzos, Mauricio aún no había podido ver llena su vaquería durante el invierno, precisamente cuando era más necesaria la materia prima. No era sólo cuestión de galpones abrigados y buenos forrajes; era necesario, también, intensificar la parición de otoño, y ésta fallaba mucho. La naturaleza se resistía a modificar sus costumbres.

La falta de solución rápida de aquel problema, alarmaba al observador: temía haberse excedido en las proporciones de su fábrica, en la cual había elementos para faenar la leche de toda una comarca, cuando, como brotados del suelo por obra de magia, vio aparecer la silueta de dos grandes galpones que parecían debatirse con los remolinos de la niebla.

Era la seguridad de la abundancia para el porvenir. Allí estaban alojados los animales destinados a aumentar y transformar totalmente su ganado lechero.

—*Qui dura vinci,* —pensó, viendo aparecer otros grupos de galpones más lejanos, numerosos y amplios, cuya construcción maciza daba sensación de fuerza y abundancia. Eran los galpones destinados a los reproductores de carne y lana, las dos fuentes principales de la riqueza nacional.

Mauricio se preguntó si ya no sería tiempo de pensar en otra cosa, de activar la subdivisión de los campos y roturarlos en beneficio del rebaño humano.

¿Acaso cuando muriese don Ceferino, sus hijos, reducidos a la vigésima parte de la propiedad de sus padres, podrían seguir siendo ganaderos?

Pero en el acto y relacionándolo con esta pregunta, Mauricio recordaba que, contra todos sus cálculos, aquella admirable máquina del Oasis, montada con tanta previsión cómo abundancia, no se costeaba siquiera, daba pérdidas y era indispensable reforzar a cada momento sus recursos, precisamente con los proventos de las estancias explotadas a la antigua usanza, en las cuales, los ganados vivían y prosperaban confiados a la benignidad del clima y a la gran extensión del campo.

La elegante silueta de las caballerizas donde se alojaban los padrillos de tiro y de carrera que surgió de pronto en el centro de un prado, desvió otra vez el curso de sus pensamientos.

Allí estaba, entre otros, el célebre *Bois doré*, vencedor en Longchamps, que costaba una fortuna y que si bien, entre algunos productos sillones o demasiado finos de remos había dado otros que ya se lucían en Maroñas y no tardarían en medirse con los grandes caballos argentinos, aún no había engendrado el animal de fondo que había de hacer honor a su abolengo y a la divisa de la cabaña.

La cría de caballos de carrera era la mayor coquetería del establecimiento. Mauricio había heredado de sus antepasados el amor del caballo, que era uno de los dejos aristocráticos de sus gustos y aficiones, y criaba caballos con el afán de perfección que ponía en todos sus empeños, dispuesto a cualquier sacrificio por alcanzarla. Por eso le impacientaba que la descendencia de su gran padrillo no respondiese todavía a todas sus expectativas.

Las brumas rodaban ya en evidente dispersión hacia el fondo del valle, arremolinándose cada vez más quebrantadas por las veleidades de la brisa y el pa-

norama se iba destacando gradualmente, como si una mano poderosa descubriese poco a poco una gigantesca calcomanía.

Del arroyo de las Aguilas, oculto hasta aquel momento por la pesada capa gris que le arrebujaba, empezó a verse a trechos el cauce y las orillas. Eran trozos de paisaje, manchas de luz que esmaltaban el fondo oscuro y uniforme de aquel último reducto de la niebla.

Como al conjuro de un pincel, fueron apareciendo nuevas construcciones: los depósitos de la maquinería agrícola con sus talleres anexos; el local donde funcionaban los generadores de electricidad, con su alta chimenea; los gallineros, simétricamente alineados en torno del departamento de incubadoras, como un pueblo de obreros liliputienses, agrupados alrededor de la fábrica que les daba vida; y, elevada sobre una barranca acantilada, la bodega, vasta construcción tallada en piedra y techada con amianto rojo.

Al divisarla, los pensamientos de Mauricio volvieron a cambiar de rumbo.

Como en todo cuanto emprendía, aunque por distinta razón, también quería vencer en esto. Quería destruir la mala reputación del vino nacional, demostrar sus bondades y probar que se le calumniaba. Conocía las dificultades de la empresa, las veleidades de nuestro clima y su influencia perturbadora en el proceso de la vinificación; los inconvenientes de las vendimias prematuras, impuestas por la frecuente amenaza de grandes lluvias en los albores del otoño y la escasa capacidad de consumo del mercado interno, único explotable; pero le seducían todos los aspectos de esta industria que, como ninguna otra, vincula el

hombre a la tierra y embellece y enaltece a la vez el aspecto del campo y la vida del campesino.

Y a medida, que toda la extensión del Oasis se iba ofreciendo a su mirada, le parecía a Mauricio como que se reconciliase con su obra. Le parecía verse crecer, ensancharse, revivir otra vida más amplia y generosa que su vida de otros tiempos. Creía sentir algo de su propia voluntad en la voluntad oculta de las cosas, en cada ser, en cada planta, en cada fábrica. La idea de que todo aquello le debía la existencia y podría, según su capricho, vivir y prosperar o languidecer y morir, vigorizaba su personalidad y al placer contemplativo de la realización material de sus concepciones, unía la sensación afirmativa de sus esfuerzos y el sentimiento de la responsabilidad contraído por el creador respecto a su creación.

Entonces le asediaba un intenso anhelo: asegurar la existencia independiente de todo aquello, para que no fuese a desaparecer con él, para que tuviese personalidad propia, para que le sobreviviese y perpetuase su nombre, desafiando como el bronce las injurias del tiempo.

Relacionado con este anhelo iba el de asociar a todos sus obreros a los destinos de su empresa, interesándoles en los beneficios, y la consideración de lo que éstos tardaban en producirse le amargaba la satisfacción de ver ya definitivamente planeada su obra; la contemplación de los viñedos cuyos troncos, aún desnudos de hojas, viboreaban en hileras simétricas sobre las vastas laderas expuestas al naciente; de los campos roturados, donde la explosión de la simiente, contenida por las heladas, se manifestaba apenas, poniendo sobre la tierra un transparente velo de verdura; de los alfalfares que cubrían los bajos con su

nota de color, resaltando como una viva pincelada entre el gris mate de los olivares, ya agrupados o dispersos por los caminos que cuadraban la vid; de los alegres grupos de casitas para obreros, que animaban el paisaje con el tono cálido de sus tejados rojos; de los caminos de tosca blanca, primorosamente cuidados, que serpenteaban o huían en línea recta, entre cercos de rosales, formando una red que se extendía por todo el valle; de las espesas masas de boscaje que ascendían por la falda de los cerros, trepando hasta su cresta como oleadas de hojarasca invasora, matizada de tonos variados y destinada a oponer una sólida barrera a los desmanes del viento; de la escuela erguida sobre una elevación del terreno, que, con su alta torre destinada a observatorio meteorológico, parecía la iglesia del lugar y, como si lo fuera, parecía vincular la tierra con el cielo.

—La escuela, — murmuró Mauricio al observar esa mañana, aquella última aparición que el sol cubría con su barniz de oro — ¿será, acaso, el camino de la tierra prometida o será un nuevo eslabón de la interminable cadena de los tormentos? Y la duda, adueñándose de su espíritu sincero, iniciaba su porfiada controversia. ¿Qué convendrá más a los míseros? ¿Saber o ignorar? ¿Es un bien la distribución gratuita del pan del espíritu a los que carecen del pan del cuerpo? ¿No será una nueva y refinada ironía social? ¿No será un medio de dar al mártir mayor evidencia de su propio martirio? —Es el camino que guía hacia la luz, — le decía una voz solemne. Pero en el acto contestaba otra voz con acento sarcástico. — ¡Esa luz está tan distante que valdría más enseñarles a vivir a oscuras!

La visión del templo evocó la de los sacerdotes que en él oficiaban: el excelente don Cosme Comellas, su primer maestro en el Hispano-Oriental, dirigido a la sazón por el pomposo don Augusto Serrano y Sierra, quien, al decir de don Cosme, había realizado el milagro de estirar los meses hasta convertirlos en trimestres, a los efectos de la paga, y Josefina, la hija de don Cosme, que le ayudaba en las tareas del observatorio y de las clases, cuya juventud se había secado al calor de sus propios ardores y a los cuarenta años era ya tan vieja como su padre a los sesenta y cinco. ¿Quién diría ahora, que alguna vez había sido bella y codiciada?

Mauricio reconstruía a Josefina Comellas con la imaginación y al recordar sus escapatorias con ella hasta la higuera del gimnasio, mientras don Cosme arrojaba los puños postizos de su camisa contra el piso, furioso por la indisciplina de los alumnos, se espantaba de la impavidez del tiempo.

Aquellos recuerdos, adueñándose de su mente, volvieron a correr un velo sobre el paisaje. Apoyó entonces la frente contra un cristal y evocó el pasado.

Mauricio Padura y Arteta era el descendiente directo de don Mauricio de Padura y Cardiñas de Cochea, segundón del Conde de Algarral, caballero de la Orden de Carlos III, Oidor de Su Majestad Católica y Miembro de su real audiencia de Charcas, primer Padura que llegara a estas playas, cinco generaciones atrás, en un bergantín armado en corso, con diez cañones por banda, como decía el tío Marcial con gran prosopopeya. Y agregaba que el viajero había salu-

dado a la plaza con veintiún cañonazos y desembarcado luego de calzón corto y espadín al cinto.

No obstante su abolengo y su enorme fortuna heredada, Mauricio era el hombre más sencillo y campechano del mundo. Tenía su apellido y su alcurnia en justa estima; pero aspiraba a valer por sí mismo y reputaba más meritorio ser el fundador que el continuador de una dinastía.

Su bondad y su llaneza, no eran sólo una espontánea florescencia de su temperamento, la natural resultancia de una salud vigorosa y de un justo equilibrio de facultades; procedían, sobre todo, de una clara noción del bien y del mal y de la irresponsabilidad de los seres frente a la tiranía del destino.

Esa noción inspiraba sus juicios y sus actos y los revestía de magnanimidad, de tolerancia y de sencillez. Generosamente dotado por la naturaleza y armado por la sociedad de poderosos medios, ni la lucha le había desgastado, ni conocía las amarguras de la ambición contrariada. Observador atento y consciente del choque de intereses y voluntades que conmueve a los hombres y matiza de luces y sombras el cuadro de la vida, había permanecido casi ajeno a la refriega, incontaminado, sin sufrir las consecuencias del torbellino y conservaba su espíritu libre del veneno de las decepciones.

Casado por amor y viudo al poco tiempo de casado, no había conocido del matrimonio sino el encanto fugaz de la luna de miel, ni de la viudez sino el dolor agudo de la brusca separación.

Joven, rico y desvinculado, se fue a Europa y se instaló en París para irradiar desde allí hacia todos los puntos del globo.

Durante veinte años gozó sin exceso, con cuidado de no dejarse arrastrar ni por el sentimiento ni por el vicio y participando de la vida intelectual de las grandes ciudades sin llegar a la fatiga.

Pero, a cierta altura del camino, después de haber recorrido la mayor parte del mundo civilizado, escudriñando placenteramente los múltiples recovecos de la morada humana y nutrido su espíritu en las páginas más suculentas del libro de la vida, ya en la madurez de sus juicios, se dio a pensar que no tenía derecho a seguir viviendo, sin pagar su escote.

Contaba, entonces, cuarenta años y llevaba veinte de *globetroter*, sin haber hecho más que gozar.

Durante ese largo período de su existencia, sólo una aventura amorosa le había impresionado; pero aún cuando fue honda, la impresión no había pasado de los sentidos y el tiempo la había esmerilado.

Huérfano y nostálgico de afectos, sin haber clavado un sólo jalón en la senda recorrida, empezó a sentirse como desvinculado de los hombres, aislado en la sociedad, abandonado en medio de una llanura estéril. Pensó que aquello no podía ser, que todo debe contribuir de alguna manera al patrimonio común, que así como la tierra transforma cuanto devora en frutos y la rosa paga su vida efímera en colores y perfumes, los hombres deben consentir que su egoísmo se convierta alguna vez en altruísmo.

Entonces, como el viajero que se ha perdido y para orientarse de nuevo deshace el camino andado, se volvió a su tierra.

En ella, el calor solariego reverdeció sus antiguas inclinaciones a la vida de familia y casi lo arrastra de nuevo al matrimonio. Pero estaba tan hecho al ce-

libato, al amor genérico de la mujer y al picoteo de las relaciones transitorias, que no se decidió.

Abandonadas sus veleidades sentimentales con caídas al matrimonio, intentó empresas mayores, tales como la de guiar la grey doliente hacia mejores destinos.

Contagiado por el ambiente criollo, en el que, por falta de otras actividades remuneradoras, los intelectuales se sienten arrastrados hacia la política, pensó aplicar a este género de actividad sus energías sobrantes y buscó al efecto una receta aparente para curar los males sociales.

Pero como mientras la buscaba, se convenció de que la política era un oficio como otro cualquiera, el sufragio universal un absurdo y la democracia una palabra hueca, de la que se servían los más expertos para explotar en su provecho la ignorancia, los apetitos y las pasiones de los hombres, a pesar de su infinita tolerancia y de estar convencido de que las ideas, como la luz, necesitan reflejarse en algo opaco para brillar, desistió de encontrar por aquel medio el hueco que ambicionaba en los casilleros de la historia.

La caridad reemplazó a la política en el orden de sus aficiones.

Por su intermedio pensó en devolver algo de lo mucho que detentaba; en redimir una parte de las culpas originadas durante la formación de su inmensa fortuna; en grabar su nombre en el corazón de los míseros y en enjugar la mayor cantidad de lágrimas posible.

Hizo donaciones importantes a los institutos de beneficencia que había en el país y fundó otros. Su generosidad, proporcionada a sus recursos, le dio un momento de resonancia que halagó su vanidad, pero

que no alcanzó a satisfacer su conciencia. Se dio cuenta de la incapacidad de sus medios ante la extensión de la miseria social; de que por haberse desprendido de una parte del dinero sin empleo que sobraba en sus arcas, no se había hecho fundamentalmente acreedor a la gratitud de sus semejantes y que su gesto valía poco, hasta carecía de originalidad, era una copia servil de lo que hace la mayoría de la gente rica con las monedas que no puede llevarse al otro mundo.

También descontento con aquella manera de consagrar su nombre y firme a la vez en sus propósitos de hacer algo de provecho, siguió buscando con ahinco la fórmula que habría de dar satisfacción a sus anhelos estéticos.

Mauricio no había pecado nunca por exceso de optimismo; por eso se había librado de desengaños. El pesimismo era, a su juicio, el fruto tardío de una idealidad exagerada, y, para evitarlo, se mantenía dentro del equilibrio de sus aspiraciones y de sus medios, siguiendo su camino resignado y amante.

Amaba la vida tal como la vida es: con sus vicios y sus virtudes, sus placeres y sus dolores; su luz y sus sombras; con la fuerza del instinto y con la serenidad de la conciencia. No quería dejar de ser y se afanaba por trazar alguna huella que pudiera evocar su recuerdo en la memoria de los vivos, cuando su memoria hubiese perdido la unidad, dispersada por la muerte.

Fue en ese punto de su historia y en el temor de que no llegase a tocarle nunca el chispazo genial que había de sacarlo del anonimato, que concibió el proyecto de crear una nuevo foco de vida y experimentación en el valle de las Aguilas, y surgió el Oasis.

—*Labor omnia vincit. Improbus et duris urgens in rebus ejestas,* — dijo a la sazón Jorge Llanos, el joven secretario de Mauricio que había entrado en la habitación sin ser oído y al observar la actitud del amo frente a la ventana, desde la que se abarcaba todo el establecimiento, conjeturó que admiraba su obra.

—No creo en el proverbio, — contestó este último, tendiéndole la mano afectuosamente.

—Señor mío: el trabajo ennoblece, — repuso el recién venido con marcado acento catalán.

—No. El trabajo es una imposición de la necesidad, y como tal, odioso, — insistió el otro.

—Pero, señor: la necesidad es la palanca más vigorosa del progreso, — arriesgó el joven.

—¡Frases! — replicó Mauricio. Y como estaba de buen humor, explicó su pensamiento.

El admitía que la necesidad fuese un agente de progreso cuando se trataba de necesidades colectivas, no de necesidades individuales. Estas últimas, en la mayoría de los casos, sólo servían para malgastar o desorientar energías, que empleadas espontáneamente, hubieran podido ser provechosas.

Jorge no percibió bien el distingo.

Entonces Mauricio agregó:

—Son más provechosas y más fecundas, cuanto más se armonizan, la acción con la afición, la voluntad con el deseo. Es la única forma compatible con la libertad.

—¡Hola! ¿Según eso nunca podríamos trabajar libremente? — se apresuró a decir Jorge, seguro de que pescaba al vuelo una grave falla en el raciocinio de su contendor.

—Claro está que no, — afirmó éste, — la característica del trabajo es la obligatoriedad. — Y como el

joven, aunque sin contestar, exteriorizaba sus dudas con gestos, añadió: —Nunca he dicho nada tan acertado. Hay una diferencia fundamental entre agotar nuestras fuerzas bajo el apremio de la necesidad y emplearlas en el libre ejercicio de una noble vocación; en el primer caso se lucha por la vida y en el segundo se vive.

—Pero sin necesidad no hay acción, —observó Jorge.

Mauricio entendía que para garantizar la acción, sobraba el deseo.

Entonces el secretario le imputaba que defendía un ideal de holganza.

—No; un ideal de libertad, realizable en cuanto las sociedades futuras agreguen a los actuales derechos del hombre, el derecho al sustento y al abrigo, —contestó Mauricio, añadiendo un nuevo elemento a la discusión.

—¿Cuando haya puestos alimenticios gratuitos en la orilla de los caminos, como ahora suele haber surtidores de agua potable? — preguntó Jorge Llanos, con sorna.

—Exactamente, —continuó Mauricio ayudando la palabra con insistentes gestos afirmativos.

Pero a pesar del respeto que le merecía su superior y amigo, Jorge no se avenía con aquellas ideas.

—¿Y no ha pensado usted, que los alimentos no brotan de la tierra con la facilidad con que de ella mana el agua? — preguntó.

—Todo mana de la tierra: la cuestión estriba en distribuirlo equitativamente, — contestó convencido el rico propietario del Oasis.

—¡Ya, ya! —insistió su empleado.— De todas maneras, no sería pequeña la falange de zánganos que la humanidad se echaría encima con vuestro sistema.

—Esos quedarían rezagados y concluirían por desaparecer absorbidos por los que tienen tendencias a elevarse, — afirmó Mauricio.

—¿Pero no aspiráis a la igualdad? — preguntó el joven con sorpresa.

—De ninguna manera. La igualdad es la muerte y yo amo la vida y la naturaleza, que es la aristocracia en persona, —contestó Mauricio chanceándose y mirando a su joven interlocutor con la conmiseración de los que se creen en posesión de una verdad, frente a los que consideran extraviados de buena fe en el laberinto de los conceptos teóricos.

—No acierto con lo que buscáis, — declaró Jorge después de una breve pausa.

—Ya que el pez grande ha de comerse siempre al chico, busco el mayor bienestar posible para los condenados a ser engullidos, — repuso Mauricio riendo con aire bonachón, mientras palmeaba con afecto el hombro de su secretario.

—Sentimentalismo, — dijo este último, subrayando la frase con una ligera mueca despectiva.

—No hay tal. El sentimiento, es, sin duda, una planta fecunda que arraiga hondo; pero no está sola en mi jardín. Junto a ella crece el interés con los suculentos frutos del egoísmo que nutren tanto al individuo como a la sociedad. Una y otra, indispensables para la vida, esa grande idealista a quien, para comprenderla y servirla, basta amarla como se ama a una madre... Pero, a propósito: ¿cómo sigue la tuya? — preguntó Mauricio cambiando de tema súbitamente, al

recordar que la madre de Jorge estaba algo indispuesta.

—Muy mejorada, —y como Mauricio callaba, según su costumbre cuando quería poner término a la conversación, el joven añadió: —¿Tenéis algo que disponer?

—Lo de costumbre. Después que des tu recorrida me traes la correspondencia, —y, despidiendo afectuosamente a su joven secretario, Mauricio ocupó su sillón de tafilete frente a la estufa, donde las llamas danzaban alegremente.



CAPITULO II

Mauricio permaneció algunos instantes indeciso contemplando el fuego con mirada distraída, hasta que una de las rajas de leña que ardía en el hogar afectó la forma de un libro.

—Leamos, —pensó. Y volviéndose hacia una biblioteca giratoria situada al alcance de su mano, pasó revista a sus autores favoritos.

Había de todo en aquel pequeño mueble: al lado de Nietzsche estaba Enrique George; Cornevin y *Le Mouton* de Lefour, alternaban con Goethe y con Shakespeare; Bergson, el pretendido descubridor de la *Evolución Creadora*, se codeaba con Duclos, el Pasteur de la leche; un enorme tomo de viticultura gravitaba sobre una diminuta edición de Musset; y en el estante destinado a los autores nacionales, la *Muerte del Cisne* se defendía de la presión de *Ariel* y *Motivos de Proteo*, recordando las luchas trágicas contra el destino, de que habla el primero, y la resignación inteligente fundada en el cambio de vocaciones, que ofrecen los segundos como lenitivo de los males terrenos.

La biblioteca giraba, y Mauricio no se decidía, hasta que, atraído otra vez hacia el fuego, dejó quietos los libros y volvió a absorberse en la contemplación de las llamas.

En esta actitud le sorprendió Jacqueline. La joven se precipitó en el despacho, alegre, parlera y fresca como la mañana, con las manos repletas de violetas aún empapadas de rocío.

—*Cheri!... Cheri...* Mira qué lindas violetas. Las he arrancado para tí a pesar de la escarcha, — dijo en parisiense legítimo, poniéndole unas cuantas en el ojal de la bata, y esparciéndole las restantes sobre el cuerpo.

Alejándose luego, como se aleja el pintor del cuadro para juzgar del efecto de una estimable pincelada, le contempló sonriente, inclinando la cabeza hacia uno y otro lado, hasta que, de pronto, le saltó encima como una gatita juguetona y sentada en sus faldas le besó ávidamente, una y otra vez, en la frente, en los ojos, en las mejillas y en la boca, estrujándole, dándole achuchoncitos cariñosos, multiplicándose para expresar todo su afecto y ejercer sus derechos; exclamando por fin, antes cansada que satisfecha: — *La!...* — E irguiendo su gracioso cuerpecito, ceñido por elegante amazona de irreprochable corte, añadió: — Ahora... a caballo! — y sin esperar respuesta, salió como había entrado, alegre y resuelta, dejando el ambiente impregnado de frescura.

—¡Cuidado!... ¡mucho cuidado!... no hagas locuras como el otro día... no hagas correr la yegua... ¡no galopes cuesta abajo! — gritó Mauricio, también en francés, cuando ya la joven había desaparecido, respondiendo a sus reiteradas recomendaciones con una risa cristalina que fue apagándose gradualmente.

Mauricio reunió cuidadosamente las violetas que le cubrían, formó un ramo con ellas y aspiró su aroma con deleite. Era su flor predilecta: como a su madre, le admiraba su tinte discreto y la suavidad de su perfume.

Esa mañana le fue más grata que de costumbre la amorosa obsequiosidad de la joven y la visión fugaz de aquella imagen gentil, dueña de su corazón y de

sus sentidos, evocó las escenas de su primer encuentro con ella.

Fue en París, en el café Garnier, frente a la estación San Lázaro.

Mauricio llevaba el propósito de desmontar la casa que poseía en la elegante capital, contratar especialistas en vinificación y adquirir reproductores para el Oasis.

Enemigo de la soledad, desde el instante de su llegada, se procuró una compañera transitoria y el capricho de la suerte le proporcionó una hermosa maniquí que ocultaba su verdadero nombre bajo el de Marcelle D'Anieres, con apóstrofe y todo.

Esta amable persona pidió un buen día a su amante ocasional que la llevara a visitar la manufactura de Sèvres.

Sin duda faltaba alguna chuchería en la estufa de la salita de la calle Castellane y pretendía obtenerla de aquella manera. ¡Quién visita Sèvres con una dama, sin ofrecerle algún recuerdo!

Mauricio estaba tan cansado de este género de giras como de su amiga Marcelle; pero como estaba de por medio su íntimo Dardo Lacerda, que visitaba Europa por primera vez en compañía de su familia y no disponía sino de las horas del día para esas escapatorias que constituyen la delicia de los maridos tenidos a rienda corta, aceptó realizar la excursión y rogó a Marcelle que les buscara otra compañera.

—Justamente tengo lo que les hace falta. — Había contestado la hermosa. — Se trata de una amiguita mía. Trabajamos en la misma casa: es linda y alegre, merece todo lo que ustedes hagan por ella. ¡Imagínense! ¡La pobrecita acaba de ser abandonada por su amante con un hijo a cuestas!

—¿Sabe comer? — preguntó Mauricio sin mayores cumplimientos.

—¡Oh!... ¡La pregunta!... ¡Se trata de una amiga mía! — repuso la joven haciendo un mohín de fingido enojo.

—Entonces nada tengo que observar, — dijo Mauricio inclinándose. Y resuelta la elección, se combinó programa: se almorzaría en el *Pavillon Bleu,* se visitaría la fábrica y luego se regresaría por el Sena oyendo música sobre un *yacht* automóvil.

El programa no era malo, pero lo que no acababa de convencer a Mauricio, era la presencia, en la fiesta, de una *midinette,* especie de la que había huído toda la vida, por miedo a los enredos sentimentales. Les temía de veras a las heroínas de Mürger. No obstante, como en el caso no se trataba de él y a Lacerda le cuadró la aventura, no puso inconvenientes: la chica sabía comer y con eso bastaba.

—Las cosas que tiene el destino, — pensó Mauricio, recordando que Lacerda, víctima tal vez de su nerviosidad, había despertado aquel día las sospechas de su bella esposa y había tenido que renunciar al paseo proyectado para evitar un serio disgusto familiar, que no entraba en sus cálculos.

¿Por qué no se excusó él a su vez? Jamás sabría la causa. El caso fue que al día siguiente era el primero en llegar al café Garnier, donde se había dado la cita.

Como se hubiera adelantado a la hora fijada, para hacer tiempo pidió un chocolate con tostadas y mientras lo preparaban, se entretuvo en observar el hormigueo de la calle.

Empezaba a animarse aquel barrio de París.

Filaban los autos por el centro de la calzada, siempre a punto de chocar y esquivando casi siempre el

choque, mientras los *fiacres* desvencijados y sórdidos, cuyos caballos sudorosos patinaban con destreza sobre el limo del asfalto, circulaban por la orilla de las aceras provocando las protestas de los peatones, obligados a soportar las salpicaduras de lodo arrojadas por las ruedas y por los cascos.

De la estación vecina, coincidiendo con el silbato de las locomotoras que iban llegando, surgían, a intervalos regulares, animados grupos que se aglomeraban en las aceras a la espera de que la policía detuviese el tráfico para permitirles atravesar la calle, subirse a los autobuses, enfilar por las calles adyacentes o desaparecer por la boca del Metropolitano situada en la misma esquina de Garnier.

Eran en su mayoría habitantes de la *banlieu* que venían a la capital a sus tareas cotidianas.

Entre ellos había gente de todas las categorías sociales: obreros, empleados de comercio, modestos y altos funcionarios, simples burgueses y hasta personajes, unos y otros confundidos con damas elegantemente puestas, con mujeres del pueblo y con alegres jovenzuelas de carita picaresca y mirada curiosa que se escurrían entre la multitud poniendo en salvo sus cajas de cartón con tanta habilidad como gracia.

Era un espectáculo cambiante, bullicioso, de animación creciente. Tan pronto solicitaba la atención del observador un clásico grupo de turistas que aparecía jadeante y angustiado por el temor permanente de no llegar a tiempo, como el corrillo formado en torno de un *camelot* que preconizaba las excelencias de su mercancía, o la disputa en tono mayor de dos cocheros que se interceptaban el paso, aparentemente dispuestos a no ceder un ápice de su derecho, pero resigna-

dos de antemano, por larga experiencia del oficio, a seguir su camino a la más leve presión del gendarme.

Una mujer gruesa se detuvo en la puerta de Garnier para cantar con voz cascada una alegre canción de Café-Concierto al son de un viejo violín, mientras su compañero, hombre joven, de gorra y pañuelo negro anudado al cuello, pregonaba la partitura de la canción por diez céntimos, agotando las escasas sonoridades de su voz aguardentosa:

Cousine, Cousine
Qu'est-c' que j' vois sur ta poitrine?
Cousine, Cousine
On dirait deux mandarines...

De pronto la cantora y su ayudante se esfumaron entre la multitud que los rodeaba y a poco andar, un agente con semblante interrogativo, ocupó el sitio abandonado por los músicos, mirando desconfiado a una pareja de *trottins* que atisbaba su presa.

—*Monsieur Padurrá?* — dijo a la sazón, redoblando mucho las erres y acentuando la última sílaba, una joven de humilde aspecto, pero de rostro agraciado y festivo, cuyas gráciles formas hacían resaltar su modesto pero bien ceñido trajecito azul.

—*Pas du rat, mademoiselle,* Pa-du-ra, — respuso Mauricio festivamente, corrigiendo la pronunciación de su apellido.

Entonces ella, segura de estar en presencia de la persona que buscaba y riendo del juego de palabras que, sin quererlo, había hecho con el apellido del caballero, explicó con gentil donaire que era la amiga de Marcelle a quien ésta había rogado que se ade-

5

lantase para excusarla de la demora a que la obligaba una comisión impostergable.

—¡Ah! Perfectamente. Me felicito de conocer a una jovencita tan linda y tan simpática, — dijo Mauricio agradablemente impresionado por la gracia natural de la recién venida. — ¡Cómo va a lamentar mi amigo el inconveniente que le impide acompañarnos! — añadió.

—¿Cómo?... ¿No viene su amigo? — interrogó ansiosa la joven, palideciendo rápidamente, cual si de improviso cayera un velo gris sobre las rosas de sus mejillas. — Entonces estoy de más, — añadió, poniéndose de pie. Y sin esperar respuesta, agregó con voz velada: — *Je m'en doutais monsieur. Non, vraiment, je n'ais pas de chance!* — Luego no pudo contenerse más y le brotaron las lágrimas.

Mauricio adivinó el drama oculto en aquellas sencillas palabras y un sentimiento de viva simpatía le movió a consolar a la joven.

—¡Pero, criatura, no llore! ¡No se aflija!... Ni usted está demás, ni nada se ha perdido con la momentánea ausencia de mi amigo. Véngase con nosotros. Pasaremos el día alegremente y luego o mañana el hombre se desocupará y tendrá, sin duda, un gran placer en conocerla... No hay que llorar por tan poca cosa... ¡Qué diablo!

La sincera afectuosidad con que habló Mauricio debió impresionarla gratamente porque la joven esbozó una sonrisa detrás de sus lágrimas.

—Apareció el arco iris, — dijo Mauricio palmeándole cariñosamente la mano y riendo para infundirle ánimo.

Entonces ella, experimentando un gran bienestar, sin saber por qué, rio a su vez, y avergonzada de la escena, se apresuró a secarse los ojos.

—Qué criatura impresionable, — pensó Mauricio al observar tan rápidas alternativas, sin dejar de comprender que se hallaba en presencia de una mísera personita, prematuramente torturada por la vida.

En ese momento la ruidosa entrada de Marcelle, que llenó el café con su presencia, puso término al incidente.

La bella maniquí llegó anhelante, fingiéndose muy contrariada por su retardo y urdiendo una larga historia para justificarse.

Mauricio no pudo menos que establecer comparaciones entre la espontánea sinceridad de la joven que acababa de conocer y los embustes y enredos de su amiga; pero como estaba habituado al género, aceptó sin examen las disculpas y media hora después, los tres corrían en auto hacia la puerta del *Bois*.

Fue un día de verdaderas sorpresas.

Por error del *chauffeur*, en vez de ir a Sèvres fueron a dar a Billancourt y la visita a la célebre manufactura se convirtió en un suculento almuerzo en el *chalet* de la viuda Coquet, ventajosamente conocida en la región por su excelente *Homard à l'Américaine.*

Se almorzó alegremente y como al final nadie se sintió con ánimo para rectificar el itinerario, se resolvió terminar la jira con un paseo en bote, llevando orquesta de flautas y violines. Sin saber por qué, Mauricio se sentía bien dispuesto y hubiese deseado prolongar la jornada: pero al atardecer, hubo de interrumpirse la fiesta con motivo de un llamado telegráfico recibido por Marcelle desde Bruselas.

La facilidad con que llegó a su destino tan inesperado mensaje, a pesar de no haberse realizado el programa del paseo en la forma prevista, indujo a Mauricio a pensar que se trataba de un documento

fraguado por su amiga para poder disponer libremente de aquella noche, o simplemente por el afán característico de la joven de hacerse la interesante. De todos modos, aquella actitud inesperada coincidía tan bien con sus deseos y facilitaba de tal manera sus propósitos, que no le opuso la menor resistencia: — Cuanto antes, hermosa, — pensó, mientras la acompañaban a la estación del Norte en procura del directo de las siete. Y durante el trayecto, las torneadas formas de Jacqueline, su boca expresiva donde resplandecía la blancura de sus dientes y la belleza de sus cabellos que le había visto desplegar sobre las espaldas como un manto de oro, embargaron por completo los pensamientos de Mauricio.

—*¡Maintenant à nous deux!* — exclamó al enfrentarse con ella en el andén de la estación, en cuanto el brazo de Marcelle, agitando su pañuelo con alegre ironía, desapareció con el tren en las sombras de la noche.

Jacqueline comprendió recién entonces su situación y no sin sorpresa, se dio cuenta de haber interesado realmente al amante de su amiga. En el primer momento, se sintió halagada en su amor propio; pero en el acto reaccionó: — ¿Tenía derecho de tomarle su bien a quien había querido protegerla? No. ¡Eso no era honrado! — Y aunque pasaba por un momento de escasez angustiosa, rechazó con entereza aquella fortuna inesperada.

Entonces Mauricio varió de táctica y para no tener la apariencia de querer violentar sus convicciones, se limitó a invitarla a comer.

—¿Y si ella lo sabe? — observó Jacqueline. — Es claro que se enojará y con razón.

—No veo el motivo. Podemos comer en público: en el gran salón del café de París o del café Riche. Nada más natural a estas horas que irnos a comer juntos, — argüía Mauricio esforzándose por convencerla.

Halagada por tan gentil insistencia y seducida por la perspectiva de comer en alguno de aquellos famosos establecimientos que sólo de nombre conocía, se decidió, y a título de transacción consigo misma, aceptó, por fin. Pero tan luego como los porteros de galoneado uniforme le hubieron franqueado la puerta cancel y una vez instalada en la mesa, su osadía le resultó una verdadera violencia: no se sentía bien en medio de tanto lujo, rodeada de damas escotadas y caballeros de etiqueta: le parecía que su modesto atavío de obrera daba una nota discordante en aquel ambiente; tal vez fuera hasta una humillación para su compañero. Por poco llora de vergüenza. Pero Mauricio la animaba.

—No hay que preocuparse tanto de los demás, — le decía; — aquí nadie nos conoce. Además usted es más linda y más fresca que todas esas grandes damas. — Y como ella insistía en que era una desvergüenza presentarse en un local como aquel con el traje que llevaba puesto, agregó él, pasándole un billete de mil francos oculto en el *menu:* — Con eso arregla su tocado y volvemos a comer aquí mañana. Ya verá cómo las deslumbra.

—¡Cómo!... ¿Mil francos para ella? — Jacqueline creía soñar. — ¿Quién sería aquel hombre? — Un industrial de América del Sur le había dicho Marcelle; pero ella se imaginaba otra cosa: le parecía un príncipe que viajaba de incógnito. Le veía elegante, distinguido en sus maneras, como un señor habituado a las grandezas; pedía sin mirar la lista, como quien

se la sabe de memoria y nunca se le veía pagar. — ¡Qué hombre, mi Dios, qué hombre! — Y el prestigio del opulento mundano empezó a insinuarse en el ánimo de la linda *midinette.*

Sin embargo, al salir se marchó sola y Mauricio hubo de conformarse con un beso dado por la ventanilla del auto, antes de gritarle al *chauffeur* su dirección: —*Rue de Say près de l'Avenue Trudaine, au fond de la rue des Martyrs.* — Y la sonoridad y firmeza de acento con que fueron dichas estas palabras, recordó a Mauricio el sonido opaco y vacilante de las primeras que le había oído esa misma mañana: —*Je m'en doutais, monsieur. Non, vraiment, je n'ai pas de chance.*

—También esta vez fue verdad lo de que el amor nace en el cambio de una mirada, — pensó Mauricio en este punto de su evocación, recordando que ya esa noche se había recogido acongojado por la ausencia de Jacqueline, cuyo beso fugaz le había dejado un sabor desconocido en los labios.

La idea de que la joven fuera una de las tantas que pululan en las grandes capitales y que sólo se hubiese resistido para enardecerle o para ir a llevarle a su amante el fruto de la jornada a pesar de la novela narrada por Marcelle, le había mortificado en grande. Sufría en su vanidad de hombre experimentado y temía a la vez la burla de los sentimientos. En el fondo de su conciencia, sin embargo, sentía que no era así y acariciaba el concepto de sinceridad que le merecía la joven, como se acaricia una esperanza.

No dejó de alarmarle un poco el nuevo género de preocupaciones que advertía; pero casi en el acto se rio de sí mismo. — ¡A buena hora! — Y desdeñando aquellas veleidades sentimentales que amenazaban in-

vadirlo, al día siguiente la invitó a almorzar en *Saint Germain.*

Fue una excursión grata, de las que no se olvidan. Se almorzó en la terraza del pabellón Enrique IV y a Mauricio le parecieron exquisitos los manjares, delicadamente afinada la humilde orquesta femenina que amenizaba el acto y sorprendente como un espectáculo no admirado hasta entonces, la visión de París, surgiendo resplandeciente de luz detrás del monte Valeriano. Tan gastadas impresiones le resultaban entonces novedosas; cobraban un nuevo encanto; adquirían de pronto extraordinario vigor, sólo porque las experimentaba a través de las de Jacqueline, para quien todo era nuevo, todo era bueno, todo era bello y el goce espontáneo, sincero y hondo, de aquella criatura, a la vez ingenua y perspicaz, se le contagiaba y refrescaba sus impresiones, como contagia y refresca todas las ansias de la vida, la brisa perfumada de una luminosa mañana de primavera.

Jacqueline cedió y Mauricio revivió una nueva serie de sensaciones que ya creyera muertas.

Desde aquel día no se separaron más.

Ella estaba en la gloria. No se desprendía de él ni un solo instante: no sólo le acompañaba a las elegantes cenas de Ciro y a los *five o clock tea* del Pré Catalán, sino que asistía invariablemente a todos los quehaceres de su amante, desde la compra de artefactos para las instalaciones del Oasis, hasta la contratación de especialistas en la vinificación o en la manipulación de la leche. Jacqueline se incrustó totalmente en la vida de Mauricio, convirtiéndose en el mayor encanto de sus ocios a la vez que en utilísimo consejero dentro de ciertos aspectos de la vida de París. Y lo más sorprendente de esta asiduidad de todos los mo-

mentos, era verla intervenir con tacto y buen sentido en los asuntos comerciales de Mauricio.

—Tú siempre dices que sí, todo lo encuentras bueno y barato como si fuerás un príncipe. Déjame hacer y verás cómo sales ganando, — decía la joven. Y Mauricio reía y dejaba hacer.

Se había presentado como un hombre de poca fortuna que luchaba allá en su país lejano para formarse una posición: era necesario desempeñar bien el papel y respetar la voluntad de la joven de serle lo menos gravosa posible.

—¿Vamos mañana a Chantilly? — dijo ella una noche, al regresar a su departamento del Boulevard Hausman, donde él la había instalado modestamente.

—No. Mañana hay que preparar las valijas, — contestó Mauricio. — Necesito comprar reproductores y nos vamos a Suiza.

—¡Un viaje a Suiza!... ¡Qué divino! — Y abrazándose al cuello de su amante, le estrujaba enloquecida de alegría.

Zurich, Lucerna, Lausana, Ginebra. Días enteros de vagancia disfrutando de los últimos rayos del sol de otoño que aún mantenían los valles tapizados de verde y pintaban de rosa pálido la nieve de las montañas.

Fue un dulce paréntesis, una grata excursión al país del ensueño. Empezó a ligarlos ese vínculo sutil y poderoso a la vez que brota de la identidad de las impresiones y florece luego con vigor en la comunidad de los recuerdos. Mientras ella atesoraba gratitud, él reverdecía al contacto de su juventud y de su gracia. Ella ascendía la montaña impulsada por la necesidad y por el deseo y él la bajaba ahito, fatigado, deteniéndose un instante sorprendido de verla gozar con tanta intensidad y gozando a su vez con la sinceridad de

aquella constante sorpresa. Se completaban. Era el encuentro de la privación y de la hartura que al unirse en el amor generaban la armonía.

Pero Mauricio, sin apreciar exactamente la índole de aquellos sentimientos para él desconocidos y sin comprender que estaba escribiendo la página más interesante de sus futuros recuerdos, al llegar a Lausana, por exceso de previsión, veló de pronto la suave claridad de su dicha. En su afán de ser leal con Jacqueline y no sorprenderla más tarde desagradablemente, quiso habituarla poco a poco al desenlace inevitable de sus relaciones y pronunció por primera vez entre ellos la palabra separación. Esta tendría lugar al llegar a París, de donde partiría inmediatamente para América.

Aquello fue detener el desarrollo natural del idilio, entibiar el ardor de las expansiones, acibarar la miel de los besos. Pero Mauricio creyó deber pronunciar la dura palabra aun a riesgo de hacerse acreedor al apartado rincón del infierno donde, según el Dante, deben lamentarse eternamente, aquellos que pudiendo haber sonreído alguna vez, lloraron siempre durante su fugaz pasaje por la vida.

Una nevada prematura, los retuvo un día en su confortable departamento del Hotel Royal. Trastornado el programa de la tarde, Mauricio ideó sustituirle por una sesión fotográfica. La fecha de la separación se acercaba y quería conservar la imagen de su muñequita de marfil, como solía llamarla con mimo. Jac, que era el diminutivo que agradaba a la joven, siempre dispuesta a complacerle, abrió los radiadores para elevar la temperatura de la habitación, se despojó de sus ropas y se puso a ensayar posturas estatuarias frente al espejo.

—Venus surgiendo de las aguas, — dijo la joven al ver su imagen reproducida en el cristal, totalmente desnuda, caídos a sus pies en artístico desorden la batista y los encajes de sus prendas íntimas. Satisfecha de sus formas, irguió la cabeza con orgullo, ensayó un gesto hierático y añadió: — Venus solemne; — pero la solemnidad no era su cuerda y lo afectado del gesto la hizo sonreir. — Venus sonriente, — murmuró, haciéndose una graciosa reverencia. Y al notar que aún conservaba en la mano su diminuta camisa de *foulard* blanco, exclamó, riendo a carcajadas: — ¡Venus jugando con su camisa!

En ese mismo instante se oyó música a lo lejos y luego una voz melodiosa que entonaba una canción de las montañas.

Jac, curiosa, interrumpió su ensayo, se acercó a mirar por la ventana hacia el jardín del hotel y vio que era una mujer joven la que cantaba acompañada por un niño que tocaba el violín. La nieve caía mansamente, en copos leves, posándose con suavidad sobre la tierra y los artistas, cubriéndolo todo con una capa blanca, monótona y triste.

Desagradablemente impresionada por la escena y por la música sentimental que llegaba a sus oídos, suspendió su ensayo ante el espejo, se sentó en el sofá e inclinó la cabeza.

—¿Qué tienes? — preguntó Mauricio cariñoso, abandonando los preparativos de su máquina. Jac, como si sólo hubiese aguardado aquella intervención, rompió a llorar cubriéndose la cara con la prenda que tenía en la mano.

—Pícaros músicos — añadió Mauricio; — venir a entristecernos en estos momentos.

No. No era un simple contagio del momento, era el fondo amargo de su vida que rebosaba. Aquella pobre mujer cantando bajo la nieve en compañía de su pequeñuelo, para ganarse el pan miserablemente, era su próximo porvenir que se le revelaba.

Y, sin embargo, ella no tenía culpas que purgar; había sido siempre buena y trabajadora, nunca había hecho mal a nadie. ¿Por qué entonces, se ensañaba con ella el infortunio?

A los once años ya ganaba un jornal y contribuía con el trabajo al sostenimiento de los suyos... ¡No todas podían decir otro tanto!... Pero, ni por eso había logrado hacerse querer por su madre... ¡Qué mujer, su madre!... No la hubiese reconocido por tal, ciertamente, si no hubiera sido por el enorme parecido físico que tenía con ella.

Según el concepto materno, Jac era la personificación de la perversidad. Cuanto de malo ocurría en la casa se le imputaba: si faltaba un punto a las medias, si aparecía un objeto roto, si se quemaba una cacerola y si su hermanita se comía a hurtadillas medio tarro de dulce, ella era la única responsable. A todo momento y con cualquier pretexto la señora se exaltaba revelando una oculta causa de odio que Jac no alcanzaba a interpretar con acierto. A veces pensaba que su presencia debía recordar antiguas faltas, evocar hechos en que figuraba a su pesar y que la convertían en cómplice inocente de antiguas amarguras.

Pero fuese por lo que fuese, era el caso que la odiaba y la hizo sufrir sin tregua, desde el día en que la sacó de casa de su buena nodriza, hasta la noche en que la echó a la calle.

¡Qué horrible recuerdo!

Fue una noche de diciembre, muy fría, Jac volvía a su casa contenta porque le habían aumentado el jornal espontáneamente, y esta circunstancia importaba una sanción tan favorable para su conducta de obrera inteligente y contraída que le hacía esperar con fundamento un elogio de los suyos. ¡Pero, no!... ¡Sus alegrías habían sido siempre efímeras como la vida de las flores!... Aquel día, apenas traspuesto el umbral de sus habitaciones, y cuando se disponía a ocupar como de costumbre un sitio en la mesa de familia, donde ya humeaba la sopera despidiendo un olor apetitoso, la tempestad se desencadenó sobre su cabeza.

—¿De dónde vienes perdida? — preguntó su madre con acritud. Y como ella intentase explicar las causas de su demora, la terrible mujer, sin dejarla hablar, continuó: — No empieces a mentir, mala casta. Ya vi que venías con Renato. No puedes negar tu origen. Eres como el pillo de tu padre. Tienes tan poco pudor como él. — Y excitándose a medida que hablaba, como si alguien la contradijese, añadió: — Esto no puede seguir así ¿sabes? Tu hermana no debe recibir semejantes ejemplos. Ya estoy cansada de esta lucha, me tienes harta... ¡harta!... ¿Entiendes?

—¿Pero harta de qué? — pudo articular la joven aprovechando una pequeña pausa.

—Bien lo sabes, hipócrita, mosca muerta.

Jac, habituada a semejantes discursos, no les atribuyó mayor importancia, y humilde, con la frente baja, insistió en ocupar su asiento en torno de la mesa.

Pero como su madre no cesaba de chillar y continuaba profiriendo denuestos cada vez de tono más subido, sin duda respondiendo a una contrariedad oculta y violenta, su padrastro que, a pesar de ser un vividor, amigo de su tranquilidad, era bastante afec-

tuoso con ella, juzgó oportuno intervenir, deslizando algunas palabras conciliadoras.

Entonces, como si aquella intervención la hubiese herido en carne viva, estalló desbordante la cólera materna.

—¡Eso faltaba! — dijo, encarándose con su marido, — ¡que le dieras la razón a esa mocosa! — Y volviéndose de nuevo contra su hija, aulló furiosa: — ¡Largo de aquí!... ¡Fuera ya de casa!... ¡Vete a vivir con tus amantes y deja mi hogar en paz! — Y ya no hubo nada que hacer para desarmarla y obtener cuando menos el aplazamiento de tan terrible resolución: todo fue en vano.

—¡Vete, vete de aquí, perdida, que hasta quieres robarme mi hombre! — Y mientras el aludido se acoquinaba en un rincón, teniendo en sus faldas a la pequeña Yvete, sin ánimo para intervenir otra vez y protestar contra la injusticia del nuevo cargo formulado contra la pobre Jacqueline, ésta, asombrada por aquella inculpación, no sospechada hasta entonces, se sintió brutalmente empujada hacia el descanso de la escalera, oyendo exclamar a su madre con acento rencoroso: — ¡Y que no te vea pisar más por aquí, porque te mato!

—Cuando me vi sola en medio de la calle, — dijo Jac a esta altura de su narración, — lloré, lloré mucho tiempo, no sé cuanto tiempo; pero me pareció una eternidad. De pronto, en medio de mi aturdimiento y de mis lágrimas, se me representó el comedor, la mesa y la sopera que humeaba allá arriba... Tenía hambre y como llevaba poca ropa encima, sentí frío. El hambre y el frío me hicieron recordar que en el bolsillo guardaba los jornales de la última semana y aquello me dio ánimo. Conté mis francos y pensando

que podía disponer de ellos a voluntad, me sentí más fuerte y caminé al azar. No sé por donde anduve, ni cuánto anduve; sólo recuerdo que de repente me dio miedo, cada vez más miedo, tanto que eché a correr como una loca y no me detuve sino cuando me faltó el aliento: entonces noté que estaba en la orilla del Sena. Allí volví a llorar, a llorar sin consuelo y se apoderó de mí una terrible desesperación: me retorcía los dedos, me tiraba del pelo y protestaba a gritos por la injusticia de que era víctima. Hubo un momento en que sentí deseos de tirarme al agua; pero aquella faja negra y fría que tenía a mis pies, me recordó la Morgue, y espantada, corrí hacia los boulevares en busca de luz... ¡Qué noche, Dios mío! ¡Qué noche! —Y como si aún atravesara por aquellos angustiosos momentos que rememoraba, ocultó de nuevo su cabecita llorosa entre los pliegues de su camisa.

¿Cómo fue a dar al hotel Londres, covacha infecta, verdadera cueva de *apaches* situada al otro extremo de París, en el Boulevard Sebastopol? Eso no lo había averiguado jamás: formaba parte de los secretos de su pesadilla de aquella noche. Pero el caso fue que amaneció en el cuarto inmediato al ocupado por una compañera de taller cuya dirección conocía.

Felizmente, a la hora de ir al trabajo, Renato la encontró como de costumbre en el metropolitano y en cuanto se enteró de lo ocurrido, la invitó a compartir su cuartito. Aceptó... ¡Bah!... ¿Qué iba a hacer ella sola? De todos modos los dados estaban tirados.

Y al salir aquella tarde del trabajo, fue a instalarse con Renato en un sexto piso de una casa de renta.

¡Cómo vivió contenta en aquella jaula diminuta, en la que apenas tenía espacio para volverse! ¡Eran de oírse sus cantos y sus risas en las mañanas de sol,

mientras preparaba el café con leche que tomaban juntos antes de marcharse a sus respectivas tareas! Todo el vecindario tenía que hacer con ellos, alabando su juventud y envidiando su alegría. Entonces nadie la reñía, a nadie tenía que responder de sus actos y cuando llegaba el domingo, corrían en libertad por los campos y se regalaban con ostras y frituras en las orillas del Sena... Pero aquella vida, como todos sus buenos momentos, había durado poco: antes del año estaba embarazada y cuando Renato se dio cuenta de ello, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Parece que es la costumbre, — dijo la joven con acento resignado. — Yo no sé si lo quería, — añadió; pero era mi único punto de apoyo y cuando se fue, volví a sentirme mucho más sola que antes...

Desesperada acudió a los suyos otra vez, golpeó de nuevo a las puertas del hogar ingrato; pero en vano: sólo obtuvo la confirmación de su absoluto desamparo.

Luego, buscó la ayuda de sus compañeras de taller, tratando de apiadarlas con la narración de sus desgracias y la revelación de su estado; pero inútilmente: sus compañeras se encogieron de hombros con indiferencia. — ¿Por qué no lo había pensado bien antes de hacerlo?

Devorando entonces la intensa amargura que le producía la injusticia de su abandono sobre la tierra, volvió los ojos hacia el cielo, donde su buena nodriza le había enseñado a creer que estaba Dios; pero como tampoco allí tuvieron eco sus clamores, pensó que la habían engañado, o que Dios, como todo el mundo que la rodeaba, era también indiferente a su dolor.

—Cuando mi estado ya no me permitió ir al taller, todas las tardes me paseaba por la orilla del Sena hasta muy entrada la noche, —dijo la joven sentándose con abandono.— La idea de concluir se adueñaba de mí cada vez con mayor persistencia; pero nunca tuve valor para tirarme dentro, —añadió estremeciéndose.— ¿Por qué había de matarme si yo era buena?... ¡No!... ¡Nunca!... ¡Yo quiero vivir!... ¡Yo amo la vida! —gimió sollozando, poniéndose de pie como impulsada por un resorte y blandiendo su camisa como una bandera.

Mauricio oía con emoción creciente, sin saber que admirar más, si la casta desnudez del cuerpo o la sincera desnudez del alma.

—Luego por consejo de mi portera me refugié en la Maternidad, — continuó Jac serenándose después de una pausa y plegándose otra vez sobre su asiento, fatigada por la viveza de sus emociones. — Allí me trataron muy bien y como era sana, al poco tiempo pude volver al taller; pero para eso hube de dar a criar a mi hijita y el jornal no me alcanzaba para pagar la nodriza. Entonces esta Marcelle me aconsejó que pidiera un puesto de maniquí como el de ella. Desgraciadamente, aunque soy bien hecha, no fui admitida porque no era bastante alta. —¡Cómo si no hubiera que exhibir vestidos para señoras bajitas! ¿Qué me dices de eso? — Y como Mauricio asentía sin contestar, añadió: —En fin, no me dieron nada y mientras Marcelle vivía bien, lucía lindos trajes y se divertía, yo, para ahorrar los cincuenta francos de la nodriza, no comía más que una vez por día.

Una noche, al salir del taller, vi bajar a mi amiga de un rico auto. —Qué suerte tienes — le dije — yo no he comido hoy más que un panecillo de dos cén-

timos y una tableta de chocolate... Fue poco después de ésto que ofreció presentarme a tu amigo y fue entonces que te conocí.

Jac había dejado caer al suelo su camisa empapada en lágrimas y con los brazos levantados, trataba de poner orden en la masa dorada de sus cabellos. Mauricio recogió amorosamente aquella prenda y se puso a contemplar a la joven con admiración y ternura.

—¡Mi pobre muñequita de marfil! — exclamó.

—Sí, pobre muñequita. Pronto tendrá que ir a ofrecerse en venta por las calles de París, — repuso Jac con acento lúgubre, aludiendo a la próxima separación y esbozando una sonrisa amarga, saturada de lágrimas, en la que se reflejaba la triste sumisión de la impotencia.

Mauricio se estremeció de piedad. No, no ocurrirá tal cosa: él estaba allí para impedirlo. Para algo tenía en sus manos la palanca de oro que aún remueve la mayor parte de los obstáculos acumulados por los hombres para trabar el desarrollo natural de su propia vida.

Pero casi simultáneamente, al pensar que ya estaba a punto de cumplir su medio siglo, le invadía el desaliento. Su caparazón exterior aún le guardaba el secreto del tiempo; pero el derrumbe vendría en plazo breve y entonces ¿qué haría?... ¿Resignarse al papel de víctima?... Jamás... ¿Ser verdugo?... Tampoco. ¿Qué entonces?... No, ya no había nada que hacer por aquel camino, ya era tarde para alimentar ensueños sentimentales; la hora de las ilusiones había pasado.

Y conteniendo aquellos tardíos impulsos juveniles, nacidos en su corazón con el vigor de los verdes retoños que brotan lozanos en el tronco de los árboles

6



añosos, mantuvo su propósito de separarse de Jac así que estuviera de vuelta en París.

En ese estado de ánimo se embarcaron pocos días después en el directo de Ginebra.

Mientras reinó la luz del día, Jac permaneció alegre, arrobada en la contemplación del paisaje; pero a medida que caía la tarde y avanzaban las sombras de la noche, su semblante jovial y sonrosado fue palideciendo gradualmente y cobrando una expresión triste, casi llorosa.

Mauricio, para animarla, le pidió que cantase. Entonces ella, reclinándose sobre el hombro de su amante, le susurró al oído su canción favorita:

Il fait si bon près de toi
Que j'y passerais ma vie;
Dans tes deux bras berce-moi
Car il faut que j'oublie.
Sans me demander pour quoi,
Si je souffre ou si je t'aime,
Va! malgré tout, quand même,
Garde-moi
Tout pres de toi!

De pronto se detuvo al ver reflejado en las nubes del horizonte el resplandor de las luces de París.

—*Maudit Paris!* — murmuró con acento rencoroso.

Sí, maldito París donde nunca había encontrado afectos, donde siempre había sido rechazada, aún por los más obligados a quererla. Maldito París, donde su ternura se había estrellado invariablemente contra la impenetrable resistencia del egoísmo. Maldito París, punto terminal de aquel paréntesis de dicha, que como

el fulgor de un relámpago, alumbró por un instante su triste camino.

Adiós almuerzos de Weber y cenas de Ciró; adiós mañanas del Bosque y tardes del *Pré-Catalán*. Adiós para siempre, dulces paseos en auto por las sombrías avenidas de Saint Germain y de Versalles; adiós refinamientos y elegancias, atenciones y caricias. Vuelta otra vez a la dureza de la vida, a la realidad fría, al absoluto desamparo en la lucha por el pan. Vuelta a arrastrarse a diario por las aceras enlodadas, desde el oscuro hueco de la calle Say hasta el taller de la calle Scribe. Y si esto no bastaba, para atender al sustento de su pobre hijita, resolverse a la venta de su cuerpo, siempre que pudiera encontrar algún interesado en aquel mercado inmenso, donde pululan los competidores en ese horrible comercio.

Y Jac, con los ojos clavados en aquel resplandor que se iba acercando con la rapidez de las cosas temidas, dejaba caer sus lágrimas en silencio, mientras pensaba en la faja negra y fría que corría a través de la inmensa metrópoli.

—¡Pobrecita! —pensó Mauricio.— ¡Pobrecita! — Y la veía tan delicada, tan tierna, tan compasiva y tan buena, aislada, huérfana de todo afecto, completamente desamparada en medio de aquel mundo desenfrenado e indiferente. —¡Pobrecita!— Pero pasaba por su mente la idea central de su vida: realizar en todas sus partes el programa que se había trazado para el Oasis, y se esforzaba para desechar aquellas súbitas cuanto tardías veleidades sentimentales que podían llegar a comprometer seriamente su libertad.

Por otra parte, el dolor y la tristeza de Jac eran fáciles de curar: todo era cuestión de algunos francos.

Así hablaba la razón; pero a medida que se acercaba la última jornada, el momento de separarse definitivamente, quizá para todo el resto de la vida de aquel ser amable cuyas alegrías presentes eran su obra exclusiva, le pareció un sacrificio enorme renunciar al diario espectáculo de su gratitud, a las dulzuras de su trato y al encanto de sus caricias. ¿Y si hubiese logrado hacerse querer una vez más? ¿No era el caso de aprovechar aquel nuevo favor de la fortuna? Además, el Oasis, como su nombre lo indicaba, ¿no era el refugio obligado de la caravana doliente?

En esas alternativas pasaron los días de que aún disponían para verse y en ellas los sorprendió la angustia del último adiós.

Fue una escena imborrable de la memoria.

Ella reía con esa risa dolorosa, impregnada de lágrimas, de los que pretenden mostrarse valientes ante la adversidad: Mauricio hablaba frívolamente de su viaje y de sus proyectos a realizar allá en la tierra lejana; pero bien a pesar suyo, su voz era opaca y a veces balbuciente.

Jac borroneaba una cuenta que estaba sobre la mesa, cuando, de pronto, interrumpiendo un largo silencio preñado de lágrimas, dijo, como se dicen las cosas que carecen de importancia. — ¿Por qué no me tomas para hacerte las cuentas?... Mira qué bien las hago. — Y para demostrárselo, le tendió el papel donde había escrito en hermosos caracteres. — A Jacqueline... Su sueldo por mes... Trescientos francos.

—Muy bien: no es caro, —dijo Mauricio comprendiendo la alusión. — Sólo que con semejante cajera nunca tendría tiempo para ocuparme de mis negocios.

—¡Oh, no! Yo no estorbaría; me quedaría quietecita; no ocuparía más que un rinconcito, —insistió la joven humildemente.— Mira, llévame como ama de llaves, —añadió, rebajando sus pretensiones.— Como sirvienta —dijo, por último, después de una larga pausa interrogativa. Pero a medida que hablaba se iba excitando.

—Vamos, vamos. Me habías prometido ser sensata —reconvino Mauricio en tono cariñoso.— Bien sabes que todo eso es imposible. Separémonos gentilmente, así conservaremos un buen recuerdo mutuo. ¡Es triste... pero es lo mejor!

Entonces ella, ahogada por las lágrimas, se arrojó en sus brazos sollozante.

Mauricio se sintió feliz. Aquellas lágrimas caían como un bálsamo sobre su corazón; pero no le bastaron; le pareció poco aquel rocío de afecto; su vanidad masculina quería más; quería ahondar en los sentimientos de la joven para medir su amor, y resuelto a todo jugó su última carta.

—Mira, —le dijo con aparente desenfado— no llores, te dejo asegurada contra la miseria y además te doy este recuerdo de nuestra pequeña aventura. —Y extendiendo sobre la mesa un puñado de billetes de a mil francos, puso a la vista de la joven un estuche conteniendo una valiosa pulsera de diamantes que ella había admirado días atrás en la vitrina de Falize. Jac miró la pulsera y los billetes a través de sus lágrimas y se sintió deslumbrada. —¡Cómo! ¿Aquella joya suntuosa para ella?... ¿Y todo aquel dinero también?... ¿Es para mí?— repetía incrédula, mirando la pulsera y palpando el dinero, pero sin atreverse a levantarlos de la mesa. Y como Mauricio, temblando de emoción al ver que estaban a

punto de confirmarse sus presunciones, asentía con la mirada y la animaba con el gesto, cogió, por fin, los billetes, palpitante y sonriente a despecho de las lágrimas que aún bañaban sus mejillas y exclamó:

—¡Qué generoso y qué bueno eres!

—He ahí el final de una aventura en la que he estado a punto de dejarme enredar para el resto de mis días, — pensó Mauricio, sintiendo renacer en él la incredulidad que lo había dominado durante toda su vida pasada.

A Jac le pareció increíble que hubiera alguien capaz de desprenderse de sumas semejantes. Eso era cosa de novelas y comedias; pero ante la evidencia, hubo de convencerse. Habituada a vivir con muy poco dinero y a estimarlo en razón directa del esfuerzo que le costaba ganarlo, aquella donación tan inesperada como fastuosa, la deslumbró, haciéndola olvidar, por un instante, la realidad de su situación. Se vio rica, dueña de su libertad, con el principal problema de su vida definitivamente solucionado y su dolor cedió a sinceras manifestaciones de gratitud y de alegría. Pero una vez pasado ese primer instante de sorpresa, producido por la espléndidez inesperada de su amante, en quien no sospechaba la existencia de un millonario, la reacción se produjo en su ánimo y se dio cuenta, sin ningún esfuerzo, de que todo aquello no era, en suma, sino el precio de la separación definitiva, un broche de oro y brillantes prendido en la mortaja de sus mayores ilusiones y de sus más hondos afectos.

Entornó los párpados y se recogió en sí misma. —El dinero hace bien a los pobres, — pensó, — les libra de la miseria del cuerpo y les devuelve la libertad; pero la soledad y el desamparo es otro género

de miseria no menos terrible que el otro, en este París tan grande. — Soltando entonces los billetes y el estuche que tenía en la mano, abrió sus expresivos ojos verdes y los fijó en los de Mauricio como queriendo infiltrarle toda la fuerza de sus anhelos. Lentamente, sin desviar la mirada, con la fijeza de una sonámbula, dio la vuelta de la mesa que los separaba y juntando las manos, cayó a sus pies, murmurando suplicante, como quien formula una plegaria:

—...pero no me abandones!

Y era tanta la intensidad de aquella expresión sintética de su pensamiento, que Mauricio se sintió invadido por una onda de bienestar, por algo profundamente tierno que no había sentido jamás.

Fascinado, inconsciente, sus brazos se tendieron y atrayéndola con suavidad, ocultó la cara entre sus rizos y lloró a su vez . . . .

. . . .

Al llegar a esa altura de su larga evocación, Mauricio se levantó para estirar las piernas, acercándose de paso a una ventana. Precisamente en ese instante, Jac regresaba de su paseo matinal en compañía de Jorge.

— ¡Qué linda pareja! — se dijo al ver a los dos jinetes avanzar por la sombría avenida de pinos. Y después de contemplarlos durante algunos momentos con gran cariño, se cuadró delante de un espejo observándose atentamente.

—¡Quien fuera Josué! — pensó. Y ocupando de nuevo su sillón favorito, sumergió una mirada melancólica en el hogar olvidado, donde ya dominaban las cenizas.

CAPITULO III

—¡Retama, Retama, Retama, la virgen te llama!

—¡Bonito, Bonito, Bonito!

—¡Zaraza, Zaraza, Zara...za, hija *e* perra!

Y apostados en la puerta de los bretes, los apoyadores iban llamando por turno a los terneros y éstos salían indecisos, como haciéndose rogar. Una vez orientados, se dirigían hacia las madres; éstas los acogían con un mugido cariñoso, al que ellos, apremiados por la necesidad, no atendían y topeteando sin piedad las ubres repletas, se ponían a mamar con ansia. Pero llegaban los apoyadores e, implacables, los cogían del hocico, los obligaban a chupetear un instante de cada teta, y sin darles tiempo de tragar ni un sorbo, los arrastraban hasta el palenque y allí los dejaban asegurados.

A la zaga venían los ordeñadores. Traían sendos baldes de estaño y vestían amplios delantales de lienzo azul. Reemplazaban a los apoyadores al pie de las vacas, se sentaban en los banquillos de sauce que llevaban colgados a la altura de las nalgas, colocaban el balde entre las rodillas y ordeñando a dos manos, concluían en un periquete con la tarea que habían iniciado los terneros.

—Agarren de una vez al ladrón que va a *reventar,* —dijo alguien con voz de mando, refiriéndose a un ternero gordo y lustroso que después de secar bien las tetas de la madre, chupaba al azar las de otras vacas, aprovechando desperdicios o regalándose con el con-

tenido de alguna ubre llena cuando lograba burlar la vigilancia de los apoyadores.

—Venga preso, — dijo uno de éstos, enlazando el pescuezo del animalito con una *manea* de cuero crudo bien sobado.

—¡Dios libre y guarde! —rezongó por otro lado alguien que forcejeaba desde hacía rato con una vaca dura y mañera.— Con dos como ésta se me quiebran las muñecas.

—¡Cinche, compañero!... *Pa* eso nacimos pobres,— contestó el rengo Juan. Y dejando a medio ordeñar la vaca que traía entre manos, pasó a la inmediata.

—Empacho seguro, — dijo el apoyador que le daba mano, al soltar el ternero correspondiente.

—*Cayate, carnero refriao,* — replicó el otro con rabia.

—*Tá* bueno. —refunfuñó el primero,— siempre ha de cargar uno con culpas ajenas.

—¡Calmoso, Calmoso, Calmoso!... *¡Movete,* Calmoso!

—¡Veneno, Veneno, Veneno!...

—¡Pucha digo, Sinforoso, estas no son tetas, son espumaderas!... No *t'olvidés d'ensebar l'ubre d'esta* vaca, — decía otro.

—¡Lleno! — voceó alguien más allá, refiriéndose al tarro de transportar la leche que circulaba por el centro del galpón sobre una vagoneta Decauville.

Respondiendo al aviso acudió un chicuelo que jugaba en la parte de afuera del local y con gesto perezoso empujó la vagoneta hacia la cremería.

Una vez en ella, dos mocetones robustos se apoderaron del tarro, volcaron su contenido sobre un gran colador situado a nivel del piso, por donde la leche

se iba a los depósitos instalados en los sótanos del edificio, reemplazaron por otro el tarro que había traído la vagoneta y ensartando el tarro usado en un escobillón de cerda colocado verticalmente en el centro de una pileta, pusieron en movimiento el extraño mecanismo.

—¡Lindo *pa* fregarle la trompa a don Juan! — exclamó uno de ellos, refiriéndose al administrador, cuando resonaron en las paredes del tarro los arañazos de las cerdas del escobillón y los chorros de vapor que arrojaba el caño que le servía de eje.

Mientras tanto el muchacho volvía al tambo donde ya aguardaban algunos baldes de leche rebosando espuma y continuaba el monótono cantar de los apoyadores llamando a los terneros.

—Bolita, Bolita, Bolita...

—Fajado, Fajado, Fajado...

—A esta vaca le sobra un hijo, — observó el capataz.

—Mal haya, Pichincha, *¿tamien t'estas jaciendo* ladrón?

—La Paloma me llenó el balde. — dijo uno.

—Con cien como esa, patrón, no necesitaba más, — exclamó un vasco fornido, de cara jovial y mirada resuelta.

—*Pa* la falta que le hace, — retrucó el rengo Juan haciendo un gesto despectivo.

—*¡Rediez!*... No sé a qué nos daría de comer, entonces, — replicó el vasco en tono de reproche.

—Vaya uno a saber *pa* qué quieren la plata estos ricos, — gruñó el rengo.

La tarea tocaba a su término. Los bretes se habían vaciado de terneros y las ubres de leche; los ordeñadores lavaban los baldes en las piletas dispuestas en

las cabeceras del galpón y los apoyadores soltaban el ganado. Las vacas, impacientes, mientras les desprendían las cadenas del pescuezo, se tranquilizaban al verse libres y se alejaban con pausa, corneándose, rascándose o lamiéndose, según sus simpatías o su capricho, hasta que una vez fuera del local, los terneros las detenían para prenderse de nuevo a las tetas exhaustas, meneando alegremente el rabo.

Cuando el galpón quedó vacío de animales, se levantó el estiércol, utilizando al efecto una nueva zorrita que había reemplazado a la de acarrear la leche y después, con una manga de riego en cada extremo, el personal lavó escrupulosamente el piso.

—La *Patroncita* se peló la frente, — dijo un muchacho apoyador, refiriéndose a Jacqueline que venía al tambo con frecuencia a las horas de ordeñar.

—¡*Pa* la falta que hace! — exclamó otro.

—Esa no viene más que a *lechuciar*, — rezongó un tercero.

—Pero da gusto verla, —afirmó el primero que había hablado.

Y como en ese instante la viese aparecer en el patio, escoltada por el indio Merlo, añadió con alegría:

—¡*Mirála!* Ahí viene a jugar con los mamones.

—¡*Andá, alcagüete!* — contestó el otro.

Jac, como de costumbre, se apeó, entregó el caballo a Merlo, se apoderó de un canastito lleno de alfalfa tierna, que siempre estaba en la puerta del galpón y fue en busca de los terneros más chicos para ofrecerles aquella golosina. Pero al encontrarse con la casa vacía, no tuvo más remedio que conformarse, y aunque sin dejar de protestar por el inesperado contratiempo, fue a brindarle el regalo a su mimoso, un soberbio ternero nevado, fuerte de remos y ancho de

caderas que, a pesar de no tener sino algunos días de nacido, ya revelaba notables condiciones de reproductor. En atención a esa perspectiva promisoria, tanto él como la madre estaban sometidos a un régimen especial, permitiéndoseles pastar sobre las pelusas de gramilla que rodeaban los galpones.

Allí fue Jac a brindarle su obsequio; pero como el animal estaba harto de leche, la despreció.

Se empeñaba aún en convencerlo de que debía aceptar, cuando vino el capataz a anunciarle el nacimiento de las primeras crías Normandas.

—¡Mis vacas! — exclamó la joven batiendo palmas y siguiendo al capataz.

Embretados en el fondo de un galpón hallaron a los nuevos huéspedes con sus madres respectivas; pero a la inversa de lo que Jac esperaba, no le fueron simpáticos. Los halló ríspidos, no le agradó el pelaje que era atigrado, ni la mirada que era fiera, ni el gesto que era agresivo.

—¡Qué malos! — exclamó, después de intentar en vano acariciarles con su mano enguantada, que a la sola mención de introducirse por entre los palos del brete, provocaba el celo de las madres.

—Son más ariscos que los Suizos, — decía el capataz, tratando de sosegar a un machito bufador que había agarrado.

—¡Bah!... No pueden negar que son compatriotas míos, — contestó la joven volviéndoles la espalda.

Y melancólica, al recordar las campiñas del norte de Francia, de donde procedían aquellos animales, montó de nuevo a caballo y se dirigió a casa de la madre de Jorge que estaba indispuesta.

La señora vivía con su hijo en un pequeño pabellón construido para ellos en las proximidades de la

morada de Mauricio. Era una casita alegre, cubierta de enredaderas y rodeada de rosales que se alzaba sobre una colina verde al fondo de una calle de palmas.

Doña Eloísa la recibió en el dormitorio, reclinada en el canapé sobre el cual lucía, en gran formato, un viejo retrato de Mauricio.

—¿Cómo se explica que con una mañana tan hermosa no os acompañe el señor de Padura? — dijo la dama con su habitual dejo catalán, después de saludar afectuosamente a la recién llegada.

Esta se quejó de que Mauricio se tornaba muy perezoso y no había medio de arrancarle de su estufa durante las primeras horas de las mañanas invernales.

—Son los años, monina, luego de llegar a cierta edad nos acobarda el frío, — dijo la señora con indiferencia.

Pero Jac protestó, Mauricio no era viejo. Hasta le parecía mentira que tuviese la edad que él decía.

—Pues tened la certeza de que aún ha de ocultar sus años, — insistió la matrona, acentuando sus palabras con un gesto de inteligencia. Mas, como notase que desagradaba a la joven, añadió, mordiéndose los labios: — De todas maneras, que Dios os le conserve tan guapo y tan amoroso!

Y para no dejar traslucir su contrariedad, habló de modas.

Según ella, ya no venía nada nuevo de un tiempo a esa parte. Parecía como que se estuviese agotando la imaginación de los dibujantes y éstos recurriesen a copiar lo antiguo, estropeándolo en el afán de aparecer originales.

Jac no era de su parecer y echaba la culpa a la manera que tenían las mujeres de interpretar los figurines. A su juicio todas las modas eran bellas cuando

se las sabía adaptar y llevar con gracia. Era cuestión de proporciones, de dar con la armonía.

—Mis compatriotas llaman *chic* a ese arte, —dijo.— Es una quisicosa sutil, difícil de expresar en qué consiste; pero es el quid de la elegancia en el vestir, que tanto realza la belleza femenina.

—Nótase que sois parisiense hasta la médula, —respondió doña Eloísa.

—Sin duda, —replicó Jac,— es nuestro secreto y la defensa de nuestra fealdad.

—¡Queréis callar! — exclamó la de Llanos.

En ese momento entró Jorge. Venía a informarse de la salud de su madre y su presencia hizo cambiar de tema.

—Buenos días, señor, — dijo Jac en castellano, al retribuir el amable saludo del joven.

A Eloísa le chocó lo de señor y preguntó a Jac por qué no le llamaba sencillamente Jorge. Y al decir esto sonreía amorosamente a su hijo.

—Oh, no... puedo... Ese nombre tiene letras imposibles de pronunciar para mí, — exclamó la joven.

Jorge, galante, observó que no creía en esa disculpa, porque había advertido la sorprendente facilidad de Jac para los idiomas.

Esta protestó. Hacía más de un año que estaba allí y aún no podía con aquel nombre.

—Corque... Jorgue... Uf... *qu'elle horreur!* —Y soltó una franca carcajada que hacía rato retozaba en sus pupilas.

La de Llanos, al ver resaltar entre los labios rojos de la joven, dos hileras de dientes impecables, recordó su dentadura postiza, y, despechada, tildó aquella manera de reir; pero se guardó muy bien de decirlo y continuó ponderando a Jac, hablando de sus pro-

gresos en la música y en la pintura y de su buen gusto para vestir.

Bien se echaba de ver que se había ocupado de costuras; pero como en el acto advirtió que aquel recuerdo de sus malos tiempos, había contrariado mucho a la joven, para hacerse perdonar, añadió, dirigiéndose a Jorge:

—¿Has notado qué cabello más hermoso tiene esta chica?

—¡Pues no lo había de notar! — contestó aquél con su habitual vehemencia.

Entonces, Jac, so pretexto de agradecer la amabilidad, se quitó el *melón,* como ella llamaba al sombrero que se ponía habitualmente, durante sus paseos a caballo, se cuadró, saludó con gesto varonil, inclinándose profundamente y al hacerlo, enseñó la hermosa corona de sus cabellos.

—¡Valiente ofrecida! — pensó la de Llanos para su capote, — a ésta para verla desnuda, sólo habría que ponderarle el cuerpo.

Jorge, en cambio, estaba encantado y no se explicaba por qué Jac ocultaba aquel tesoro.

—Será pudor, — insinuó doña Eloísa con sorna.

Jac le echó una rápida mirada de soslayo y soltándose las trenzas con gracia y maestría, dijo, al mismo tiempo que aquéllas le caían hasta las corvas:

—Sería muy incómodo llevarlas siempre así.

La conversación continuó. Durante un buen rato aún, Jac se paseó por la habitación luciendo el pelo, hasta que, de pronto, se aburrió de la tertulia, miró la hora en la pulsera y se dispuso a marchar.

A *son petit loups,* como llamaba a su amante en la intimidad, le gustaban las golosinas y ella tenía empeño en darle gratas sorpresas. Aquel día se había

propuesto ofrecerle un flan bañado en crema de nuez y ya era hora de volverse para realizar su intento.

—¡Me voy, me voy! — decía estrechando apresuradamente la mano sedosa y llena de graciosos hoyuelos de la señora de Llanos.

Esta última a pesar de conocer el carácter irrevocable de las decisiones de la joven, pretendió detenerla; pero como no lo consiguió, le impuso la compañía de Jorge.

—Aun cuando la distancia es corta, el señor de Padura os verá con más gusto acompañada que sola, — dijo con velada ironía.

—¡Ah, bah! — exclamó la joven encogiéndose de hombros. Y encarándose con el retrato de Mauricio, añadió: — ¿Verdad que usted sabe bien que siempre me acompaña su cariño? — Después le tiró un beso a la estampa y salió riendo a carcajadas, seguida de Jorge.

Poco después, apostada detrás de una ventana, Eloísa los vio alejarse lentamente por la avenida de palmas, discurriendo con la sana ostentación de los que tienen la conciencia tranquila. Odiaba a Jac, pero en aquel momento la miraba con satisfacción, como le ocurría siempre que hallaba pretexto para juntarla con su hijo.

¡Aquella sí que era una pareja interesante, y no la que hacía la joven con Mauricio, un hombre ya de cincuenta años!... ¿Que el señor de Padura no representaba la edad que tenía?... ¡Bien lo sabía ella!... Pero en resumen, aquellos arrestos juveniles no podían ser sino aparentes: ¡el muy bellaco no había hecho más que correrla desde que la había conocido hasta la fecha!

Eloísa suspiró profundamente y una vez más volvió a la diaria caricia de sus recuerdos.

Se veía en su país natal, huyendo con su pequeño Jorge por una carretera que conducía a Barcelona. Hacía quince años. Era el día trágico del asesinato de su esposo, don Augusto Llanos y del incendio de la fábrica de paños que éste poseía a orillas del Llobregat.

Ya se había ocultado el sol. Alumbrado apenas por su rastro de colores, el paisaje se esfumaba a los lados de la carretera, y ésta, como una cinta blanca que hubiesen tendido en línea recta hacia el horizonte, parecía ascender sin interrupción, solitaria, larga, fatigante.

Detrás de ellos, el incendio crecía y sus resplandores, al reflejarse sobre el camino daban aspecto siniestro a sus propias sombras, mientras que el humo cruzaba el cielo y ponía como una faja de crespón en la agonía de la tarde.

Impresionada por la magnitud del desastre en que se veía envuelta y atemorizada por la proximidad de la noche que la sorprendía en aquella soledad, Eloísa empezó a sentir un profundo desaliento.

De pronto, cuando ya creía que iba a desfallecer, oyó el rumor de un vehículo que seguía sus pasos.

Era un carruaje de excursión, que después de avanzar rápidamente, se detuvo junto a ella para que el mayoral encendiera los faroles. En su interior, sólo había un pasajero. Animada por tan inesperada compañía, Eloísa reclamó el auxilio de los viajeros y como fuera solícitamente atendida, esa misma noche descansó con su hijo en un lujoso hotel de Barcelona.

El dueño del carruaje era Mauricio.

Huérfana y casada sin amor con un hombre de avanzada edad, enfrascado en los negocios y que sólo había pensado en hacerla madre, sin intentar siquiera hacerla su amante, en cuanto desapareció la mala impresión de los últimos sucesos de su vida, Eloísa se entregó a su salvador sin regateos, con todo el ardor de la mujer que ha llegado a la madurez sin haber amado. Desde entonces Mauricio no sólo fue su apoyo material y moral, fue también su pareja, su iniciador, el hombre que supo descorrer ante sus ojos ávidos, el velo que cubre los secretos atractivos de la vida y del amor.

Aquel encuentro providencial fue la satisfacción de dos pasiones idénticas, el choque violento de dos deseos análogos, la conjunción de dos temperamentos igualmente sensuales. Fue para él un nuevo día, el comienzo de una serie de impresiones que aún no había gustado, y, para ella, fue la realización de sus más altos ensueños: su apogeo.

Pero, ¡ay! él era muy joven aún para hacer un alto definitivo en su carrera galante, y aquel espléndido mediodía de Eloísa, pasó para ella como una ráfaga de luz.

El viajero, adormecido un instante entre sus brazos, en los cuales encontraba, aún después de saciado, las dulzuras que las madres reservan para sus hijos más tiernos, no tardó en despertar y en volver a su antigua vida de bohemio errante.

Al principio iba y venía, hería y curaba; a los dolores de la separación, oponía las voluptuosas expectativas del regreso y los goces materiales de la posesión; compensaba con apasionamiento refinado, las tristezas y los temores de la ausencia. Pero poco a

poco los períodos de separación se habían ido haciendo más largos y las estadas de Mauricio en Villa Elsa, que era el nombre del lugar donde se desarrollaba el intermitente idilio, cada vez más cortas, hasta que, por último, el viajero no volvió.

Con la separación final coincidió el descubrimiento que hizo Eloísa de su primera cana. Sonó para ella la hora de pasar, de renunciar a la vida de acción y de entrar en la pálida vida de los recuerdos. Pero como había empezado a vivir tan tarde, no se resignó y siguió clamando por las caricias de su amante.

—Ven, ven, — le escribía, — no desoigas mi llamado, no seas cruel. Piensa que la belleza de tu Elsa se va para no volver.

Y como Mauricio no había dejado jamás de contestar a sus cartas, ni de atender a sus necesidades personales y a las de su hijo Jorge, recluido en un buen internado de Barcelona, no desesperó, y el cubierto del ausente siguió figurando en la cabecera de la mesa.

Un buen día, cuando ya los otoños habían marchitado muchas veces las galas de la primavera y éstas habían vuelto muchas otras a reponerlas, Jorge, que ya era todo un hombre y supo que su protector se iba para América con ánimo de realizar alguna empresa de aliento, se propuso ser de la partida.

El joven quería mucho a Mauricio, y América lo tentaba.

Veía que en su país sobraba gente, que los casilleros estaban llenos y que los pocos que se vaciaban eran disputados por un hormiguero de competidores; se decidió y pidió a su protector que lo llevase consigo.

Mauricio accedió; lo hizo su secretario y poco a poco lo convirtió en auxiliar indispensable para sus empresas.

Eloísa, que no sólo había visto en todo aquello un buen porvenir para su hijo, sino también la manera de acercarse de nuevo a su antiguo amante, en cuya reciente actitud respecto de Jorge veía un homenaje al pasado, convencida de que Mauricio no se decidiría jamás a desprenderse de tan apreciado auxiliar, se resolvió a reclamar su puesto en aquel agradable Oasis que su hijo le describía con tanto calor, y jugando el todo por el todo, atravesó el océano en silencio.

Fue así, como una linda mañana de sol se apareció en el establecimiento.

Mauricio no la conoció.

Esta circunstancia desconcertante que desvirtuaba la escena que ella había previsto, casi la aleja de nuevo, tan en silencio como había venido.

¿A qué permanecer allí puesto que había cambiado tanto?

Sin embargo, como al fin fuera reconocida y Mauricio siempre galante y afectuoso, la tratara con cariño, se quedó.

Se quedó a pesar del secreto que él exigía respecto de sus amores pasados, en obsequio a Jorge, y a pesar también de haber observado que, desde el momento en que su amante la había reconocido, no cesaba de mirarse con disimulo en el espejo que adornaba la estufa.

Con todo, Eloísa no perdió la esperanza.

¿Cómo era posible que estando juntos, no volviese a vibrar aquel amor que en otro tiempo pareció llenar el mundo?

Se explicaba que Mauricio, en los albores de la vida, engañado por falsos mirajes, se hubiera apartado de ella para satisfacer curiosidades juveniles, arrastrado por ellas y por el anhelo insaciable de nuevas impresiones. Pero entonces, cuando ya debía de haber agotado los placeres y con su caudal de experiencia completo se había decidido a reposar de las fatigas del camino en aquel apartado rincón de la tierra, ¿no era el caso de volver los ojos hacia ella para hacerlo juntos, arrullados por el grato rumor de idénticos recuerdos?

Si no la había conocido, era sin duda porque venía demacrada, desmejorada por las emociones y por la fatiga del viaje.

Y cegada por aquellas ilusiones que tendían un piadoso velo sobre el cristal de su espejo, cubría de carmín las pálidas mejillas, acentuaba con el pincel la sombra de sus pestañas y borraba con arte las canas que plateaban sus cabellos, antes renegridos como el plumaje de un cuervo.

Pensó que pronto decaería para siempre el aspecto de gallardía y de juventud que aún conservaba su antiguo amante; que no tardaría en llegar la época de las tizanas y de los reumas, y entonces, ¿por qué no habría de recurrir a su vieja amiga, a la amante que más íntimamente le hiciera sentir, según propia declaración mil veces reiterada?

Pero este castillo de naipes se había venido al suelo repentinamente con la llegada de Jacqueline.

Aquella novedad inesperada fue la muerte definitiva de sus pretensiones.

—Este perrillo faldero ha deshecho todos mis planes, —pensó en el secreto de su conciencia.

¿Qué tienes, madre? — solía preguntar Jorge al verla transfigurada.

—Pues, nada, hijo mío, —contestaba Eloísa afectando la mayor indiferencia, — sin duda es la vejez que avanza.

—Para todos ha de llegar, — replicaba su hijo a guisa de consuelo.

—¡Bien lo sé, bien lo sé! — barbotaba animándose la buena señora, cuyas negras pupilas brillaban con fulgores extraños, nacidos en el fondo de su alma decepcionada.

Jorge tenía sólo veinticinco años, y Jac no alcanzaba a veinte. Ambos eran hermosos.

—¡Dios se encarga de mi venganza! — pensó aquel día, al ver desaparecer los jinetes en un recodo del camino.

CAPITULO IV

Era día de sol.

Bajo la sombra del viejo sauzal que se miraba en un embalse del arroyo de las Aguilas, Zenón y el indio Merlo, con otros peones, cuidaban los *asados* de varias vaquillonas carneadas con cuero.

Los fogones crepitaban alineados a lo largo de la orilla, las aguas reproducían los reflejos verdes del follaje y el rojo cabrilleo de las llamas, y, al remolinear sobre las brasas, la brisa elevaba graciosas volutas de humo que colgaban luego de las ramas como cortinados de tul.

En sentido contrario a la dirección del viento y dispuestas en forma de abanico, largas mesas improvisadas sobre caballetes, lucían ramos de flores y fuentes cargadas de frutas. Más allá, dentro de una glorieta espaciosa, cubierta de enredaderas, varios hombres ponían la mesa de honor para la gente de fuste.

Algo apartadas y disimuladas detrás de un grupo de arbustos, estaban bajo dos grandes carpas las cocinas y los menesteres de servicio. Mozos de hotel llevados al efecto, iban y venían en trajín constante y rumoroso. Las voces se mezclaban al ruido de la vajilla revuelta; el sonido metálico de los cubiertos, el trinar de las copas y en el interior de las carpas, la charla de los cocineros, alternaba con el repiqueteo de los cuchillos y con el áspero chillar de las frituras.

Zenón y los suyos mateaban alrededor del fuego, donde restos de achuras revolcados en la ceniza, revelaban que no habían perdido el tiempo mientras

los asados se doraban al calor uniforme y lento de las brasas.

—¿Vendrá Hueso? — preguntó Zenón interrumpiendo el prolongado silencio reinante.

Hueso era el apodo de don Brígido Martínez, alambrador, curandero, quinchador y sacamuelas del pago, oficio, este último, que le había valido el apodo y que realizaba con un instrumento casi prehistórico que llevaba siempre colgado del cinto dentro de una bolsita de piel de toro resobada y grasienta.

—El prometió venir, y el hombre no miente, — contestó sin vacilar el indio Merlo. Y como respuesta a estas palabras, la silueta de Hueso, jinete en un tubiano panzudo, surgió a la vera del sauzal.

—Buen día, don Merlo y *compaña*, — dijo, sofrenando al pie de un árbol.

—Bájese, — respondieron a un tiempo Zenón y Merlo.

El recién llegado se apeó, aseguró su caballo, se acercó a los fogones y agregó al ver los asados:

—Se ha carneado tierno y gordo.

—Regular, — repuso Merlo alcanzándole un mate. Y señalándole luego algunos *matambres* que había tirados sobre la gramilla, añadió: — Sin mandarlo, ¿quiere hacerse cargo de esos *asaos?*

—¿Y por qué no? Barco parado, no *jana* flete, dijera el galleguito de la cuchilla.

—¡*Aura* sí, me gusta la cosa!... De nó, íbamos a salir mal, porque la muchachada de hoy es *maturranga*, — sentenció Merlo, satisfecho por el asentimiento de don Brígido, que también tenía fama merecida en eso de asar con pelo. Luego añadió: — Mire que don Juan quiere hacer lucir el plato nacional.

—¿Quién?... ¿Don Juan Tussoni? ¡Vaya, vaya!... Lo que es por ese gringo, yo no daría ni una picadura de naco, — contestó Hueso.

—¿Y eso? — preguntó Merlo admirado.

—¡Déjeme!... Los otros días estaba alambrando, allá por la alfalfa, cuando cayó el hombre y mirando por arriba de los lentes, como para no gastar los vidrios, me mandó deshacer todo el trabajo.

—Por algo sería, don Brígido, — observó Zenón.

—¡Una miseria!... Apenitas una cuerpeada a un pozo, — repuso Hueso, remedando con un movimiento la figura que hacía el alambrado.

—¿Y cómo chamboneó tan feo? — preguntó Zenón, buscándole la lengua.

—¿Qué quiere, don?: al mejor canchero le falla un *pial*... ¡Pero, resbalón no es *cáida!* — replicó con viveza el viejo curandero.

—¡Bah! *Usté* se queja de mimoso, — arguyó Merlo.

—Me quejo de que el hombre sea tan corsario y amuele a los pobres *pa* quedar bien con los ricos. Acaso, *¿naides* iba a *cociar?* — añadió. — *Pá* ver la falla, había que llevar banderas y anteojito!

—*¡Pucha* que ha venido charlatán! — exclamó Merlo.

—*Pa* ahorrar los vintenes, que las palabras valen poco y a la lengua no le duelen los *güesos*. — Y riendo estruendosamente, desenfundó un frasco de caña y se lo alcanzó a Merlo.

Este paseó una mirada recelosa por su rededor y después de hacer unos cuantos gorgoritos, lo devolvió a su dueño, diciéndole bajo:

—Mire que el patrón no quiere ver caña en el establecimiento.

—*¡Pucha!...* Yo sin tabaco y sin caña, no sé ni caminar.

—Y con mucha caña, menos, — observó Zenón.

—*Dejuro,* será por las *misturas* de los pulperos, — sentenció Merlo, eructando con gravedad.

—Puede... pero ésta es superior. Yo *mesmo* la *truje* de lo del Vasco, que siempre tiene buenas bebidas. — Y volviéndose hacia Zenón le brindó el frasco: — ¿No bebe, don?...

Pero Zenón hizo que no con la cabeza, sin despegar los labios.

—Mire que a prenda que no se ventila, pronto le *dentra* la polilla, — insistió el curandero con expresión burlona.

Zenón sonrió y al ver que se acercaba la tía Juana, abrumada por el peso de sus pulpas, dijo a Hueso:

—Ahí tiene con quien paliquear.

La vieja morena venía perpleja. Había hecho una montaña de pasteles y no sabía cómo hacer para freírlos a un tiempo.

—Vaya *friturándolos dende aura,* tía Juana, — aconsejó el alambrador tomando personería en el asunto. Y aludiendo a la obesidad de la recién llegada, añadió: — ¡Ni que fuera a faltarle grasa!

—¡Tengo, y de chancho! — retrucó la morena; — pero temo que se me vayan a enfriar... ¿Sabe?... Corre mucho aire en la carpa.

—¿Y eso, qué?... Métale sartén no más, que aunque se enfríen, ya verá cómo se los recalentamos en el buche, — insistió Hueso.

—¡Yo no hablo de ustedes! — dijo la negra vieja encogiéndose de hombros y haciendo un mohín despectivo; — hablo de los patrones y de la gente fina.

Quiero mostrarle a la francesa que aquí sabemos golpear la masa.

—Vamos, vamos, tía Juana; trate de hojaldrar bien sus pasteles y déjese de charlar tanto, — refunfuñó Zenón, levantándose para remover las brasas de su fogón con una vara de ceibo.

—¡Pues no!... ¿Por qué me he de callar?... ¿O ahora me va a decir que esa mocosa sabe más de cocina que yo? — replicó la morena malhumorada.

—Tenga *pacencia,* tía Juana. Hoy es el santo de la *patroncita* y hay que festejarla a gusto. Si ella la echó de las casas, ya el patrón la remedió dándole otra colocación, — dijo Merlo haciendo una guiñada a don Brígido.

—¡Me echó, me echó! — dijo la morena mirando de soslayo a su contradictor, — esa no es manera de hablar a la gente, don Merlo. A mí me despidieron... ¿Sabe?... Así dicen las personas educadas. Y por último... ¡qué se me importa!... Lo que hay de cierto, es que yo no le quise aguantar pulgas... ¿Sabe? ¡Más miserable la francesa!... ¡Hasta el pan lo daba con medida!... ¡Pchs! ¡Qué asco! — Y haciendo un gesto de desprecio, escupió por el colmillo.

—No se pase al patio, que va a pisar los pollos, — apuntó Hueso.

—¿Y a mí qué se me importa? — retrucó la negra en tren de desahogarse. — ¿Acaso soy yo sola la que habla *ansina?* Oigan a María la jorobada... la estuvo gritando una hora seguida y después casi la castiga... Y todo, ¿por qué? Pues, admírese, don Brígido, usted que es hombre de experiencia: porque el faldero mimoso que tiene, hizo aguas sobre un vestido... ¡Vea qué razón esa *pa* destratar a la gente!

—¿Y cómo a Pispeta la trata tan bien? — observó Merlo por el placer de contradecir a la morena.

—¡Pispeta! ¡Pispeta!... Cuando se tienen lindos ojos, se pasa siempre bien donde hay hombres *tentaos*... de la risa, — dijo la mujer, agregando una mueca maliciosa.

—¿*Aura* va a murmurar del patrón? —preguntó Merlo, con aparente asombro.

—¡Dios me libre!... pero soy demasiado veterana *pa* no saber que la carne tira al hueso... Y *pa* mi gusto, Pispeta es más linda que la francesa, — añadió en voz baja, mientras movía expresivamente los ojos.

—Está loca, esta morena, — exclamó Merlo, — ¡mire que comparar la hija del napolitano Luchardo, con la *pátroncita*, que parece una estampa de esas que vienen en los libros!

—¡Mirá qué gracia! — replicó Juana con viveza, — Pispeta es una desgreñada, y la otra está todo el día delante del espejo, seguramente *pa* que don Jorge la halle linda.

—¡Mire, tía Juana, — dijo Zenón en ese instante, poniéndose de pie; — ya es tiempo de que vaya a cumplir su obligación.

—No se enoje, don Zenón. ¿No ve que es broma? — repuso la vieja comadre jugándole risa. Pero al notar la cara de pocos amigos que el hombre había puesto, juzgó prudente marcharse para la carpa.

—¡Vea qué lengua tiene esta morena! — dijo Merlo a don Brígido, cuando la morena se alejaba al compás de sus chancletas.

—¿Y no habrá visto algo *pa* hablar *ansina?* — preguntó el curandero, estirando con el índice el párpado inferior del ojo derecho. — Porque cuando el arroyo roncá en el tajamar, es que ha llovido *juerte.*

—¡Ni se le ponga! — exclamó Merlo con sincera indignación; — son maldades de la morena que está resentida.

—¿Y usted qué piensa? — preguntó Hueso a Zenón.

—Que será mejor atender los *asaos*, — repuso con autoridad el hombre de confianza del patrón.

En ese momento se vio a lo lejos dos Vis a Vis que avanzaban por el camino, al trote de soberbios troncos Hackney.

Eran los amos y sus invitados que emprendían la visita del establecimiento.

—Milagro no van en las máquinas, — dijo Hueso con extrañeza.

—Será por *dir* más despacio, *pa* ver mejor, — arriesgó Merlo.

—El patrón quiere llevarlos hasta el Mangrullo por el paso de la Laguna y los autos no pueden *bandiar* la picada, — agregó Zenón, disponiéndose a montar a caballo para unirse a la comitiva.

—¿Apuramos los *asaos?* — preguntó Merlo.

—No, — repuso Zenón ya a caballo. — Conforme se vayan asando, los retiran del fuego *pa* fiambre, y van arrimando los que empezó don Brígido, *pa* los *que* quieran comer caliente; — y picando su montura, siguió el rumbo de los patrones.

Mauricio no había divulgado la importancia de las obras realizadas en el Oasis. Aún entre sus amigos íntimos, eran pocos los que las conocían.

—¿Qué fabricas por el valle de las Aguilas? — solían preguntarle.

—Nada de extraordinario, — contestaba invariablemente.

Pero ya le parecía que el Oasis estaba presentable y con motivo del cumpleaños de Jac, había invitado al grupo de sus íntimos a pasar allí unos días.

De la célebre cuadrilla que en la niñez había toreado carneros y más tarde cornúpetos de mayor calibre, sólo unos cuantos conservaban la coleta. Jacob Skien era uno de ellos. Crítico de talento y espíritu chispeante, pero excesivamente sensual, utilizaba su musa en menesteres de Celestina para la conquista de princesas de opereta y estrellas de café-concierto, cuyos favores no podía obtener por dinero, por la sencilla razón de que no lo tenía. Amaba la buena mesa y aunque era un gran trabajador, se abandonaba fácilmente a los encantos de la vida muelle. De él decía el doctor Oviedo, parásito del grupo que explotaba su calidad de condiscípulo de Mauricio para vivir a sus expensas:

—Este bueno de Jacobo, no puede vivir sino entre plumas.

Lo mismo hubiera podido decirse de Gerardo González, el Benjamín de la tribu, rico, solterón y bailarín infatigable que, como Skien de la Crítica, hacía del baile su arma predilecta de conquista, aunque disponía de la más eficaz de todas las armas, dada la especialidad femenina de sus preferencias. Gerardo observaba cuidadosamente, en sus relaciones con el otro sexo, la máxima de los patinadores: — *"Glissez, mortels; n'appuyez pas!* — y procuraba que murieran como nacían, al compás de la danza.

Tanto él como su inseparable Rogelio Huertas, el sanchesco Rogelio, como lo llamaban en el grupo, profesaban el santo temor de las caídas sentimentales.

Eran dos coleccionistas de recuerdos de alcoba y disputaban con ardor sobre el número y la calidad de sus ejemplares.

—Este anda recién por las cuatrocientas, — decía Gerardo con tono de marcada superioridad, afirmando que él había alcanzado ya las seiscientas.

Huertas contestaba con mucho aplomo:

—Cantidad, a expensas de calidad.

Cuando así hablaban, Juan Carlos Márquez, el más viejo de la banda, intervenía y preguntaba con sorpresa, cómo habían podido tratar íntimamente a tantas mujeres sin enamorarse de alguna de ellas.

Huertas contestaba con lógica que para contentar a todas, había que conservar la independencia más absoluta y no estar sometido a la voluntad o al capricho de una sola.

Pero Márquez no se convencía de las excelencias del sistema.

Juan Carlos Márquez era un hombre de estirpe. Reveses de fortuna de sus mayores, le habían obligado a trabajar para vivir, desde muy joven. Luchando con tesón, se había hecho abogado y como abogado se había hecho rico. Pero a pesar de haberse sabido ganar una pequeña fortuna, no llegó a mercantilizarse y conservó intactos el don de gastar y el placer de dar, don y placer que poseía en alto grado, aún con riesgo de sus intereses y que ponía un sello elegante y prestigioso en todos los actos de su vida. Noble, ambicioso e impaciente por temperamento, y quizá por haber vislumbrado alguna amenaza de muerte prematura en el fondo de su precario organismo, se apresuraba a gustar de los placeres que estaban al alcance de sus fuerzas. Muy joven aún, había formado fami-

lia y allá a mitad de la vida, cuando vio consolidada su situación pecuniaria se jugó una carta a la política, animado del propósito de sobrevivirse y ensanchar su esfera de acción hacia lo bueno y lo bello. Pero, si bien había llegado a alcanzar un lugar prominente en aquella tentativa generosa, como todas las suyas, no tuvo la suerte de realizar la totalidad de sus ambiciones y era, precisamente, en la gallardía con que sobrellevaba su relativa derrota, donde más aparecía el hombre equilibrado y el caballero.

Su amistad con Mauricio no era muy antigua. Databa de la época en que éste hiciera su fugaz incursión por la política; pero, en cambio, era muy estrecha por la concordancia de gustos, aficiones y sentimientos.

En esa misma época y a la zaga de Márquez, se había incorporado a la cuadrilla Dardo Lacerda, camarada irremplazable, hombre de garra para los negocios, de genio alegre y decidor, siempre dispuesto a tomar las cosas por el lado amable, interesado, sólo para tener los medios de ser brillante, romántico, a pesar de ser hombre de negocios y poco sensible aunque se preciaba de tierno.

Lacerda tenía gran predicamento con Mauricio. Era su compañero más asiduo, su apoderado en Montevideo y el causante ocasional de sus relaciones con Jacqueline.

Aquel día fue el primero que saltó del expreso que los trajo al Oasis.

—*Comment ça va, monsieur Maurice? Madame Jacqueline est bien?*

Detrás de él asomó Juan Carlos sus cuidadas barbas que ya empezaban a encanecer.

—¿Cómo está, mi amigo don Mauricio? — preguntó amable, sin desatender la descarga de su abundante y complicado equipaje de enfermo previsor.

—No soy yo quién ha de cargar con él, — decía a modo de excusa, cuando alguien le criticaba su enorme impedimenta.

Lacerda anunció después a Gerardo González y a Rogelio Huertas:

—El primero, por variar, — dijo, — no ha dormido en toda la noche, y el segundo, ¡siempre tan observador!

En efecto, Gerardo venía muy pálido, pero contento de ver el sol de la mañana, cosa que no le ocurría con frecuencia.

—¿Cómo va ese baile? — le preguntó Mauricio al saludarlo.

—¡Estoy harto, che... harto! ¡Me voy a quedar un mes aquí!

—¡Hum! — exclamó con sordina Rogelio Huertas, asomando su fisonomía inteligente y plácida por una ventanilla. — No creo una palabra.

—Ni yo tampoco, — añadió Jacobo Skien, llenando la plataforma del vagón con su presencia.

—¿Qué dice el gran periodista? — exclamó Mauricio con alegría.

—Te felicita por el sitio que has elegido para echar los cimientos de tu estatua.

—En todo caso será un casal de estatúas, — observó Lacerda.

—Con toda seguridad, — afirmó Gerardo, emprendiéndola con Mauricio. — *Mirá* que te pierdes, — le decía, — vas a caer en las mismas del pobre Romarate, que plantó un rosal con Ritou para cultivarlo

juntos hasta que diera las primeras flores, y ¡ahora acaban de plantar un roble!

—No hay barco que no eche anclas, — contestó Mauricio; — ya caerás tú también.

—*¡Vade retro! ¡Vade retro!* — repitió Gerardo con fingido espanto.

En los autos, que aguardaban bajo presión, emprendieron la marcha y momentos después tomaban el desayuno en el comedor de verano.

Mauricio habló entonces de dejarlos descansar hasta la hora del almuerzo; pero como habían realizado el viaje con toda comodidad, todos prefirieron no demorar más la visita del establecimiento.

Gerardo hablaba de ir a caballo; Juan Carlos se rehusaba a abandonar los autos, pero la aparición de dos Vis a Vis a cuatro caballos, puso término a la discusión.

Las señoras estaban ya instaladas en los carruajes y Mauricio las presentó a aquellos de sus amigos que aún no las conocían, emprendiéndose en seguida la marcha.

Adelante, en un pequeño *tonneau* tirado por un poney vivaracho y trotador, iban los agrónomos del establecimiento, Eduardo Granier y Otto Rasker.

Lo primero que se visitó fue el parque. Se admiraron sus amplias avenidas, sus vastas pelusas de gramilla, plantadas de árboles exóticos, bajo cuya sombra pastaban ciervos y venados.

Gerardo recordó algunos nombres de parques ingleses.

Al llegar al lago, a cuya superficie tersa y bruñida como acero, formaban espléndido marco los pinares que ascendían por los flancos de la sierra, Lacerda recordó, a su vez, varios nombres de parques franceses.

—Bueno. Entonces, les voy a mostrar otra cosa, — dijo Mauricio, guiándoles hacia un bosque de laureles que crecía en la falda de la sierra, cobijando con su sombra una gruta natural, entre cuyos peñascos abruptos se multiplicaban los helechos, regados por un hilo de agua que caía de la cumbre.

—¿Y esto qué les recuerda ?— preguntó.

—Esto lo recordaremos como cosa nuestra siempre que quieran enseñarnos algo hermoso, — dijo Juan Carlos.

De allí pasaron al viñedo, y mientras iban hacia la carretera central, recorrieron algunas de sus secciones.

Después siguieron hacia el campo.

Fuera ya de la región cultivada, se dirigieron al paso de la Laguna para poder vadear el arroyo y subir luego al cerro Mangrullo, el más alto del lugar y que se elevaba en la margen opuesta.

En el paso los aguardaba Oviedo, concluyendo de instalar en lugar estratégico su viejo aparato panorámico.

Lacerda, que fue el primero que lo vio, dio el alerta a voces y empezó a retocarse las patillas y a enderezar las alas de su Edmond Rostand. Gerardo se atusó el bigote. Sólo la viuda de Llanos protestó por aquella alevosía del fotógrafo.

—Las señoras, — decía, — no salen nunca bien al aire libre.

Huertas recordó que aquella era la manía más vieja del viejo Oviedo.

—¡Figúrense ustedes que guarda una colección de retratos de personas con jaqueca!...

—¡Horror! — exclamó Juan Carlos, que padecía de ese mal.

Los carruajes se habían detenido en el mismo medio del paso, ancho gajo del arroyo, rodeado de boscaje, frondoso que se reflejaba en el agua.

Cuando el fotógrafo iba a marcar, el cadenero de uno de los coches, tordillo claro de gran alzada, levantó la cabeza, paró las orejas y empezó a manotear salpicando los asientos del carruaje vecino.

Esto motivó un coro de protestas. Pero como el dispositivo instantáneo de la panorámica no era bastante rápido, el operador hubo de reclamar mayor compostura.

—¿Hemos de dejarnos mojar? — alegaba la viuda de Llanos defendiendo el rostro con la sombrilla.

A lo que Juan Carlos contestaba amablemente: — ¡Por Dios, señora, que va usted a salir engestada!

—No me desnaturalices la vista, — suplicaba Oviedo, dirigiéndose a Gerardo que adoptaba actitudes extravagantes.

—¿Todavía estamos en esas? — protestaba Lacerda, cansado de cuidar la postura.

—Tengan paciencia. Vean que el aparato es de la época en que su dueño tenía pelo, — dijo Skien, desafiando la cólera de Oviedo.

—Es que hasta los caballos se impacientan, — recalcó Gerardo.

Pero Oviedo, enamorado del asunto, siguió impertérrito su tarea y no les dejó continuar la marcha hasta después de impresionar media docena de placas.

—¡Por fin! — exclamó Juan Carlos, a quien molestaba mucho el sol.

—¡Ingratos! — dijo Oviedo, cuando los carruajes salían del paso.

Y la *cuadrilla* coreó con una gran rechifla el apóstrofe de su encarnizado victimario.

Antes de llegar a la cumbre del Mangrullo, hubo que hacer varios altos para dar breves descansos a los caballos, los que, a pesar de ir lentamente y en zig-zag, se fatigaban pronto.

Los agrónomos aprovechaban estos altos para hacer notar los varios aspectos de los cultivos, su prolijidad, el escrupuloso trazado de los montes frutales, y la belleza del paisaje.

Casi todos les oían con agrado, o cuando menos con benevolencia, pero Gerardo, siempre burlón, les envenenaba la fiesta haciendo como que confundía las coles con lechugas y los perales con manzanos.

Al principio, Granier que no le conocía, rectificaba cortésmente estos errores; pero como Gerardo, frente a un alfalfal interrogase muy serio: —¿Quién se come tanto berro?, — el francés se quedó sin habla, dando así lugar a que el rubicundo Her Rasker contestase por él, entre inocente y socarrón: — Las *pestias*.

Gerardo miró al teutón con ganas de decirle una barbaridad; pero Skien acudió afortunadamente al quite. Lo de las bestias era sin duda para despistar.

Se había llegado a lo alto del cerro. El Oasis, encerrado en el fondo del valle de las Aguilas, resplandecía lleno de vida y animación, y a su rededor, tendidas hasta el horizonte lejano, ondulaban las cuchillas desiertas, monótonas y melancólicas.

—Hace diez años, no había aquí más habitaciones que la vieja casa de los Padura y los ranchos de don Matías, — dijo Mauricio, sin ocultar su satisfacción.

—¡Cómo te divertirías! — exclamó Gerardo incorregible.

—Quizá más que ahora, — agregó Skien.

—*L'esperance est plus vraie que le bonheur,* — dijo Mauricio atribuyendo la frase a Lamartine.

—No recuerdo si fue Lamartine o Confucio quien dijo eso; pero no hay duda de que se goza más con el deseo que con la posesión, — insistió Jacobo Skien en serio.

—¡Cómo habrás gozado entonces con Carina, — dijo Gerardo, refiriéndose a una saltimbanqui, de quien Jacobo no había podido obtener el más mínimo favor, a pesar de haberla comparado en sus crónicas con todas las diosas del Olimpo.

—Jacobo habló como filósofo, — apuntó Juan Carlos, — como conquistador, su goce supremo, no es desear, ni poseer, sino contar el cuento... o escribirlo.

Mauricio creía ya frustrado su golpe de efecto, dado el giro que tomaba la conversación; pero, Juan Carlos, que hacía rato admiraba el contraste que su amigo quería hacer resaltar, preguntó, dirigiéndose a él.

—¿Y será éste el modelo de nuestra futura evolución rural?

—*That is the question,* — contestó Mauricio, haciendo un gesto que representaba una interrogación. —He querido agrupar todos los modelos en uno, —añadió— pero, aún no puedo afirmar nada.

—¿Por qué no ha incluido la manipulación de la carne? — preguntó Juan Carlos con interés.

—¡Era mucho para uno solo! —contestó Mauricio.— Además, para venderle carne a Europa, hay que ser inglés o norteamericano. Nosotros somos muy chicos para que nos abran las puertas del mercado universal. En eso, como en muchas otras cosas, tendremos que esperar a que los dueños del mundo ven-

gan a explotar el filón, para seguirlos nosotros a la zaga.

—Tiene razón mi amigo, — agregó Juan Carlos. — De todas maneras, puede estar satisfecho de su obra.

Mauricio esperaba que aquello llegaría a ser algo con el tiempo, aun cuando por el momento, no fuera más que una tentativa generosa, un niño hermoso que aún no podía valerse y ganarse la vida.

—Tal vez, lo mime demasiado, *monsieur Maurice,* — apuntó Lacerda.

—¡Eso, eso! — exclamó Tussoni, que no concebía que se diese el trato regalado que se daba al personal.

—Desde luego que, sólo para ganar dinero, no necesitaba haber hecho nada de esto; ni siquiera preocuparme de variar los procedimientos empleados por mis antepasados, — observó Mauricio, — pero, ya que intento el estudio de fórmulas nuevas para intensificar la producción del suelo, y dar tarea al mayor número posible de los desocupados que pululan en nuestra campaña, no puedo prescindir de su interés.

—¡Hum!... sentimentalismo *habemus,* — reconvino Juan Carlos.

—¿Verdad que sí? — se apresuró a decir Tussoni.

—¿Y por qué no decir previsión? — repuso Mauricio en serio. — ¿No creen ustedes que ha penetrado ya mucha luz en las conciencias para que los más se resignen a servir indefinidamente a los menos?

—Don Mauricio se ha pasado, — afirmó Huertas.

—Teoría pura, — observó Skien, y señaló con un gesto amplio la enorme extensión de tierra que Mauricio poseía en la región.

—Ni teórica, ni prácticamente, — contestó riendo el aludido. — Hay que ser conservador, mientras el

dinero sea una fuerza; pero hay que prever y evolucionar; acompañar el movimiento a fin de quitar violencia a los choques que se producen periódicamente.

Hubo un silencio breve al que Lacerda puso término con un suspiro cómico.

—Entretanto, vamos viviendo, — dijo entre la risa general.

—Sobre todo, vamos andando, — añadió Mauricio, al ver que era imposible hablar en serio.

El tiempo volaba y aún faltaban por llenar varios números del programa.

La visita de la cabaña, era un punto de los más importantes; pero como Mauricio sabía que entre sus amigos no había ningún aficionado a la ganadería, dejó la cabaña para otra vez y les llevó al haras, para mostrarles el pabellón que ocupaba *Bois-Doré.*

Se componía el tal pabellón de un picadero central rodeado de cuatro espacios separados: uno para comer, otro para dormir, otra para duchar y limpiar al pupilo y el cuarto para guardar las mantas y los arneses.

—Hall, comedor, dormitorio, ropería y cuarto de baño, — dijo Skien.

—Así se puede ser caballo, — agregó Huertas, mientras admiraba los retratos y diplomas de *Bois-Doré,* que adornaban el picadero.

—¿Y las crías justifican la preocupación que inspira esta persona? — preguntó Juan Carlos, al advertir que las paredes estaban tapizadas de corcho.

—Eso lo podrán ver en seguida, — contestó Mauricio guiándolos hacia un picadero más amplio para que presenciasen el desfile del brillante escuadrón de potrillos hijos de *Bois-Doré.*

Jacobo Skien, que era de línea, se entusiasmó en el acto, y con gran regocijo del dueño de casa, hizo detener la columna más de una vez para llamar la atención sobre las formas de algunos animales sobresalientes.

—¡Miren qué remos, qué cuello, qué amplitud de pecho y qué rectitud de lomo! ¡Este es toda una promesa! — exclamó entusiasmado ante uno de los potrillos que se cuadró en la pista.

—Número veinticinco, sin bautizar aún, — dijo Mauricio.

—Voy a anotar el número, para ver si tengo buen ojo, — contestó Jacobo.

Juan Carlos, que se había criado en una estancia montada a la antigua, y que tenía apego a las costumbres camperas, declaró que sólo le gustaban las carreras criollas, por ser las más pintorescas.

—¿Quieren presenciar una? — preguntó Mauricio.

Y como la respuesta fuera afirmativa, se dirigieron todos hacia la pista de varear que estaba cerca.

Los peones tenían organizada una *polla*, a la que Mauricio había dado cierta importancia, regalando como premio un potrillo media sangre muy codiciado por el personal de a caballo. La prueba había despertado vivo interés en el Oasis y la cancha estaba muy concurrida cuando llegaron los visitantes.

—¿No haces correr tu zaino? — preguntó Mauricio a su ahijado Fausto Peralta, puestero de la Ternera, una de las estancias que rodeaban el Oasis.

—No, señor, no galopa, — contestó el tal, un indio joven y bien plantado que merecía los honores de la reproducción en bronce. Y como en ese instante llegara Zenón montado en un tostado de buena lámina,

aunque ya rocín, Mauricio se lo ofreció a Peralta para que tentase fortuna con él, si lo admitían en la polla.

—¿No irá a rodar? — preguntó Fausto con desconfianza, después de echarle al tostado una mirada de experto.

—¡Qué ha de rodar! —contestó Mauricio, poniéndose al diapasón de su interlocutor. — Es de fierro. *¡Calentale las macetas y después correlos de atrás*, que con seguridad sobre la raya los *hacés comer cola!*

—*¡Fregaos!* — murmuró el capataz de las caballerizas. — El patrón le ha *dao* su caballo viejo al *ahijao* y no habrá sido al *ñudo.*

Peralta obtuvo el asentimiento de los demás corredores anotados anticipadamente y se dispuso a tomar participación en la carrera.

Poco a poco, la caballada fue entrando en la pista, círculo de mil quinientos metros, que debía recorrerse totalmente.

Los corredores fueron apareciendo montados en pelo o con uno o más cojinillos, según su peso; pero todos curiosamente ataviados. Este traía una vincha en la frente; aquél se había armado de dos rebenques por la dudas; otro se había cruzado, a guisa de distintivo, un pañuelo de colores vistosos a media espalda. El tuerto Venancio, que era peón de tropa y creía que su potranca zaina era el fruto de una aventura de Audaz, uno de los padrillos de la casa y de una yegua vieja que el hombre tenía de piquete en la puerta de su rancho, tomaba la cosa en serio y preparaba su pingo como para un clásico. Hacía contínuas partidas al tranco y a media carrera y luego desmontaba y regresaba lentamente, abrazado a las cruces de su yegüita y azotándole con suavidad la paleta del lado de enlazar.

—¡Qué cachaza! — decía Gerardo.

—Por eso, esa gente no llega nunca a nada, — añadía Jac impaciente.

Peralta, por su parte, sujetándose a las intrucciones que le había dado Mauricio, trataba de ablandar las coyunturas de su caballo y al efecto, daba largas partidas con la demora consiguiente. Como era más corpulento que los demás, para rebajar su peso se había quitado casi toda la ropa y las botas, presentándose en camiseta, bombachas y medias de mujer que le subían hasta la rodilla.

Entre el público alineado a ambos lados de la pista se cruzaban apuestas.

Skien, que no podía contener los impulsos de su sangre torera, había tomado datos, y a pesar de su invariable infortunio en el juego, trataba de hacer caer a Gerardo con una parada de importancia; pero como éste no le llevara el apunte, aceptó una modesta apuesta de Lacerda, que sin ser aficionado, no desdeñaba condimentar todas las cosas con algún estimulante.

Juan Carlos, por su parte, se jugó una montaña de bombones con Jac, tomando *el campo* ofrecido por ésta con el caballo que montaba Peralta; y, la señora de Llanos, enamorada de los arrestos juveniles de la yegüita de Venancio, apostó a su favor contra Rogelio Huertas.

Por fin se iniciaron *las obligadas*. Los abanderados ocuparon sus puestos y tras varias partidas falsas del pelotón, capitaneado siempre por la yegüita de Venancio, largaron la carrera y jinetes y caballos salieron en tropel, envueltos en una nube de polvo.

—¡Cómo!... ¿Mi caballo va a perder? — le preguntó Jac a Mauricio, sin poder disimular su descon-

suelo, cuando se hubo disipado la polvareda y vio que Peralta galopaba último, como despedido del grupo.

Mauricio la tranquilizó con el gesto, seguro de que su favorito entraría en juego oportunamente. — ¡Ya verás! — le decía, — ¡ya verás!

En ese momento, empezó a entrar en carrera el tostado, y a pasar a sus rivales hasta colocarse tercero, como si se dispusiese a vigilar la lucha entablada entre la yegua de Venancio y el overo del capataz, que llevaba una carga formidable.

—¡No va a tener tiempo! — gemía Jac, pellizcando el brazo de Mauricio sin saber lo que hacía, al ver que los caballos se acercaban al último codo sin haber cambiado de colocación.

—¡Ahora verán! — gritó Mauricio, notando que su tostado viejo acometía con el impulso final que tan célebre lo había hecho en sus buenos tiempos.

Entretanto, la lucha continuaba y los pronósticos también.

—¡El overo! ¡El overo!

—¡La yegua! ¡La yegua!

—¡El overo!

—¡El indio toda la vida! — gritó Mauricio otra vez, al ver que el tostado ganaba terreno en cada brazada.

El entusiasmo y los gritos continuaron estimulados por lo disputada que iba resultando la prueba, mientras los caballos recorrían la última etapa, hostigados por la espuela y el rebenque, hasta que, al fin, sostenido por su calidad, y a pesar de sus años, el tostado viejo logró salvar la raya con medio cuerpo de ventaja sobre sus rivales.

—¡Cómo se aprovechan las fuerzas cuando se cuenta con la experiencia! — exclamó Mauricio, dirigiéndose a Gerardo, mientras los demás aplaudían tan

alegres y excitados, como si hubieran asistido a un gran premio de Longchamps o del Derby.

Mauricio bajó del carruaje y se dirigió al encuentro de los corredores.

—Ya lo sabía, — musitó el capataz al pasar cerca de él.

—Bueno, bueno, — dijo el aludido, — no tendrían derecho de quejarse, porque la cosa ha sido peleada, pero no quiero que haya descontentos. El premio es para el que llegó segundo y yo compènsaré la monta de mi crédito. Y acercándose a Fausto, le deslizó algunos billetes que éste hizo desaparecer en el bolsillo de la bombacha, sin agradecerlos siquiera.

—Decididamente, éste es el país de los idilios, — murmuró Gerardo al ver a Mauricio y a Jac abrazados y acariciando al caballo vencedor.

—Plena égloga, — añadió Skien.

—Eso de égloga, merece una libación... Ché, Mauricio, ¿no sería hora de tomar un cocktail? — exclamó Lacerda que era el hombre de las iniciativas.

—¡Sí, hombre, vengan copas! — contestó el interpelado.

Y todos, de acuerdo, se dirigieron al sauzal.

El sauzal parecía una romería.

Diseminado por la orilla del arroyo o agrupado alrededor de los fogones, el personal del Oasis aguardaba hacía largo rato.

La llegada del patrón y su comitiva determinó un movimiento general de atención y curiosidad. Los hombres se quitaron el sombrero, las mujeres compusieron su tocado; los que estaban echados o sentados

se pusieron de pie, sacudiéndose las polleras o estirándose los pantalones, y, poco a poco, venciendo la cortedad, fueron acercándose a los recién venidos, hasta formarles un semicírculo a respetable distancia.

La banda de música organizada por el mecánico Ludovico Chaff, rompió a tocar La Marsellesa y un grupo de niñas vestidas con los colores de Francia, cantó algunas de sus estrofas.

Todos aplaudieron con entusiasmo, mientras Jac, sorprendida y sin acertar con la actitud conveniente a la circunstancia, al sentirse blanco de todas las miradas, se estrechó contra Mauricio cohibida y avergonzada.

—No hay que hacer, Mauricio está perdido, — dijo Gerardo por lo bajo a doña Eloísa, que daba visibles señales de impaciencia.

—¿Cree usted, por ventura, que el señor de Padura sea capaz de amar en serio? — preguntó la matrona, con dejo irónico...

—¿Puede haber la menor duda? — insistió Gerardo.

—¡Qué mal conocéis a vuestro amigo!, — repuso ella. — Ama tanto en general, que ya no le queda corazón para amar a nadie en particular.

—Pero, señora, ¿a qué haría entonces tantos arrumacos? — preguntó Gerardo.

—Porque es cruel. Quiere que se le extrañe toda la vida, — contestó la de Llanos con amargura.

Gerardo que conocía las relaciones de Mauricio con aquella mujer, tentado estuvo de provocar sus confidencias para reírse; pero, en el temor de que el sainete pudiera trocarse en drama, prefirió cambiar de tema.

La banda de música atacó entonces otros números, empezaron a circular los aperitivos, y Jac, repuesta de su sorpresa, tomó en brazos a la más pequeña de las coristas y la cubrió de besos.

En seguida invitó Mauricio a ocupar los asientos señalados de antemano en torno de las mesas. En la glorieta, además de los dueños de casa y de sus huéspedes, se instaló todo el estado mayor del establecimiento acompañado de sus respectivas familias: el administrador Juan Tussoni, seco y árido como los números, con su esposa y su hija Ernestina, ambas a cual más fresca y abundante; el rubicundo agrónomo Otto Rasker y su mujer, que parecían recién desprendidos de una tela de Rubens; don Cosme Comellas, su hija Josefina y el arboricultor Eduardo Granier, singular trilogía de flacos; el pequeño Lauro Casares, gordete, petizo y blando como un almohadón de plumas, que amenizaba sus ocios de contador cajero del establecimiento, haciendo versos de rima fácil y escasa inspiración, y por último, Jorge, el brazo derecho del amo, con su porte juvenil y enérgico y su hermosa cabeza de árabe, acompañado de su madre, bella y esbelta aún, a pesar de su medio siglo y de su actitud prevenida que denunciaba secretos disgustos.

Mauricio matizó como pudo a sus amigos con tan heterogéneos elementos y a una señal del mayordomo, empezaron a circular las fuentes y a llenarse las copas con vinos de la casa que ya tenían cinco años de botella.

—¿Qué piensan ustedes de ese *Cavernet* Nacional? — preguntó Mauricio.

—Sencillamente exquisito, — contestó Skien que dragoneaba de fino catador.

—Puede alternar con los vinos franceses, — dijo Lacerda; — pero no deja de ser un advenedizo.

—¡Aristócrata! — repuso Skien.

—En materia de vinos no hay más remedio que serlo, — dijo Huertas sentenciosamente.

Se produjo un silencio y a Mauricio le pareció que faltaba animación en las mesas ocupadas por la peonada y pidió a Skien que les echara un discurso para romper el hielo.

Skien que se prestaba a maravilla para ese género de empresas, no se hizo rogar y sin más preámbulos, se asomó a una de las puertas de la glorieta, tosió con afectación, como quien pretende componer la garganta y dijo alzando la voz:

—Señoras y señores:

Hubo un movimiento general en filas. Los que estaban de frente levantaron la cabeza y los que estaban de espaldas se volvieron; algunos imitaron al orador y también compusieron la garganta, sin duda para oir mejor; otros, los más lejanos, se pusieron de pie y todos acabaron por hacer lo mismo.

Skien se encontró así, sin preparación previa y sin saber qué decir, frente a un público desconocido y solemne, suspenso de sus labios.

En este trance se vio obligado a toser otra vez, lo que le hizo decir a Lacerda, que probablemente se había resfriado al salir de la glorieta.

Pero Skien despreció las chanzas, e impresionado por la silenciosa expectativa del público, la emprendió contra el silencio.

—El silencio que rodea esas mesas debe cesar...

—Apoyado, — dijo Huertas.

—No apoyado, — dijo Juan Carlos.

—Claro, si cesa el silencio, no se oirá el discurso, — dijo Oviedo.

Mauricio reclamó orden.

Pero Skien continuó impertérrito.

—No es hora de recogimiento, es hora de expansión y de alegría. Lo que nos congrega en derredor de estas mesas, como diría un orador cualquiera, es el propósito de festejar el vigésimo aniversario de una ocurrencia genial de la naturaleza. Porque han de saber ustedes que, aunque esta vieja chapucera que llamamos naturaleza, todo lo hace mal y por su causa estamos obligados a convertir el mundo en un vasto taller de composturas, de vez en cuando, suele hacer cosas estupendas, tales como los ojos de la festejada, cuyas pupilas inquietas veo brillar desde aquí a través de la sombra dorada de sus pestañas.

Don Cosme, que oía emocionado, no pudo contener un aplauso, mientras iba diciendo por lo bajo a su vecino de mesa:

—Sepa usted que Jacobo fue el primer discípulo que tuve al llegar al país... ¡Qué talento de chico!... Cuando dio examen de Historia Universal, los examinadores se pusieron de pie para felicitarle y el presidente de la mesa, decía con orgullo: — Lo que es este Skien, siempre será quien.

El orador seguía improvisando deshilvanadamente. De repente notó que se había metido en el Olimpo y cambió de disco.

—Probablemente ustedes no habrán entendido una palabra de lo que iba diciendo: — exclamó; — pero no lo extrañen, porque a mí me ocurre lo mismo: es precisamente el secreto de mis éxitos.

Los hombres en general sólo admiran lo que no entienden; salvo naturalmente nuestros hombres que no admiran nada.

Pero no hablemos mal del terruño y ya que estamos en un Oasis perfumado, donde aun hay *sombra fresca y agua clara,* regocijémonos y aprovechando que aún no han llegado hasta aquí los cálidos vientos del desierto, levantemos el corazón y la copa para beber por el éxito de esta empresa de amor, por la cabeza que la concibió y la guía y por los brazos que la ejecutan!

Skien se detuvo, bebió un buen trago y cuando vio que todos habían hecho lo mismo, añadió:

—¡Bebamos ahora por todas las mujeres del Oasis! Por ese ramillete de caritas picantes que me mira con ojos traviesos; por las pequeñuelas que ya irradian de sus gráciles formas, halagadoras promesas; por las cabezas grises, aún aureoladas por los reflejos de la belleza pasada; y, en fin, por la festejada, por ese pedazo de la Francia lejana, convertido por obra y gracia de nuestro benévolo anfitrión, en la mejor obra de este Oasis, en la flor del pago!

Esta vez el aplauso surgió unánime del personal, y Chaff que gozaba de gran prestigio, propuso un viva a la patroncita, que fue coreado por todos los presentes.

Con esto el hielo quedaba roto y Skien se apresuró a ganar su asiento.

También en el interior de la glorieta, una alegre francachela sucedió al estiramiento inicial, a pesar del administrador y de don Cosme que intentaban abordar temas trascendentales.

De todos modos, al final de la primera rueda de copas, se habló con entera libertad y la misma viuda

de Llanos, sin duda halagada por los arrechuchos de Gerardo y de Juan Carlos, había abandonado su actitud reservada.

—Ya lo ve usted, aún no soy un desperdicio, — parecía decir a Mauricio cada vez que sus miradas se encontraban.

Skien contaba cuentos y anécdotas picantes que despertaban la curiosidad incipiente de la señorita de Tussoni y hacían enrojecer a la mamá.

Oviedo, resignado a la compañía de Josefina Comella, politiqueaba con ella. El hombre trataba de asociarla a ciertos trabajos de zapa que traía entre manos, relacionados con sus complicadas aficiones fotográficas. Había agotado sus modelos y para renovarles había echado el ojo a Marieta, la hija del bodeguero Jerónimo, que tenía ojos negros y busto airoso, capaz de impresionar tanto al operador como a la placa; pero como Josefina tenía sus razones para negarle su concurso, la tentaba, prometiéndole tomarla en traje de Cleopatra como había asistido en mejores tiempos, a un célebre baile de máscaras.

Huertas en actitud de espectador lo analizaba todo y mortificaba en grande a Lacerda echándole a perder la fiesta.

—Este don Rogelio, siempre tan observador, — decía de vez en cuando, entre una y otra expansión.

—No se aflija por mí, —contestaba con sorna el aludido, — yo me divierto en frío.

Como la mayoría había sido gente andariega, las aventuras de viaje fueron, durante un buen rato, tema preferido; pero como la charla tendía a volverse escabrosa, Juan Carlos trató de elevar el tono y tranquilizar a las damas hablando del Amor con mayúscula.

—El Amor debe ser vivo y pasajero, — sostenía Gerardo.

—Eso es placer, — decía Juan Carlos con el asentimiento de las señoras.

—Entonces, yo amo el placer, — exclamaba Huertas, saboreando una pechuga de perdiz.

—El Amor es placer y dolor, — afirmó Mauricio.

—Precisamente, — replicó Gerardo, — placer al principio y dolor al fin. Por eso hay que saber cortarlo a tiempo.

—No es así, — insistía Mauricio, — el que ama de verdad goza y sufre a la vez. Además, hay una voluptuosidad inmensa en sufrir por quien se ama.

—¡Eso es verdad! — exclamó Jorge en ese punto.

Y como se festejara ruidosamente la ingenuidad, enrojeció.

—¿Qué piensa Jac del amor? — preguntó Lacerda en ese instante, viendo que la joven, aunque le brillaban los ojos, no había opinado hasta entonces.

—Yo sé cómo es, pero no sé lo qué es, — respondió en su idioma la antigua *midinette* temerosa de no traducir bien su pensamiento si hablaba en castellano. Y como todos aplaudieron, se volvió hacia Mauricio murmurando por lo bajo: — *Ecoute que j' te dise.*

Y cuando su amante le tendió el oído, lo besó debajo de la oreja con grande escándalo de las señoras.

—Yo quiero vivir amando y sin dejar rastros, — decía Gerardo.

—Pues yo quisiera dejar huellas por todas partes, — insistía Juan Carlos Márquez.

—Es la ley de la vida, — afirmaba Mauricio.

—¡Es su esencia, su mejor razón de ser, la fuente de su renovación perpetua! — exclamaba Jorge.

—¡Lirismos! — replicaba Gerardo, — el amor es placer. Nadie piensa en la especie cuando ama.

—Piensa por nosotros el instinto que es el pensamiento de la especie, — observó Márquez.

—A mayor abundamiento, la prole es lo que más nos liga a la posteridad, — añadió Mauricio.

—Por eso éste es tan prolífico, — subrayó Skien con expresión de pifia.

—¡Cómo no! He ahí mi prole, — contestó el aludido, designando con un amplio gesto al personal del Oasis, allí presente.

—Tal vez Jac no le consienta otra, — dijo Huertas.

—Por no perder la línea, — añadió Lacerda.

—Tiempo al tiempo, — contestó Mauricio, recogiendo el asentimiento de la interesada en un relámpago de sus lindos ojos.

La hora del champagne había llegado y Lacerda, que hiciera honor a la bodega de Mauricio, brindó por la alegría, dignamente representada allí por la dueña de casa. Y dejándose llevar por su entusiasmo, añadió que, con la autorización de Mauricio, se permitía lamentar las sorpresas del destino. La frase hizo sonreir a los iniciados; pero Jac se sonrojó, molestada por aquel inesperado recuerdo de sus malos tiempos.

En ese instante, una delegación del personal pidió permiso para ofrecer un ramo de flores a la festejada. El ramo había sido combinado de modo a recordar la bandera francesa y el cabo de las flores había sido atado por ancha cinta de seda roja.

Llevaba la palabra un joven oficial mecánico, discípulo de Chaff, que no dejó de aludir al mejoramiento de la clase obrera, única productora de la riqueza que otros habían de disfrutar. Las palabras del

improvisado orador no sorprendieron, pero provocaron protestas mentales y sonrisas irónicas, que se acentuaron cuando Mauricio, al contestar por Jac, manifestó que ésta regalaba un día de sueldo a todo el personal.

—Si a este paso no te fundes, será porque tus antepasados fueron muy previsores, — decía Gerardo riendo, cuando la delegación se alejaba.

—Yo agradezco con profunda unción, como médico del establecimiento, — dijo el doctor Oviedo poniéndose de pie e inclinándose cómicamente, con la mano sobre el pecho, a fin de incluirse entre los agraciados, por si no se había pensado en él.

Tussoni le echó una mirada oblicua y como Mauricio hiciera un gesto de aprobación, Skien exclamó:

—¡No ser siquiera el cronista de esta fiesta!

La noticia del aguinaldo circuló rápidamente y como el almuerzo había concluido, todo el personal se puso de pie entre vítores y aplausos al patrón y a la *patroncita*.

—¡Da gusto ver a la gente contenta!, — dijo Mauricio como síntesis de su pensamiento.

Poco a poco el personal se fue retirando en distintas direcciones. Los aficionados a las carreras volvieron a la cancha para presenciar las que se habían concertado aquella mañana y las corridas de sortija que tenían lugar en el mismo punto; los partidarios del fútbol, acudieron a presenciar un partido excepcional, concertado entre el personal de la lechería y los mecánicos y bodegueros unidos; a la sombra de los plátanos que rodeaban el hotel, al compás de guitarras y acordeones, algunas parejas habían iniciado el baile, y, mientras en lugares apartados, ciertos elementos recalcitrantes tiraban la taba, otros, ocultos en

el fondo de alguna cocina, se jugaban al truco o al monte el aguinaldo prometido.

La tarde estaba espléndida y en todos los ámbitos del Oasis reinaba la alegría. A pesar de que el vino nacional había circulado abundantemente, no hubo que lamentar mayores excesos y ni la policía particular de la casa, ni la otra representada por un subcomisario y varios agentes, tuvieron gran cosa que hacer.

Mauricio y sus invitados, después de tomar el café servido a la sombra de los sauces, en la orilla del arroyo, dieron un paseo a pie, hasta que a eso de las cinco de la tarde, la señora de Rasker y Jac, propusieron un partido de *tennis*.

El partido se concertó entre Mauricio y Jac, contra Jorge y la de Rasker; pero no resultó interesante, porque Jac, que era principiante, lo desequilibraba.

Como esto dio tema para que se hablara de la influencia de los años en las pruebas físicas, Mauricio, que era celoso de su reputación de fuerte en *tennis*, propuso un *match* a su joven secretario.

—Esto va a ser grave, — exclamó Skien, interesadísimo.

—Voy a mano de Jorge, toda la vida, — decía Gerardo.

—Pues yo a la de don Mauricio, — respondía Tussoni, quien, así como su mujer, era gran admirador del juego del patrón.

—*¡Play!* — gritó Jorge, a quien la suerte había favorecido con el saque.

—*¡Rait!* — contestó Mauricio, con los músculos en tensión y el alma reconcentrada en las pupilas.

Y el partido empezó y se desarrolló luego, tanto a tanto, hasta llegar a los cuatro *games*, a cuya altura,

Jorge, favorecido por una nube que amenguó repentinamente la luz y puso en inferioridad de condiciones a su adversario, obtuvo un *game* de ventaja.

—La vista empieza a flaquear, — dijo Lacerda refiriéndose a Mauricio.

—Cuando se ve menos hacia fuera, se ve más hacia dentro, — observó Juan Carlos.

—No hay qué hacer... Esta vez la juventud se impone, — decía Gerardo en alta voz, para mortificar a Mauricio, y de paso halagar a doña Eloísa, que hubiese dado algo de lo que le quedaba de vida porque su hijo saliera triunfante.

—Mauricio está de suerte, — decía por su lado Jac, siguiendo las incidencias del partido en un estado de excitación nerviosa extraordinario.

Los jugadores hicieron una pausa para cambiar de frente y mientras Mauricio tomaba una copa de Jerez que le alcanzó Zenón, Jac, sin poderse contener, le gritaba palmoteando:

—*¡Cours vite, cheri, cours vite!*

Mauricio aconsejó calma con el gesto, y volvió a ponerse en facha para responder al saque.

—*¡Play!*

—*¡Rait!*

Y la pelota volvió rasante, silbando a flor de la red en un *drive* admirable que Jorge, empeñado en su juego de bolea, no pudo contestar.

Una salva de aplausos premió el magnífico golpe y Mauricio recobró la iniciativa.

Desde aquel instante empezó a hacerse sentir la superioridad del maestro y el contador marcó la primera igualada. Hubo nuevos aplausos y Jac, se acercó a Mauricio para alcanzarle una toalla y hacerle un mimo.

—Creí que ibas a perder, — le dijo casi al oído, con el tono confidencial y solemne con que hubiese hablado del más grave de los asuntos.

—Ya no hay temor, — repuso Mauricio con aliento entrecortado.

El partido continuó.

Jorge pudo tomar de bolea un *lob* que su contrario tiró para obligarlo a alejarse de la red y la pelota cayó a los pies de Mauricio sin que éste la pudiese restar. Otra picó sobre algún cuerpo extraño y rebotó en dirección opuesta a la normal, y aunque Mauricio se estiró cuanto pudo para alcanzarla y llegó hasta arrojarle la raqueta en su anheloso empeño de vencer, perdió el tanto.

—Estás de suerte, — gruñó con despecho.

El acto iba cobrando solemnidad. El mismo Gerardo callaba.

—Más que juego, esto es un duelo, — decía Skien en voz baja. Y añadió: — Si Mauricio pierde, renuncia al *tennis* para toda la vida.

—¡Es tan grave que las mujeres piensen mal de nuestro vigor! — suspiraba Juan Carlos en el mismo tono.

Entretanto la señora de Llanos reía irónicamente y Jac se clavaba las uñas en la palma de las manos.

El partido se había alargado a cada *juego* y estas prolongaciones desesperaban a la joven, porque además de aumentar su angustiosa expectativa, acrecían la fatiga de que su amante daba ya evidentes señales.

Sin embargo, Mauricio hizo un último esfuerzo y en un abrir y cerrar de ojos, obtuvo un *game* de ventaja. Impresionado su contrario por aquel violento ataque final, perdió la serenidad y echó tres malas seguidas, lo que aumentó de tal manera su turbación

que concluyó por errar una pelota clara y adjudicó el triunfo a su adversario.

—Me ha dado trabajo, este diablo, — dijo Mauricio a sus amigos, cuando éstos le felicitaban por su brillante juego y por la resistencia de que había hecho gala durante el desarrollo del partido.

Jac, entretanto, le hacía vestir una chaqueta de lana, estrujándolo gozosa por el triunfo; y la señora de Llanos, sonreía irónicamente, como dando a entender que había mucho de amabilidad en la derrota de su hijo.

—De todas maneras, es sorprendente que el señor de Padura conserve tanta agilidad a sus años, — decía con afectada admiración.

—Mauricio ha salvado su prestigio, pero no debe exponerse mucho a esta clase de pruebas, — dijo Skien a Juan Carlos Márquez, que se maravillaba de las agilidades del dueño de casa.

En efecto, Mauricio había vencido, pero poniendo en el partido todo su amor propio y todo su vigor. En su fuero interno, pensaba como Skien, que no podría resistir muchas pruebas como aquélla. Se sentía realmente fatigado, le dolían las extremidades y, sobre todo, la cintura, y, cuando hubo tomado su baño, le confesó a Zenón, mientras éste le daba un masaje, que de buena gana se metería en la cama.

Y esa noche, cuando Jac entró en la alcoba de su amante, sonriente y con un beso de fuego en la punta de los labios, le encontró profundamente dormido.

CAPITULO V

—Patrón, con su permiso, — dijo el capataz de la Ternera, asomando la cabeza por la puerta del despacho de Mauricio. Y como éste, advertido de la visita, le animara con un cariñoso: — ¡Adelante! — se coló de perfil, achatándose como una oblea para no cambiar la posición de la puerta que estaba entreabierta.

Una vez dentro, el hombre estiró la diestra bronceada y rugosa hasta tocar con la punta de sus dedos encallecidos la mano fina y delicada que el patrón le tendía y obedeciendo a la invitación de éste, se sentó en el extremo de una silla, temeroso de romperla o ensuciarla.

—¿Qué hay de nuevo por allá? — preguntó Mauricio para desentumecerle la lengua.

—La hacienda está flaquerona, — contestó el capataz pausadamente, con voz de bajo profundo y haciendo graves signos afirmativos con la cabeza.

—Mucha seca, ¿no?

—Y sabandija, — añadió el de la Ternera, insistiendo en sus gestos.

Y temeroso de abordar el asunto que le traía volvió a guardar silencio.

Mauricio le preguntó por la majada.

—A eso *cáigo,* — exclamó el capataz con relativa viveza y fijó la vista en su patrón, con la esperanza de que éste alcanzara a leer en ella la noticia que traía embuchada.

Pero como Mauricio callaba, respiró con aflicción, dejó caer los párpados grandes y gruesos como capotas de carruaje y añadió:

—Se hizo el recuento en el puesto y faltó una punta de ovejas bastante regular. — Y rendido por el esfuerzo, aunque satisfecho de haberse librado de aquel gran peso, volvió a respirar hondo, irguió el busto y se pasó la mano por las barbas.

—¿Han registrado bien el campo?, — preguntó Mauricio con indiferencia. Y como la respuesta, aunque afirmativa, fuera por demás lacónica, insistió: — El pedazo del cerro es muy barrancoso y el potrero de la Laguna tiene mucho remolino de espinas...

De pronto cambió de tono, clavó su mirada franca en los ojos encapotados del capataz y preguntó: — ¿Qué crees de Fausto?

El buen hombre, sin sorprenderse ni inmutarse, como si hubiese estado esperando aquella pregunta, contestó sencillamente:

—Juega.

—Está bueno... ¿No tienes otra novedad? — volvió a preguntar Mauricio, considerando suficientemente explicado el asunto de las ovejas.

El capataz contestó que, como de costumbre, había dado las novedades al administrador, pero había reservado lo del recuento hasta que el patrón resolviese.

—Muy bien hecho... muy bien hecho, — le decía Mauricio. — ¿Y cómo está tu gente?

—La patrona está muy triste... ¿No ve que el hombre le arrastraba el ala a la más chica de las chinitas? — dijo el capataz sin poder disimular su pena.

Mauricio se levantó y palmeándole el hombro, hizo por animarlo.

—No hay que afligirse, ni hacer malos juicios. En ese cerro hay mucho zorro y por la picada del zarzo cruza mucha gente... Además, ¡quién sabe cómo anda el alambrado del callejón!

—Oh, patrón, — exclamó el hombre, tocado en su amor propio, — los alambrados no mienten. ¡Están como guitarra *rucién* templada! — Y con el gesto del que rechaza el asalto de una duda y se afirma en sus convicciones aunque le resulte muy penoso, continuó: —¡Es el *güesito,* patrón, es el *güesito!* Perdone mi atrevimiento, pero crea en la *experencia* de un hombre viejo: ¡es al *ñudo,* es el *güesito!* — Y exhausto de argumentos, se fue sin ganas de irse ni de quedarse, y, moviendo la cabeza y los labios al compás de su pensamiento, repetía como un estribillo: —¡Es al *ñudo* patrón... es el *güesito,* es el *güesito!*

Mauricio, que le había acompañado hasta la terraza, le vio alejarse y salir por el portillo que conducía a las caballerizas y entró de nuevo en su escritorio fastidiado por aquella novedad que le obligaba a hacer justicia.

No era la primera vez que a su ahijado Fausto Peralta, puestero de la Ternera, le habían faltado ovejas. Mauricio tenía la seguridad de que aquel indiecito vivaracho y activo no era hombre de dejarse robar. Fausto sabía mirar lejos a la caída de la tarde y leer en la marcha de los avestruces y en el canto de los teros.

La primera vez que le faltaron ovejas, Mauricio dudó; temió cometer una injusticia y calló. La segunda vez, tuvo lástima del indio y no se decidió a proceder con rigor. — ¡Era tan simpático su ahijado! — Y para cohonestar su complacencia, se lo representaba como solía verlo cuando venía al Oasis los días fes-

tivos, bien montado sobre su redomón zaino negro que apenas pisaba el suelo y escarceaba orgulloso de su carga.

Pero esta era la tercera falta y a pesar de su desprecio por el valor de lo robado, Mauricio comprendió que no podía seguir haciendo la vista gorda.

Y como siempre que se veía en la necesidad de castigar, se entristeció, y luego se irritó contra la fatalidad de las cosas que obliga a la severidad para el mantenimiento del orden.

—Un lindo muchacho, vivaz, generoso y bueno, — pensaba, mientras se paseaba a lo largo de su despacho. — ¿Cómo no ha de tener apetitos superiores a sus medios? — y volvía a imaginárselo, deslumbrando a las chinas del pago, con las garras de su recado, con sus botas charoladas y con sus pañuelos vistosos como una puesta de sol.

Enternecido, Mauricio se echó a pensar en el mal reparto de la fortuna, y, buscando otro mejor, le encontró su secretario.

—El progreso está fundado en el perpetuo anhelo de mejorar, o, si se quiere, de cambiar, que agita a los hombres, — dijo en tono enfático al verle.

Y sin darle tiempo a responder, continuó su discurso en el mismo tono.

Para él, de esa *ansia perpetua de algo mejor* y del impulso de acometividad que late en el fondo de los temperamentos resueltos, se compone la fórmula que ha puesto en manos del hombre el dominio del vapor, de la electricidad y de tantas otras fuerzas de la naturaleza. Lo malo es que esa fórmula, a la vez que estimula las actividades benéficas y superiores, estimula muchas otras que son perturbadoras de la armonía social. Porque, el diablo, que no tiene un pelo

de zonzo, se ha dado cuenta de todo el partido que puede sacarse de esos eternos anhelos humanos y sopla sobre ellos con su fuelle henchido de gases ponzoñosos: — ¿No lo crees tú así — concluyó Mauricio interpelando a su secretario.

Este, habituado a las tiradas filosóficas con que el patrón se complacía en matar el tiempo cuando estaba de buen humor, asintió sin sospechar de dónde venía esta vez la racha.

Mauricio continuó:

—La resignación beata, cuando no es el fruto maduro del estudio o de la experiencia, revela inferioridad, paraliza las actividades y puede llevarnos hasta el aniquilamiento total. De ahí la simpatía que inspiran los rebeldes y la razón de que algunos hayan logrado imponer su rebeldía y convertirla en proficua acción colectiva. La rebeldía es, en esos casos, como un sutil estimulante de la acción que hace las veces de la pimienta en las salsas bien condimentadas, — agregó para completar su pensamiento.

—Así es, — contestó Jorge, — pero la sociedad que profesa el horror de la pimienta, como las buenas amas de casa, opone a toda rebeldía la imponente armazón de las leyes. Y no podría ser de otra manera. La resignación total, sería el aniquilamiento; pero la rebeldía sin freno, sería el caos. Entre ambos extremos hay, como siempre, un término medio. Es bueno que los resignados se rebelen de cuando en cuando; pero es necesario que los rebeldes se resignen alguna vez. Es bueno que la salsa tenga un poco de pimienta; pero no se puede hacer salsa con pimienta sola.

Mauricio convino en que el interés individual y el interés social deben limitarse sin destruirse recíprocamente.

—Exacto, — afirmó Jorge, considerando agotado el tema y satisfecho de haber acordado en ideas con el amo.

Pero éste, después de una breve pausa, que aprovechó para liar un cigarrillo, habló de nuevo, mientras seguía con la vista las volutas de humo azulado que ascendían hacia el techo.

—El caso que me sugiere este género de reflexiones, — dijo, con cierta timidez, con la timidez del que se resuelve a confesar una falta, — es el de Fausto, mi ahijado. Es la tercera vez que a este diablo le faltan ovejas en la majada y no tengo más remedio que tomar una determinación... Al principio lo hacía de compasivo, para dar de comer a una familia de la costa con la que cultivaba relaciones y como la cosa le iba saliendo bien, ha sobrevenido la reflexión y ha buscado en el juego los recursos necesarios para nivelar su presupuesto; pero como es dichoso en el amor, el juego le ha sido esquivo, y, como las deudas de este género son deudas de honor...

—Se ha deshonrado del todo para pagarlas, — interrumpió Jorge al ver venir los atenuantes de su amo.

—Ese es el juicio que te dicta tu concepto equivocado de las cosas, que es el general; pero no el que debe merecer el caso a un hombre de buen sentido, — contestó Mauricio sin desconcertarse y sin apartar la vista del techo. — Fausto no es más que un rebelde que se pasa un poco y razona así: — Este campo no se trabaja; estas ovejas prosperan porque yo las cuido; al patrón todo le sobra; a mí, que echo un pulmón por ellas, todo me falta: tomo lo que necesito y me acerco al equilibrio...

—*C'est ma foi, surprenant!* — exclamó Jac con acento de profunda reconvención, entrando inesperadamente en el despacho después de oir desde la sala inmediata las últimas palabras de Mauricio.

—Así no juego, —dijo éste riendo; — contra los dos no discuto.

—¡Pero es increíble! — seguía diciendo la joven escandalizada; — ¡debes despedir en el acto a ese hombre! ¿Dónde se ha visto una cosa semejante? ¡Gente bien pagada, que trabaja poco y todavía se le disculpa que robe!... *¡Quel toupet!*

—¡Calma! ¡Calma! atribulado espíritu; — decía Mauricio besándola, — no te alteres. Desde mañana Fausto no robará más ovejas. Lo pasaremos a los talleres para que aprenda el oficio de mecánico y gane más sueldo.

—¡Inmejorable ejemplo! — dijo la joven indignada.

Jorge clamaba que era una enorme injusticia.

—¡Oh, la justicia! —exclamó Mauricio. — ¡Piensa en lo que nosotros gastamos en digestivos mientras tantos se mueren de hambre!

Jac y Jorge se preparaban a replicar, cuando un sirviente anunció que el desayuno estaba servido.

El día era hermoso y los huéspedes se habían levantado con el sol.

—¿Sabe que Gerardo se ha pasado la noche de baile? — dijo Juan Carlos Márquez, después de saludar a Mauricio.

—¡Qué bandido! Ahora dormirá todo el día.

Pero Gerardo lo desmintió, apareciendo en la puerta del comedor con cara de pascuas.

—Buenos días, señoras y señores. ¿Cómo han pasado ustedes la noche?

—Por aquí todos buenos, ¿y por casa? — preguntó Mauricio con sorna.

Gerardo, sin contestar, se puso a examinarle con aires de profunda atención.

—¡Y no hay tinturas! Eres un coloso. Te tragas los años sin pestañear. ¿Qué demonios haces para ahuyentar las canas?

—*Récipe:* — contestó Mauricio, — pinzas; reposo nocturno y auras juveniles a pasto, como Salomón.

—Perdón, señora. No había advertido que tenía usted juventud para dos, — dijo Gerardo, volviéndose hacia Jac. Y al ver entrar a la señora de Rasker, rubicunda y exuberante, añadió: — decididamente, este país es una maravilla.

El programa de esa mañana, era la visita a la bodega.

Al enterarse Gerardo protestó:

—¿Cómo, con un día tan lindo, nos vamos a sepultar en un sótano, viciado por los miasmas del vino?

Mauricio protestó a su vez: en su bodega no había olor a vino.

—¿A qué huele entonces? — preguntó Skien visiblemente alarmado.

—Juro que a nada, — dijo solemnemente el dueño de casa, extendiendo el brazo.

—Entonces, marcho, — concluyó Gerardo; — pero conste que al primer alerta de mi nariz, disparo.

Terminado el desayuno, en dos autos descubiertos se dirigieron a la bodega.

Rasker y Granier los recibieron a la puerta del edificio.

Lozano el alemán, alto y macizo, como si estuviera destinado especialmente a la realización de cosas de gran tamaño para las que fuera indispensable mucha

fuerza y paciencia, era la imagen de la solidez y de la seguridad. Pequeño el francés, enjuto de carnes, de piel tostada y rugosa como la corteza de un pino marítimo, lucía en el rostro dos ojillos grises, inquietos, vivaces y rebosantes de malicia, que revelaban penetración y energía para encontrar lo que buscaban o inventarlo en caso necesario.

Sólo al ver a los dos agrónomos se comprendía su rivalidad, y si se temía que el primero aplastara al segundo, se adivinaba luego la gambeta o la zancadilla con que el galo se escurriría de entre las garras del germano.

Cuando los visitantes descendieron y entraron, Granier tomó la palabra.

—*La balance dond se pes lo carr d'uv*, — anunció en su media lengua, tragándose las letras finales de cada palabra. Y en el mismo tono, continuó oficiando de cicerone.

Mostró y explicó el funcionamiento de la máquina estrujadora y separadora del escobajo; del *refouleur* que absorbía la uva estrujada y la transportaba a las tinas de fermentación instaladas en parajes distantes y afirmó, de paso, que el escobajo era un abono apreciable.

—*Por alg teni que servir l'escobaj!* — exclamó provocativo, clavando sus ojillos grises y penetrantes en Gerardo.

Este hizo un gesto que quería decir:

—A mí qué me importa del escobajo ni de la uva. Yo no bebo vino.

Granier hizo entonces el gesto de quien bebe, y al beber se inspira.

A lo que el otro, por llevarle la contraria, contestó sin vacilar:

—Yo me estimulo con licores.

Entonces, el francés se puso a discurrir sobre las excelencias del vino y los inconvenientes de las bebidas destiladas.

Pero Skien le interrumpió un poco impaciente.

—Mire, Monsieur Granier, explíquenos cómo se fabrica el vino; que de los efectos que hace después de fabricado, ya sabíamos algo antes de venir al Oasis.

Granier se volvió airado para contestar, pero temeroso de que metiera basa el alemán, que no esperaba sino un pretexto para intervenir, reasumió su papel de cicerone y se puso a explicar el funcionamiento de las prensas de orujo.

Juan Carlos quiso saber si era de allí que se sacaba el vino llamado de prensa.

—Exactamente, contestó Mauricio.

—¿Y es mejor o peor que el otro? — preguntó Skien, que rumiaba un bombo monstruo para el establecimiento de su amigo y quería ponerse bien al corriente de los detalles.

—Es inferior, más áspero y más espeso: pero es más rico en color y sirve para cortar los vinos pálidos, — explicó el dueño de casa.

Habían llegado a la entrada del último sótano y descendieron por una escalera de piedra, deteniéndose en una calle de toneles de roble gigantescos y panzudos que descansaban sobre sillares de granito.

—Una de las secciones de *foudres,* — dijo Granier con solemnidad, empinándose sobre la punta de los pies para darse más arrogancia.

Y a la luz de las lamparillas eléctricas, los visitantes se pusieron a leer las chapas de esmalte destinadas a indicar la cabida de cada tonel: veinte mil, treinta mil y hasta cuarenta mil litros.

—¡Demonio! ¿Quién se bebe todo eso? — preguntó Gerardo aventurándose al interior del recinto animado por la escrupulosa limpieza que en todo se notaba.

Juan Carlos manifestó su opinión de que aquello era mucha cosa para nosotros.

—Hay poca población todavía para extender tanto esta industria, — dijo.

—No faltaría gente si se lograse desterrar el vino extranjero, — arguyó Lacerda.

Huertas opinaba que la protección subsanaría ese inconveniente y Skien prefería dejar esa cuestión al tiempo.

Mauricio opinaba que había que vinificar bien para acreditar el artículo.

—Y perseguir el fraude de los intermediarios, que por algo prefieren el vino nuevo al vino viejo, — añadió Tussoni interviniendo.

Juan Carlos, admirado, quiso saber el por qué de aquel contrasentido.

—Porque rejuvenece los vinos picados y les da patente de sanos, — contestó el administrador.

—¡Siempre la juventud! — exclamó Juan Carlos.

Mauricio precisó sus opiniones: — Tussoni no pensaba más que en hacer negocio y él quería obtener el triunfo definitivo de aquel producto nacional.

—Criterio de artista, — murmuró Skien, como afirmando una cosa averiguada.

Pero Mauricio protestó y adujo razones. Era criminal ponerse a negociar a expensas de una industria que tanto bien podría hacer al país: era desnaturalizar la obra en que estaba empeñado.

—Hay que reaccionar contra la improvisación, contra esa verdadera plaga sudamericana que se extiende a todas nuestras actividades, — dijo convencido.

Habían llegado al departamento destinado a la elaboración del aceite.

Era una instalación provisoria, anexa a la bodega, en espera de que los olivares, en plena producción, reclamaran una instalación en forma.

Jacobo Skien, que presumía de maestro en el arte de freir huevos, quiso ver cómo se obtenía el aceite y reclamó una explicación experimental.

En previsión de estos deseos, se había almacenado una pequeña cantidad de aceitunas y se puso en movimiento la trituradora.

Skien había creído hasta entonces, que bastaba estrujar aceitunas para obtener aceite utilizable; pero cuando vio que después de la trituración había que prensar la pasta, decantar el jugo y filtrar el aceite, antes de servirse de él, declaró que, en adelante, cuando fuera a freir huevos, lo haría con más respeto.

—Con ciertas cosas, ocurre a la inversa que con los hombres: cuanto más se examinan, adquieren mayor prestigio, — dijo con toda formalidad.

Y como había concluido la visita de la bodega, atravesaron el departamento de envases y salieron por la puerta del fondo que daba sobre una amplia terraza construida en lo alto de la barranca.

Oprimido por ella corría el arroyo; pero, a poco andar, se ensanchaba, contenido por una represa, al trasponer la cual, ponía en movimiento la maquinaria de la usina eléctrica y cantando una canción sonora, caía en el cauce inferior sobre un colchón de espumas. Después, recobraba su serenidad y se iba ser-

penteando por entre los cultivos que festoneaban sus orillas.

A ambos lados del arroyo, prosperaban grandes montes de árboles frutales de todas las especies, tallados en forma de pirámide, de globo o de copa, que crecían en libertad o se apoyaban en espaldares de alambre, altos unos y otros enanos, a los que la tijera del podador parecía haber condenado a vivir de rodillas.

De tanto en tanto, dobles filas de *ligustrums* señalaban los caminos y las sendas y contenían o desviaban las rachas de vientos dispersas y porfiadas que lograban salvar la barrera de los grandes bosques que erizaban los cerros.

A la variedad de colores que lucían los huertos, destacándose sobre el fondo oscuro de la tierra, sucedía una dilatada y ondulante extensión verde, sólo interrumpida por alguno que otro pedazo de campo recién labrado, por la cinta blanca de un camino de tosca orillado de rosales en flor o por la mancha intensa de algún tejado rojo, de cuya chimenea brotaba el humo en ondas leves.

—La verdad es que esto parece un rincón de la Champagne, — dijo Juan Carlos, admirado de aquel trozo de paisaje.

—Te acompaño en el elogio, a condición de que Mauricio no se crea autorizado a darnos champagne de este rincón, — contestó Skien.

—No te lo daré, — repuso el dueño de casa; — pero ya lo tomarás con gusto cuando te lo sirvan disfrazado con alguna etiqueta extranjera.

—La bandera cubre la mercancía, — afirmó Lacerda hablando por experiencia propia.

—El hombre es el animal más sugestionable de la creación, — declaró Juan Carlos, mientras subía al canastito de mimbre tirado por el poney que utilizaban los agrónomos.

Rasker se ofreció a acompañarle para servirle de guía, y todos se dispersaron, siguiendo cada cual sus aficiones.

Mauricio, Huertas y Lacerda, fueron a la cremería, mientras Jorge llevaba a Gerardo hacia la fuente de las Aguilas.

Jac, entretanto, que no había salido esa mañana, se ocupaba de los detalles del almuerzo.

La joven, a pesar de los rezongos de su amante, no podía dejar de intervenir en el manejo de la casa.

Era más fuerte que ella. Habituada a vivir con estricta economía, privada en muchos casos de lo indispensable, no podía tolerar el derroche y se pasaba el tiempo quejándose de la servidumbre.

Bien estaba que se hiciera todo lo necesario, y que se hiciera bien; pero no que se tirase por el gusto de tirar; no que se dilapidase, cuando tanta gente carecía de todo. Y como no le hacían caso o tomaban a chacota sus observaciones, perdía continencia y montaba en cólera.

—¡Oh la la!... ¡Oh la la! ¡Oh la la, la la! — exclamaba entonces. Lo que le hacía decir a Pispeta, su mucamita, aludiendo a las lecciones de solfeo de la señora de Rasker:

—¡Malo! La *patroncita* no sale del *la!*

Y, en efecto, después de aquella seguidilla, casi siempre resultaba despedida alguna persona del servicio.

En esos días, sin embargo, todo marchaba en la mejor armonía. Jac tenía que habérselas con un cocinero,

compatriota suyo, de muchos pergaminos, que hacía bien las cosas estimulado por el aplauso inteligente de la patrona.

—¿Ves Pispeta? —decía— eso se llama cocinar, y no lo que hace la tía Juana, ese paquete negro que me encontré aquí de cocinera.

—¿Los pasteles de ayer no estaban lindos? — preguntó sorprendida la chica que consideraba los pasteles fritos el colmo del lujo culinario.

—Sí, no estaban mal... pero... muy grasientos. A mí no me gusta nada con grasa. Y para explicar bien sus gustos, describía las recetas que su madre le enseñara cuando niña.

Ese día, el almuerzo tendría honores de banquete. Apremiados por Juan Carlos, que tenía asuntos urgentes en su estudio, los huéspedes debían partir a la tarde y el castellano quiso lucir su comedor de gala.

Era éste, un salón exagonal decorado y amueblado con roble viejo incrustado de plata y tapizado de azul. Legítimas telas de Aubusson, representando escenas de caza, cubrían la parte de las paredes que el alto zócalo dejaba libre, y una estufa de grandes dimensiones, erguía hasta el techo su campana esculpida, frente por frente a un amplio ventanal de dobles batientes que abría sobre el valle de las Aguilas.

La ventana y la estufa eran las dos cosas mejores del comedor.

La estufa triunfaba en invierno y la ventana en verano. La primera daba calor y ayudaba a pensar durante las largas noches frías, y la segunda, servía de marco a un cuadro inimitable por artificio, lleno de luz, de color y de vida.

Participaría del banquete el personal superior del Oasis.

Mauricio contaba para amenizar la fiesta, con un cuarteto traído de la ciudad y con las disputas entre Granier y Rasker que, en cuanto empezaran a producir su acción los vinos generosos, serían el mejor número del programa. El perpetuo desacuerdo que existía entre ellos, sólo cesaba cuando tenían que justificar algún pedido de aumento de sueldo. En todo lo demás, eran adversarios irreconciliables.

—*Los arbol sont a l'agricultur*, lo que *l'estatuer a l'architectur*, — solía decir Monsieur Granier clavando la penetrante mirada de sus ojillos grises en las pupilas azuladas y plácidas de su colega.

—Yo *rebuto* mucho más *mijor* un terreno *cupierto* de coles por hacer *heine gute sauer Kraut*, — contestaba en el acto el teutón. Y ya estaba empeñada la batalla.

Mauricio solía intervenir en ella para estimular al que aflojaba.

Y era de ver, entonces, el esfuerzo del que se encontraba en pugna con las ideas del amo para hacer su cuarto de conversión.

Porque, en rigor, adular a Mauricio, era el secreto de la política menuda del Oasis. Todos querían estar bien con él y rivalizaban en obtener su benevolencia y apoyo.

En el Oasis había partidos con programa y todo. Granier pretendía cubrirlo de árboles. Sostenía que costaban menos que cualquier otro cultivo, y que serían muy reproductivos cuando fueran maderables, pues, para entonces, el país, mucho más poblado que ahora, los necesitaría como el pan para sus industrias.

Rasker, más práctico, miraba más cerca y buscaba resultados inmediatos, cultivando, por ejemplo, plantas medicinales, en gran escala, para iniciar la fabri-

cación de esencias y medicamentos que hasta ahora vienen totalmente del extranjero.

—La industria no vive en el desierto, — sentenciaba el arboricultor con desdén.

El otro, entonces, le decía muy despacio, como quien enumera sus razones.

—Usted no podrá utilizar el roble de los robles que hizo plantar, porque cuando esos robles sean maderables, usted estará muerto...

—Yo miro al porvenir, — replicaba Granier, en actitud casi heroica.

—Muerto y podrido, — insistía don Otto, como si sus afirmaciones no tuvieran réplica.

El francés le miraba indignado y se tragaba el insulto que ya asòmaba a sus labios, haciendo visajes que querían ser gestos despectivos, y dirigía sus nuevas razones a Jorge, a don Cosme o a Josefina, con quienes hacía causa común.

Her Rasker, a su vez, se apoyaba en Tussoni y en la señora de Llanos y Mauricio gozaba en mantener encelados los dos bandos.

En la mesa. Gerardo, al corriente de este estado de guerra, se propuso reavivar las hostilidades, ponderando alternativamente la labor de cada uno.

—Francamente, —decía muy serio, dirigiéndose a Mauricio; — esperaba encontrar mucho bueno en tu Oasis, pero lo que encuentro supera a mis expectativas. En todo se ve la mano de la ciencia. ¡Es admirable!

—¿No es verdad, caballero? — preguntó en el acto Her Rasker, encantado con Gerardo.

Granier, en cambio, un tanto prevenido contra él desde el asunto de los berros y la alfalfa, guardaba silencio; pero cuando le oyó elogiar la distribución

del arbolado y la exuberancia de la vid, no pudo contenerse y arremetió en su media lengua, haciendo tamborilear las erres:

—La vida de las plantas está subordinada a la tijera del podador. Hay que saber distribuir la savia. — Y como se sintiera escuchado, se enardeció. — La planta, es un caño con múltiples derivaciones y la tijera, es la canilla que las abre o las cierra. De nada vale plantar árboles, si no se sabe dirigirles luego, como de nada vale tener hijos si no se sabe atender a su desarrollo físico y orientar su inteligencia para que den buenos frutos.

—¡Eso digo yo!, — interrumpió Gerardo, — ¿qué sería de todo esto sin el concurso de ustedes?

Mauricio sonreía.

Pero Tussoni, cargado por la jactancia del arboricultor, pedía en voz baja a Skien que desviara el curso de la conversación.

En ese momento, un criado presentaba a este último la fuente diciéndole en voz baja y respetuosa:

—*Suprème de soles Maetternich,* — y el crítico dejó sin respuesta al Administrador.

Felizmente, intervino Mauricio, llamando la atención sobre el *Pouilly Fuysse 904* que acababan de servir y todos entonaron un coro de alabanzas.

Dardo Lacerda, que lo hallaba extraordinario, instaba a Juan Carlos Márquez a que lo probase.

—Siquiera un sorbo, — le decía.

—El olor me basta, — contestaba el dispéptico, dilatando las narices sobre la copa que Dardo le ofrecía.

—Pero no... la nariz no es más que la chimenea del gusto, según Brillat Savarain, — porfiaba Lacerda.

Entretanto, el silencio de Jacobo Skien, tan decidor de ordinario, llamó la atención de Jac.

—¿Qué le pasa al señor Skien?

—Estoy pensando que Lúculo era un poroto al lado del que combinó la receta de este pescado.

Mauricio manifestó entonces alguna irreverencia por los antiguos. A su juicio, eran de admirarse como precursores, pero no llegaron, ni podían llegar a donde hemos llegado los modernos.

Lauro Casares no pudo olvidar que era un poeta disfrazado de contador y a pesar del empeño de estar bien con su jefe, protestó:

—Sería así en artes de cocina, pero no en bellas artes.

—Aun en bellas artes, — insistió Mauricio.

Lauro puso los ojos en blanco y se remontó a la Ilíada.

Pero nadie pudo oír lo que decía, porque Juan Carlos había puesto el grito en el cielo. Para él la Venus de Milo no había sido superada.

—Según y conforme, — exclamó Skien plegándose a Mauricio. — La Venus es el triunfo de la línea, pero le falta vida, le falta movimiento.

—¡Qué le ha de faltar! — insistía Juan Carlos. — Yo también era de los que creía eso, pero cuanto más la he visto, más me he convencido de lo contrario. ¡Si hasta parece que le palpitan las carnes!

—Sugestión, —respondió Skien,— el que tiene vida es el *Penseur* de Rodin. A ese sí que se le ve pensar.

—¡Eso, eso! — exclamó el médico interrumpiendo su *flirt* fotográfico con la señorita de Tussoni.

Lauro Casares que había malgastado su discurso anterior, creyó del caso colocar una frase que lo reconciliase con Mauricio y apoyó a Skien.

—Sí, sí, — dijo en tono mayor, para hacerse oir, — se ve el esfuerzo mental de aquella cabeza.

Skien seguía consultando el menú y admiraba, de paso, la acuarela de la carátula que representaba una lujosa alcoba del siglo diez y ocho. Delante de una estufa Luis XV, una mujer, ya jamona, despojaba de sus velos a la desposada. Al fondo, el lecho parecía abrir sus fauces y el novio, en frente, sentado en un sillón dorado, había cruzado la pierna y contemplaba la escena con una sonrisa de satisfacción voluptuosa.

Nuit de noce, tenía por título.

—Confieso que, por elegante que sea, esa actitud no me convence. —dijo Skien tendiendo el menú a Juan Carlos,— yo no estaría sentado y ya habría echado a paseo a la vieja.

—Tú eres un salvaje del siglo veinte, — repuso Juan Carlos, y pasó el menú a su vecino.

—Ernestina tiene que cantarnos algo después de almorzar, — dijo la señora de Llanos, para recordar a los indiscretos que había una jovencita presente.

—La señora teme que la juventud descorra ciertos velos antes de tiempo, — dijo Skien, recobrando su menú.

—Esa frase, con velos, merece un buen trago de este *Brauc Cantenac 1890*, — exclamó Lacerda levantando su copa, mientras la señòra de Llanos reconvenía a Skien con la mirada, como diciéndole:

—No sea usted desvergonzado.

En ese momento los músicos atacaron el minuetto de Manón.

Las conversaciones se enredaban. Todos hablaban al mismo tiempo.

La de Rasker quería oir algo clásico y Oviedo le llevaba la contraria, afirmando que lo clásico era demasiado solemne para la hora de comer.

Skien, galante, quiso complacer a la señora e interpeló a los músicos que estaban en un local especial, ocultos detrás de uno de los paños de tapicería.

—¡Oh, vosotros, seres invisibles que vivís derrochando armonía! Tocad algo clásico, aun cuando no muy profundo... algo fugaz.

—Fuga de Bach, — propuso Juan Carlos.

—La Machicha, — dijo Gerardo.

—La Cabalgata de las Walkirias, — indicó Rasker, muy congestionado.

Y como se le suponía iniciado en los gustos de su esposa nadie lo contrarió, pero Juan Carlos se tapó los oídos horrorizado.

Felizmente para él, los músicos no habían llevado el gran repertorio, y la señora de Rasker tuvo que conformarse con una balada de Mendelsshon.

En esto, Tussoni tuvo la mala ocurrencia de preguntar a Juan Carlos, qué impresiones tenía de los sanatorios alemanes que acababa de recorrer, en procura de alivio para las dolencias de su estómago, y todo el mundo habló de las suyas.

Lacerda hizo jarana del estado de su corazón. Huertas se quejó de los riñones, pero dispuesto a no hacerles caso mientras pudiera tenerse de pie. Skien dijo que había sentido un zarpazo en las espaldas y que lo lamentaba por las princesas de la escena. Gerardo confesó que ya había oído el primer toque de alarma; pero que aún creía tener cuerda para diez años y no deseaba más. Juan Carlos acariciaba la esperanza de que Metchnikov descubriese a tiempo, para él, la manera de prolongar indefinidamente la vida.

—¿Y a tí qué te duele, mi querido?, — preguntó Jac a su amante que no se había quejado de nada.

Mauricio, hizo como que se palpaba en busca de

algún dolor y como no encontró lo que buscaba, dijo, tras un gran suspiro:

—Pasar...

Nadie comprendió.

Todos quedaron a la espera del discurso que parecía empezar. Pero como Mauricio no dijera nada más, se produjo un silencio completo y la atención de todos se fijó en la breve palabreja.

Poco a poco, su verdadero significado fue penetrando en los espíritus y puso una suave expresión de melancolía en los semblantes.

Durante algunos segundos, sólo se oyó el lamento de los instrumentos de cuerda que ejecutaban la Balada.

La voz de la viuda de Llanos cerró el paréntesis.

—¿Acaso querría usted ser inmortal?

—¿Por qué no? — repuso Mauricio.

—¡Valiente miedo a la muerte! — exclamó Gerardo.

—No es por miedo a la muerte, es por amor a la vida, — se apresuró a decir Mauricio.

Skien lo señaló con el dedo:

—¡Hombre feliz y con camisa! — dijo.

—Yo no me concibo viejo, — añadió Gerardo.

—¡Bien dicho! — apoyó la de Llanos irguiendo su busto esbelto aún.

Juan Carlos afirmó entonces que, excluyendo el dolor, todas las edades tienen sus encantos. Y mientras hablaba con expresión conciliadora, acariciaba sus barbas prematuramente encanecidas.

Lemâitre Monobrut 1900, — decían los criados casi al oído de los comensales, al servir el champagne.

A Gerardo le llamó la atención la presencia repentina de Zenón con una botella en la mano, de la cual

sólo servía a Skien; pero no dijo nada porque alcanzó a notar a tiempo una seña de Juan Carlos.

Además, en ese mismo momento Lacerda lo distrajo, brindando por Metchnikov para que cuanto antes venciera a la muerte.

Gerardo se rió de la muerte y de Metchnikov y a su vez brindó por la juventud y el placer.

Skien chocó su copa con la de Jac.

—*A vos amours!*

—*Et à la gaité!*

Mauricio, después de esperar que de nuevo se llenaran las copas, propuso un acuerdo general de voluntades, bebiendo por la vida.

—Y por el champagne nacional, — añadió Juan Carlos con cara de pifia.

—*Horresco referens,* — contestó Skien, apurando el contenido de su copa y tendiéndola hacia el servidor invisible para él, que tenía a sus espaldas.

Pero como la botella estaba ya vacía, Zenón se limitó a colocarla delante de Skien.

—¡Me han fumado! — exclamó éste al ver que había estado tomando champagne nacional.

Mauricio se apresuró a declarar que él no era el autor de la broma.

—La idea es del hombre serio, — dijo, señalando a Juan Carlos.

—Ya arreglaremos cuentas, — declaró Skien, tratando de hacerse oir entre la jarana general, — pero, por lo pronto, te condeno a que me mandes dos cajones para borrar la ofensa.

—Con dos cajones podrás lavarla y ahogarla, — dijo Huertas, cuando ya todos se levantaban para ir a tomar el café en la terraza.

CAPITULO VI

La fragua ardía en el fondo del taller.

Al soplo del gran fuelle situado en un ángulo, las chispas brotaban del hogar en haces luminosos que se extinguían dispersados por el aire; los trozos de hierro caldeados al rojo, fulguraban en la sombra y resaltaban sobre la masa oscura del yunque; repicaban con ritmo los martillos que esgrimían brazos nervudos, tiznados por la carbonilla, y de las tinas alineadas junto al hogar, salían nubes de vapores blancos que coloreaba el reflejo de las brasas.

Por todas partes yacían hacinados mil objetos informes y polvorientos que llenaban los rincones e invadían los espacios libres.

Eran rejas de arado gastadas o rotas, maquinaria destruida, cosas deshechas, fragmentos que aguardaban la oportunidad de ser utilizados otra vez, después de pasar por el crisol del fuego.

El local era vasto y estaba repleto.

Aquí cerraba el paso el chassis de un auto, más allá un motor herrumbroso hacía equilibrios sobre el lomo de una caldera, y al lado, un engranaje de trilladora hincaba el diente en los maderos verdosos que sostenían un cuerpo de bomba pringado de aceite.

Reinaba el desorden en el fondo del recinto; pero, cerca de la puerta, con la luz aparecía el orden. Las máquinas averiadas se alineaban allí cuidadosamente, como enfermos a la espera del médico en las antesalas de un hospital. Ya no todo eran restos destrozados. Los organismos conservaban su estructura y a muchos

de ellos, sólos les faltaba una mano de barniz para volver a funcionar de nuevo.

—Hay que apurarse con ese tacho, — dijo Ludovico Chaff, el mecánico jefe, dirigiéndose a dos mocetones que remachaban el fondo de un depósito de hierro galvanizado. Pero como cerca de ellos, Fausto Peralta limaba una plancha de acero, arrancándole estridentes chirridos, no le oyeron. Entonces repitió la orden a gritos, en el preciso momento en que Fausto cesaba de limar y sus voces resonaron desproporcionadas, sorprendiendo a todos.

—¿Supongo que ahora habrán oído? — preguntó el jefe con calma, mientras daba los últimos toques a una pieza de bronce que traía entre manos.

—¡Ya lo creo! — contestó uno de los que remachaban el tacho, en tanto que los demás reanudaban el trabajo encogiéndose de hombros.

Fausto miró a Chaff de reojo, como diciendo:

—Si hubiese sido conmigo, no te aguanto.

El mecánico se dio cuenta de lo que ocurría en el ánimo de su nuevo pensionista y le dijo sin rodeos:

—No tomes a mal que haya gritado. Hay que hacerse oir... —Y como el otro no contestaba, añadió:

—Aquí cada uno debe hacer lo suyo. Ya te he dicho que no soy jefe. Sé más que ustedes y por eso dirijo. Cuando doy una orden es porque la he recibido de quien me paga. Tiene que ser así mientras no haya justicia ni libertad en la tierra.

Esta última frase concluía con todas las disidencias. Era de las que el nuevo aprendiz, que ya la había oído otras veces, se complacía en repetir entre dientes para fijarla en la memoria. Y como si estuviese forjando la justicia que según el maestro faltaba

sobre la tierra, siguió limando con ardor su plancha de acero.

Fausto Peralta, o el *Ahijao,* como le apodaba el personal del Oasis, no sólo porque lo era en realidad de Mauricio, sino porque éste le hacía objeto de marcadas preferencias, a pesar de su conducta irregular y sus hábitos desordenados, no se amoldaba a la nueva vida que estaba obligado a llevar en los talleres del establecimiento.

Desmontado y arrancado de la hacienda, en campo abierto, no aceptaba de buen grado esta encerrona entre engranajes y tuercas, aunque era para su bien, según su patrón y padrino. El no había nacido para vivir entre cuatro paredes, pringado de aceite, tiznado de carbonilla y obligado a respirar todo el día el aire caldeado por la fragua, aunque viera en perspectiva la mejora de posición que le anunciaba el administrador para cuando se pusiera al corriente del oficio. Aquello no era para él; no era cosa de hombres libres; era tarea de gringos, de gente acostumbrada a trabajar de sol a sol, sin levantar la cabeza, por amontonar vintenes.

—¡Maldita necesidad! — pensaba al dirigirse al taller durante las mañanas de sol, mientras recreaba la vista en las cuchillas lejanas, donde las manadas retozaban alegremente. — ¡Unos tanto y otros tan poco! — murmuraba rencoroso, al cruzarse con Jorge y con Lauro Casares, que a esas horas solían hacer su recorrida por el establecimiento, montados en caballos de calidad, regalo del patrón.

Y en su mente de rebelde desconforme con el destino, gruñía la protesta.

No tardó en estrechar amistad con Ludovico Chaff a pesar de ser éste su jefe y de ciertas asperezas de

trato que hubo entre ellos al principio de sus relaciones.

Chaff era un hombre de cierta educación, nacido en una familia de posición desahogada y venido a menos por desórdenes de conducta en su primera juventud.

Obligado a trabajar para vivir, se había hecho anarquista y con esa divisa había recorrido el mundo, hasta que, ya viejo, le habían aplicado la ley de residencia en la Argentina.

Desde entonces vivía en el Oasis, donde había encontrado un espléndido refugio para su vejez.

Chaff, aunque muy desengañado de la literatura libertaria, sentía especial placer en continuar su propaganda y en hacer adeptos. Había renunciado a la acción; pero no a formar discípulos que pudieran reiniciarla algún día y conservasen entretanto el fuego sagrado.

El lo esperaba todo de la revolución social; pero no esperaba verla triunfar y se consolaba soñando con el aniquilamiento de la injusticia, con la creación de un mundo nuevo, en el cual hubiese pan y trabajo para todos y los hombres pudiesen vivir libremente, guiados por su conciencia, sin más limitaciones que el derecho de los demás. Esto y componer una máquina reputada inservible, hasta hacerla funcionar de nuevo, constituía, con el juego, la trilogía de sus grandes aficiones.

Las largas e insistentes peroratas de este personaje, mientras daba los últimos golpes de lima a una pieza delicada, hacían las delicias de Fausto. Las palabras de Chaff, aclaraban su pensamiento, concretaban sus ideas y encauzaban y ponían cierta ordenación en el caos y la indisciplina instintiva de su espíritu.

Fausto acabó por ser el mejor discípulo de Chaff: un discípulo que aprovechaba las lecciones en razón directa de la admiración que le inspiraba el maestro. Aquel ser un tanto enigmático, envejecido en aventuras extrañas, complicadas y conmovedoras, de las que había escapado milagrosamente, siempre con riesgo de su vida y gracias a su temple duro como el acero que manipulaba, atraía como un imán el temperamento errabundo del gauchito, fomentando sus ansias de impresiones nuevas y su ardiente amor a la libertad.

La vida del maestro le parecía de las más interesantes y se prometía en su fuero interno tomarla como ejemplo y aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para echar a correr en busca de aventuras.

Pero Fausto tenía en la sangre un género de hormigueo que Chaff no había conocido: la afición a la mujer.

Chaff había amado una vez, allá en su país, y como el niño alado le había sido infiel y había derramado más acíbar que mieles en el único romance de su vida, había enterrado definitivamente sus ternuras y vivía aislado en sus ensueños.

En cambio, su nuevo amigo, era un pobre prisionero de amor. Después de festejar a todas las mujeres del pago, sin distinción de pelo ni marca, como él decía en su hablar pintoresco, cayó de pronto en el lazo como una perdiz incauta.

Había ido con Chaff a reparar las cañerías de la casa de los patrones, cuando tuvo la visión que conmovió profundamente su sensible organismo.

Mientras estaba ocupado en la tarea de ajustar un caño y maldecir el trabajo, la linda Pispeta, la mimosa

de la *patroncita*, a quien no veía desde muy pequeña, pasó junto a él, y la transformación que advirtió en la chica, lo dejó deslumbrado. Fue una impresión fugaz; pero que se grabó en el alma del mozo y ya no pudo borrarse más de ella. Pispeta estaba siempre presente, su imaginación la detallaba mientras fijaba un tornillo o modelaba una pieza sobre el yunque, recordando, con el vigor de la realidad, el estremecimiento de sus senos nacientes, la curva sugestiva de sus pantorrillas, y, sobre todo, la mirada, penetrante, intencionada y rápida que le echara al pasar con sus ojos profundos y vivaces, animados de curiosa picardía y orlados de largas pestañas negras.

—No te metas, —le decía Chaff cuando él le imponía de sus anhelos,— eso está muy alto para ti. Mira para otro lado.

Pero el altivo mozo protestaba. El se sabía bien parecido, comprendía que gustaba a las mujeres, en la manera en que éstas aceptaban sus galanteos y le prodigaban sus favores. ¿Por qué habría de renunciar precisamente a la que más le había impresionado? El era libre y dueño de rebuscarse donde mejor le pareciese.

—¿No vale cada cual según sus méritos y sus fuerzas? — replicaba, recordando al maestro sus propios preceptos.

Chaff, halagado, le palmeaba el hombro con satisfacción, pero pensaba con tristeza en los desengaños que aguardaban a su discípulo, si daba demasiada intervención a la mujer en el desarrollo de su vida.

Poco tiempo hacía que Peralta era víctima de aquella pasión, violenta como todas las suyas, cuando, una mañana, al ir a almorzar, tropezó con la chica en un recodo del camino.

Pispeta venía acompañada por la madre, a pesar de lo cual, el enamorado galán se permitió abordarla.

La Luchardo estaba de mal humor porque Pispeta había salido sin permiso, y, lo que era peor, hablaba de dejar el conchavo porque estaba aburrida.

—¡Quiere venir a vivir en casa! Todo porque no la dejan chivear bastante, —decía.— Figúrese, don Fausto, esta mocosa... despreciar la fortuna y venir a comernos el pan... ¡Le rompo los huesos... le rompo!

Fausto no la oía, estaba entregado a la contemplación y como Pispeta, a pesar de venir engestada, le había favorecido con un par de miradas suaves y acariciadoras como el terciopelo, se creía en el limbo.

—¿Y si ella quiere vivir con su madre a qué la disgusta? — dijo, por decir algo favorable a los deseos de la muchacha.

—¡Eso sí que está bueno!... ¿Usted también? Pues no faltaba más, —gimoteó la mujer.— ¡Vamos, vamos!... Quiero llegar pronto, antes que la señora lo sepa, — y agarrando a su hija por un brazo, con tal fuerza que la hizo gritar, continuó su camino sin más dilaciones.

Fausto quedó como clavado en su puesto y embelesado, siguió a la chica con la vista, experimentando un verdadero deleite cada vez que ésta se volvía y le bañaba en la luz de sus ojos.

Pispeta, corrupción de Pispoleta, era el apodo de la hija mayor de un napolitano vivaracho que apareció en el pago como limpiador de mármoles, cuando empezó a repoblarse el valle de las Aguilas. Desde entonces, el despierto inmigrante, que servía para un fregado como para un barrido, había desempeñado los más variados oficios, hasta que, por último, ha-

bía obtenido el de guardabosque, que le permitía vivir sin trabajar. La mujer y los hijos cultivaban un pedazo de tierra y criaban gallinas y él se pasaba el día recorriendo los montes, escopeta al hombro, protegido por amplio chambergo y seguido de su perro Leone. Contento el hombre con su suerte, juraba por San Genaro y su sangre milagrosa que ni los pájaros se atreverían a picotear una sola fruta de los árboles confiados a su custodia; pero él no volvía nunca a las casas con las manos vacías.

—¡Usted es mi padre! — solía decir a Mauricio.

Y éste, a quien hacían gracia las cosas de Francisco, aceptaba sonriente la extraordinaria paternidad.

Cuando Jacqueline llegó al Oasis, Francisco le ofreció para su servicio a su hija Sorrentina, que éste era el nombre de pila de Pispeta. La chica gustó. Era bonita y simpática, voluntaria y oportuna. Jac le tomó cariño y pronto la prefirió para su servicio personal, hasta el punto de que los otros sirvientes decían de ella que era el Zenón de la señora.

Así fue pasando el tiempo. La niña se hizo mujer, se desarrolló y embelleció paralelamente, y a los quince años era un damasco pintón, vistoso y agridulce.

Hasta entonces había vivido contenta y satisfecha del trato de la *patroncita*, que si bien tenía genio vivo y lo hacía sentir cuando veía algo mal hecho, era generalmente bondadosa y condescendiente.

Aquella mañana, por suerte para Pispeta, Jac estaba contenta y la escapatoria cayó en gracia.

—¿Era para estropeártelas con los terrones que te cuidabas tanto las manos, grandísima pícara?

—¡Dele con un palo, señora! — aullaba la vieja. — Es lo que precisa. Si Francisco lo sabe, ¡la mata!...

¡La mata! — repetía por especial encargo de su marido.

Al oírla, la chica la desafió con la mirada, como diciendo:

—¡Bah!... ¡Y a mí qué me importa del napolitano!

Pispeta quedó; pero no convencida, ni siquiera resignada; quedó como un rebelde sometido por la fuerza.

Sus encuentros con Fausto le habían revelado las inclinaciones del *Don Juan* del pago, y este tributo a sus encantos, que coincidía con los primeros hervores de su temperamento, acabó por trastornarle el seso.

¿Por qué, como la mayoría de sus amiguitas, no había ella de bailar en las trillas y bautizos, de trasnochar en los velorios y de apuntarse un novio?

—¡Bah!... ¡Un día de vida es vida! — pensaba, cuando afrontando los mayores riesgos, se resolvía a entrevistarse con Fausto a través de la verja del parque.

Pero Jac velaba.

La *patroncita* quería para la chica algo mejor que un ladrón de ovejas.

Mauricio observaba que en achaques de amor la contrariedad es el estimulante más poderoso; pero Jac, enardecida por la impavidez con que su protegida acogía sus consejos o sus amenazas, se empeñaba en domarla.

La lucha no fue larga, sin embargo. Pispeta le puso término de improviso, marchándose para casa de sus padres.

Este paso de la chica contrarió mucho a Jac, que se había habituado a sus servicios y le había tomado

cariño; pero a la contrariedad sucedió pronto la indiferencia por la suerte de la ingrata.

—¡Buen viento! — pensó, asociando al caso sus recuerdos personales, — a ésta nadie la despide, es ella la que se va... ¡Qué Dios la ayude!

Y cuando esa misma tarde, Francisco la trajo a la fuerza, la rechazó sin réplica.

—Ahí me las den todas, iba pensando la napolitanilla, de vuelta a su casa, mientras su padre, estrujando el sombrero, se deshacía en reproches e improperios.

—¡Manacho lo diávolo!... ¡Manacho!

En el trayecto se encontraron con Fausto, y, Pispeta, para informarle, gritó gozosa:

—¡Piedra libre!... ¡Piedra libre!

A lo que el viejo respondió iracundo, zamarréandola y gruñendo como un perro:

—Te voy a dar libertad... ¡te voy a dar!

Y desde aquel momento, quedaron tendidas las líneas entre la muchacha y sus padres.

Desde lo alto de su situación en casa de Mauricio, Pispeta se había acostumbrado a despreciar a los suyos y les llamaba los gringos; pero esa noche, cuando se acostó en la misma cama de su hermana Lucha, con el cuerpo magullado por los golpes y los ojos enrojecidos por el llanto, entró bruscamente en la realidad, sobrecogida por el temor que los gringos empezaban a imponerle.

Irritados éstos por la rebeldía de la muchacha y por la pérdida de las ventajas que representaba para ellos el conchavo abandonado, la trataban con dureza y la obligaban a los trabajos más rudos de la casa, mientras Francisco vigilaba temeroso de que penetrara Fausto a quien culpaban de la ocurrencia.

—Que no se acerque por aquí ese compadrito, — decía el napolitano en su jeringoza, — porque le tiro.

Esta vigilancia fue naturalmente relajándose con el tiempo, y Pispeta, secundada por su hermana, consiguió volver a entrevistarse con Fausto. Gozó de nuevo del trato de su novio, del sabor de fruta prohibida que tenían sus rápidas entrevistas; pero poco a poco éstas fueron perdiendo el encanto primitivo. Fausto era el mismo de siempre, apasionado y pintoresco en el hablar; pero hablaba de todo menos de casarse, y si ella le buscaba por ese lado, él no pasaba de las promesas, quejándose de la suerte y de la falta de dinero.

La muchacha empezó a echar sus cuentas, y al ver que se le escapaba el bien soñado, se hacía más punzante el recuerdo de lo perdido y el dolor de la pérdida, empezando a agitar su espíritu inculto los más encontrados sentimientos. El temor de que resultara estéril el sacrificio que había hecho en aras de su amor y su libertad, la desconfianza por la equívoca conducta de su novio que todo lo jugaba, en lugar de guardar algo para cumplir sus promesas, y, por fin, la miseria de su casa sucia y maloliente, comparada con los mimos y comodidades que disfrutaba en la de los patrones, donde vivía como hija de ricos, todo se fue juntando para amargarle el presente y hacerle dudar del porvenir, al punto de decidirla, a pesar de su carácter orgulloso y levantisco, a implorar el perdón de Jac.

Aquel fue un día sombrío para ella: Jac, ni siquiera la quiso recibir.

Pispeta perdió entonces toda esperanza de volver a conquistar el bienestar gozado, y convencida de que se había metido en un callejón sin salida, su amar-

gura se acentuó, comprendió su impotencia y en su corazón herido brotaron confusas ideas de venganza.

Una tarde, en que, con ayuda de Lucha había logrado burlar con más seguridad que de costumbre la vigilancia materna y se paseaba con Fausto a la vera del pinar que se extendía a un costado de su vivienda, vieron surgir, de pronto, por un claro del bosque, la casa del patrón, vivamente iluminada por el sol poniente. Pispeta, al ver el sitio donde tan bien había vivido y donde aún estaría a sus anchas, a no haber surgido aquellos tristes amores que tantos disgustos le costaban, se echó a llorar.

Al oírla, Fausto la interpeló.

—¿Por qué lloras?

Y como ella no contestaba, añadió, adivinando el motivo: — ¿Quisieras volver a la jaula?

—Siempre que estuvieras conmigo.

—¿Entonces yo tengo la culpa de tu pena?

—Tú no; ¡él!

—¿Quién es él?

—Don Mauricio. Por él salí, — contestó la chica sin vacilar y dirigiendo hacia la casa una mirada torva.

—¿Te perseguía?

—¡Y de no! — insistió la linda napolitanilla, acentuando la expresión siniestra de sus lindos ojos.

Fausto irguió la cabeza, dilató las narices, su pecho robusto se hinchó de aliento, y, mientras sus ojos despedían chispas, cerró el puño y tendió el brazo hacia la casa que ya el atardecer cubría de sombras.

CAPITULO VII

Mauricio entró de puntillas en el taller de Jac. La vio que observaba con mucha atención una cartulina desplegada sobre la mesa que tenía delante y picado de curiosidad se acercó sin hacer ruido. Para anunciarse, la besó en la nuca, bajo los sedosos rizos que escapaban a la disciplina del peinado.

Jac dio un gritito, se volvió, se levantó y, cariñosa, lo besó a su vez, diciendo en su idioma nativo:

—Me has dado miedo; — luego, sin transición, reclinó la cabeza sobre el pecho de su amante y lloró.

Era un plano de París lo que Jac examinaba y Mauricio comprendió sin esfuerzo el motivo de sus lágrimas. Hacía tiempo que lo presentía y lo temía: Jac empezaba a sentir nostalgia de la gran ciudad.

Humilde obrera de París, casi vencida ya en la lucha contra el rigor de su destino, cuando Mauricio surgió en su vida, se sintió repentinamente transportada de las sombras a la luz. Y desde ese punto, la existencia fue para ella la realización casi mágica de sus más ambiciosos sueños. Le pareció haber escalado las cumbres de la dicha, cuando se vio en el Oasis, más que nunca mimada por su amante, rodeada de todos aquellos esplendores de cuentos de hadas. Al principio la cegaron un tanto. Hasta las cosas más simples le parecieron admirables. La extensión del paisaje, la transparencia del cielo, el brillo del sol, las costumbres campesinas, el homenaje permanente de cuantos vivían a expensas de Mauricio, y, en plano superior, la riqueza y con ella la satisfacción de poder.

—¡Qué hermoso... qué hermoso... qué hermoso! — exclamaba ante el espectáculo sencillo y grandioso de nuestros campos.

Y enorgullecida, estudiaba su nueva situación para hacerse digna de ella.

—Hay un Dios bueno, — solía decir con gravedad cuando pensaba en el nuevo giro que había tomado su vida. Y para ayudar la obra de aquel Dios bueno, ponía el mayor empeño en elevar su personalidad. El deseo de ejecutar los trozos musicales que oía a diario en su pianola y de alcanzar los matices de interpretación que obtenía su maestra, la señora de Rasker, la ataba al piano durante las veladas de invierno y las mañanas destempladas o lluviosas, y el afán de enriquecer algún día con obra suya la galería familiar de los Padura, la encarnizaba con los pinceles durante las horas de luz. Aprendió a manejar automóvil, a montar a caballo y a andar en bicicleta. Se interesó por la vinificación, por las múltiples aplicaciones industriales de la leche; por los *pedigrées* y los tiempos; por la horticultura; y, por último, hasta por la avicultura.

Todo lo hurgó, todo lo analizó, y aunque no acertaba a comprender qué veleidad sentimental había impulsado a su amante a acometer aquella empresa, se interesó por ella y más de una vez llegó a sorprender a Mauricio con reflexiones imprevistas y consejos prácticos, recogidos en la penosa escuela de sus pasados sufrimientos.

Fue la mejor época de su vida, su lote de dicha, de esa dicha completa que se experimenta al viajar sin preocupaciones sobre un lago sereno y bajo un cielo sin nubes.

Pero precisamente esa continua serenidad fue la que engendró el hastío.

A pesar del prestigio de su nueva situación y de la elevación constante de su personalidad, empezó a notar la falta de algo que no alcanzaba a definir, a experimentar como una sensación de vacío a su alrededor, algo que fue acentuándose lentamente, que fue poniendo una nota desagradable al final de cada curiosidad satisfecha y que, por último, se fijó definitivamente en su espíritu cuando las novedades se agotaron. La misma satisfacción de poder y con ella las voluptuosidades que la acompañan, concluyeron por dejar de halagarla. Poco a poco la fue ganando la indiferencia y aún sin poderse quejar de ningún dolor real, empezó a experimentar ese malestar que no puede localizarse, pero que envenena todas las alegrías y que parece concretarse en esa pregunta eternamente sin respuesta: ¿Para qué?

Mauricio había previsto el mal y cuando, a pesar de los esfuerzos de la paciente por ocultarlo, lo vio avanzar día a día, se empeñó en combatirlo. Con el pretexto de hacerle conocer todas sus estancias, le mostró el país entero, procurándole deliciosas estadas en las costas del Uruguay y del Río Negro; pasaron largas temporadas en Montevideo; recorrieron todos los balnearios de la costa y en la estación propicia, fueron a Buenos Aires, donde ella tuvo oportunidad de lucir sus trajes y sus joyas.

Jac era joven, era bella, era refinadamente coqueta y aunque dentro de una rigurosa honestidad de propósitos, quería exhibirse, mostrar su belleza y su juventud, realzadas con los elegantes atributos femeninos que poseía, no sólo para conocer la sanción de la gente a su respecto y provocar la envidia de las

mujeres y la admiración de los hombres, sino como un nuevo estímulo para el afecto de su amante.

Mauricio consideraba razonables esos deseos y los viajes menudeaban; pero si bien la enferma parecía revivir y volver a su primitiva alegría durante aquellos breves paréntesis, al regresar al Oasis se notaba que la situación no había cambiado.

Llegó a ser tan persistente y angustioso lo que Jac sentía, que ella misma concluyó por barruntar la existencia de una causa de perturbación más honda que el simple aburrimiento.

La joven se sentía querida, generosamente tratada, elevada sobre un pedestal y rodeada de incienso; pero, a la vez, se veían cuidadosamente disimulada detrás de un velo que la sustraía a las miradas indiscretas como si su amor fuera pecado.

Comprendía que su amante era sincero, pero que no la quería bastante para olvidar el pasado y resolverse a ostentarla. Le había dado todo su cariño; pero no le dispensaba todo su aprecio. Se resistía a mostrarse con ella en público, bajaba las cortinas del auto cuando salían juntos y a imitación de su amigo Márquez, se ponía unas enormes gafas negras que le desfiguraban el rostro. En el teatro permanecía siempre en el antepalco y aguardaba con una paciencia de Benedictino a que se hubiese marchado el último concurrente para salir a su vez. —No era ciertamente así en Europa, — pensaba la joven profundamente mortificada. En suma, Jac quería ser algo más que el juguete predilecto de su amante.

Un incidente que les ocurrió cierta noche, aclaró del todo su concepto a este respecto.

Era en el Parque Hotel.

Bajo los auspicios de una comisión de damas, se daba un baile de máscaras, al que, por excepción, se había permitido el acceso de hombres disfrazados, circunstancia que Mauricio aprovechó para llevar a Jac.

Como se trataba de una fiesta de caridad, cuyo fin primordial era obtener recursos, la venta de entradas había sido liberal y Mauricio pudo obtener las suyas con un nombre supuesto.

Cuando bajaron del auto que los condujo hasta la puerta del hotel, éste rebosaba ya de concurrencia, y la terraza, el bar, el hall y el salón estaban totalmente invadidos. Era tal la confusión y la bullanga, que Mauricio pudo introducirse eludiendo la obligación de darse a conocer a la comisión que fiscalizaba la entrada.

Esta circunstancia lo alentó, pues aunque había llevado a Jac a la fiesta con el mejor deseo, en el fondo, estaba un poco nervioso, como si al dar aquel paso hubiese cometido una falta.

La mayoría del público, atraído por la música, afluía al salón; pero la aglomeración era allí tan grande que apenas si se podía bailar. Algunas parejas animosas, lo intentaban, sin embargo, desafiando empellones y perdiendo el compás; pero sólo conseguían caer en poder de los mirones, que los rociaban con agua perfumada y los cubrían con papelitos de colores. En los pasillos, animados grupos de jóvenes casadas a las que sus respectivos maridos prohibían tomar participación activa en la fiesta, se vengaban de aquella tiranía murmurando de las de su clase y estado que con más libertad que ellas circulaban por el recinto del brazo de algún amigo, y, sentadas en butacas dispuestas a lo largo de las paredes, o en

corrillos más o menos numerosos, las viejas mamás ejercían su misión de vigilancia, sonreían satisfechas a la visión de sus mejores recuerdos o cabeceaban sobre sus escotes marchitos.

Arriba, en los palcos, el público tejía vistosas redes de serpentinas y una parte de la concurrencia coreaba algunos compases de la orquesta. Todo era luz, ruido y movimiento, acentuado este último por el perpetuo aletear de los abanicos que ponía sobre las cosas una vibración sutil, semejante al casi imperceptible llamear del fuego reducido a brasas.

De repente la orquesta callaba y su silencio provocaba una reacción en el vocerío que parecía crecer como el rumor de la marea. En esos momentos, se destacaban los chillidos de las máscaras que cambiaban entre ellas bromas gastadas o se encarnizaban con alguna pareja de novios que aprovechaba la balumba para escurrirse hacia los rincones apartados.

Mauricio y Jac, después de dar unas cuantas vueltas, arrastrados por los vaivenes de la concurrencia, lograron asomarse a la baranda de un palco y observar desde allí el espectáculo del salón.

Era una fiesta animada, pero vulgar.

A pesar del carácter de evocación histórica que sus organizadores habían querido darle, tanto los personajes de la corte de Luis XVI, como los *sans culotes* más o menos bien caracterizados que circulaban por el recinto, constituían la excepción y aparecían sólo de vez en cuando, como perdidos en la avalancha que colmaba el vasto local, donde triunfaban los dominós de todos los colores, las aldeanas de todas las latitudes, los modestos chalones ceñidos al cuerpo con alfileres y hasta las sencillas mantas de cama puestas a guisa de albornoz sobre alguna careta de negra.

Esta pobreza de tocados fue lo primero que chocó a Jac.

Mauricio excusó a sus compatriotas con la falta de medios de la mayoría; pero Jac no admitió la excusa.

Según ella, con voluntad y buen gusto era fácil confeccionar un disfraz apropiado y elegante.

Mauricio se declaró incompetente, pero exigió de su compañera que reconociese que las criollas eran lindas. La joven lo reconoció, admitió que abundaban los cuerpecillos graciosos y las caras picantes; pero se lamentó de la falta de verdaderos tipos de belleza.

—Son las auras democráticas que pasan, —contestó Mauricio.— La belleza es la aristocracia de la raza y en estos países la raza no preocupa sino a los ganaderos.

Jac sonrió. Había logrado hacer una magnífica caracterización de María Antonieta, lo que, unido a su gracia natural y a la acertada expresión de sus gestos, atraía la atención y provocaba la curiosidad.

—¡Qué mona!... ¡Qué elegante!... ¡Qué *chic!* — se oía a cada paso.

—¿Ves como te encuentran linda? — le decía Mauricio halagado.

Y ella, para quien aquel paseo del brazo de su amante resultaba una consagración, contestaba modestamente y atribuía el elogio a la circunstancia de no haberse quitado el antifaz.

Con todo y a pesar del antifaz de la joven y del dominó hermético de Mauricio, al pasar por entre un grupo de personas conocidas de este último, oyeron que alguien decía:

—No hay duda: es él y la francesa. ¡Ya le ha echado la capa al toro!

Estas palabras hicieron a Mauricio el efecto de una bofetada... ¿Qué podía importarle a aquella gente que fuese él y la francesa? Y sentía impulsos de quitarse el antifaz para desafiar a todo el mundo.

La reflexión le contuvo, sin embargo, y, para recobrar la serenidad, invitó a Jac a tomar un helado en la terraza.

Inútil recurso: allí también le siguieron la admiración, la curiosidad y la envidia.

En ese instante se acercó Lacerda para decirle que había sido reconocido y que la Comisión organizadora se había reunido para tomar en consideración su caso.

—Parece que algunas madres de familia están mortificadas por la presencia de Jac, — dijo a su amigo.

—¡Claro!... Jac les arrebata un partido colosal para sus hijas, — dijo Jacobo Skien en ese momento, destacándose con Gerardo González de un grupo muy bullanguero, en el que figuraban algunas jóvenes casadas que habían estado en París y hacían lo posible porque se supiera, remedando aquí las actitudes y las *toilettes* que sólo gastan allá las profesionales de la galantería.

—Natalí y Marietá, — dijo Gerardo, afrancesando los nombres de dos de ellas, están lo más alborotadas con la cosa.

—Sin duda forman parte de la Comisión de Señoras, — dijo Padura irritado y sintiendo que la sangre se le subía a la cabeza, ante la perspectiva de tener que salir de allí despedido como un intruso o huyendo como un culpable. Todo su orgullo se reveló y le asaltaron las ideas más extravagantes: a ser posible se hubiera casado en el acto.

—¡Imbéciles! ¡Envidiosos!... — Y el propósito de resistirse en último caso, con el consiguiente escándalo, atravesó su espíritu como un relámpago.

Felizmente, a Gerardo se le ocurrió una idea que Mauricio halló genial. ¿Acaso no figuraba en el baile la de Arrona, la viuda de Colmar y su hija Paula, que era público y notorio que...

—En efecto, — interrumpió Skien entusiasmado, — no las han podido echar porque viven en el hotel: son sencillamente dueños de casa. — Y se ofreció a poner a Mauricio en idénticas condiciones, alquilando para él un departamento.

Pero Jac había seguido el desarrollo del incidente y optó por fingirse indispuesta y retirarse.

—Esto es una aldea, — decía Gerardo acompañándolos hasta el auto.

Jac reservó su juicio, pero aquello le dio la noción exacta de su situación. Comprendía que en manos de Mauricio estaba ponerle término, casándose con ella; pero al recordar su pasado, el origen de sus amores y el suyo propio, por demás humilde, pensaba que el único remedio era volver a Europa, donde, como en otro tiempo, podrían quererse libremente y gozar de la consideración de las gentes.

Y desde ese día ese pensamiento fue su idea fija, de la que Mauricio hacía todo lo posible por apartarla. Combinaba fiestas en el Oasis, menudeaban los paseos a Buenos Aires y aun a Río de Janeiro; pero todo era en vano, Jac repetía siempre como un estribillo:

—Nada vale París.

—¡Ah!... ¿Ya París no es maldito? — replicaba Mauricio con cierta amargura.

Pero ella insistía. Había dos París: el de los desamparados y el de los poderosos.

Mauricio se irritaba al ver que su amor y sus riquezas ya no bastaban para satisfacer los anhelos de aquella criatura y con frecuencia la hacía llorar.

A veces se inclinaba a complacerla y llevarla a pasar una temporada en aquel París de los poderosos que había tenido la imprevisión de dejarle entrever. Otras pensaba en traer a Montevideo a la hijita de Jac que estaba allá en poder de la abuela, reconciliada con la joven desde que ésta era rica. Tal vez la presencia de la chiquilla distrajera a la madre. Pero la perspectiva del largo viaje no seducía al antiguo *globe-troter* como en los buenos tiempos.

El amor al reposo y a la vida sedentaria ocupaban ya el lugar de las viejas aficiones y la sola idea de ambular de nuevo, aumentaba a sus ojos el aliciente de las comodidades de su casa y de las distracciones del Oasis y daba particular encanto a la plácida y serena senda por donde ahora avanzaba su madurez, con rumbo a la calma en que se disuelven finalmente las pasajeras agitaciones de la vida.

Aquella mañana, como siempre, Mauricio acabó por tranquilizar a Jac con la misma promesa.

—No llores, chiquita, pronto iremos a tu querido París.

—Siempre me dices lo mismo, — rezongaba la joven lloriqueando.

Pero cuando el acceso pasaba, le pedía perdón por lo que llamaba con sinceridad sus injusticias y trataba de persuadirlo de su amor.

El se dejaba mecer; pero no se hacía ilusiones: veía claro.

—Es más fuerte que ella, — pensaba con tristeza, — ese demonio de París la atrae con sus espejismos deslumbrantes. — Y de pronto, el recuerdo de su edad atravesaba su espíritu y le hacía comprender que veinte años atrás hubiera logrado aquerenciarla. — Es grata y me quiere bien, pero no le basto. — Y de sus juicios sobre los sentimientos de la joven, pasaba al de los suyos propios. Tan pronto le parecía quererla hasta el punto de considerar su amor indispensable, como le parecía llegado el momento de poner término a aquel *collage* sentimental. El ya no estaba en edad de seguirla en su afán de impresiones nuevas. Jac anhelaba una vida brillante para lucir su juventud y su belleza, y él, ya no encontraba halagos en la comprobación de su dicha por extraños. A veces le parecía haber confundido la piedad con el amor. — ¡Si se enamorase de otro! — solía pensar, como quien busca aliviarse de un gran peso. El le daría dinero, le facilitaría los medios de realizar en París una vida amable con entera libertad de acción. Y en su vanidad de varón afortunado, siempre favorecido por las mujeres, confiaba sin embargo en el afecto de la joven y pensaba en la separación con la indiferencia conque se piensa en los peligros lejanos.

Y el afán de ajustar los resortes de aquella gran máquina del Oasis para que funcionase sin tanto derroche de aceite, seguía preocupándolo entretanto.

—¿Qué hacer para asegurar la vida de nuestra obra? — solía preguntar a su secretario.

—Proceder con más rigor y menos sentimentalismo, — contestaba aquél, — o bien aguardar a que haya más habitantes en el país para que aumente el consumo y se ofrezcan más brazos.

—¿Habrá más dicha entonces? — preguntaba Mauricio.

Jorge creía que sí, so pena de renegar del progreso. Pero al oírle, Mauricio se enardecía. Para él el progreso era complejidad y la dicha era armonía: esta era finalidad y aquel sólo era medio.

—Se progresa cuando se avanza hacia la dicha, — afirmaba.

Jorge veía más dicha donde veía más civilización.

—A pesar de todo, — decía, — ¿no será superior la vida del obrero europeo a la del de vuestro país?

Mauricio negaba.

—Ni la del obrero de la ciudad ni la del obrero de los campos. Allá apenas vive y aquí vive y prepara una vida mejor con sólo observar conducta.

—Pero su vida se desarrolla en un medio inferior, — insistía Jorge.

—Los Campos Elíseos y el Arco del Triunfo, vistos a través de lentes tiznados por la miseria, dejan de ser hermosos. Para admirar es necesario haber almorzado bien y tener la seguridad de comer mejor, si no, toda grandeza y toda belleza suenan a hueco.

Jorge peroraba entonces contra el exceso de sentimentalismo que paraliza la acción.

—¡Qué diablos! Para que el barco marche es menester quemar carbón en sus máquinas.

—Siempre que seamos los foguistas, — exclamaba Mauricio. Y como el otro afirmaba que era una ley biológica, añadía:

—Si el progreso y la civilización han de tener por base la angustia perpetua de la mayoría de los hombres, le doy resueltamente la razón a don Matías.

La presencia de Jacqueline solía poner término a estas disquisiciones.

Una mañana, la joven acababa de recibir los diarios de París y vino entusiasmada a comunicar las novedades del Boulevard.

El último figurín, la canción en boga, la muerte de Fracson, la llegada de la reina de Madagascar y las expectativas de la guerra de los Balcanes. Pero, sobre todo, las crónicas de Longchamps, repletas de detalles, especificando circunstanciadamente los tocados femeninos y dando nombres propios.

—Marthe Denis, *Cherí!* Yo trabajé para ella cuando estaba en la calle Aubert, — exclamaba Jac loca de alegría. — Mira, se ha presentado un patinador en el *Palais de Glace* que hace cosas sorprendentes. En el *Palais Royal* están dando el *Petit Café* y en la *Comedie* hubo un estreno despampanante... *¡Vive París!* — y agitando los diarios, pasó a la habitación contigua donde la aguardaba la señora de Llanos. Pero a pesar de la presencia de la madre de Jorge, se sentó al piano y se puso a cantar *La Martinique.*

—Ahí tienes una víctima de la actual civilización europea, regenerada por el trasplante, — observó Mauricio.

—Pero aún añora a su victimario, repuso el joven.

Mauricio refunfuñó que, en rigor, siempre tuvo más atractivos el infierno que el cielo.

Mientras hablaban, Jorge organizaba la correspondencia; pero, si se le hubiese observado, se hubiera advertido que tenía reconcentrada la atención en la festiva canzoneta que Jac entonaba. A pesar de su banalidad musical aquella tonadilla le deleitaba, y más que nada, la voz y el alegre empuje de la ejecutante.

Sin confesárselo, Jorge sentía una viva atracción por la compañera de su amo y cuanto ésta hacía le parecía bien. Era un ingenuo en materia galante y

era a la vez un corazón sano y leal, unido a Mauricio por sentimientos de afecto y de gratitud; pero como no había descendido a su análisis, los dejaba prosperar sin malicia.

Sus tareas en el Oasis, si bien no eran aplastadoras, comenzaban a ser absorbentes. Entre otras atenciones era el encargado de toda la correspondencia, incluida la particular de Mauricio, que no era poca.

Algunas veces era toda una mañana ocupada en esa tarea.

—¿Qué nos cuenta hoy la capital? — preguntó aquel día Mauricio.

—La cartera está buchona, como decís vosotros, — contestó Jorge instalado frente a una cartera de cuero, donde traían la correspondencia. Con mirada de experto hizo luego una rápida selección y terminada ésta, tomó al azar el primer pliego del montón seleccionado.

Era una carta del doctor Tardío anunciando que se le había ofrecido un ministerio y pidiendo seis mil pesos prestados para saldar su cuenta con el Banco antes de entrar a formar parte del Gobierno.

—¡Pobre Tardío! — exclamó Mauricio cuando Jorge terminó de hacer su extracto. — ¡Qué pecado habrá cometido para que la suerte lo persiga de esa manera! Tras de estar pobre y lleno de deudas, ahora que su estudio iba a empezar a producir, le sale un Ministerio al encuentro.

—¡Córcholis! Ya se darían muchos con una piedra en los dientes, — repuso Jorge sorprendido.

—¿Olvidas que Tardío es honrado? — observó Mauricio.

Jorge no dudaba de la honradez de aquel buen señor; pero aún así suponía que su acción política debía producirle algún beneficio material.

—Quizá llegue a influir en el nombramiento de algún portero, — dijo Mauricio con aparente condescendencia.

—¡Vaya una manera de achicar la gloria! — exclamó el joven.

Pero Mauricio le decía ya que contestara felicitando a Tardío y que uniera a la carta un cheque por la cantidad pedida.

—Es inútil aconsejarle nada, — dijo, — no hay en el mundo un solo Quijote capaz de reconocer los defectos de su Dulcinea... Pero, dejemos eso, — añadió con despreocupación, — y dime que hay en ese sobre abultado.

Se trataba de Lavioleta, especialista en la exhibición de hombres públicos europeos, que pedía más capital para ensanchar su industria.

—Podíamos proponerle que importase reyes, — respondió Mauricio, — éstos no revelarían tan exactos conocimientos sobre nuestras cosas y nuestra producción, como alguno de los consabidos personajes; pero, en cambio, como tendrían buena y abundante ropa, no nos exhibirían levitas manchadas y pantalones lustrosos y con rodilleras.

Y como notó que Jorge leía otra carta con gran interés, preguntó de que se trataba en ella.

—Si no miente su autor, es un caso angustioso, — contestó el secretario con pausa, pasándole el documento para que se diera cuenta por sí mismo de la índole del asunto.

Era el caso de un cajero de Banco que había dispuesto de algunas sumas para remediar dificultades

privadas. Había empezado a pecar cuando nació su primer hijo y esta era la hora que el pequeño desfalco había llegado a una suma de consideración. Nadie conocía su secreto y si ahora lo revelaba a Mauricio era ante la inminencia de ser descubierto. Tenía miedo, un miedo terrible. Había vivido diez años obsesionado por el pensamiento de pagar aquella deuda y salir de sus angustias; pero se sentía vencido. Tantos años de lucha, de insomnios, de permanente abstracción, habían minado su organismo, le habían envejecido, temía enloquecer y morir dejando a sus hijos en la miseria y deshonrados.

—Realmente, —dijo Mauricio, devolviendo la carta a su secretario, — es un trance bien amargo. ¿Quién le dice que no a este desgraciado?

Jorge observó que era bueno averiguar sus antecedentes, pues bien podía ser un pillo.

—Si lo fuera no tendría ocho hijos y de tenerlos no viviría para ellos,— contestó Mauricio sin vacilar. — Anda, telegrafíale en el acto para tranquilizarle, — añadió, gozoso como si estuviera viendo a su nuevo protegido en el momento de recibir la noticia que había de poner término a sus angustias. Y después de una larga pausa, agregó aún: —Tendría curiosidad de conocer la explicación que daría este personaje a una reincidencia.

—¿A pesar de suponerle honrado? — preguntó Jorge sorprendido.

Mauricio estaba seguro, no dudaba. Con ocho hijos a la cola, siempre habría necesidades imprevistas para un pobre empleado. Además la familia no conocería sus torturas, propablemente lo tendría por un original, neurótico o hipocondríaco.

—Es tierno con los suyos y tiene que ser débil ante sus sufrimientos, tal vez ante sus más simples deseos.

Hubo una pausa, durante la cual Jorge siguió leyendo notas, hasta que se volvió a oir la voz de Mauricio.

—Mucha tristeza y muy cara nos ha llegado hoy de la ciudad — dijo. — ¿Lacerda no nos habla de algún negocio interesante?

Sí, en efecto. El amigo y agente de negocios proponía una venta de títulos para fin de mes. Había sorprendido el tipo de colocación de un nuevo empréstito y la posesión de tal secreto permitía operar sobre seguro.

—He ahí una honesta operación que acreditará mi fama de experto en los negocios sin afectar en lo mínimo el concepto de que gozo, — dijo Mauricio. — El mismo Lacerda se pondrá al acecho de otro secretito de esos que nos ayude a desvalijar a algún incauto y distraerá luego sus ocios en comentar acerbamente las deficiencias de la ley de abigeato... ¿Nada más?

—Sí, propone tres pichinchas, — contestó el joven sonriendo. — Una casa hipotecada por la mitad de su valor, que el propietario liquida por el importe del gravamen; un campo cuyo dueño acaba de morir en Europa y que los herederos, radicados allá, desean vender en el acto y la bonificación de veinte por ciento que ofrece el Banco Fraccionario por el traspaso del boleto de venta de los terrenos que usted adquirió en remate al lado de aquella propiedad suya donde pensó construir el barrio obrero de que tanto se habla aún a pesar de haber abandonado la idea.

—¡Bravo, bravo, bravo! esto levanta el espíritu y puede ayudar al salvamento de ministros y cajeros, — exclamó Mauricio alegremente.

—Eso se llama desnudar a un santo para vestir a otro, — observó el secretario.

¡Bah!... Siempre será bueno robarle un poco de agua al caudaloso río que pasa y alcanzársela al sediento... Pero dejémonos de filosofías y dime qué oculta eso, — dijo Mauricio, y señaló con el dedo un pequeño sobre decorado con una violeta.

—Lo que usted supone, — contestó Jorge ojeando el contenido del sobre indicado. — Firma Lina del Mar y pide dinero. Dice que está en Montevideo, pero que no se atreve a presentarse porque ha nevado mucho en los últimos inviernos y ya no hay afeites que puedan borrar las injurias del tiempo. Luego invoca los dulces recuerdos del pasado.

—¡El pasado! — exclamó Mauricio como absorbido en la visión de un paisaje nebuloso y amplio, animado por un mundo de figuras borrosas.

Creía recordar a esa Lina del Mar. Le parecía verla avanzar y destacar del grupo numeroso que se esfumaba a la distancia; le parecía verla en cierta orgía de feliz memoria, con la mirada encendida por la embriaguez y la boca entreabierta, sensual y roja, de pie sobre una mesa, en alto la copa, cuyo contenido dejaba caer entre sus senos desnudos. Entonces era joven y linda, mientras que ahora...

—¡Pobre Lina ...! ¡Pobre Lina! Dale lo que pide ... y en forma galante, que le recuerde los buenos tiempos, los días de gloria, las horas picantes o saladas, pues, dulces, como ella dice, no las conoció jamás.

Y mientras Jorge continuaba su tarea y abría nuevas cartas y Mauricio, lanzado al mundo de los recuerdos, se deleitaba con el suave perfume de las flores secas cuyos pétalos acababa de remover, se oyó un sollozo profundo en la habitación vecina y los dos

hombres como movidos por un resorte, se levantaron y corrieron a enterarse de la causa.

Era la señora de Llanos que adosada sobre un sofá, parecía descargar su alma de una profunda congoja.

—¿Qué tienes, madre? — gritó Jorge abrazándola.

—Tal vez una crisis nerviosa, — dijo Mauricio acercándose con Jac al grupo; pero la intensidad de las reconvenciones que leyó en la mirada de Eloísa, le dio pena y le alarmó.

Comprendió que su antigua amante había oído sus consideraciones respecto de Lina del Mar y condolido de haber removido inadvertidamente las cenizas que cubrían el fuego de la pasión, aún mal apagado, en el alma de aquella mujer, sintió impulsos de prodigarle algún consuelo. Pero en el acto comprendió también que le estaba vedado hacerlo y temeroso de que su presencia pudiera dar lugar a alguna recriminación que complicase la escena, enlazó con su brazo la cintura de Jac y se marchó, dejando al cuidado de la ternura filial, el consolar aquel dolor, suave perfume de un amor marchito.

CAPITULO VIII

Eloísa y Jorge quedaron solos, mirándose azorados. El, a la espera de una explicación y ella buscándola.

De pronto, un rumor de pasos los ahuyentó y salieron.

La mañana estaba desapacible. Una llovizna fina, tan fina que apenas si llegaba al suelo, los sorprendió a la salida y casi los detiene; sin embargo, como querían estar solos, afrontaron el mal tiempo y se dirigieron por el parque hacia su casa.

Eloísa parecía haberse tranquilizado, pero observándola, se veía que aún lloraba por dentro. A pesar de su edad, del largo tiempo que Mauricio había dejado de ser su amante, y de la voz de la razón que le repetía a diario que ya no podía ser para aquel hombre más que un recuerdo, no se resignaba a abdicar y la conciencia de que tenía que hacerlo laceraba su corazón.

Jorge, por su parte, estaba estupefacto.

La explosión de dolor de su madre al oir los comentarios de Mauricio a la carta de Lina del Mar, había sido para él una revelación.

¿Cómo había podido ignorar hasta entonces aquella historia tan clara? ¿A quién se lo haría creer?... ¡Quizá ni al mismo Mauricio!... ¡Tal vez ni a su propia madre! Y al pensar en el concepto que acaso inspiraba a la gente, se irritaba.

El tiempo empezó a cambiar. A los lejos se oía el lamento de una sirena que señalaba la hora de dejar el trabajo; más acá el rumor del vapor que, para

disminuir la presión, soltaban de una caldera, y, más cerca aún, el tañido acompasado de una campana que anunciaba la comida de las doce.

Una virazón repentina que se levantó del sur, barrió las briznas, empujó las nubes y descubrió el sol.

El paisaje sufrió una completa transformación. Los troncos de los árboles, aún empapados por la llovizna reciente, relumbraron como barnizados de oro; las hojas, como esmaltadas de verde, y las gotitas de agua que temblaban suspendidas de sus extremos, como piedras preciosas que reproducían todos los colores del iris. De la tierra humedecida brotaron nuevos perfumes, y los pájaros, contentos, secábarse el plumaje con el pico y ensayaban trinos.

Esta risueña transformación del tiempo no alcanzó, sin embargo, a impresionar el ánimo de los tristes, ni a desviar el curso de sus preocupaciones y engolfados en ellas, llegaron a la puerta de su casa.

Al entrar, Eloísa se dirigió a su alcoba y Jorge, sin saber por qué, ni para qué, la siguió. Pero una vez dentro y al enfrentarse con el retrato de Mauricio que colgaba en lugar preferente, no pudo contenerse.

—¿Habéis sido su amante... verdad? — preguntó anheloso, señalando la efigie de Padura, aun con la esperanza remota de obtener una respuesta que desvaneciera sus sospechas.

Eloísa que estaba lejos de presumir la clase de pensamientos que torturaban la mente de su hijo, lo miró con extrañeza, preguntándose qué significaba aquello y encrespándose, soltó un — ¿qué decís? — que era todo un desafío.

Al oírla, Jorge sintió cierto alivio y para exaltar la fiereza materna, aquella respetable fiereza que cons-

tituía su orgullo de hijo, le sostuvo la mirada, y engallándose a su vez, repitió con firmeza:

—Pues... que don Mauricio ha sido vuestro amante.

La de Llanos se irguió como para fulminarle y en sus ojos brilló un relámpago.

Pero, súbitamente, cambió de actitud y se dejó caer sobre la cama con desaliento.

¿A qué enojarse, a qué negar, a qué urdir nuevas mentiras?... ¿Para qué?... Ya todo le parecía inútil, vano, superfluo. ¿Por qué no buscar en las dulzuras de la confidencia el desahogo de su corazón atribulado?

Animada de ese propósito, miró a su hijo con mirada humilde, casi implorante:

—Compréndeme y perdona; —parecía decirle,— piensa que eres tú mi único afecto, el único ser que aún puede brindarle a mi dolor algún consuelo.

Pero al ver la expresión severa y fría que había tomado la fisonomía de Jorge, se le representó la imagen de don Augusto Llanos y comprendió que tenía que habérselas con un juez. Sus labios, ya dulcemente entreabiertos por la expansión, se plegaron de nuevo con amargura y volvió a llorar.

—Pregunto si don Mauricio ha sido vuestro amante, — repetía él con aspereza.

Era necesario contestar. El silencio confirmaba las suposiciones de Jorge y ahora el instinto advertía a Eloísa que era indispensable negar para conjurar la tormenta.

Había perdido ya todo su aplomo y la insistencia de su hijo, acababa de embrollarle las ideas. Previó con claridad y angustia los tristes resultados de aquella escena y como el tiempo se iba sin que apareciese

una respuesta satisfactoria, miraba estupefacta a su interlocutor.

Jorge repetía implacable:

—Pregunto si don Mauricio ha sido vuestro amante.

La pobre mujer imploró aún con la mirada; pero convencida de que su dolor no encontraba eco y en vez de inspirar simpatía, exasperaba a su hijo, se decidió a decir algo, cualquier cosa.

—¿Estás loco, hijo mío?, — exclamó, esbozando una sonrisa que parecía una mueca.

Pero Jorge, que recién empezaba a creerse cuerdo, desalentado por aquella contestación que no daba lugar a dudas, miró a su madre con rabia, hizo un gesto despectivo, saltó sobre el canapé, descolgó el retrato de Mauricio y lo estrelló contra el piso.

—¡Jorge!... ¡Jorge!... ¿Qué haces, hijo mío? — gimoteó Eloísa espantada.

Pero el joven ya no la oía, había desaparecido.

Eloísa miró el cuadro roto y maquinalmente empezó a recoger los pedazos del vidrio.

De pronto se le ocurrió que Jorge podía haber ido a pedirle explicaciones a Mauricio y anhelante, salió al corredor; pero en el acto regresó tranquilizada.

Jorge se paseaba en su cuarto de trabajo.

El joven, después de aquel rasgo de violencia, había reaccionado. Una vez pasados los primeros impulsos, se arrepintió de su actitud. Creía haber hecho bien al descolgar el retrato de Mauricio de aquel sitio privilegiado; pero comprendía que se había excedido al arrojarlo contra el piso en presencia de su madre.

¡Su madre, don Mauricio, todo su pasado, toda su vida anterior, transformada repentinamente por obra de algunas lágrimas indiscretas! ¡Qué desorden, qué

confusión se iba produciendo en su espíritu a medida que relegaba a segundo término los valores que habían prestigiado hasta entonces su concepto de las cosas! Un mundo de pequeñeces, de hechos remotos que nunca habían tenido importancia para él o que le habían parecido completamente inocentes, reaparecieron de pronto, transformados en claros elementos de juicio que contribuían a robustecer sus nuevas convicciones.

Los ídolos, hasta entonces venerados, cayeron de su pedestal, se desplomaron y Jorge con asombro vio surgir una figura borrosa, casi olvidada ya en el fondo de la memoria: la figura de su anciano padre. Por dicha suya había nacido a orillas del Mediterráneo, donde el sol ríe siempre, donde el cielo se confunde con el mar en un largo beso azul que infunde alegría en las almas y su espíritu flexible, rechazó las soluciones trágicas.

Se iría del Oasis y asunto concluido.

Esta resolución lo tranquilizó y le permitió continuar viviendo como si nada hubiese ocurrido. Pero cuando intentó poner en práctica sus propósitos de alejamiento se encontró con infinitos obstáculos.

¿Qué haría con su madre? ¿Qué le diría a Mauricio? ¿Cómo se arrancaría del Oasis?

Jorge amaba a su madre, amaba a Mauricio y amaba al Oasis. Hacia la primera lo arrastraba ese impulso sin par que resume todos los impulsos del amor humano. Hacia el segundo, cuánto de bueno había en él: admiración, gratitud, amistad. Y hacia el tercero, en fin, hacia aquella entidad compleja que él contribuyera a formar con su inteligencia y su esfuerzo, todo el afecto que inspira el conjunto de nuestras realizaciones en un intenso período de vida y esperanza.

Era contra este género de sentimientos, que se estrellaba el convencionalismo de sus ideas. Además, otra fuerza oculta y mil veces más poderosa que la anterior, aunque ignorada por él, contribuía, a pesar suyo, a retenerle en la inacción.

Una mañana, inesperadamente, comprendió el origen y la esencia de aquella fuerza.

Cabalgaba con Jac, seguido del indio Merlo, cuando, de pronto, en medio de la calma bochornosa de la mañana, retumbó un trueno prolongado, seguido de algunas gotas calientes.

Ante la inminencia de la lluvia y en el afán de alcanzar a tiempo algún abrigo, los jinetes pusieron sus caballos al galope, a pesar de que en aquel momento descendían una cuesta pedregosa.

Al cabo de ella, cuando ya creían haber sorteado los peligros del mal paso, rodó el caballo que montaba Jac y la joven, arrojada a gran distancia, dio con la cabeza contra una piedra y quedó inmóvil.

Jorge y Merlo se precipitaron en su auxilio, y al ver que había perdido el conocimiento, la llevaron hasta el pie de un árbol en la orilla del camino. Allí depositaron la preciosa carga y Jorge mandó a Merlo a dar aviso del accidente.

Al verse solo junto a ella y contemplarla tendida a sus pies, muda e inerte, el joven experimentó una viva y extraña emoción. Durante breves instantes quedó arrobado, como en éxtasis, sin saber qué hacer y sin desear hacer nada, hasta que, vuelto a la realidad, empezó a llamarla por su nombre. Primero quedo, con suavidad, como si temiera despertarla; después más alto, con acento breve y anheloso; y, por último, a grandes voces, mientras le palpaba la frente y le desabrochaba la bata con mano temblorosa y torpe. Le

aplicó luego el oído sobre el seno y al notar los latidos del corazón, cobró ánimo y trató de acomodar mejor el cuerpo de la joven. Con este objeto arrancó un buen montón de espartillo de un remolino que estaba cerca, rellenó con él su propia chaqueta, improvisó una almohada y la colocó cuidadosamente debajo de la cabeza de Jac. Recién entonces notó una pequeña herida que aquélla tenía sobre la sien derecha.

Su primer movimiento, ante aquella novedad, fue correr en busca de agua; pero el agua estaba lejos y como en ese momento Jac supirara levemente, se detuvo y volvió a contemplarla.

Estaba bellísima, tendida así sobre el césped, en completo abandono. En su rostro pálido y demacrado, parecía poner reflejos nacarinos el nimbo luminoso que formaba la rubia cabellera en desorden.

Jorge experimentó, por vez primera, esa atracción poderosa, violenta, irresistible, que impulsa a las criaturas humanas en los trances supremos de la vida.

Sintió que la quería, que la revelación de su amor brotaba del fondo de su alma y asomaba a sus labios en forma de plegaria.

Como si le hubiese oído, Jac se estremeció, después se estiró en suave desperezo, abrió los ojos lentamente, cual si despertara, y sorprendida, paseó en torno la mirada curiosa, hasta posarla llena de interrogaciones en la de Jorge que seguía con avidez sus movimientos.

—¿Qué ha pasado? — preguntó. Y al recordar la causa de hallarse tendida en el suelo, añadió, sin dar tiempo a la respuesta: — ¿Me hice mucho daño?

Jorge se apresuró a tranquilizarla.

—¡Qué miedo me habéis dado! — exclamó al fin. Y sin quererlo, puso tanta dulzura en sus palabras, que Jac, a pesar de su aturdimiento, comprendió;

pero sin darse por entendida, hizo un esfuerzo para incorporarse y al ver que tenía desabrochada la casaquilla y al descubierto la garganta, enrojeció, abrochándose con premura.

—¿Perdí el conocimiento? — preguntó al terminar su breve tocado. Y como Jorge, más aturdido que ella, no acertaba a contestar, se puso a hacer flexiones con los brazos y las piernas para cerciorarse de la integridad de sus miembros, y cuando se convenció de que no tenía nada roto, trató de ponerse en pie; pero, a pesar de apoyarse en la mano de su compañero, se tambaleó y éste se vio en la necesidad de sostenerla por la cintura y obligarla a sentarse de nuevo.

—¿Os sentís mal? — murmuró con ansiedad, junto a su oído, tan cerca que ella sintió el calor de su aliento.

—No. Es que todavía estoy un poco mareada. — Pero al hablar, Jac notó que algo caliente le corría por la cara y se tocó. — ¡Sangre! — dijo con asombro, y miró a Jorge interrogativamente.

Este aseguró que no era nada, que se trataba sólo de un rasguño y para tranquilizarla examinó de nuevo la herida.

—Si no teme usted quedar sola un instante, iré por agua. — Y como ella no opusiera resistencia, se dirigió corriendo hacia el arroyo de donde regresó unos minutos después con el sombrero lleno de agua fresca.

Jac, más repuesta, lo recibió sonriendo.

—¡Qué trabajo! — exclamó al verle llegar jadeante. Y sonriendo agradecida, se soltó el pelo y adoptó una postura conveniente para que Jorge pudiera lavarle la herida.

—¿Sabe que duele?, — añadió la joven al sentir la impresión del agua fría.

—¿Le hago daño? — preguntó él tratando de dar seguridad a su voz. Y temeroso de que la causa del dolor fuera alguna hebra de pelo pegada a la carne, dio a tener el sombrero a Jac y mientras con la diestra refrescaba la herida, con la otra mano apartaba el cabello y hundía los dedos en su masa ondulante. Se había arrodillado y su vista vagaba al azar sobre las líneas de la gentil silueta, mientras aspiraba los aromas del cabello, de las ropas y del cuerpo. Se sentía vivir con extraordinaria intensidad. Tenía que violentarse y apelar a todas sus energías para resistir sus impulsos, para no ceder al deseo de sumergir la cabeza entre las ondas doradas de aquel manto de pelo, para no enredar las guías de su bigote entre los ricillos blondos que se retorcían levemente sobre la nuca amarfilada. Hubiera querido prolongar y a la vez concluir con aquella escena. Tan pronto intentaba levantarse como amagaba colar los labios a la herida para sorber las últimas gotitas de sangre que aún brotaban de ella, aunque hubiera tenido que pagar con la vida aquel intento. Pero el temor de disgustarla, tal vez de ofenderla y provocar su enojo, le detuvo.

Jac empezó a sentir alivio y se apresuró a manifestarlo. Pero Jorge, a pesar de la dulzura de aquella voz querida, no pudo contestar: tenía la boca pastosa y parecía como si un nudo corredizo le oprimiera la garganta.

El chaf-chaf de un auto que se sintió a la distancia, le volvió a la realidad.

Eran Mauricio y el doctor Oviedo.

—No ha sido nada, — gritó Jorge incorporándose, en cuanto los del auto estuvieron al alcance de la voz.

Jac al ver a su amante, experimentó una violenta reacción nerviosa y lo abrazó sollozando.

—Pobre chiquita... *¿On t'a fait bobó?* — le decía este último con mimo, como era su costumbre, cada vez que la joven se quejaba de algo.

Como en aquel momento la escena tenía testigos, se contuvo y sin desprenderse de los brazos de Jac, volvió la cabeza hacia Jorge, preguntándole:

—¿Y cómo fue eso?

Entonces, el joven narró lo ocurrido, mientras Oviedo examinaba la herida.

—No ha sido más que un susto, — dijo el médico.

Jorge asintió mientras escurría el sombrero.

La culpa la tenía la tormenta que al fin había quedado en amenaza.

Jac, repuesta de sus emociones, al observar lo que hacía Jorge con el sombrero, recordó el suyo y lo reclamó:

—Cuando acabe de enjugar la palangana, alcánceme el melón, por favor.

Jorge no se hizo repetir la orden.

—Esto ha disminuído los efectos del golpe, — dijo enseñando a Mauricio y a Oviedo, una de las alas del sombrero de Jac que estaba partida.

—Ya lo creo, — afirmó el galeno, — si no hubiera sido por eso, se hubiera podido producir la muerte o accidentes aún más graves.

Y contento de su chiste, que le valió una mirada terrible de la joven, se dispuso a desinfectar la herida.

Jac hubo de consentir en que le cortasen un mechón de pelo para dejar libre el sitio dañado. Oviedo trató de hacer el menor destrozo posible; pero como la joven tenía el cabello muy largo, resultó un mechón apreciable.

—¿Qué hacemos con esto? — preguntó a la interesada.

—¡Oh... tírelo!, — contestó ésta con desprecio.

Pero Mauricio y Jorge hicieron a la vez un gesto de protesta.

—Lo guardaré como recuerdo del accidente, — dijo Mauricio apoderándose del mechón.

Jorge se contuvo, pero cuando ya su gesto había sido advertido.

Por un instante los dos hombres se miraron.

Dichosamente, Oviedo concluyó con rapidez sus curaciones y Jac, ya del todo repuesta, dio la señal del regreso cogiéndose del brazo de su amante.

Jorge quedó solo en el lugar del accidente. Durante largo rato permaneció inmóvil, contemplando el sitio donde había estado acostada Jac. De pronto, montó a caballo y rumbeó en sentido contrario a la dirección que había tomado el auto.

Para serenarse, resolvió dar una vuelta larga, a cuyo efecto bajó hasta la orilla del arroyo y se internó en el monte.

Sentía necesidad de expansión, y como no podía tenerla con nadie, buscó la soledad para discurrir con su conciencia.

Al enfrentarse con ella, se estremeció. Acababa de hacer un formidable descubrimiento y la nueva sorpresa que le produjo aquel amor que ni siquiera había sospechado, llenaba su alma a la vez de luz y de sombras.

El recuerdo de las escenas en que acababa de ser actor, le producía un bienestar inmenso, una dulce voluptuosidad. Era el episodio amoroso más importante de su vida, era un conjunto de sensaciones que no olvidaría jamás. Había asistido por sorpresa al despertar de sentimientos profundos hasta entonces adormecidos en el fondo de su alma virgen y que desarro-

llaban ante sus ojos nuevas perspectivas. Su cuerpo había vibrado al ardor de los sentidos y su imaginación lo había arrastrado al quimérico país del ensueño.

Pero al final de estos escarceos de la mente, como un toque de alarma de terribles proporciones, surgió la imagen de Mauricio, severa y fuerte, pidiéndole severa cuenta de su conducta.

Era su protector, su amigo, el hombre por quien durante tantos años se había sentido dispuesto a darlo todo, hasta la vida. Era el salvador de su madre, cuando ésta atravesaba por momentos de verdadera angustia; era el hombre que, sin obligación alguna, había velado por su dicha y bienestar durante toda su existencia; y era, en fin, el dueño de aquella mujer de quien él se sentía enamorado.

¡Triste amor sin esperanza!

¡Amor culpable, que sólo podría satisfacer al precio de la traición, de la ingratitud y del crimen!

Pero al llegar a este punto de su soliloquio, el recuerdo de su reciente descubrimiento sobre la índole de las relaciones de su madre con aquel hombre, surgió como un atenuante, casi como un justificativo de su conducta. ¿Acaso, no era una justa represalia?

Y cohonestada de esa manera su actitud, volvía a pensar en Jac.

¿Llegaría ésta a quererle? Y en tal caso, ¿se resolvería a corresponderle? ¿Sería suficientemente poderosa la afectividad de la joven para decidirla a sacrificar por amor su situación actual?

El amor todo lo puede; el amor todo lo justifica; es la primera razón, es la primera fuerza, es la primera justicia. Y Jorge se complacía en repetir los argumentos que, con grande sorpresa al principio y con

acatamiento después, le había oído al propio Mauricio durante sus frecuentes pláticas. Pero también recordaba haberle oído fulminar la mentira y vituperar la falsía.

Entonces volvía a pensar de nuevo en las relaciones de Mauricio con su madre, en aquel ultraje inferido a su nombre y a la memoria de su padre. ¿Mauricio no le había engañado entonces? ¿No le había engañado siempre, obligándole a usufructuar de una vida llena de ventajas, derivadas de las complacencias maternas?

Jorge se había internado en el monte natural que encrespaba por aquella altura las orillas del arroyo de las Aguilas, cuando, de pronto, al despuntar una isla enmarañada, donde, bajo la fronda de los laureles, trenzaban su ramaje innumerables talas y espinillos enanos cargados de lianas parasitarias, vio tres hombres sentados en rueda.

Obedeciendo a la fuerza de la costumbre, hizo un pequeño rodeo para acercarse y reconocerlos.

Eran tres peones del establecimiento: Fausto Peralta o el *Ahijao,* su compañero de taller, Andrés Faco, el mismo que ofreciera el ramo a Jac el día de su cumpleaños, y el rengo Juan, peón de la lechería.

Jorge saludó y pasó de largo, pero a pesar de sus nuevas preocupaciones, aquel trío reunido en tan apartado lugar, empezó a llamarle la atención.

¿De qué demonios podían ocuparse aquellos tres sujetos? Precisamente se trataba de los tres personajes más señalados entre todo el personal del Oasis.

Que Peralta y Faco anduvieran juntos, no tenía nada de particular, porque eran compañeros de taller; pero la presencia del rengo a quien sólo se toleraba

en su puesto porque a Mauricio le hacían gracia sus desvergüenzas, le llamaba la atención.

Era muy singular. Aquellos tres puntos no estaban allí tan solo para tomar el fresco.

Pero el perfume de Jac volvió a acariciar sus sentidos y alejando de su espíritu aquellas preocupaciones subordinadas, regresó a su alojamiento imaginándose que llegaría a la satisfacción de sus nuevos y ardientes deseos.

CAPITULO IX

Jac guardó cama durante un par de días, más por hacerse mimar y por dar reposo a sus nervios que por verdadera necesidad. La mayor parte de ese tiempo, Mauricio lo pasó a su lado, hablando de París, recordando episodios de sus viajes por Europa o leyéndole alguna obra interesante. La joven era aficionada a la buena lectura y oía con interés; pero, a lo mejor, cuando parecía más atenta, interrumpía a su amante para exigirle un beso, para tirarle de las guías del bigote, o para esponjarle el pelo.

—Te haces un peinado muy chato, — le decía; — así *ebouriffé,* te queda mejor.

—Me lo aplasto para ocultar las canas. Ya voy teniendo cabeza de viejo.

Ella entonces lo pellizcaba.

—*¡Méchant!* — exclamaba haciendo un mohín de disgusto; — no quiero que digas eso!

—*E pur si muove,* — insistía Mauricio.

—¡No, no y no!... ¡No quiero que seas viejo! — replicaba ella, levantando la voz.

Para complacerla, Mauricio concluía por acceder. En rigor, aún se creía capaz de hacer cosas de muchacho.

De esa manera, el percance sufrido por Jac, fue una diversión; pero no por eso logró contrarrestar la influencia del ambiente gris que predominaba en el lugar.

El Oasis estaba triste al iniciarse aquel invierno. Los campos amarilleaban marchitados por las heladas;

los troncos de la vid se retorcían deshojados, rugosos y ennegrecidos como carbonizados por un incendio; los árboles frutales parecían esqueletos que tendían los brazos hacia el cielo, clamando por el vistoso ropaje perdido; los días eran fríos y cortos, aparecían y desaparecían entre las sombras viscosas de la noche, despojados de las galas crepusculares; la naturaleza se mostraba ríspida y la gente huía de ella y se refugiaba en las molicies de la vida artificial; pero a pesar de sus refinamientos, la vida artificial del Oasis carecía de atractivos, era de una monotonía desesperante.

Aunque Jac no hubiese ambicionado nunca tanto como poseía, con seguridad que no era aquello lo que había ambicionado: si la dicha era así, no se avenía con la dicha.

Sin embargo, la energía de su carácter y su temperamento resuelto y alegre, la impulsaban a luchar contra la tristeza, y, para espantarla, intentaba todos los medios. Se imponía obligaciones, estudiaba cosas difíciles, trabajaba materialmente, y como esto no le bastaba, concluía por entregarse a todo género de fantasías.

Con frecuencia iba a la escuela, y a pesar de las protestas de don Cosme que calificaba la cosa de escándalo, daba asueto a los chicos y se marchaba con ellos a hacer diabluras por todos los ámbitos del Oasis. Cuando se cansaba, disolvía su grey, y, molida regresaba a meterse en la cama.

Otras veces invitaba a alguna amiga para salir en su *voiturette*, a *jugar al accidente*, como ella decía, y, después de una larga gira llena de soponcios, había que irlas a buscar con otro vehículo, por haber quedado encajado en alguna zanja el que ella guiaba.

De repente, los habitantes del Oasis se sorprendían de que el semáforo del observatorio indicase ciclón con un tiempo hermoso, y cuando Mauricio advertía el gazapo, se informaba de que Jac había pasado por allí.

Una vez, don Cosme fue invitado a observar el agua del estanque que se había puesto roja. El buen hombre, sorprendido, le llevó una muestra del agua al doctor Oviedo, pidiéndole con toda buena fe que la analizase; pero como éste cayó en la cuenta de que la habían teñido, explicó que aquello debía ser el resultado de algún fenómeno sísmico: sin duda, todas aquellas tierras eran de origen volcánico.

La especie hizo camino y un centenar de barrenos y bombas que estallaron una noche en medio de la sierra, hizo saltar de la cama a todo el mundo.

Pero la distracción que producían estas y otras extravagancias por el estilo, era fugaz, y el aburrimiento volvía implacable.

Jac fue perdiendo poco a poco los estímulos que ponían en acción su voluntad; fue despreocupándose de las atenciones de la casa, de los cuidados del traje y de las mil coqueterías íntimas que antes realizaba con esa gracia femenina verdaderamente seductora que constituía uno de los mayores halagos de su amante. El florerito de cristal que adornaba la mesa de trabajo de este último, pasaba los días y los días luciendo un ramito de violetas secas que ya nadie se cuidaba de renovar y a la hora de las comidas, ya no aparecían los platitos escogidos, preparados por hábiles y amorosas manos. Las horas transcurrían silenciosas por falta de tema y las actividades decaían por falta de objeto.

—¿Para qué embellecerme? —pensaba Jac; — con estar limpia basta. — Y a pesar de su temperamento activo, pasaba horas enteras tirada sobre un canapé soñando con París.

Mauricio, contagiado por esa frialdad incipiente, se retraía y se absorbía cada vez más en los cuidados del Oasis o en la lectura. Pero como en el fondo de la conciencia se atribuía buena parte del mal que aquejaba a Jac, buscaba con empeño los medios de remediarlo.

—¿Vamos a Buenos Aires a oir a Caruso? — propuso un día.

—¿Para qué? — contestó la joven, encogiéndose de hombros.

—¡Vaya una manera de contestar! — respondió Mauricio resentido.

Hubo un largo silencio.

El martirizaba su bigote, silbando entre dientes con afectada indiferencia y observando a Jac de rabo de ojo.

De pronto notó que ésta lloraba y se exasperó.

—¿Sabes que esto concluye por cansar? —dijo. — ¿Qué te falta para que te estés haciendo la víctima permanentemente?

—Nada me falta, pero todo me sobra, — contestó Jac sollozando.

Mauricio se impacientó y le hizo notar que antes lloraba porque todo le faltaba y ahora porque todo le sobraba.

—La verdad es que no sé qué hacer contigo, — dijo con aspereza. — ¿Por qué no te vas con tu madre?

Jac vino entonces hacia él y echándole los brazos al cuello, exclamó con voz entrecortada:

—*Chéri, Chéri*... no me retes... no te enojes con tu mujercita... perdóname si he sido mal educada contigo... ¡Dios mío!... ¡Nunca te había visto enojado!

Mauricio, a quien irritaba la rebeldía en cualquier forma, pero que era incapaz de resistir un solo instante el efecto de las lágrimas, la acogió amoroso y una vez más le acarició el oído con dulces promesas.

Era la primera tormenta que estallaba en el cielo de sus amores y al final de ella, el sol salió con más brillo que antes y la paz se restableció. Pero duró poco. Aquel sol tan risueño, volvió a ocultarse pronto detrás de gruesos nubarrones.

Entonces, Mauricio reaccionaba, y para conjurar los efectos de aquellas crisis cada vez más frecuentes, acariciaba la idea de asociar a Jac a sus viejos anhelos de formar familia. Cada día le asombraba más el rápido rodar del tiempo, los años que volaban, que se iban para no volver, y que al irse se llevaban una parte considerable de sus facultades, fragmentos de sí mismo que no recuperaría jamás. E impaciente, contemplaba la galería de retratos donde figuraba toda la rama americana de los Padura, preguntándose si aquella tradición concluiría con él; si en el libro de los destinos estaba escrito que había de ser él el último eslabón de tan larga cadena de recuerdos.

Más de una vez estuvo a punto de decidirse; pero, cuando iba a hacerlo, se estrellaba contra el pasado de Jac, recordaba que ésta tenía una hija con su primer amante, aquel amante que había desaparecido, pero que no había muerto.

Mauricio quería tener hijos, muchos hijos, todos los que pudiese tener desde aquel instante; pero no que-

ría que éstos fuesen a aumentar el número de los desdichados que pululan...

Así como había estudiado la naturaleza de su compañera y su fisonomía moral, contemplaba también su situación social.

Jac era un roble, era discretamente bella, era inteligente y era honesta; pero estaba vinculada a otro hombre por vínculos sagrados, por los vínculos que más unen: por la procreación.

¿Podía, en tales condiciones, convertirla en su esposa, hacer de ella la madre de sus hijos, de esos hijos que anhelaba fuertes, virtuosos, respetados?

El bien sabía que la tendencia moderna era romper definitivamente con la tradición; pero un mundo de fuerzas ancestrales le hacía repudiar esa tendencia que consideraba disolvente y robustecer su fe en el actual concepto de la familia.

En abstracto, Mauricio admitía el amor libre: a su juicio, era el ideal; pero comprendía que la humanidad aún no había llegado a un grado de perfección suficiente para aplicar tales métodos; que aún estaba muy distante la hora en que los hombres pudiesen marchar sin frenos, y, de esta convicción, surgía su respeto por el mundo de mentiras convencionales que aún trazan normas de conducta eficaces para el desarrollo armónico de la vida social.

Además, en aquel momento, asistía a la incubación de un nuevo afecto en las vecindades del suyo, que pronto podría llegar a ser un peligro para él y un obstáculo serio para sus planes, mucho más grave, quizá, que la existencia de aquel amante lejano que hasta entonces lo había detenido. Y ese afecto, era el que había descubierto en el alma de Jorge.

¿Jac sería inocente o culpable de los sentimientos del joven? ¿Los habría provocado, o habrían nacido espontáneamente?

Mauricio pensaba en el aburrimiento de su compañera, en la diferencia de edad que lo separaba de ella, y, a pesar de las virtudes morales que se complacía en reconocerle, temía que la naturaleza hubiese hablado, convencido, por experiencia propia, de que los sentimientos de esa clase no se mandan, pueden más que todos los respetos y arrastran a pesar de la más firme voluntad.

En estas vacilaciones fueron pasando los días cada vez más tristes y monótonos de aquel invierno, hasta que llegó el mes de agosto y sonaron los primeros tiros de la guerra europea.

Esto tuvo la virtud de apasionar los ánimos en el Oasis.

Granier y Don Otto se negaron el saludo después de una disputa furibunda y alrededor de ellos, aunque con menor encono, en apariencia, fueron agrupándose todos los habitantes del lugar, según sus simpatías y su carácter.

La viuda de Llanos, que, a pesar de haber abandonado del todo sus esperanzas amorosas y renunciado paulatinamente a sus afeites, desde el día de la escena violenta que mantuviera con su hijo, seguía odiando a Jac, al solo efecto de llevarle a ésta la contraria, se había resuelto por los teutones y se indignaba con la señora de Rasker, que por nada del mundo interrumpía las lecciones de piano que daba a la querida de Mauricio.

—Esa mujer no tiene vergüenza, — decía doña Eloísa, — no parece alemana.

—Pues, precisamente, es lo que parece, — contestaba Jorge a fuer de francófilo decidido.

—Calla, calla... Bien se echa de ver la causa de tus simpatías, — recalcaba la señora, sin ocultar el placer que experimentaba al acusar el origen de aquellos sentimientos.

El joven callaba, en efecto, tornándose hosco y malhumorado. ¡Si al menos la guerra hubiese sido en su tierra!

Entretanto, los prusianos adelantaban camino y se acercaban a París con la celeridad del rayo.

Con ese motivo, las emociones y las nerviosidades de Jac iban en aumento, su carácter se agriaba y su aburrimiento se convertía en animosidad hacia las personas de su sexo. Se enojaba con las criadas por la más leve falta excitándose de tal manera que llegaba al insulto sin poderlo remediar, y, cuando no encontraba pretexto para desahogar su irritación por ese lado, se volvía contra las damas que formaban su tertulia diaria.

—No las puedo ver. Son unas hipócritas... me repugnan... ¿No le da vergüenza, a esa mujer, revelar que aún tiene afición a los hombres? — decía de repente, refiriéndose a la señora de Llanos.

—Pero mi querida, — contestaba Mauricio, — hay que ser tolerante con los que empiezan a envejecer.

Entonces Jac la emprendía con su amante.

—¡Eso es, eso es! ¡Dale la razón!... Naturalmente, tú no puedes permitir que se le diga nada...

Otras veces se trataba de Ernestina Tussoni.

—¿Qué te hace esa pobre muchacha, para que te expreses de ella de esa manera? — le preguntaba Mauricio, cuando Jac se ponía a denostar a la hija del Administrador, que era un alma de Dios.

—Me fastidia con sus gazmoñerías, — replicaba la joven malhumorada. Y como Mauricio le reprochaba que hablase así, exclamaba:

—Naturalmente, el señor tiene que defenderla. Probablemente ya le está gustando y la muy pudibunda no desdeña al señor. ¡Claro! ¡Como yo no soy casada, no hay por qué respetarme!

—¿Pero de dónde sacas todo eso? — preguntaba Mauricio en el colmo de la admiración.

Ella fingía no oir y continuaba enardeciéndose con sus propias palabras, hasta concluir insultando a la que imaginaba su rival.

—*¡C'est une fille, c'est une peau!*

En esos casos, Mauricio se encolerizaba a su vez y las relaciones quedaban interrumpidas por varios días.

Generalmente era ella la que cedía primero, desarmada y prometiendo con sinceridad no hacerlo más. Pero al acercarse la crisis mensual, volvía a empezar.

Entonces Mauricio pensaba seriamente en mandarla para su país, a fin de recobrar él su libertad y su tranquilidad de espíritu.

El heroico esfuerzo del Marne se había producido ya. París se había salvado y sus habitantes habían vuelto a la vida normal. Nada obstaba a que Jac emprendiera su viaje. Mauricio le había formado una posición que le permitiría vivir sin depender de nadie, de modo que si no quería volver al país podía quedar en el suyo.

—Sí. Ya es tiempo de que me deje en paz, — exclamaba como síntesis de su pensamiento.

Y junto con estos pujos de independencia, producto de momentáneas irritaciones, renacían sus antiguas veleidades matrimoniales; pero pensaba realizarlas con una mujer de su categoría, sin máculas pasadas que

pudiesen avergonzar alguna vez a los herederos de su nombre.

Un buen día propuso a Jac que fuese a buscar a su hija. acompañada por la señora de Llanos y Jorge. Era tiempo ya de que la chica estuviese al lado de su madre. Además, el viaje sería para ella una distracción.

Pero la joven no quiso prestarse a lo combinado. Comprendió en el acto lo que su amante pretendía y hubiese aceptado sin temor la prueba a que éste quería someterla; pero, más perspicaz que él, vio con claridad, que, si emprendía viaje en compañía de Jorge, Mauricio no tendría cómo comprobar su conducta, y, por honesta y correcta que fuese, la calumnia podía herirla impunemente.

Mauricio se sintió halagado por la negativa; pero, en vez de desistir de sus propósitos, sólo varió de plan.

La mandaría con otras personas, y luego, con cualquier pretexto, enviaría a Jorge. Ya trataría éste de buscarla.

Estaba Mauricio en ese estado de espíritu, cuando Jac entró una mañana en su despacho, presa de viva agitación.

—¿Qué ocurre? — preguntó él, sorprendido y como siempre solícito.

La joven le tendió un papel que traía en la mano.

Mauricio lo miró y al ver que estaba escrito con letra muy menuda, preguntó de qué se trataba.

Jac le pidió que leyese.

El intentó hacerlo, pero no lo logró, a pesar de haberse acercado a la ventana para tener más luz. Entonces, resignado y ruboroso, fue hacia el escritorio, sacó de un cajoncito un par de lentes y se los puso con torpeza.

—No sabía que usabas lentes, — exclamó Jac admirada.

—Sólo en casos extraordinarios, — dijo él como queriendo quitarle importancia a la cosa.

Jac, preocupada con el documento que había entregado a Mauricio, no insistió.

Era una carta de su primer amante, del padre de su hija.

Renato reaparecía después de un eclipse de cinco años.

La carta decía así:

"Jacot adorada:

Sin duda habrás sabido allá la noticia de la guerra.

Antes de ir a batirme en la frontera del Este, tengo empeño en dirigirte mi último adiós.

Lamento profundamente el mal que haya podido hacerte y te ruego que perdones mi ingratitud.

No he pasado una vida alegre después de nuestra separación. He sido bien desgraciado; embargado, desposeído de cuanto tenía, obligado a vivir como un miserable, nada me quedó, salvo el recuerdo de los dulces momentos que pasé a tu lado.

Por eso quise vivir, a fin de elevarme de nuevo, de rehabilitarme a tus ojos, volviendo a presentarme ante ti convertido en un hombre de provecho.

Sin ti, mi Jacot, sin tu recuerdo, sin tu imagen, que jamás se separa de mí, hace tiempo que hubiese concluido con esta vida azarosa.

Hoy todavía, bendigo tu nombre y te agradezco desde el fondo de mi corazón el haberme dado la fuerza de vivir hasta ahora, para poder ir a defender el suelo nativo, la patria de mi hija, de nuestra hija,

cuya existencia acabo de conocer y que tú salvaste valerosamente a pesar de mi inicuo abandono.

Si no fuera la circunstancia de que tal vez voy a morir por la Francia, no me atrevería a escribir estas líneas; pero en este instante solemne, no puedo resistir al deseo de manifestar que jamás dejé de quererte.

Te quiero locamente, mi Jacot.

Conservo el pequeño elefante de marfil que me diste en días mejores. Lo guardo en la bolsita de raso que llevabas al taller, junto con tu retrato y el de la chica, que tu madre ha tenido la gentileza de darme. Tengo fe en estos amuletos queridos y espero que ellos me traerán suerte. De todas maneras, si no debo volver, ten la seguridad de que será tu nombre y el de la pequeña, los últimos que pronunciarán mis labios.

Una vez más, perdón. Si muero, enseña a nuestra hija que su padre fue uno de los tantos que se sacrificaron por la patria; pero no le reveles jamás el secreto de mi abandono.

Adiós... para siempre adiós.

Renato."

—¡Miserable! — exclamó Jac colérica, cuando Mauricio se quitaba los anteojos.

—Pero te ha hecho llorar, — observó éste, con sus puntillos de despecho.

—Es un pedazo de mi vida lo que ese hombre recuerda, — exclamó Jac, tratando en vano de ocultar su emoción; — pero te juro; — añadió vibrante, — que, a pesar de ser el padre de mi hija, quisiera que se quedase para siempre en el fondo de una trinchera.

—¡No hables así! — exclamó Mauricio con severidad, sinceramente contrariado.

—¡Ah!... Cómo se ve que nunca has sufrido, que no conoces el dolor, el odio y el deseo de venganza, — repuso ella, relampagueándole los ojos a través de sus lágrimas, completamente transfigurada, tal como Mauricio no la vio jamás.

CAPITULO X

Aquella mañana, como de costumbre, Zenón entró con el café servido en el dormitorio de Mauricio y se sorprendió de verlo de pie y listo para salir.

Mauricio le ordenó que hiciera ensillar el "Chaná", su caballo favorito, y, mientras Zenón cumplía la orden, recriminándose por no haber previsto el madrugón, él se puso a saborear el café y a premeditar fumarse un cigarrillo de postre.

—¡Qué diablos!... ¡Un cigarrillo más o menos no puede hacer mucho daño! — Pero como tenía que subir a su despacho para procurárselo, y el aviso de que Zenón aguardaba con el caballo pronto le sorprendió en la duda, desistió de cometer aquella rebeldía contra las prescripciones de su médico.

—Va a tener que jinetear, — dijo Zenón, al darle las riendas, refiriéndose a los escarceos del "Chaná", un hermoso tostado, delgado de cuerpo y fuerte de remos. cuyas venas se hinchaban bajo la piel, revelando la fuerza de la sangre.

—Se ha vuelto potro, — observó Mauricio al oírle bufar.

—El tiempo lo llama, — añadió Zenón. Y como el animal no se apaciguaba, preguntó: — ¿Quiere que se lo tenga?

—No, — contestó el amo, y montó de un salto, sin utilizar los estribos, a pesar de los altos cabezales de su montura mejicana.

—¡Está liviano! — exclamó Zenón sorprendido de verle saltar tan limpio.

—Me parece. La primavera alcanza para todos, —replicó Mauricio, satisfecho, sosegando al animal con arrestos de buen jinete, mientras Zenón corría para alcanzarle el arreador de ballena, rematado por un fuerte mango de acero, que usaba siempre en sus excursiones.

El "Chaná", ganoso por retozar, macaqueó durante un rato, pero como conocía bien a su amo, pronto se sosegó y dócilmente, siguió al tranco por una avenida de tipas talladas en forma de paraguas.

Por ella fueron caballo y caballero hasta un portillo abierto en el muro que rodeaba el parque. Mauricio, sin apearse y con el mango de su arreador que afectaba la forma de un martillo, corrió el cerrojo, abrió el portillo y partió al trote largo.

Seguía a esa marcha por la calle que formaban dos hileras de olivos copudos, cuando una espantada del caballo le obligó a detenerse.

El "Chaná" se había azorado de una bandera que flameaba entre las viñas y que anunciaba la presencia de una cuadrilla de peones. Los hombres no se veían, pero se oían sus voces y pronto aparecieron a la vera del camino.

Araban la viña con arados pequeños, tirados por un solo buey.

—Paloomo... Surco Metralla... Vuelta, Parecido... Reyuno, *güey*, Reyuno... ¡Oche... Oche...!

Y las voces se acercaban o alejaban, según la dirección que llevaban los aradores.

Mauricio se puso a observar el trabajo y de paso las diferencias de caracteres de los hombres y de las bestias que lo ejecutaban.

Este buey necesitaba látigo, aquel otro se apuraba demasiado; unos se dejaban castigar con indiferencia

y otros arrancaban con exceso de bríos a la menor amenaza; tal peón ponía sus cinco sentidos en la tarea; tal otro la ejecutaba con descuido, quien con amor, quien con mala voluntad y quien con ira; algunos se quitaban la gorra o el sombrero al enfrentarse con Mauricio, otros saludaban de palabra, otros apenas con un gesto, y, otros, por fin, no le concedían ni una mirada de curiosidad, como si no hubieran advertido su presencia.

—¡Ricacho! — pensaban para su coleto.

—Pancho, *apurá* ese *güey*, Pancho... Esa reja no limpia bien, Celestino... Juan, no *dejés* arrimar ese animal a las parras, — decía el capataz, mientras recorría los surcos para demostrar su celo.

Cuando le pareció que el trabajo iba bien, hizo un paréntesis y vino a saludar al patrón.

Este le tendió la mano, se interesó por la familia y le pidió opinión sobre la vegetación de la vid.

El hombre, satisfecho, se extendía en consideraciones, hablaba alto y hacía gestos para que su gente notase que el patrón lo consultaba.

Durante un buen rato, Mauricio le hizo el gusto; pero como sabía que su presencia intensificaba la tarea, para ahorrarse maldiciones, cedió a las impaciencias de su caballo que estaba ganoso por galopar.

A esa marcha, no tardó mucho en llegar al extremo de la calle de olivos que seguía y se internó en un monte de manzanos oculto en un pequeño valle formado por dos cerros.

Admirado del desarrollo que habían alcanzado las plantas desde su última visita al paraje, se detuvo a contemplarlas; pero en el acto notó la presencia del *Pulgón lanígero,* y al observar más atentamente, vio, que a pesar de las bravatas de Granier, aquel pará-

sito no sólo la emprendía con los retoños tiernos, sino que asomaba en abundancia por entre las rugosidades de los troncos, revelando que no les había alcanzado la cura del invierno.

—Hay que estar personalmente en todo, — pensaba Mauricio mientras se dirigía a un naranjal vecino, en el que también advirtió graves descuidos. La cochinilla ennegrecía las ramas y a pesar de que los árboles ya estaban en flor, todavía no se había recogido el fruto.

—Decididamente, a Granier lo han absorbido las preocupaciones de la guerra, — añadió para su capote, mientras desgajaba una naranja demasiado madura que arrancara al pasar.

En ese momento el "Chaná" se detuvo otra vez enarcando el cuello y enhiestas las orejas, y al inquirir la causa de su nuevo asombro, Mauricio vio una banda de rapaces que se dispersaba en todas direcciones.

Eran hijos de los peones que hacían la rabona y merendaban de aquella manera o bien recogían fruta para los suyos.

El primer impulso de Mauricio fue perseguirles; pero en el acto se contuvo arrepentido y avergonzado.

—Pobrecitos, — pensó. — ¿Por qué no habían de comer de aquellas naranjas?... ¿Porque eran de él?... ¿Y por qué serían más de él que de ellos?... — Hizo el jinete un gesto indefinido y dejó que su caballo vagase al azar, mientras él gozaba de los encantos de la mañana.

La naturaleza se ponía de fiesta, iniciaba una vez más la periódica reconstrucción de lo que el invierno había destruido y obligaba a las cosas vivas a poner más bríos en la tarea de vivir. Las savias hinchaban las yemas, teñían las corolas y derramaban per-

fumes en el fondo de los cálices; los viejos troncos habían recobrado en el espacio de una noche el verdor de la juventud; los pájaros gorjeaban con más dulzura y activaban la construcción de sus nidos; y, los ganados, ahitos de pastura, se desentumecían retozando sobre los campos al amor del sol.

Mauricio, soñador, llegó hasta la orilla del bosque que limitaba los cultivos por aquella parte y vaciló un instante entre continuar su paseo por el camino resplandeciente de luz o penetrar en la umbría. Al fin, optó por esto último y después de andar algunas cuadras se apeó.

Era hábito invariable en él hacerlo así. Experimentaba una voluptuosidad extraordinaria en echarse bajo los árboles y soñar. Los árboles eran amigos desinteresados y fieles, testigos constantes de sus esfuerzos y anhelos. Además, le debían la existencia, eran su obra, sus hijos. Y mientras los acariciaba con la mirada, observando la robustez de los troncos y la esbeltez de las ramas entrelazadas como un dosel de verdura bajo cuya sombra la vida tomaba un aspecto de misterio, se sentía feliz.

Recordaba que los había visto nacer, desarrollarse y crecer día a día, hasta alcanzar sus actuales proporciones; que los había tenido sobre la palma de la mano en sendas macetitas rojas, que más de una vez, al arrancar de los almácigos algún yuyo olvidado por el jardinero, se había preguntado si aquellos palitos llegarían a dar sombra; y, por último, que, más tarde, con harta frecuencia, se había medido con ellos para apreciar su crecimiento, hasta que lo habían pasado definitivamente y había tenido que esforzase para observar las ramitas superiores cuando barrían el cielo al compás del viento.

¡Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces! Los árboles crecían, crecían siempre, cada vez más altos, más robustos, más aptos para luchar contra la inclemencia; pero ese tiempo que los hacía prosperar, era el mismo que ya comenzaba a gravitar sobre él con desmedro de sus facultades.

—Unos suben y otros bajan, — pensaba con tristeza.

Y cuando alguna vez, animado por un hermoso día de sol, resolvía hacer una nueva plantación de árboles y se los imaginaba cubriendo una cuchilla, se estremecía al pensar en su estado físico, si llegaría a alcanzar los beneficios de su sombra o de sus frutos.

Mauricio había atado el caballo en la horqueta de una acacia negra y echado de espaldas sobre un colchón de hojas, se entretenía en descifrar los ruidos de la selva.

Tan pronto oía el grito del chajá o el rápido aletear de la pava del monte, como el arrullo de las palomas, el gorjear de los pájaros que merodeaban por las orillas o el zumbido de algún insecto.

Por momentos la fauna callaba, los ejecutantes del bosque guardaban silencio y antes de que el oído entrase en completo reposo, surgían nuevos e indeterminados ruidos que se confundían o desaparecían dominados de pronto por el estallido de una rama seca que se precipitaba de lo alto arrastrando trozos de corteza y provocando una lluvia de hojas secas.

Los ruidos se sucedían, se destacaban o se mezclaban. Cuando se destacaban, el eco los multiplicaba y cuando se mezclaban, producían extrañas sinfonías. De repente, el viento entraba en acción. A su contacto, el bosque se estremecía, como si lo recorriese una corriente eléctrica. Al principio era sólo un susurro,

suave como el roce de la seda; luego un rumor más intenso, que iba creciendo hasta adquirir la sonoridad de las rompientes del mar. Esto duraba lo que el capricho de la brisa y terminaba de improviso o degradaba como la ola que muere.

El silencio se reproducía.

Entonces, en el zumbido de sus oídos, Mauricio creía percibir otro nuevo rumor, más apagado, pero a la vez más hondo, más voluminoso e imponente que los otros, como si fuera el eco de grandes estruendos lejanos, de clamores ocultos en las entrañas de la tierra o en el corazón de las plantas, de fuerzas misteriosas que trabajasen incesantemente para abrirse paso hacia la luz.

Y la manifestación sensible de esa nueva potencia que imaginaba en el fondo de las cosas, ponía en sus labios, una vez más, la ingenua pregunta que la vieja humanidad formula y repite sin éxito:

¿Por qué?

Sí ¿por qué y para qué? ¿Para qué tanto orden si todo ha de concluir en el desorden? ¿Para qué la lenta y trabajosa formación de un árbol, si un buen día lo ha de abatir el hacha, el fuego, o el viento? ¿Para servir al hombre? ¿Y éste a quién sirve cuando lo abate su destino? ¿Qué se hace de la dolorosa experiencia acumulada por el alma durante toda la vida?... ¡La muerte! ¿Liberación, castigo o simple dispersión, olvido?... Entonces ¿para qué tanto dolor? ¿Para llegar a un fin? ¿La suprema sabiduría no hubiera podido empezar por ese fin? ¿O acaso la imperfección priva en todo el universo?

Pero Mauricio amaba la vida y pensaba en su triunfo lejano sobre la muerte.

De ahí surgía su moral, amplia y a la vez sencilla: mantener, aumentar y embellecer la vida. Era su credo.

Se había levantado y caminaba con el caballo de la rienda, entretenido en partir hojas con la puntera de su látigo, cuando acertó a ver la silueta de Jac y Jorge que galopaban seguidos de Merlo, por la orilla del monte.

Aquella visión le causó extrañeza. Desde el día de la rodada de Jac, los jóvenes no habían vuelto a salir juntos.

En aquel instante, el caballo se detuvo, resopló medroso y al pararse en seco, le tiró del brazo con la rienda, reclamando su atención. Era una víbora lo que asareaba al bruto. Enroscado sobre sí mismo, el reptil erguía el cuello y sacaba la lengua, balanceándose sobre el cuerpo transformado en resorte. Mauricio, temeroso de que fuera a saltarle encima, dio un paso atrás y rápido como el pensamiento, su arreador hendió el aire y la víbora, cogida por mitad de las vértebras, cayó partida en dos. Padura contempló los fragmentos que se retorcían sobre el pasto y volvió a filosofar.

¿Por qué querría atacarlo aquel bichito? ¿Y por qué lo mató él tan rápidamente? ¿Acaso no había sitio para los dos en el bosque? ¿Qué objeto tenía aquel ser y qué trascendencia aquel encuentro? ¿Para qué aquella vida y aquella muerte?

Pero el recuerdo de Jac y Jorge volvió de nuevo a ocupar su mente y se propuso unirse a ellos.

Salió al camino, montó a caballo y siguió su rastro.

Los jinetes iban ya lejos. Apenas si alcanzó a verles despuntar los últimos galpones de la cabaña; pero por el rumbo comprendió que se dirigían al Canelón.

Sin darse exacta cuenta de sus propósitos, franqueó de un salto de su caballo la cuneta de la carretera y se internó en un sendero de ganado que cortaba en dos el cerro por donde ascendía. Aquella senda conducía en línea recta al sitio donde había supuesto que iban los jóvenes.

Largo rato siguió por el agreste sendero que serpenteaba entre carqueja y espinas de la cruz, cuando, al volver de un remolino de estos arbustos, se encontró con un gran banco de piedra cuya superficie lisa e inclinada no permitía el paso del caballo.

Su primer impulso fue volverse, muy contrariado por aquel tropiezo; pero recapacitó luego, se apeó, ató el "Chaná" en las espinas y se dirigió a pie hacia la cumbre. Desde ella, casi al alcance de la voz, se dominaba con la vista el sitio que buscaba.

Era un rincón delicioso.

El arroyo Surubí, empujado por la falda rocosa del cerro que costeaba, hacía en aquel lugar un violento recodo. A su izquierda, en la margen cóncava, el cerro terminaba en una barranca acantilada, sobre cuya base pétrea las crecientes periódicas habían ido depositando sedimentos de arena hasta formar con ellos un médano que aumentaba o disminuía de altura según el capricho de las lluvias. Cuando éstas eran frecuentes, el médano se elevaba engrosado por nuevos arrastres y cuando había seca, las arenas que lo formaban se iban deslizando lentamente hasta el agua, cuya corriente las arrastraba y a la vez carcomía su base, produciendo continuos desmoronamientos.

En la orilla opuesta ocurría todo lo contrario.

La curva descripta por el arroyo se ensanchaba allí de tal manera que las aguas parecían estancadas y su acción fecunda, cubría la ribera de gramilla y

mantenía lozano un pequeño monte natural, donde, los talas y coronillas entrelazaban su ramaje y las aromas se destacaban como botoncitos de oro sobre las flores rojas de los ceibos. Un canelón centenario levantaba sobre sus vecinos la robusta copa y trazaba sobre el piso un amplio círculo de sombra, que, como una glorieta natural, invitaba al descanso.

Era el objetivo más frecuente de los paseos de Jac.

Allí descansaba de las fatigas de una cabalgata prolongada o de los excesos del sol; allí se detenía a meditar, a leer sus libros favoritos, a reproducir en la tela la silueta azul del arroyo, donde el médano reflejaba tonalidades cambiantes según el modo de recibir la luz; allí había pasado días enteros con Mauricio, comido sabrosos asados y dormido largas siestas en sendas hamacas paraguayas, para luego regresar al morir el día o al clarear la luna.

Mauricio recordó todo esto.

Era la historia de su larga luna de miel, y sin saber por qué, su corazón empezó a palpitar con desusada violencia. Molestado por esta agitación, paseó la vista por los contornos y vio que la joven pareja había desmontado y se dirigía al Canelón, mientras Merlo reparaba los caballos.

Lo primero que se le ocurrió fue saludarlos para advertirles de su presencia; pero, sin darse cuenta exacta del por qué de su emoción, se contuvo.

—¿Tendré celos? — se preguntó admirado.

Y comprendiendo de pronto el ridículo en que incurriría si llegaba a ser sorprendido en aquella actitud, se ocultó entre las ramas.

Otra vez volvió a pensar en llamarlos, en darles aviso de su presencia para prevenir una desgracia;

pero no logró hacerlo: la emoción le había apretado la garganta.

—¡Bah! —pensó tratando de calmar sus nervios.— ¿Acaso no he deseado que quisiera a otro? — Sin embargo, una ráfaga oscura nubló su vista y le obligó a pasarse la mano por los ojos para ver bien a pesar de la gloria del sol.

Se le representó una tragedia. Creyó que si llegaba a ver algún gesto amoroso de los jóvenes, los iba a cazar como a pájaros. La imagen de la víbora que momentos antes había partido con su látigo, surgió en su mente y le recordó las interminables contorsiones de los fragmentos del reptil al ser sorprendido por la muerte. Pero también se dio cuenta de todo el ridículo que había en semejante aventura para un mundano como él, e intentó arrancarse de su observatorio.

Como no pudo hacerlo, trató de justificarse. Claro, si se iba, conservaría la duda, mientras que permaneciendo allí, tal vez llegaría a saber la verdad.

Sus ideas se iban embrollando y las imágenes sucediéndose sin ilación. ¿Había sido víctima ya o iba a serlo recién?

Hinchaba el pecho y le brillaban las pupilas transfigurado. Jamás había sentido una cosa parecida.

Blasfemaba.

—¡Viles, ingratos, imbéciles!

Y al dar por averiguado cuanto imaginaba en aquel instante febril, se insultaba.

—¿Cómo había tolerado hasta entonces aquellos paseos? ¡La yesca y el fuego juntos! ¡Valiente topo!... Bien... Bien; pero aún le quedaba el recurso de la venganza. ¡Ya se la haría sentir en regla!

Y combinaba planes, ora terribles, ora grotescos.

Mejor que matarlos era echarlos del Oasis, volverlos a colocar en su primitivo estado de miseria, en el miserable estado en que los había conocido... Pero no; se querrían más, su juventud valía y podía más que el dinero. ¡No!... Mejor era dejarles hacer, y cuando estuvieran más confiados, sorprenderlos, confundirlos y aplastarlos.

De pronto se preguntó si tenía derecho para disponer de los sentimientos ajenos. ¿Acaso Jac era una cosa de él? ¿Había adquirido algún título sobre ella? ¿Había algo que limitase la facultad de amar? Se rió. ¿Era posible que a su edad sintiera de aquella manera?

Pero estos lampos razonables eran barridos como ligeras briznas por el vendaval de la pasión desatado sobre su alma.

—¡Es mía! ¡Soy el dueño! ¡El otro es el ladrón!

Y los miraba con avidez, dispuesto a deslizarse por entre las espinas, precipitarse por la barranca y vadear el arroyo para caer sobre ellos al primer amago de una caricia.

Jamás había experimentado una emoción tan intensa: le parecía que tenía veinte años.

Entretanto el cuadro no variaba.

Jac, ceñida en una casaca roja, arrancaba aromas para adornarse y su elegante silueta se destacaba sobre el fondo verde del paisaje, mientras Jorge, echado sobre la gramilla, parecía absorbido en la contemplación del curso de las aguas.

—¿Me habrán advertido estos malditos? — se preguntaba Mauricio mientras se agazapaba cada vez más hasta pincharse en las espinas.

Pero a medida que pasaba el tiempo y no veía nada anormal, reconquistaba la serenidad de espíritu y con

ella una intensa alegría que parecía brotarle del fondo de las entrañas.

Le daba ganas de cantar, de saltar y reir sin ton ni son, de correr hacia ellos, abrazarles y pedirles perdón por sus dudas.

Pero otra vez volvía a sospechar que lo hubiesen visto y reaparecían sus angustias.

Ahora Jac se había echado a su vez sobre la gramilla, se había apoyado en un codo, y la silueta de su busto se reflejaba en el agua como una vibrante mancha roja.

Se hablaban.

Mauricio hubiera dado un pedazo de su vida por oírles.

Los jóvenes, ajenos a la observación de que eran objeto, discurrían sobre ciertos rumores que habían llegado a sus oídos.

Según estas voces anónimas, el personal del Oasis estaba descontento por algunas medidas disciplinarias del administrador y combinaba una protesta.

Jac temía por Mauricio y Jorge se irritaba contra aquella actitud tan absurda como pretensiosa. La palabra huelga había llegado a sus oídos y le recordaba sus terribles impresiones de la niñez, la huelga que le arruinó, el asesinato de su padre y el incendio de la fábrica donde había nacido.

—No puedo sufrir esto, — decía con la mirada centelleante.

Jac preguntaba si no era el caso de prevenir a Mauricio.

—No querrá creerlo, — respondía el joven, encogiéndose de hombros. — Por otra parte, le está bien empleado. Son sus ideas que marchan.

—¡Dios mío!... ¿Usted teme alguna agresión? — preguntó Jac con anhelo.

—No son de fiar los puntos que andan en eso, — contestó Jorge. Y después de una pausa añadió: — Y conste que no pienso en mí, pues yo me marcho.

—¿A dónde? — volvió a preguntar Jac con sorpresa.

Jorge aún no lo sabía, pero afirmaba que sería pronto.

—¡No es posible! —exclamó la joven con extrañeza. Pero como Jorge insistía con el gesto, añadió: — ¿Y por qué?

Jorge no quiso explicar el por qué de su resolución, pero declaró que era irrevocable.

—Me alejo para no volver, — dijo con firmeza, solemne y triste a la vez.

—¡Mi Dios!... Qué misterioso es todo eso, — contestó Jac riendo.

Pero al ver que su compañero se mordía los labios y se esforzaba por detener la caída de dos lágrimas que temblaban enredadas entre sus largas pestañas, tuvo pena. Se conmovió su tierno corazón al ver la imagen del llanto adueñada de aquel semblante varonil y hermoso, y sintió impulsos de consolarle. No lo hizo, sin embargo. Pensó que no le correspondía aquel papel y recordó que Renato también lloraba cuando ella le negaba sus favores.

—Cortemos la escena, — pensó. Y alzando la voz, dijo: — Vamos, Jorge, volvamos que ya es tiempo.

Mauricio los vio entonces dirigirse al sitio donde estaba Merlo con los caballos y sintió que se le aflojaban los nervios.

A la enorme excitación porque acababa de atravesar, sucedió un completo aplastamiento, como el que

se experimenta después de haber abusado de los vinos generosos.

Recién entonces notó que se había hecho sangre en las mejillas y en las manos al pincharse en las espinas.

—Me vuelvo loco, — pensó observándose con lástima.

Se limpió la sangre con el pañuelo y después se tendió en tierra de espaldas, con los brazos abiertos.

Estaba cansado; pero siguió barajando ideas.

A pesar de que en aquel momento tenía la convicción de que no había ninguna inteligencia entre los jóvenes, presentía que la situación se tornaba amenazadora para él.

Veía cerca el peligro y comprendía que tenía la necesidad de conjurarlo.

Aquello no podía continuar.

Lo que no había ocurrido aún podía ocurrir de un momento a otro y él no debía aguardar a que los sucesos le colocasen en situación de recibir una afrenta de aquella magnitud.

No era celoso por temperamento; pero temía el ridículo y no quería ser pasto de las murmuraciones. Además, sentía aproximarse la vejez.

—¡Hum! — rezongó levantándose para ir a donde estaba su caballo. — Si han de quererse que se quieran de una vez; pero lejos de mi vista y sin alterar mi tranquilidad. Diciendo esto, montó, desandó la senda por donde había venido y una vez en el llano, hizo correr su caballo sin objeto.

CAPITULO XI

A pesar de sus piernas cortas y de su abultado vientre, Francisco Luchardo corría como un gamo aquella mañana.

El hombre acababa de encontrarse con el patrón y éste le había anunciado el propósito de casar cuanto antes a Fausto con Pispeta.

—¡Usted es mi padre! — había contestado Francisco en su habitual jeringoza, haciendo una profunda reverencia. Y en cuanto pudo corrió a informar a los suyos.

La noticia trastornó todas las cabezas.

Pispeta batió palmas, Lucha pensó en el color del vestido que se haría para el baile y el más chico fue en busca de Fausto, mientras la *mama* convertía en tortas fritas la masa destinada para los tallarines del día.

Pero la presencia del *Ahijao* les aguó la fiesta.

Fausto dijo que no recibía limosnas de nadie y menos de don Mauricio.

—¡Ricacho!... ¿Acaso lo que ofrece es *d'el?*... ¡Es el sudor de los pobres, como dice Chaff!... Con eso es con lo que quiere hacerse el generoso... Además, *naides* tiene que meterse en mis asuntos. Para esclavitud basta con la del taller. ¡Que me den lo mío, que el patrón *entriegue* de una vez las ganancias que ha ofrecido y verá como *naides* tiene *necesidá* de recibir limosnas!

Francisco lo escuchaba con la boca abierta, sin dar crédito a sus oídos. Sorprendido y escandalizado

por la actitud de Fausto, lo miraba con la curiosidad con que se mira a un fenómeno.

¡Aquel animal no sabía lo que estaba diciendo!

Y por si no había sido bien comprendido volvió a repetir prolijamente los formales ofrecimientos del patrón.

Por último perdió la paciencia.

—¡Manacho lo diávolo!... ¡Manacho!... ¡Se precisa estar loco... se precisa!

Todo fue inútil. Fausto no quiso entender razones. Desde el día en que Pispeta acusó a Mauricio de haberla perseguido, estaba celoso y había resuelto hombrearse con el patrón.

Trastornado, como algunos de sus compañeros, por la prédica de Chaff, y sabiendo que había muchos descontentos con el administrador porque no respetaba la jornada de ocho horas; porque suspendía y multaba a la gente por cualquier descuido; porque sostenía contra viento y marea a los capataces más déspotas; y por haber prohibido recientemente los juegos de azar y las bebidas alcohólicas, se había propuesto encabezar una protesta análoga a las que realizaban los obreros de las ciudades lejanas, según lo contaban los papeles que sus íntimos le leían de sobremesa.

Además, Fausto se creía explotado y sabía que muchos otros lo creían también.

Mauricio no había cumplido con su promesa de repartir entre el personal los beneficios del establecimiento y ésta era a su juicio causa suficiente para justificar una huelga.

Con ese propósito se juntó con Faco y con el Rengo Juan, dos grandes bellacos, siempre escasos de moneda y dispuestos a obtenerla a cualquier precio para entregarse al juego, su pasión favorita.

Los asociados confiaron sus planes al maestro, invitándole a contribuir con su consejo y su prestigio al éxito de la empresa; pero como el hombre estaba escamado y si bien le gustaba la prédica, no le gustaba la acción, se negó a acompañarlos.

Esto los contrarió, pero no los detuvo. Siguieron reuniéndose, dispuestos a hacer cancha aparte, pero no adelantaron ni un paso. Se hacían confidencias, se transmitían observaciones y se comunicaban las quejas que recogían aquí y allá, sin atinar a formular un plan de campaña.

Descorazonados, imploraron de nuevo al maestro, y éste, condolido, los sacó del apuro con los estatutos de una sociedad mutualista que había fundado en el Rosario.

Purgados de los radicalismos y exageraciones doctrinarias, propios de la época y lugar en que habían sido concebidos y adaptados a las supuestas necesidades locales, los estatutos de Chaff sirvieron para organizar en el Oasis una sociedad de socorros mutuos con marcadas tendencias levantiscas.

En los primeros tiempos, sólo se agruparon alrededor de la nueva bandera algunos jóvenes inquietos y bullangueros como los cabecillas. Los obreros de verdad estaban satisfechos: la vida era allí buena y barata, el trabajo liviano y bien remunerado, lo que unido a la falta de oportunidad para gastar, permitía y aun imponía el ahorro y multiplicaba en la localidad el número de pequeños capitalistas.

Pero aunque la nueva sociedad no venía a llenar ninguna verdadera necesidad, una vez formada, fue núcleo de atracción por el solo hecho de existir y agitarse.

Empezaron por alistarse en ella los más curiosos, luego los pescadores en río revuelto, después los imitadores, más tarde los débiles y pobres de espíritu, temerosos de agraviar a sus compañeros o de quedar rezagados, hasta que, por último, cundió el contagio y afluyeron hasta los más formales.

Fausto no cabía en el pellejo.

Asistido de Faco y del Rengo, presidía las reuniones que se realizaban periódicamente en el comedor del Hotel, donde se leían largas conferencias recortadas de alguna revista o escritas reservadamente por Chaff.

En esas lecturas se hacía resaltar el mal reparto de los dones naturales, la injusticia de que unos tuvieran que trabajar para vivir, mientras otros usufructuaban en la holganza el producto de aquel trabajo. Tal anomalía no era de ninguna manera el resultado de la selección natural, del triunfo de lo superior sobre lo inferior en la lucha perpetua por la existencia, era el producto de la organización arbitraria dada a las sociedades humanas por los dueños del mundo, preocupados de mantener a los trabajadores en una mal disimulada esclavitud e impedir que se dieran cuenta del alcance de su fuerza colectiva. Las víctimas aún no se habían entendido y los victimarios aprovechaban esta circunstancia en su beneficio.

Fausto ponía término a estas reuniones, cada vez más numerosas y vibrantes, dando vivas a la libertad y a la anarquía, que provocaban grandes aclamaciones seguidas de himnos libertarios.

Fue un momento de embriaguez general. Hasta los más sensatos perdieron un poco la cabeza y al verse unidos en un propósito que parecía común en aquel ambiente paradisíaco, concibieron una exagerada no-

ción de sus fuerzas, les invadió un exuberante optimismo y creyeron en la rápida y fácil realización de sus ensueños.

¿Por qué no?

Mauricio estaba informado de todas estas cosas: de la existencia de la sociedad, y del género de propaganda que hacían los iniciadores; pero a despecho de Tussoni y de Jorge, que veían peligrar la tranquilidad del Oasis y a pesar de las irritaciones de Jac y de los terrores de la señora de Llanos, cuando, en las noches de tenida, se oían los clamores y los cantos de los nuevos asociados, sonreía tranquilamente.

—Lo artificial no dura, — decía, — lo temible es lo que se funda en razones poderosas, en necesidades vitales.

Para él, aquello era fuego de paja, era como jugar a la cuestión social, y el resultado no podía ser otro que convencer a la gente de las ventajas de su situación.

Así como la impotencia para ascender en el escalafón social, por muchas virtudes de que se disponga, engendra las clases y enciende el odio entre ellas, el libre ejercicio de nuestras facultades y la posibilidad de realizar nuestras ambiciones, nos vincula a todos en un anhelo común.

Aquella gente no estaba torturada por la necesidad de vivir, era gente descansada, bien comida, que podía ahorrar dinero y engrosar en breve las filas burguesas. Eso mataría las exageraciones doctrinarias de los ilusos y de los agitadores de profesión.

Mauricio enumeraba luego una larga lista de peones viejos ya propietarios en el lugar con el fruto de sus economías.

—Además, —añadía,— hay que dejar correr la bola. La guerra europea no concluirá ciertamente por la guerra, concluirá por un gran sacudimiento social que recién después de anarquizar al mundo, durante un buen espacio de tiempo, fijará los nuevos valores.

—Encarado así... — decía Jorge encogiéndose de hombros.

Pero Tussoni protestaba en nombre de la seguridad del Oasis.

—Forjado el órgano, la función se impone, — decía.

—El patrón deja hacer porque está metido el *Ahijao*, — decían a su vez los peones viejos. Y convencidos de que no había en ello ningún riesgo, concurrían a las conferencias que se realizaban en el comedor del Hotel y acababan por interesarse en la partida.

El Hotel era un amplio caserón de dos pisos, que albergaba a los peones solteros o que no tenían familia en la localidad. Había sido construido para alojar a los trabajadores que acudieran al Oasis cuando se iniciaron en él las primeras obras. En su origen se componía de un vasto comedor y un dormitorio común; pero, poco a poco, se había ido ensanchando con nuevos cuerpos en los que se había instalado algunos comercios indispensables y un salón de fiestas, donde Oviedo exhibía, dos veces por semana, vistas cinematográficas, entre las que solía aparecer alguna local, tomada por él.

En torno del edificio se habían agrupado muchos atractivos; canchas de fútbol y de bochas y campos de deporte. Era, en suma, el centro del Oasis y se había convertido naturalmente en la sede de la nueva institución social iniciada por Fausto.

Impaciente y envalentonado el hombre por el éxito creciente de su empresa, se dispuso a precipitar los sucesos e inició trabajos para realizar la huelga.

¿Por qué habían de ser menos que otros?

—Ustedes están locos, —les decía Chaff.— ¿No comprenden que no tienen motivo para huelgas y que nadie los va a seguir? Aunque ahora se comprometan algunos, cuando llegue el momento los dejarán colgados. — Y para disuadirlos de lo que creía un disparate, apelaba a los recursos de su larga experiencia.

—¡Y eso que nosotros teníamos hambre! — exclamaba.

Pero al ver que no le hacían caso, cambiaba de táctica.

—Piensen que si el patrón se calienta, cierra el boliche y nos deja con la boca abierta y la barriga vacía.

Los discípulos no le oían.

—El hombre está *maceta,* —se decían,— aquí marcharán todos como tabla, de no, habrá leña.

—*Reíte* de cuentos, —insistía Chaff con Fausto cuando le hablaba a solas,— los primeros que te abandonarán serán tus dos compañeros.

—¿Quién?... ¿Juan y Faco? — preguntaba incrédulo.

—Los mismos, — decía Chaff con mucha calma.

Fausto no replicaba, pero se quedaba mascullando entre dientes:

—¡Este viejo está loco!

Entretanto acrecía el comentario en todos los corrillos.

Don Brígido Hueso, que, a pesar de los reglamentos, se metía con frecuencia en la cocina del Hotel para *matear* con la tía Juana, allí recluida desde que Jac la había echado, solía abordar el tema de la huelga.

Al hombre le llamaba la atención todo aquello y principalmente los discursos que oía de sobremesa.

—Este diablo de Fausto va a concluir por salir con la suya, — dijo una mañana al ver el incremento que tomaban las cosas.

—¡Claro! —replicó la negra, espumando el caldo. — De balde no es linda la napolitanita.

—*Pa* correr la liebre, *pa* cinchar el *güey* y *pa lengüetiar*... la víbora, — contestó don Brígido, fregando con ceniza su herramienta de dentista.

—¡Sí... *jugale* refranes no más, vieja osamenta!... pero la *verdá* es como la luz, *dentra* por los ojos.

—¡Ah negra si *juera* blanca!

—*Pa* mi gusto que estos están locos, — dijo la morena refiriéndose a los constantes conciliábulos de la peonada.

Hueso quiso saber lo que pretendían.

Entonces la morena explicó:

—Quieren la parte de las ganancias *qu'el* niño les prometió cuando trajo a la estancia todo este barullo de gente. Quieren hacer *güela* como dicen los papeles de la *ciuda*.

—¡*Güelga,* morena arrevesada, *güelga!*

—¡Gringadas! — replicó la morena encogiéndose de hombros con desprecio.

Sin embargo, Hueso les hallaba razón en lo de la caña.

—Es mucha joroba eso de quererse meter en el buche ajeno.

—Bueno... pero también, no me diga, si los dejan chupar a gusto son capaces de vivir borrachos, — argüía la morena, poniendo cara de circunstancias.

—El borracho que duerma que *pa* eso trabaja doble cuando está *templao*. Yo, por mí, sé decir que

nunca carezco de caña, — añadió el curandero con los ojos chispeantes. Y para confirmar su aserto, sacó un frasco repleto y se lo brindó a la morena.

Esta aplicó al golleto la pulpa abundante de sus labios y le dio un beso prolongado.

—Es buena, — dijo, devolviendo el frasco casi mediado.

Don Brígido lo miró al trasluz y al ver el avance que había sufrido, exclamó escandalizado:

—Ya sé dónde encontrar ventosas, cuando carezca.

—¡Valiente!... ¡Ni que fuera agua bendita! — retrucó la morena limpiándose el hocico con el dorso de la mano.

Por fin, el día de la huelga llegó. Era un hermoso día de sol.

El movimiento se inició en la lechería, a la hora de ordeñar y en la cabaña a la de racionar.

En la lechería faltaron todos los apoyadores y cerca de la mitad de los ordeñadores y en la cabaña, los capataces tuvieron que ponerse a la tarea para que los animales no sufrieran hambre y sed. A los talleres sólo concurrieron Chaff y algunos peones viejos y en la usina faltó todo el personal inferior. Hubo menos deserciones entre los labradores; pero, más de la cuarta parte faltó al trabajo y, muchos de los que habían empezado a trabajar, más tarde, cuando les pareció que la cosa tomaba cuerpo, dejaron plantadas las herramientas en el campo y se plegaron a los barullentos.

Las cosas llegaron a su apogeo a la hora del café.

Los huelguistas de uno y otro sexo, alegres y endomingados, afluían al Hotel. Nadie se daba cuenta de la gravedad de lo que estaba haciendo.

Fausto, bien montado y seguido de Faco y el rengo Juan, recorría el establecimiento con aires de caudillo, aconsejando o amenazando, según los casos.

Pero el éxito iba resultando mediocre.

En la lechería el vasco Andrés, con otros ordeñadores, después de dar cumplimiento a la tarea diaria y limpiar los galpones con la prolijidad de siempre, se había ofrecido para ayudar a los maestros queseros.

En la usina, el maquinista jefe había recibido a chorros de agua caliente a un grupo que pretendió avanzar la puerta, y en la bodega, dos hombres armados a Winchester pusieron a raya a los revoltosos.

Los pocos labradores adultos que habían holgado, al verse casi solos entre la muchachada, fueron presentándose poco a poco a los capataces, dando excusas más o menos aceptables.

—¡Carneros! — decía furioso el Rengo, mientras Fausto se paseaba impaciente por el comedor del Hotel, temiendo por el éxito de su calaverada y rabiando por encontrarse de una vez con el patrón para tratar con él de potencia a potencia.

Entretanto Mauricio los disculpaba.

—No tendrán razón para hacer huelga, — dijo a su administrador cuando éste, azorado, fue a darle cuenta de lo que ocurría; — pero tienen razón para quejarse de que no les hayamos dado los beneficios que les prometimos. Cierto es que no los ha habido, pero ellos no lo saben.

—¡Hay que hacer un escarmiento! — exclamó el administrador desorbitado.

—No. Hay que darles una explicación, — repitió Mauricio. — Que vengan los directores del movimien-

to, — añadió. Pero recapacitó en el acto y resolvió salirles al encuentro.

Los huelguistas se habían reunido para deliberar.

Las cosas se iban poniendo feas para ellos y la discusión se embrolló bastante.

Mientras los más impetuosos insistían en que debía compelerse por la fuerza a los reacios, otros más clarividentes, querían producir sus quejas sin más trámite y esperar tranquilamente la respuesta del patrón. Otros, por fin, los más prudentes, los que estaban allí por temor a sus compañeros, opinaban que lo mejor era disolverse.

Fue una asamblea desordenada, sin orientación, que estuvo varias veces a punto de acabar a capazos. Salvó la situación, un ayudante de cocina, viejo veterano que se había colado por hábito en la revuelta, y que consiguió hacer triunfar una fórmula intermedia, la de nombrar una delegación para parlamentar con el patrón.

Estaban en esto cuando corrió el rumor de que Mauricio venía acompañado por el administrador y seguido de Zenón.

Al recibir esta noticia los ojos de Fausto relampaguearon.

—Esta es la mía, — pensó. Y salió del recinto para ojear el camino.

En efecto, el patrón y sus dos compañeros avanzaban a caballo por la carretera.

Fausto se sintió el centro de todas las miradas. Comprendió que se acercaba el momento de mostrar que merecía la confianza en él depositada y revistaba su gente que había salido detrás de él.

—Me sobran fuerzas, — pensó con orgullo.

Entretanto Mauricio se iba acercando.

Venía tranquilo y sonriente; le parecía curioso que le hicieran una huelga; pero la novedad del caso le interesaba, resultándole hasta elegante el gesto de la peonada. Convencido de que aquello se disolvería como una pompa de jabón, al primer soplido, sólo veía en el trance, una nueva oportunidad de ser generoso.

—¿Qué ocurre? — preguntó al apearse, dirigiéndose hacia el grupo formado por Fausto, Juan y Faco. — ¿Son ustedes los jefes del movimiento? — Y al formular esta última pregunta, no exenta de ironía, golpeteaba su pantorrillera de cuero con el mango de ballena de su arreador que remataba en un martillo de acero.

—Somos los que llevamos la palabra, — corrigió Faco, de acuerdo con las enseñanzas del maestro, que no admitía jefes ni subordinados.

—Muy bien, — contestó Mauricio sonriendo, al percibir el matiz de la frase. — ¿Y de qué se quejan?

Entonces tomó la palabra el rengo Juan y con su habitual petulancia dijo que ya era tiempo de que se compensase el fruto de su trabajo. Quería lo que era suyo, lo que se le había prometido tantas veces para inducirlos a trabajar como esclavos y que no llegaba nunca. Querían tener más libertad, jugar a lo que se les diese la gana y beber a gusto; querían que cesasen las multas que se les imponía con cualquier pretexto y que acabara de una vez el trato humillante de algunos capataces. En una palabra, no querían seguir siendo estropajos de todo el mundo...

Y agotado por aquel esfuerzo de oratoria, el Rengo calló, en la esperanza de que algún otro continuase enumerando quejas.

Pero como nadie lo hizo y se produjo un silencio embarazoso, alguien lo interrumpió reclamando que hablase Chaff.

La iniciativa tuvo éxito, porque en el acto todos repitieron a coro:

—¡Qué hable Chaff!... ¡qué hable Chaff!

Y como el aludido que estaba allí de curioso, intentara escabullirse, unos cuantos mocetones enardecidos por libaciones sucesivas, a pesar de la prohibición de introducir alcohol en el Oasis, le rodearon para cortarle la retirada y le empujaron hacia donde estaba Mauricio.

Este estuvo a punto de echarlos a rodar; pero, como en el fondo, aquello le divertía, se unió a los que reclamaban la oratoria del mecánico y también coreó el pedido:

—¡Qué hable Chaff! — dijo en son de pifia.

El viejo anarquista percibió la ironía y se sintió molestado en su amor propio.

—¡Esas tenemos! — pensó. Y aunque no quería solidarizarse con los hechos que se estaban produciendo a su alrededor, se dejó izar sobre la mesa que habían traído para improvisar una tribuna y se dirigió a Mauricio.

—El señor *de* Padura — dijo, acentuando el *de,* — sólo verá una locura en esta actitud de sus obreros; sin embargo, debe pensar que los hombres no se enloquecen colectivamente, y, que, cuando rumbean en masa, obran como el mar o como el viento, a impulso de fuerzas poderosas y por lo mismo respetables.

Mauricio, un poco sorprendido y muy agradado por aquella reflexión mesurada, hecha con voz simpática y gesto adecuado, se dejó llevar por su impulso del momento e inició un aplauso.

Esta vez Chaff no vio ironía en la actitud del patrón y aquella reacción lo desarmó.

—No hay duda que los obreros del Oasis reciben mejor trato que sus compañeros de otras regiones de la tierra, —dijo, arriando velas,— pero aunque la diferencia es grande, no es esencial. Unos y otros tienen que sacrificar su libertad para vivir, aunque unos ganen más de lo que necesitan y otros sólo lo indispensable para no perecer. El sacrificio de la libertad a la necesidad es igual para todos. Ahí está la raíz del mal. Hay quien afirma que basta con dar al obrero los medios de poderse independizar: pero ¿quién faculta a los capitalistas para negar u otorgar esos medios?

Chaff hizo una pausa y luego continuó.

El bien sabía que Mauricio, a pesar de su poder y su riqueza, no podía resolver por sí solo aquella grave cuestión; pero, en cambio, lo consideraba obligado a abogar por todos los medios a su alcance para que concluyera de una vez tan terrible injusticia. ¡Sólo el día en que ésta concluyera, dejaría de encontrar eco la protesta en el alma de los míseros: porque no los habría!

El no ignoraba que la vida era una batalla permanente y sin cuartel en la que triunfaba siempre el más fuerte; pero sabía también que la razón y el sentimiento humanos no habían intervenido en balde en la contienda y que, al hacerlo, habían sancionado principios respetables que debían convertirse cuanto antes en hechos reales, para bien de la humanidad. El hombre debía destacarse cada vez más de la fiera.

¿Por qué, entonces, en esta América que tanto presumía de sus libertades, no se trataba de romper los viejos moldes? ¿Por qué insistir con tanto empeño en

los mismos procedimientos, si se sabía de una manera positiva que no podían dar sino los mismos resultados?

Mauricio seguía oyendo con interés.

Chaff lo notó y se fue entusiasmando cada vez más.

—¿Por qué se empeñan los hombres en construir sobre basamentos podridos? ¿Por qué los maestros siguen enseñando las mismas mentiras? ¿Por qué los grandes directores de hombres siguen empujando hacia el abismo a pesar de saber que están cerca de la orilla?

Chaff se detuvo un instante como para dar lugar a una respuesta; pero como ésta no surgió de ninguna parte, se puso a hablar de la tierra y de los elementos de trabajo.

Aquélla y éstos deben ser para todos, tanto como el pan, el abrigo y el descanso.

Recordó luego los viejos principios de su credo y en concordancia con ellos, conjuró a los presentes a no fundar jamás su bienestar y su libertad en la explotación de los demás.

—¡Pobre humanidad, entonces! — refunfuñó Tussoni, dirigiéndose a su vecino, — ocurriría con ella lo que con la cría caballar después del triunfo de la tracción mecánica. — Pero como el otro estaba pendiente de las palabras del orador, no le oyó.

—Ayudémonos a sobrellevar las injusticias de la naturaleza en vez de contribuir a aumentarlas, — decía Chaff; — pensemos que en las fuentes naturales hay agua suficiente para que todos puedan apagar la sed. No convirtamos a fuerza de maldad y de torpeza este privilegiado rincón del mundo, este pequeño paraíso, en un infierno. Evitemos que también en esta rica colmena, las laboriosas abejas se vean obligadas a la periódica matanza de los zánganos.

Y seguro del efecto de esta figura, se detuvo otra vez para escuchar los aplausos y enjugarse la frente.

Por breves instantes, creyó oir el eco de sus éxitos remotos, de cuando era joven, de cuando aún tenía fe y esperanza. Pero fue una visión efímera de cosas que habían pasado para no volver.

Comprendió que se había dejado arrastrar una vez más, incurriendo en los ripios de siempre.

—¡Bah! —dijo entonces, reaccionando y encogiéndose de hombros.— ¡Pintados con otros colores los zánganos vuelven otra vez!

Y como sentía la necesidad de contribuir a la feliz terminación de aquella aventura, cuya responsabilidad se atribuía en el fondo de la conciencia, añadió con voz vibrante, como si echase una proclama:

—¡Muchachos!... Por mucho que sea el poder y la bondad de este ricacho que nos escucha, no puede hacer más de lo que hace por nosotros. Mientras los hombres no hablen el mismo idioma, el mundo será de los fuertes. Por ahora, aprovechemos la bondad del patrón y vuelva cada cual a su trabajo que aquí no hay motivo de huelga.

Y ágil aún, bajó de un salto de su tribuna improvisada y tendió la mano a Mauricio que la estrechó complacido.

Pero Fausto protestó con violencia.

—¡Aquí *naides* tiene nada que perdonar!... ¡Queremos lo nuestro, no pedimos favores! — exclamó con irritación, al ver que todo su plan se desbarataba.

Entonces Mauricio sonrió con bonhomía y habló afectuosamente a sus modestos subordinados.

Chaff tenía razón al decir que él no podía hacer más de lo que hacía por ellos. El reparto de los bienes no era una solución. El, y con él todos los ricos

de la tierra, podrían beneficiar a mucha gente con su dinero; pero no a toda la colectividad obrera.

—Pedro Llantada, — dijo, señalando un viejo fuerte que tenía cerca, y que era de los fundadores del Oasis, — ya es dueño de una hectárea de terreno, de una casita cómoda y de algún dinero que deposita en el banco. Pues bien, si repartiese todo eso entre ustedes, él perdería su capital y ustedes no tendrían casi nada. En cambio, conservándolo, conserva una fuerza provechosa para él, para los suyos, e indirectamente para todos. ¿Por qué, pues, habríamos de volvernos contra esa fuerza? ¿Acaso ustedes no pueden obtener lo mismo que él y muchos otros han obtenido? ¿Qué premio tendría la buena conducta y la contracción al trabajo si no hubiera derecho de formarse un capital?... Al fin y al cabo, el capital de hoy no es más que el trabajo de ayer, como el trabajo de hoy será el capital de mañana. Ustedes estarán pensando que mi capital no ha sido trabajado por mí; pero, en suma, está en el mismo caso que el de Pedro. Nadie ganaría nada con que yo lo repartiese. Sería como arrojar un tesoro al mar. Por el momento hay que aceptar las cosas como están a la espera de fórmulas nuevas. Quizá ellas surjan más pronto de lo que se supone, forjadas en la fragua gigantesca de la guerra europea; pero entretanto hay que esperar.

Y como le pareció que se iba metiendo en honduras al fondo de las cuales, la mayoría del auditorio no lo podía seguir, abordó el asunto de la participación en los beneficios del establecimiento que reiteradamente había prometido.

No repartía los tales beneficios por la sencilla razón de que no lo había y para que los hubiese, era

necesario sacrificarlos a ellos mismos aumentándoles el trabajo y disminuyéndoles el salario.

—Hasta ahora el Oasis sólo ha dado pérdidas, —dijo,— si no lo quieren creer, pueden nombrar una comisión de su confianza y les haré mostrar los libros.

—Las vacas dan leche, las viñas dan uva y las yeguas dan cría, —exclamó el rengo Juan interrumpiéndolo.

—Pero el queso y la manteca no se exportan y para venderlos hay que sacrificarlos; el vino no tiene salida a precios retributivos y los potrillos hay que cobrarlos con premios... ¡cuando se cobran! — contestó Tussoni interviniendo.

—Que no se meta el de los lentes, —gritó alguien desde el grupo compacto de los huelguistas.

—Vamos, vamos, haya respeto, — dijo Mauricio, — de lo contrario no se podrá seguir hablando.

—Yo creo que sea al *ñudo* seguir hablando, —rezongó Fausto, echándose para atrás con gesto despectivo.

—¿Por qué razón? — preguntó Mauricio empezando a incomodarse.

—Porque ustedes han de querer vivir siempre a costillas de los pobres.

Mauricio se estremeció.

—Así pagan el trato que les da el patrón, — refunfuñó el administrador.

—¡Tanto usted, como el patrón, como todos los ricos, son una manga de sabandijas que viven abusando de los pobres! — exclamó Fausto alzando la voz para que todos le oyeran bien y se apercibieran a secundar su hombrada.

—¡Eres un canalla! — dijo Mauricio apostrofándole.

—¡Y *usté* un ladrón! — gritó el indio dispuesto a todo.

Silbó en el aire la fusta de Mauricio y cruzó la cara del insolente, sonando sobre ella como una bofetada.

Sorprendido el indio por la rapidez del movimiento y aturdido por la rudeza del golpe, dio un paso atrás rugiendo como una fiera, y su daga formidable brilló en la diestra.

Pero su adversario, sin darle tiempo a reponerse, esgrimió su látigo por el lado de la fusta y lo volvió a descargar con tal acierto sobre la cabeza de Fausto, que éste cayó al suelo sin conocimiento, a tiempo que Zenón le saltaba encima apoderándose de la daga.

El administrador, en previsión de una acometida, había sacado su revólver, y Zenón, después de desarmar a Fausto, había imitado el gesto. Pero el golpe aplicado por Mauricio al cabecilla, había sido tan certero y oportuno que nadie chistó.

Por otra parte, como la noticia de que Mauricio había salido al encuentro de los huelguistas, había corrido con extraordinaria velocidad, tanto los capataces como los peones que se habían mantenido fieles, unidos a la policía del establecimiento, acudieron de todos lados y rodearon a su patrón en actitud de resuelta adhesión.

Mauricio comprendió que había dominado la situación, y la llegada de Jorge, acompañado del comisario de la sección y cuatro guardias civiles armados a Máuser, acabó de tranquilizarle.

—Todo está terminado, — dijo Mauricio al saludar a los recién llegados, — no hay más que un herido y ese mismo es leve.

Y señaló a Fausto, ordenando que lo llevasen a la enfermería.

En seguida se dirigió al reducido grupo de huelguistas que aún no se había dispersado y lo invitó a volver en el acto al trabajo y a olvidar lo ocurrido.

Un ¡viva! unánime, iniciado por el rengo Juan y por Francisco Luchardo, que apareció recién en aquel instante, fingiendo la mayor sorpresa e indignación, fue coreado por los presentes y todos se dispersaron en silencio, comentando risueñamente la aventura.

—¡Qué infames! — murmuraba Tussoni cuando regresaban con Mauricio y con Jorge.

—¿Y no sería mejor decir, qué desgraciados? — preguntó Mauricio con cierto dejo de tristeza.

CAPITULO XII

Fausto recuperó el conocimiento en la enfermería. Al recordar lo ocurrido, su primer impulso fue levantarse de la cama y escapar. Colérico y avergonzado, presintió el desmedro de su fama de guapo y temió también las responsabilidades en que podía haber incurrido.

¡Quién sabe qué castigo le daría aquel *manate!*

Fausto tenía la cara marcada y la cabeza rota; pero a no haber sido por el enfermero que se paseaba cerca de la cama y por un guardia civil con *arma larga* que estaba en la puerta de la sala, se hubiera ido en el acto.

—A la noche nos veremos las caras, — pensó, mientras combinaba la manera de recobrar su caballo y su libertad.

El fallo estaba dado: Mauricio tenía que morir; pero no en pelea, prevenido y de frente como debe morir un hombre; sino morir como perro *sebao* en la majada. Los otros también tendrían su merecido.

De pronto recordó a Pispeta. La vivaz napolitanilla, ya fuera por falta de ocasión o por cálculo, lo había mantenido a raya y la resistencia de la chica había encendido una verdadera pasión en el alma ardiente del mozo.

Esto vino a complicar la situación. ¿Se la llevaría?... Pero, en tal caso, ¿qué haría con ella? ¿dónde la ocultaría?... Y... ¿lo seguiría Pispeta?

En ese estado de ánimo lo sorprendió la noche.

Los guardianes, en virtud de la actitud tranquila de Fausto y de la docilidad con que se había dejado curar, no creyeron del caso tomar precauciones especiales y cuando llegó la hora de acostarse, lo hicieron y se durmieron tranquilos y confiados.

Fausto se levantó entonces con cautela y salió de la enfermería sin ser sentido. Sabía que Chaff guardaba en el taller una pistola de dos tiros y fue a buscarla, encontrando de paso, sobre el cajón que cubría la piedra de vuelta, un cuchillo de buenas dimensiones que él mismo había llevado días antes para afilar.

Armado a su gusto, el hombre se sintió fuerte y la idea de ir a pedirle cuentas a Faco y al rengo Juan por su inmediata defección en cuanto lo vieron caído, le pareció un acto de estricta justicia.

—¡Felones! — exclamó.

Pero como tenía cosas más apremiantes que hacer para asegurar su libertad, dejó aquello para más adelante.

—Cada cosa a su tiempo, — pensó. Y la idea de prepararse a ejecutar la sentencia que le había jurado a Mauricio, reapareció como una obsesión.

Entonces pensó en ocultarse por allí cerca para poner cuanto antes en práctica sus planes; pero en el acto desechó por absurdo aquel propósito. Comprendió que su fuga sería conocida desde temprano y que en cuanto se dieran cuenta de ella le buscarían como a *mancarrón que ha cortao la soga*. Sin duda lo mejor era poner campo de por medio, y consecuente con esta idea, se dirigió hacia la lechería, en cuyos alrededores había siempre caballos de *piquete*.

Había varios aquel día y Fausto tuvo donde elegir. Como buen experto, optó por un rosillo petizón, ancho de cuello, de hocico acarnerado y medio cacunda,

plantado sobre cuatro remos fuertes, de basadura negra, alta y fina, aparente para resistir los pedregales de la sierra.

Ya a caballo, pensó en el poncho y en el recado que estaban en el Hotel.

Era, sin duda arriesgado meterse allí, donde vivía tanta gente y donde alguien podía sentirlo; pero, como eran dos prendas indispensables para él, no vaciló. Ocultó su caballo debajo de una alcantarilla de la carretera y se dirigió a su habitación dispuesto a todo y confiado en la eficacia de una puñalada a tiempo.

Su audacia tuvo completo éxito.

En el Hotel dormían profundamente después de las agitaciones del día anterior y nadie lo sintió.

Satisfecho de lo bien que le iban saliendo las cosas, volvió adonde estaba su caballo, ensilló con pausa, puso el recado un poco delantero, acortó las estriberas como para un viaje largo y sacando el animal de la alcantarilla, montó y siguió al tranco por una de las zanjas de la carretera.

En el trayecto, vio venir un jinete y se ocultó.

Era el doctor Oviedo en su petizo andador. Por la dirección comprendió Fausto que el hombre venía de la casa de su modelo favorito, la hija del bodeguero Jerónimo.

Esto le recordó a Pispeta y le dieron ganas de verla. Pero, ¿cómo hacer?

Tras breve indecisión, el indio volvió grupas y se dirigió hacia la casita de los Luchardo.

Todo dormía allí.

Seguramente hasta el perro dormía también o andaba como Oviedo a caza de aventuras, pues Fausto no tuvo que parlamentar con él para acercarse a la casa.

Impunemente se abrió paso entre los rosales que rodeaban la ventana del cuarto de las muchachas, golpeó en los vidrios con suavidad y permaneció inmóvil. Le parecía imposible que después de lo ocurrido, principalmente por causa de Pispeta, ésta no estuviese aguárdándole. Y seguro del éxito, con audacia de enamorado, golpeó de nuevo, reteniendo el aliento.

Pero pasó un minuto, luego otro y otros más y nadie contestó. Fausto sintió frío en el corazón.

Aguardó aún otro buen rato, y, por fin, se decidió a llamar otra vez, un poco más fuerte. El resultado fue el mismo.

Entonces, convencido de su impotencia, arrancó una rosa, la besó amorosamente y la depositó en el alféizar de la ventana.

Al volverse, se sintió aprisionado y tironeado por todos lados a la vez.

Las espinas de los rosales habían hecho presa en sus ropas y le impedían caminar.

Fausto sonrió con amargura y trató de desprenderse; pero como al soltarse por un lado, se enganchaba por otro, concluyó por impacientarse y se libertó de un tirón.

Las plantas crujieron, algunas rosas se deshojaron, y gotas de rocío, como lágrimas, salpicaron el rostro del fugitivo.

Del pecho de Fausto brotó un ronquido, requirió su caballo, lo montó de un salto y se perdió en las sombras.

Ya entrada la mañana, Zenón llevó a Mauricio, junto con el café, la noticia de la desaparición de Fausto.

—Eso prueba que no le hice mucho daño, — dijo sonriendo con calma el dueño del Oasis.

—¡El hombre lleva la cabeza rota! — añadió el informante.

—Sí, el arreador es una buena cachiporra, — repuso Mauricio.

Hubo un largo silencio, durante el cual los dos hombres se miraron como espiándose, hasta que Mauricio lo interrumpió:

—¿Qué intenciones llevará ese?

—No es de fiar, — contestó Zenón, poniendo más elocuencia en la mirada que en las palabras.

Mauricio calló, pero se levantó preocupado.

El hubiese querido hablar con Fausto.

Aquella huida del indio humillado por la injuria recibida en presencia de numerosos compañeros, no presagiaba nada bueno.

—El indio es bravo, — dijo como síntesis de sus preocupaciones.

—¿No se le podría prender? — arriesgó Zenón.

—Si no tiene delito.

—El quiso chuciarlo.

—Pero después que yo lo castigué. de todos modos saldría pronto y bien y estaríamos en las mismas, — dijo Mauricio encogiéndose de hombros.

Luego, en respuesta a todo lo que su criado le preguntaba con los ojos, añadió:

—Ya conoce mi arreador y si lo desea conocerá mi puntería.

—También conoce las mentas y por lo mismo no vendrá de frente, — murmuró Zenón.

—Eso es lo malo, — repuso Mauricio.

—Va a tener que hacerse guardar las espaldas, — añadió el otro, que conocía el temperamento confiado de su amo.

Ese día, después de sus ejercicios y abluciones habituales, Mauricio fue a su despacho y se encerró.

Estaba de mal humor.

La injusticia de la huelga y la ingratitud de su protegido, le tenían desazonado. Se sentía deprimido: le parecía que palpaba su impotencia. Los buenos propósitos que le habían impulsado a montar aquella máquina complicada, le resultaban ahora pueriles y estériles. El Oasis, lejos de corresponder a su nombre, de ser un refugio donde se disfrutase de bienestar o cuando menos de tranquilidad, se había convertido como cualquier otro centro de actividades, en un infierno.

—¿No habrá medio de conformar a los hombres? — pensaba con desaliento, al ver que todos los que giraban a su alrededor anhelaban cambiar de vida, querían otra cosa. Desde Fausto a Tussoni y desde Pispeta a Jac, todos, hombres y mujeres, rebeldes o resignados, sólo aceptaban su situación como un estado transitorio del que deseaban salir cuanto antes.

—¿Será siempre así? — se preguntaba Mauricio con desaliento.

En esos momentos comprendía a Nerón y le acometían ímpetus de hacer arder el Oasis por los cuatro costados. Pero comprendía luego que la verdadera causa de su disgusto era el descontento de Jac, y que éste era producido por la gran diferencia de edades que había entre ellos.

¿Acaso Jac no debía experimentar por él las mismas impresiones que él experimentaba por Eloísa?

¿No era así la vida?... ¡Ah!... ¿Por qué Eloísa era ya tan vieja?... ¿Por qué Jac era aún tan joven?

Entonces la idea de la familia se le imponía como el único recurso sano que todavía estaba a su alcance.

Ya todo lo abandonaba. Como un largo desfile de sombras, gustos, aficiones y deseos, pasaban para no volver. La cuadrilla se había dispersado; ya no traía al Oasis, como en otros tiempos, con las evocaciones vibrantes de antaño, la nota alegre que la caracterizaba. Jacobo Skien y Gerardo González habían muerto, se habían agotado en el abuso de los placeres con manifiesto desprecio de la vida, cobrándose en intensidad lo que perdían en duración; Huertas, definitivamente aprisionado, a pesar de sus teorías, en los brazos de una seductora tonadillera que no había tenido empacho en brindarle su madurez apetitosa y trocar su arte por el cultivo de las flores, había desaparecido totalmente; y, Juan Carlos Márquez, que, a pesar de sus dolencias físicas había encontrado hasta entonces en su espíritu valeroso y altruista recursos suficientes para alentar a los demás, en aquellos momentos permanecía recluido por las rudas complicaciones de sus males.

Sólo quedaban en pie Oviedo y Lacerda.

Eran los últimos vestigios de la alegre legión y hacían lo posible por seguir tomando la vida en solfa; pero la vida se les empezaba a poner seria y pesados los andares como el de las moscas en invierno.

—Es extraño, —solía decir Lacerda cuando venía al Oasis,— ni el canto de los gallos, ni el verdor de los campos, me producen la alegría de otros tiempos.

Mauricio callaba.

El, más que nadie, sentía el desgaste de las impresiones y la idea de la familia volvía obsesionante.

Mas, ¿con quién la formaría? ¿Con Jac?

¡Imposible!... Jac no lo quería bastante, se aburría a su lado y últimamente había demostrado tan mal carácter como su madre. La falta de disimulación de aquel terrible defecto de familia, a pesar de los buenos impulsos de su corazón, como así el prematuro escepticismo de la joven, demostraban claramente su descontento con la vida que llevaba. ¿Cómo fundar nada estable sobre aquella base?

Además, Renato, aquel misterioso Renato había aparecido, y, aunque estaba muy expuesto a desaparecer definitivamente, por lo pronto estaba allí, envuelto en la aureola de los héroes que se batían por la Francia.

Esta última consideración ponía a Mauricio de muy malhumor, y, como Jac, al recibir el adiós de su primer amante, en lo íntimo de su alma, deseaba que éste se quedara para siempre en el fondo de alguna trinchera.

Aquella mañana Jac vino a golpear la puerta del escritorio y Mauricio, después de vacilar un instante, la hizo entrar.

La joven paseaba su aburrimiento y se sentó en un sillón con cara de víctima.

Mauricio la miró y la expresión del rostro de su compañera aumentó su malhumor.

—Aquí todos son víctimas, — dijo, — el único victimario soy yo. — Y como Jac no contestó, ni varió de actitud, añadió suspirando: — Francamente, para llegar a este resultado, no valía la pena de haberse preocupado tanto del bien de los otros.

—¿Y habrá sido del bien de los otros o del tuyo propio? — preguntó la joven.

Entonces él montó en cólera.

—Es claro. Soy un viejo egoísta, —dijo con marcada ironía. — ¿A que si fuese un joven, como Jorge, por ejemplo, el que te invitase a vivir con él, aunque fuera en el fondo de un desierto, aceptarías volando?

Y le clavó los ojos.

Pero ella no vaciló; sostuvo la mirada investigadora de su amante y respondió con entereza:

—No tengo sino amistad por Jorge, pero aunque sintiera algo o mucho por él, jamás sería capaz de faltarte. Ni con él, ni con ningún otro, —agregó.— Sé lo qué te debo y lo qué me debo. Bien sabes que peco por franca. El día que no te quiera, te lo diré y entonces sí que habremos concluido.

Aquella respuesta transparente satisfizo a Mauricio a pesar de la espina que tenía dentro; pero fue una satisfacción momentánea.

Ese mismo día, como ocurría siempre, la reacción no tardó en producirse y cuando Jac llevó su perpetua inquietud a otra parte, quedó pensando en la linda pareja que hacía su querida con Jorge.

Hasta entonces éste lo había respetado; pero un buen día podía dejarse arrastrar por sus ímpetus y arrastrarla a ella a su vez. Jorge era todo un buen mozo, era ardiente y apasionado y estaba enamorado de Jac. Y al hacer estas reflexiones, Mauricio recordaba las escenas del día en que había rodado el caballo de la joven.

Por fin, en plena primavera, durante una tibia noche de luna, Mauricio presenció algo que lo decidió a tomar una actitud definitiva.

Se hacía tertulia en el jardín, sobre la terraza que correspondía con uno de los salones de la planta baja.

La señora de Rasker ejecutaba al piano trozos de Chopin, que parecía la música natural de aquel paisaje nocturno. Jorge trasmitía a las señoras las últimas noticias de la guerra y Mauricio caminaba con Tussoni y el médico alrededor de un óvalo de gramilla donde florecían algunas plantas de jazmín.

Atraídas por la música, las señoras que acompañaban a Jac fueron entrando al salón; Tussoni, por temor de la humedad, no tardó en imitarlas; Oviedo, siempre empeñado en conseguir modelos fotográficos, se fue en busca de Lauro Casares, a quien sabía cantando rimas a una chica que estaba al cargo de Josefina Comellas; y Mauricio, engolfado en el estudio de los antecedentes de la revolución rusa, subió a su despacho para leer un diario, en el que había visto publicada la correspondencia secreta del Zar.

Jac y Jorge quedaron solos en la terraza, alumbrados por la luna y respirando el aroma penetrante de los jazmines que la brisa traía del óvalo de gramilla, apagando o acentuando de paso las armonías de Chopin.

Jac eludía sistemáticamente aquellas situaciones; pero enervada esa noche por el conjunto de sensaciones agradables que experimentaba, se quedó al lado de Jorge, balanceándose lentamente en su mecedora de mimbre.

Jorge no hablaba; no se atrevía a hacerlo por temor de turbar con alguna banalidad el encanto del momento; pero su imaginación volaba. ¿Cuál sería el curso de las ideas de aquella cabecita femenina que la luna aureolaba con su luz? ¿Y cuál el sentir de aquel corazón, cuyos latidos levantaban con ritmo acompasado, la silueta ondulante del seno?

De pronto Jac disimuló un bostezo.

—¿Os aburrís? — preguntó el joven, desagradablemente sorprendido por el desmentido terminante de sus fantaseos.

—Enormemente, — repuso ella suspirando.

—Pues yo no me aburro jamás, — dijo él, sin poder ocultar su despecho.

—Feliz de usted, — contestó Jac, — sólo así se explica su resignación a vivir en esta soledad.

—Bien sabe usted por qué permanezco aquí, — dijo Jorge azaroso.

—Natural... Su porvenir, — se apresuró a decir la joven.

—También sabe que no es por eso, — añadió él con voz apagada, en la que vibraba algo muy intenso.

—¡Dios mío!... ¡Yo no sé nada! — exclamó ella con fingido asombro, alarmada, sin embargo, por la expresión singular de los ojos de Jorge, cuya cabeza se había ido aproximando casi hasta tocar la suya.

Hubo una pausa.

Jac admiraba aquella cabeza juvenil, la expresión apasionada de aquellos ojos, el aliento de fuego que brotaba de aquella boca. Y a su pesar, la comparaba con Mauricio. ¿Por qué éste no tenía aquella impetuosidad, aquel ardor, aquella vida?

—Jac... no os sienta bien la mentira, — arriesgó Jorge con expresión doliente.

—¿La mentira? ¡...! ¡Jamás he mentido! — repuso con altivez la joven.

Jorge vaciló un instante; pero resolviéndose de pronto, dijo, bajando la voz, quedo, muy quedo, casi como un susurro, como si sus palabras fueran una nueva armonía, un perfume más, añadido a los perfumes de la noche:

—¡No finja más! ¡Usted sabe que la quiero!

Jac no reaccionó. Escuchó aquello sin chistar. Bebió la frase por todos los poros de su cuerpo y sorprendida de sus impresiones, se estremeció y entornó los ojos como si recibiera una caricia.

Pero fue una impresión pasajera, fugaz.

En el acto se repuso, y, poniéndose de pie, contestó con acentuada frialdad:

—¡Ah!... ¡Bah! — y después de haber dejado caer aquellas dos interjecciones, se dirigió al salón caminando con altivez, casi despectiva, mientras el joven, anonadado, bajaba la escalinata de la terraza y pasaba al lado de Mauricio sin verle.

—Ya está, — pensó éste, refiriéndose a la escena que acababa de presenciar.

Y aún cuando había notado la actitud correcta de Jac, la abordó so pretexto de enseñarle un telegrama de Lacerda que lo llamaba con urgencia en nombre de Juan Carlos Márquez, cuyo estado de salud se había agravado.

—Ya pedí un expreso, — dijo, mirando a la joven en el fondo de los ojos. — ¿Quieres acompañarme o prefieres quedarte? — añadió luego con aparente indiferencia, viendo que Jac estaba aún toda vibrante.

—¿Quedarme?... ¡De ninguna manera!... Iré contigo. — Y cogiéndose del brazo de su amante, se dirigió con él a sus habitaciones a fin de hacer preparar lo indispensable para el viaje.

CAPITULO XIII

Juan Carlos Márquez se había agravado.

Hacía más de un mes que guardaba cama. Su estómago toleraba tan pequeña cantidad de alimentos que la vida se marchaba poco a poco a pesar de los esfuerzos del enfermo por retenerla.

Felizmente esto ocurría sin dolores y sin merma de sus facultades intelectuales.

Cuando Mauricio entró en la habitación, Juan Carlos estaba incorporado en el lecho, rodeado de grandes almohadones de plumas en los que apoyaba su cuerpo enflaquecido. Aspiraba oxígeno.

—Brisas de los Alpes — dijo a su amigo, con voz apagada y sonriendo con visible esfuerzo.

Mauricio, impresionado por el avance rápido del mal, se acercó disimulando su emoción, cogió entre las suyas la mano pálida y descarnada del enfermo y la oprimió afectuosamente durante un largo rato sin atreverse a decir una palabra.

Juan Carlos lo miraba intensamente, espiando sus impresiones.

—Hoy me siento mejor, — dijo, volviendo a sonreir para atenuar la amargura del trance. — Lo hice venir, — añadió, tendiéndole un rollo de papeles, — para pedirle opinión sobre este escrito.

—¡Pero, hombre! — exclamó Mauricio en tono de reproche.

—Lo espontáneo no fatiga, — repuso el enfermo, — además, de este pleito depende la tranquilidad de toda una familia. ¡Claro!... que no lo sepa mi mujer,

— agregó, dirigiendo la vista hacia la puerta que comunicaba con las habitaciones de su esposa. — Lo menos que me diría es que me suicido.

Hubo una larga pausa, al cabo de la cual el enfermo sacó una llave de debajo de las almohadas y entregándosela a Mauricio, dijo con expresión de súplica:

—Es la llave de la burra. Hay allí un paquete dirigido a usted... Son recuerdos de mi vida galante... He debido destruirlos; pero... me faltó coraje... ¿Quiere seguir dándoles vida?

Un fuerte acceso de tos le obligó a cambiar de postura y como se asfixiaba, reclamó con avidez la bolsa de oxígeno. Sus pómulos se tiñeron de rojo, una fatiga angustiosa levantó precipitadamente su pecho y la fiebre, aumentando, irradió en sus pupilas.

—Pero qué afán de preocuparse de los demás, — rezongó Mauricio atendiéndole, — tiene que pensar más en usted y tranquilizarse.

Juan Carlos callaba, pero sus ojos hablaban por él y cuando el acceso pasó, volvió a murmurar muy bajo.

—La vida ya no me seduce. En el estado en que me encuentro prefiero el descanso... hasta lo veo venir con placer... pero antes quiero decir todo lo que ya no podré decir mañana.

—Ideas lúgubres *habemus*, — dijo Mauricio con fingida jovialidad.

El enfermo se puso al diapasón de su amigo y sonrió.

—¿Por qué lúgubres?... Al fin y al cabo ya he vivido más de medio siglo... No hubieran podido decir otro tanto los bichitos observados por Aristóteles a orillas del Hipanis.

Un nuevo y fuerte acceso de tos fue seguido de un prolongado período de asfixia, de tal intensidad, que, Mauricio, alarmado y notando que el oxígeno ya no producía efecto, llamó.

En el acto entró el practicante seguido de la esposa de Márquez.

Esta, al ver el estado de su marido, reclamó la presencia del médico; pero mientras el médico venía, el practicante aplicó una inyección.

Con su ayuda la crisis pasó.

Entonces el enfermo quiso ver a todos los suyos.

Los saludó de lejos, uno por uno. Habló de la modista a las grandes y de juguetes a los chicos; pero había en su expresión una ansiedad que sólo Mauricio percibió.

Cuando Juan Carlos quedó nuevamente solo con su amigo, sus ojos recobraron la expresión traviesa que les era característica.

—Deme otro chorro de brisas alpinas, — dijo.

—¿Se siente mejor? — preguntó Mauricio, alcanzándole la bolsa de oxígeno.

—Sí... es el último relámpago, — contestó estirándose sobre la cama. Y después de una pequeña pausa, con terrible naturalidad, añadió: — Me parece que llega el momento... ¡Pero, no llame a nadie! — exclamó interpretando un gesto de su amigo. — ¿A qué grabarles en la retina un espectáculo tan triste? — Y agotadas sus fuerzas, empezó a ahogarse. Su organismo todavía intentó una defensa suprema. Como impulsado por un resorte, se sentó en la cama, tendió los brazos, abrió desmesuradamente los ojos y agitó los labios con rapidez, para decir aún alguna cosa; pero no dijo nada, los labios se contrajeron en

una mueca dolorosa, cayó de espaldas y exhaló un suspiro: el último.

. . . .

Breves instantes después, su esposa, advertida y convenientemente preparada por Mauricio, entró en la alcoba.

—¡Pobrecito mío.. pobrecito!... Te has ido para siempre sin decirme adiós... ¡Hasta ese dolor has querido evitarme!

Los lamentos atrajeron a los chicos. Llegaron de a uno, y ante el espectáculo de la muerte, sorprendidos y medrosos, corrían a refugiarse en el regazo materno.

Cuando todos estuvieron reunidos, se elevó en la habitación un coro de llantos que se intensificaba por momentos.

Para dar lugar a los pequeños en los brazos de la madre, las hijas mayores formaron grupo aparte. De vez en cuando, alguna de ellas se volvía, detenía la vista sobre el cadáver, le dirigía un epíteto cariñoso y volvía a llorar con estrépito sobre el hombro de su hermana.

Mauricio se había apartado adosándose al muro para disimular su presencia y se preguntaba quién lo lloraría a él cuando le llegase la hora.

Los criados se asomaron por turno, contemplando con azoramiento el espectáculo de la muerte, tan común y, sin embargo, tan sorprendente, y, mientras el practicante tomaba algunas disposiciones higiénicas, una parienta comedida rezaba en alta voz pasando las cuentas de un rosario.

De pronto recrudeció el dolor de la viuda, se separó de los hijos y se arrodilló junto al lecho.

—¡Te has ido!... ¡Qué dolor!... ¡Jamás me habías dado ninguno! — exclamó apoyando la frente en las almohadas que sostenían la cabeza del muerto.

Al oírla, Mauricio se estremeció y palpó la llave que su amigo le había confiado hacía un momento.

¿Cómo hacer para llevarse cuánto antes las pruebas de las calaveradas de Juan Carlos?

La viuda seguía gimiendo.

De repente Mauricio se preguntó si tenía derecho de abrir sólo la caja que guardaba los secretos de su amigo. Juan Carlos le había dado la llave en vida, cuando era dueño de su caja y de su voluntad; pero ahora ya no era dueño de nada.

—¡Te has ido!... ¡Qué dolor!... ¡Jamás me habías dado ninguno!

Al oir este estribillo, Mauricio recordaba la expresión suplicante de Juan Carlos cuando le decía:

—Son recuerdos de mi vida galante... ¿Quiere seguir dándoles vida?

¡Oh, también la esposa les daría vida; pero transformándolos en fantasmas rivales de su afecto contra los que ya no podría luchar!

Mauricio no vaciló más. Insensiblemente se fue aproximando a la puerta que comunicaba con el escritorio donde estaba la caja de hierro. Por última vez miró el semblante ya sereno de su amigo, oyó el concierto de sollozos de los hijos y los lamentos de la viuda, y penetró en el despacho, cerrando la puerta en cuanto estuvo dentro.

El despacho estaba a oscuras y para ver algo tuvo que descorrer un poco las cortinas. Sacó luego la llave del bolsillo y fue hacia el mueble que guardaba los papeles.

Estaba tan nervioso que le costó abrirlo.

Cuando lo consiguió, paseó por el interior una mirada investigadora y en el acto dio con lo que buscaba.

Era un paquete bastante voluminoso atado con una cinta roja y cuidadosamente lacrado, sobre el cual Juan Carlos había escrito con acertada previsión: — Documentos para entregar a Mauricio Padura.

Este suspiró con satisfacción, como aliviado de un peso enorme. Se apoderó del paquete, cerró de nuevo la caja y salió por la puerta que daba al vestíbulo, temeroso de que alguien pudiera sorprenderlo.

Y mientras corría en el automóvil, llevándose aquel montón de recuerdos amorosos, creía oir aún el insistente lamento de la viuda arrodillada a los pies del muerto.

—¿Y bien? — preguntó Jac un cuarto de hora después, cuando Mauricio entró en su casa solariega, donde pernoctaban cuando venían a la capital.

—Está muy mal, — contestó Mauricio besándola.

—Ha muerto, — afirmó ella, interpretando fielmente la expresión de la fisonomía de su amante.

—Sí, — dijo éste abrazándola.

—¡Pobre, pobre, — murmuró la joven, — tan bueno, tan noble, tan generoso! — y lloró sobre el hombro de Mauricio, a quien costó retener el llanto.

Así abrazados, entraron al comedor donde ya esperaba el almuerzo.

Tomaron algunos bocados displicentemente y después de despedir el servicio, se pusieron a inventariar el contenido del paquete que Mauricio había traído.

Eran cartas, retratos, tarjetas postales, telegramas, flores secas, cintas ajadas y hasta un guante viejo, estrujado, rugoso y seco.

Todo ello muy bien ordenado, clasificado por años y procedencias.

Había de todo en aquel pequeño archivo.

Desde el *flirt* pasajero y sin consecuencias hasta las sacudidas violentas de la pasión. Citas, excusas, notas puestas a modo de comentario sobre alguna carta que recordaba simples relaciones de lance, pequeños idilios entre las montañas suizas o al borde del Mediterráneo, rápidas carreras a través del mundo o dulces estadas en algún rincón amable. Un conjunto, en fin, de sentimientos superficiales u hondos, pero que habían sido vibraciones armónicas del alma selecta de su amigo.

De pronto apareció un pliego nutrido, cubierto de letra menuda.

Era el último adiós de una vecina de hospedaje, de quien Juan Carlos se había separado con la promesa de ir a esperarla a París.

Era huérfana, bella y rica. Nada le faltaba para ser dichosa a no ser la salud.

Se habían conocido y tratado en la terraza de un sanatorio, mientras oxigenaban sus pulmones con el aire de las montañas. Padecían del mismo mal y durante un año habían seguido el mismo itinerario, habían hecho idéntica filosofía, habían tejido las mismas esperanzas. De la simpatía del dolor, de la piedad recíproca nació entre ellos el amor. Y cuando la muerte concluyó con el idilio, Juan Carlos dio lugar preferente a su recuerdo.

—¡Qué linda! — exclamó Jac, contemplando el retrato. — Decir que ya no queda nada de ella, — añadió con asombro.

Hasta hace unos momentos aún vivía en la memoria de mi amigo, — contestó Mauricio con tristeza, pensando en la totalidad de la muerte para los que no tienen hijos.

Y sintiendo una vez más la necesidad de calmar de alguna manera aquel su invariable anhelo, abrazó a su compañera con un abrazo dulce y prolongado, inspirado por un deseo distinto de los que le había inspirado hasta entonces y mucho más hondo.

A la noche Mauricio volvió a casa de Juan Carlos y sólo regresó al día siguiente, después del entierro.

La tristeza que le produjo la separación definitiva del compañero con quién más había acordado en aficiones, ideas y sentimientos, y el vago desconsuelo que el espectáculo de la muerte sugiere siempre, aumentó sus anhelos de sobrevivirse y le pareció que estrechaba sus vínculos con Jac, que olvidaba su pasado, que dejaba de ver un abismo en la diferencia de edades que existía entre ellos y hasta que relegaba al desprecio la pasión de Jorge.

Jac había procedido bien. Le había contado la declaración que éste le había hecho y aquella actitud lo había dejado satisfecho.

Por su parte, Jac comprendió que había ganado terreno en el aprecio de su amante y trató de ajustar su conducta al nuevo desenlace que preveía: alcanzar la dignidad de esposa.

Cada día mostraba mayor predilección por la galería de retratos de la familia Padura.

Allí estaba representada toda la rama americana. Desde el primero que pisó estas playas, hinchado en

su traje de gala y con el pecho cubierto de medallas, hasta el representante actual del nombre, cuando apenas tenía tres años. Eran cinco generaciones que habían desfilado por entre los muros del vetusto edificio de la calle Zabala.

La mayoría de los hombres vestía uniforme, con altos corbatines negros o blancos y ostentaban sobre el pecho grandes cruces y vistosas bandas. Las damas, todas exageradamente escotadas y muy ceñidas de cintura, tenían el mismo gesto amanerado y convencional, para lucir los anillos, el pañuelo de encaje o el pequeño abanico de marfil con paisaje de seda e incrustaciones de oro.

Jac se veía ya incorporada a aquella fastuosa galería y contribuyendo a aumentarla con la fecundidad de su vientre. ¿Lo lograría? ¿Sería, en efecto, la elegida del último Padura?

En aquellos días llegó a creer que sí y se admiraba del esplendor de su destino.

—¡Ah... qué dichosos! — exclamaba, cada vez que se enfrentaba con los retratos. Y cuando Mauricio se burlaba de su admiración y afirmaba que ninguno de aquellos personajes había conocido mayor dicha que ella, la joven protestaba.

—¿Cómo no ha de haber sido dichoso un hombre que no ha hecho siempre más que su voluntad? — decía refiriéndose al primer Padura que había venido a América y que aparecía en la tela pronto a desenvainar su espadín al menor amago de resistencia.

—Pues ahí tienes tú lo que son las cosas, — le decía su amante, — ese buen señor, no logró nunca hacer su gusto. — Y a grandes trazos, hacía la historia del tatarabuelo.

Cuando joven, por haber nacido segundón y gastado más de lo prudente, tuvo que renunciar a su patria y venirse a América, a la desolada América de entonces a tentar fortuna, exponiéndose a perder cuanto le quedaba. Aquí su vida fue de perpetua lucha, de trabajo y de agitación permanente y cuando, al fin, hubo formado una familia numerosa y consolidado una regular fortuna, lo sorprendió la guerra de la independencia, trastornando todos sus principios y sentimientos, a tal punto, que, en cuanto vio a sus hijos plegados a los nativos, abandonó familia e intereses y se marchó del país para no volver.

—¡Imagínate su dolor, al verse en la orfandad y en la miseria al final de su vida! — Pero Jac no cedía. A su juicio Mauricio exageraba. Aquellos seres tenían que haber sido siempre felices. La dicha les rebosaba en la expresión del semblante y en la satisfacción del gesto. Habrían tenido contrariedades; pero no dolores. No habrían podido satisfacer la totalidad de sus anhelos; pero no habían sido flagelados por la necesidad.

—Todos tienen su cruz, — decía Mauricio. — La privación de un deseo, suele ser tan dolorosa como la de una necesidad.

A juicio de la joven, Mauricio no entendía de necesidades. Pero éste la confundía con un ejemplo.

—¿Acaso tú eres feliz, a pesar de no tenerlas?

—¡No hablemos de mí! Yo no sirvo para nada. No tengo misión... ¡Mi vida no tiene objeto! — Y repentinamente enternecida, rompía a llorar.

—¿No ves? — observaba Mauricio. Y apiadado se apresuraba a consolarla.

Una noche al regresar del teatro, donde, como de costumbre, había presenciado la función oculto en el

antepalco, Mauricio anunció el propósito de volver al Oasis a la mañana siguiente.

—Otra vez a encerrarnos allí, — contestó Jac displicente.

—¿Acaso estamos más divertidos aquí? — preguntó su amante.

Jac se encogió de hombros y permaneció silenciosa y engestada.

—Pero, en fin, — añadió Mauricio con mal humor. — ¿Supongo que no pretenderás que abandone todo aquello a su suerte?

—Yo no pretendo nada, ni me importa de nada, — contestó la joven, adoptando la expresión de *mater dolorosa* que adoptaba siempre que no se le hacía el gusto.

Mauricio se alteró y elevando la voz trató de imponerse. Pero Jac que durante aquellos últimos días se había hecho grandes ilusiones y consideraba una cuestión resuelta el cambio radical de su régimen de vida, se indignó de tal manera ante la idea de volver a la monotonía de su existencia pasada, que contestó con verdadera irritación las observaciones de su amante, provocando una reyerta de grandes proporciones. En ella, Mauricio volvió a decirle que lo mejor que podía hacer, era volverse con su madre.

—Tal vez allí te encuentres con Renato, — dijo con ánimo de herirla.

—Quizá fuera lo mejor que podía ocurrirme, — contestó ella airada. — Al menos ese no se avergonzaría de mí y me daría el lugar que me corresponde.

—Sí, como la otra vez.

—Pero está arrepentido. Ya viste su carta.

Entonces Mauricio, exasperado, aunque reprimiéndose, dijo:

—¿Hablas en serio?

—Sí, — repuso Jac con energía, — ¡Ya estoy cansada!

—Lo veo, — dijo él, acomodando las sillas maquinalmente; pero con ímpetu creciente.

Hubo una pausa breve, durante la cual sólo se oyó el ruido de los pasos de Mauricio y el choque de los muebles que éste empujaba uno contra otro o que arrastraba sobre el piso.

De pronto se detuvo en su desordenado paseo y dirigiéndose a Jac exclamó:

—Esto debe concluir... En el primer buque que salga puedes irte. — Y sin aguardar la respuesta, se encerró en la habitación contigua dando un violento portazo.

CAPITULO XIV

El "Asturias" estaba listo para zarpar cuando Jac y Mauricio, acompañados por sus íntimos llegaron a bordo.

Aun cuando la querella que había motivado la resolución de separarse, se había desvanecido antes de las veinticuatro horas, el viaje resuelto en aquel momento de malhumor, había tenido que formalizarse debido al fallecimiento repentino de la madre de Jac que obligaba a ésta a ir en busca de su hija. Pero como las causas originarias habían cambiado y ya no se trataba de un rompimiento, sino de una breve jira por Europa, Mauricio se vio en figurillas para negarse a acompañarla.

—¿Por qué no vienes conmigo? — preguntaba ella a cada instante. Y como no le satisfacían las respuestas, discutía, se acaloraba, se entristecía y la escena concluía con lágrimas.

Pero no hubo medio de convencer al antiguo *globetroter* y la joven tuvo, al fin, que resignarse a realizar el viaje sin su amante.

Tussoni facilitó una parienta pobre para acompañar a la viajera y Oviedo se ofreció como médico de la expedición, columbrando el enriquecimiento de sus colecciones fotográficas con vistas de los campos de batalla de Francia.

Hasta el momento del embarque todo había ido muy bien. La perspectiva de ver a su hija y la seguridad de que pronto estaría de vuelta con ella, tranquilizaban a Jac, y, la idea de que el viaje era oportuno

para poner a prueba el afecto de la joven, animaba a Mauricio.

Con todo, al subir a bordo, las cosas cambiaron. Era la primera vez que iban a separarse desde el día en que habían almorzado juntos en Saint-Germain.

¡Casi cinco años! Infinidad de costumbres a punto de interrumpirse. ¡Un intenso período de la vida que peligraba pasar a la categoría de los recuerdos!

A pesar de todo, Mauricio se mostró jovial y pidió champagne.

Jac, por su parte, también trató de mostrarse fuerte; pero cuando los concurrentes levantaron la copa para brindar por su pronto regreso, apenas pudo llevar la suya a los labios.

De repente sonó una campanada y el personal del barco empezó a circular anunciando la partida.

Todos se miraron.

—*Déjà* — dijo Jac palideciendo al ver que los acompañantes se ponían de pie.

A instancias de su marido, la señora de Tussoni inició la despedida. Su hija la siguió. Ernestina, a pesar de las asperezas e irregularidades del trato de Jac en los últimos tiempos de sus relaciones, no podía ocultar la viva emoción que experimentaba al separarse de aquella amiga a quien tomaba de modelo, hasta para sonreir.

Mauricio observaba a la viajera y martirizaba su bigote. A medida que se acercaba el momento de la despedida, sus nervios vibraban con mayor intensidad.

Los amigos empezaban a alejarse.

—¡Hasta la vuelta, hasta la vuelta!

—¡Muchas felicidades!

—¡Vuelvan pronto!

—¡Traigan la noticia de la paz!

—¡A ver cuántas enfermeras bonitas retrata! — le decía Tussoni a Oviedo, palmeándole la espalda.

La señora de Rasker y Josefina Comellas fueron las últimas en salir. Después Jac y Mauricio quedaron solos.

Se miraron y sonrieron con sonrisa forzada. Los dos deseaban sobreponerse a la emoción que les producía el amargo trance porque atravesaban.

¡Qué diablos! ¡Era cuestión de dos o tres meses!

Ella fue la que rompió el silencio:

¡Chéri, Chéri!... ¡Viens avec moi! — exclamó arrojándose con vehemencia en brazos de su amante.

Mauricio la estrechó con la misma emoción; pero silencioso. Ella, entonces, queriendo anticiparse a la respuesta, echó hacia atrás su linda cabeza y lo miró en el fondo de las pupilas.

—*Viens avec moi!* — volvió a repetir.

Estaba hermosísima. Tenía la cara encendida y los ojos brillantes de pasión.

Mauricio creyó que iba a ceder. Todo era confusión en su espíritu. Pensaba de una manera y sentía de otra. Quería quedarse y deseaba irse. Y, en suma, a pesar de que sólo faltaban unos instantes para la partida, comprendía que después de tanto estudiar el punto, los hechos lo tomaban de sorpresa, como si jamás hubiese pensado en ellos.

Por fin pudo hablar.

—Vamos, vamos, queridita, no es serio llorar así por una separación tan corta... Pronto estarás de vuelta y ya no volverás a llorar... Piensa que todo depende de tí, — decía con cariño, mirándola a su vez dentro de las pupilas y consolándola para consolarse.

Era el mismo argumento de siempre; pero en la manera como era dicho, Jac comprendió que no lo haría ceder.

—¡No se sabe nunca lo que puede ocurrir! — exclamó con tristeza.

En el fondo Mauricio pensaba lo mismo y volvía a preguntarse por qué no se iba con ella, por qué se empeñaba en aquella separación, por qué jugaba con el destino. Pero los resortes misteriosos que movían su voluntad, le obligaban a obrar de aquella manera, arrastrándolo irresistiblemente, con una fuerza superior a sus sentimientos y a su razón.

—*Viens avec moi!* — repetía con mimo.

En ese instante asomó un camarero y advirtió a Mauricio que se iban a soltar las amarras.

Los amantes lo miraron como los reos deben mirar al verdugo, e inconscientemente, se estrecharon con más fuerza.

Ella sintió que él se abandonaba y creyó recuperarlo. Mauricio creyó también que jamás tendría valor para desprenderse de las dulzuras de aquel abrazo; pero su vacilación fue sólo un lampo: sobrevino la reacción y desligándose de Jac, huyó precipitadamente.

—*Adieu chérie!* — gritó sin detenerse, cuando ya iba por el corredor.

—*Viens avec moi!* — gimoteó ella otra vez, tendiendo los brazos hacia la puerta por donde su amante había desaparecido.

Así, implorante, permaneció aun algunos segundos. Alentada por un resto de esperanza, con hondo anhelo, se asomó al corredor para insistir en su llamado; pero al ver que Mauricio había desaparecido, que se había ido de veras, volvió sobre sus pasos, se pasó las

manos por la cara, como si hubiese querido arrancarse las lágrimas y exclamó con voz opaca:

—*C'est bien... Adieu!* — Y sentándose bruscamente sobre un diván, apoyó el codo derecho en las rodillas, la cara en la palma de la mano, y su mirada ceñosa se perdió en el vacío.

Así permaneció largo rato.

Pero aquella irritación, como todas las suyas, no duró mucho, y en cuanto el barco empezó a moverse, arrastrado por los remolcadores que lo apartaban de la orilla, rompió a llorar de nuevo, con la cara oculta entre las manos.

En esa actitud la encontró Oviedo cuando vino a buscarla para que fuese a saludar una vez más a los amigos que habían quedado sobre el muelle.

La joven obedeció. Se envolvió la cabeza con un velo tupido para ocultar la huella de las lágrimas y siguió dócilmente a su compañero de viaje.

Al verla aparecer sobre cubierta, Mauricio agitó su pañuelo.

—Haces tu gusto. Vuelves a tu París, rica y libre, — pensaba con amarga satisfacción, sintiéndose el autor de aquella evolución fundamental en la vida de la joven.

Y la historia de su existencia en común, desfilaba por su imaginación con vertiginosa rapidez.

¿Por qué la interrumpía? ¿Qué complicaciones, qué análisis sutiles, qué deleznables convencionalismos le habían impulsado a proceder de aquella manera, a permitir, y, aún más, a imponer aquella separación? Era una tregua, una cosa pasajera, un estimulante amoroso: pronto la joven estaría de vuelta y no se separarían nunca más.

Pero las palabras de Jac parecían resonar de nuevo en sus oídos:

—No se sabe nunca lo que puede ocurrir. — Mauricio pensaba entonces en naufragios, en choques entre la niebla, en el error de un submarino, y sentía impulsos de alcanzar el barco y bajarla a tierra o seguir viaje con ella.

Sin embargo, no se movió. Algo muy poderoso lo retuvo y siguió saludando con el pañuelo, al que el pañuelo de Jac respondía como un reflejo lejano.

Los remolcadores ya habían soltado los cabos y el "Asturias" enfilaba el canal impulsado por sus propias máquinas.

Pronto la silueta de Jac se confundió con las de otras personas; pero a pesar de eso, Mauricio siguió agitando su pañuelo como un sonámbulo.

—Ya no nos ve, — dijo Tussoni a Mauricio, suavemente.

Sorprendido por el sonido de aquella voz, Mauricio miró con extrañeza a su administrador y guardó el pañuelo con precipitación, como si le hubiesen pillado en falta.

De pronto, tomó una súbita resolución, se despidió en general del grupo que lo acompañaba, subió a su auto y se hizo conducir al Parque Urbano.

A la altura de las antiguas canteras de Ramírez, descendió del coche y se internó en los baldíos de la costa.

Caía la tarde.

El sol se hundía en las aguas del estuario entre barras y celajes cambiantes.

Parecía como que estuviesen pintando un cuadro de colosales dimensiones y colores brillantes, pero fugaces, que el pintor no lograba fijar sobre la tela, que

se fundían entre sí y variaban a cada instante la impresión de sus matices.

La ciudad, apeñuscada sobre la cuchilla, daba la espalda al mar y de los vidrios de las claraboyas, brotaban resplandores deslumbrantes que el humo arrojado por las chimeneas de algunas fábricas diseminadas en la orilla, velaba a trechos con tonos grises.

Algunas construcciones modernas rematadas con techos de pizarra, se destacaban entre las casas de azotea; pero eran pocas.

Lo que rompía la uniformidad, eran los campanarios. El más próximo al observador era el del Asilo, que, como una aguja, penetraba profundamente en el cielo azul; le seguía el de los Capuchinos, destacándose hacia la izquierda, entre casas bajas como para que no encontrara obstáculo el sonido musical de sus campanas; más allá asomaban apenas el de la iglesia del Cordón y el de la capilla Metodista de la calle Constituyente, y, al lado de este último, el domo del seminario aparecía negro y opulento. Mucho más lejos y más a la izquierda, detrás de la línea de cipreses que eriza la tapia del Cementerio Central, se alcanzaba a percibir los azulejos descoloridos de las torres de la Matriz, que se adivinaba empotrada en el casco de la ciudad vieja; y, por fin, aún más distante y por encima de todo, el Cerro, con su vieja fortaleza, sus cañones jubilados y su faro cada vez más poderoso.

En la pequeña ensenada de Ramírez, sobre la playa cubierta de casillas rodantes y de carpas de lona blanca, hormigueaba la gente, y como telón de fondo, el Hotel elevaba su mole antiestética.

Por la rambla cruzaban los autos y de lo alto de la calle Samayúa, los eléctricos bajaban como exhala-

ciones, destacándose entre el follaje oscuro de los árboles, bajo el que se perdían en elegantes curvas los caminos alquitranados.

Una brisa fresca traía del sur emanaciones salitrosas, echaba sobre la ciudad el humo de las fábricas teñido con los colores del poniente y erizaba el mar de olitas frívolas que multiplicaban los últimos reflejos del sol.

Mauricio se había sentado en una roca de la orilla. El agua lamía con blandura los flancos musgosos de su asiento, pero, de vez en cuando, daba una acometida violenta que sonaba como una bofetada, y se retiraba envuelta en un rebozo de espuma.

Mauricio recordó la época en que solía llegar a nado hasta aquel mismo punto, treinta años atrás.

En aquel entonces iba a bañarse allí para encontrarse con su primera novia y ahora venía a despedir a la última.

En ese momento el "Asturias" asomó por detrás de la punta de San José, deslizándose sobre las aguas como una masa oscura que se interponía entre él y las claridades del horizonte. Marchaba con rapidez, dejaba en las aguas una estela blanca y en el cielo, ahora anaranjado, un espeso rastro de humo.

Así siguió hasta enfrentar el Parque Urbano. Una vez allí empezó a virar hacia el este, en dirección a la isla de Flores y Mauricio lo tuvo entonces a su izquierda, reflejando en el casco los últimos resplandores del poniente.

En el barco encendían las luces. Ya no era una masa opaca que se destacaba sobre un fondo claro; ahora era una línea brillante, que huía paralela al horizonte. La línea se fue acortando sobre el fondo oscuro de la noche, hasta convertirse en un punto lu-

minoso, y, al fin, el punto desapareció como absorbido por las aguas.

Mientras el buque estuvo a la vista, Mauricio se sintió acompañado, querido, fuerte; pero cuando desapareció y triunfó la noche, su orfandad le pareció definitiva. Experimentó una intensa sensación de soledad, de abandono, y sin hacer ningún esfuerzo para retenerlas, dejó caer algunas lágrimas.

La repentina iluminación del Hotel y de la rambla le volvió a la realidad.

Burlándose de sí mismo, compuso el rostro, dio un rodeo para eludir la creciente que empezaba a cortarle el paso y subió al auto.

—A casa, — dijo.

En el trayecto vio a otro solitario como él que sentado en un banco y con la cara apoyada en una mano, miraba hacia el mar. A la escasa luz de un foco eléctrico lejano, creyó reconocer a Jorge, y, como lejos de molestarle, aquella visión le produjo honda simpatía, recordó el final de "Madame Bovary"...

En casa le aguardaba una grata sorpresa. Era un aerograma de Jac concebido en estos términos:

—*Toute pensée à toi. Je rêve au plaisir de t'embrasser.*

Fue como un rayo de sol en las sombras de su espíritu. En aquel momento no dudó de la vuelta de Jac.

—¡Bah! Estoy sensible como un colegial, — pensó, al sentirse invadido por una ola de optimismo. Y satisfecho de conservar aquel grado de sensibilidad, llamó a Zenón para leerle el aerograma y pedirle que ordenara la comida.

Pero no bien se sentó a la mesa, comprendió que lo había hecho por rutina. No tenía apetito.

—No como... Deme café, — dijo al mayordomo. Y levantándose, encendió un cigarro a pesar de las reiteradas recomendaciones de Oviedo para que dejase de fumar.

Cuando levantaron el mantel, le pareció que el comedor se había puesto oscuro y dio luz a todas las lamparillas; pero a pesar de la iluminación, se aburrió y se hizo llevar el café y los diarios al escritorio.

No debió encontrar en ellos nada de interesante, porque los fue tirando después de una ligera ojeada.

Cuando los hubo recorrido, abandonó el sillón en que se había instalado, pidió el sombrero y los guantes y otro café.

—Van dos, — pensó, mientras lo tomaba, — hoy tendré que acostarme tarde. — Y apurada la taza, salió.

Desde Rincón a la Aduana, no había un alma en la calle Zabala y oyó resonar el eco de sus pasos dentro de los arcos del viejo edificio de la Bolsa. Los faroles del alumbrado hacían guiñadas sobre la calzada vacía y a no haber sido por ellos y por un eléctrico que en aquel momento desembocó por Rincón, muy iluminado y tan vacío como la calle, hubiera creído que se iba a encontrar en la esquina con el sereno que treinta años atrás tomaba mate delante de un fogoncito en aquel mismo sitio.

Tanta soledad le llamó la atención y miró el reloj. Eran las ocho y media.

—Claro, — pensó, — no he comido y me he adelantado a la hora.

Y como era temprano para ir a buscar a Lacerda, dobló por 25 de Mayo y subió por Ituzaingó hasta la plaza Matriz.

Su primera idea fue entrar al Club Uruguay; pero pensó lúego que iba a tener que explicar su presencia a los conocidos y optó por sentarse en un banco de la plaza.

Todo Montevideo comía. Las calles estaban desiertas. Los eléctricos pasaban vacíos y sólo uno que otro auto se detenía frente al restaurante del Gran Hotel, único negocio iluminado y con vida, del que irrumpían sonoridades musicales mezcladas con ruido de voces y vajilla revuelta cuando entraba o salía algún cliente.

—Esto parece una ciudad evacuada, — pensó Mauricio cada vez con mayor tristeza.

Un guardia civil ahuyentó a cinco pilluelos descalzos que con los diarios bajo el brazo jugaban al fútbol sobre el asfalto con una pelota de trapo.

Mauricio, llamó a uno de ellos y vinieron todos.

Entonces se le ocurrió hacerlos dichosos por aquel día. Los mandó formar en fila, repartió el dinero menudo que llevaba encima entre los cuatro mayores, y, so pretexto de que no tenía más cambio, no dio nada al más chico, un morochito de siete a ocho años de edad.

—¿Y a mí, no me da? — dijo el pibe con los ojos muy abiertos, sin poder convencerse de la injusticia.

—¡Dele!, — dijo otro con cara de bueno.

—No tengo más cambio, — alegó Mauricio. — ¿Por qué no reparten con él lo que les dí? — añadió. Pero el que había hablado, sacó la lengua, hizo un gesto canallesco y salió a escape. Los demás, temiendo la realización de la propuesta, pusieron pies en polvorosa.

—¡Deme! — repetía el chico con la mano estirada y los ojos rebosantes de lágrimas.

Pero como Mauricio, impasible, se hacía el sordo, el *pebete* exasperado, se tragó las lágrimas y apartándose a una prudente distancia, se agachó, recogió algunas piedrecitas del balastro que rodea los canteros y empezó a tirárselas con rabia.

Mauricio le dejó hacer durante un buen rato. Después sacó un billete de la cartera y suspendiéndolo entre el índice y el pulgar, se lo mostró como prenda de paz. Pero el *botija,* furioso, fuera por desconfianza o por altivez, no parecía dispuesto a ceder y seguía tirando piedrecitas.

—*¡Andá, Guasquita, no seas otario!* — le gritó uno de los otros que observaba la escena.

Entonces el pibe, muy lentamente, se fue acercando receloso, y en cuanto pudo manotear el billete, lo hizo y salió como una exhalación, vomitando injurias.

—Este hará camino, — pensó Mauricio, aludiendo al genio del chiquitín y recordando a Fausto Peralta.

En la Matriz daban ya las nueve y Mauricio se encaminó por Sarandí hacia la calle Misiones, donde vivía Lacerda.

—¿Qué se puede hacer hoy en Montevideo? — le preguntó al entrar en el escritorio, donde su amigo lo recibía siempre para evitarle cortesías y etiquetas que, como a la mayoría de los solterones verdes, cargaban a Mauricio.

—Biógrafos, tonadilleras, casino...

—¿Qué tal el casino?

—Un opio... Le aconsejo las tonadilleras. Sobre todo una se recomienda para consuelo de afligidos.

Cuando llegaron al Urquiza ya había terminado la primera parte del programa y una *cantaora* se lamentaba a grandes voces con acompañamiento de guitarra.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay!

El paraíso deliraba y bisaba sin consideración alguna para los pulmones de la infeliz.

Por fin, el público de la platea impuso silencio y la dejaron ir. Siguió un número de baile de mucho mantón y castañuelas.

—No reconozco a la madre patria, — observó Mauricio.

—Claro, si es porteña, — repuso Lacerda. — La guerra europea está imponiendo la producción americana.

Hubo un cambio de decoración y tras un largo momento de expectativa y ensayo reiterado de los proyectores eléctricos distribuídos por la sala, apareció la estrella, llenando con su presencia el escenario.

—¿Verdad que vale? — preguntó Lacerda.

—Al menos desde aquí hace efecto, — contestó su amigo, proponiéndose juzgarla de más cerca.

Preparado el terreno por un portero del Hotel que ocupaba la bella, los dos amigos fueron a tomar una copa de champagne con ella después de terminado el espectáculo.

Lacerda, que no se permitía con frecuencia tales libertades, iba complacido, y Mauricio, que había permanecido colado a las faldas de Jac durante varios años, también se prometía un momento de expansión y alegría.

Cholito, que era el nombre de guerra de la tonadillera, además de bella era ingeniosa, y como le habían dado buenos informes de su nuevo pretendiente, lo recibió con los honores de su rango y puso todo su empeño en agasajarle.

No obstante, la presencia de la mamá de la cantante les obligó a hacer tertulia en serio e impidió que La-

cerda le diera un susto a la naturaleza, como él decía y como había sido su intención.

Con todo, la tertulia fue amena. Se habló de arte, la dama expuso sus proyectos, sus temores y sus esperanzas: cuanto hacía era para dar comodidades a su mamaíta y por el arte en sí mismo, que, hasta aquel momento, había sido la única pasión de su vida.

Estas últimas palabras fueron acentuadas con una mirada llena de simpatía y promesas.

Mauricio se manifestó muy conmovido por la virginidad de aquel corazón que tan discretamente se le brindaba; pero como le cargaba la presencia de la tal mamaíta y ésta daba evidentes señales de cansancio, resolvió interrumpir la reunión y combinar un almuerzo para el día siguiente, con prescindencia de la señora que estaba a régimen lácteo, según lo había dicho su hija.

La Cholito llevaría a su amiga Consuelo, que a falta de otras cualidades artísticas, exhibía su belleza por los escenarios.

Mauricio durmió mal.

Tenía los nervios de punta. El exceso de café y el champagne que se había visto obligado a tomar después de media noche, le mantuvieron desvelado muchas horas.

Fue una vigilia dedicada totalmente a Jac. ¿Qué haría la joven en aquel momento? ¿Dormiría al arrullo del mar en su camita solitaria o lloraría por él, como él lloraba por ella? ¿Iría satisfecha al encuentro de las sorpresas del destino, o había sido bien sincero el dolor manifestado en el momento de la separación? ¿Volvería o se quedaría por allá?

Esta última hipótesis le hizo estremecer.

Se incorporó, encendió la luz para volver a leer el aerograma que tenía en la mesa de noche y no conforme con eso, se levantó y fue a buscar un retrato de Jac que estaba en su escritorio.

Largo rato lo estuvo contemplando. Aquello lo desahogó un poco; pero sus nervios siguieron en tensión. Después de permanecer unos momentos en el escritorio, se levantó y empezó a ambular por toda la casa y a encender luz en todas las habitaciones. El silencio y la oscuridad lo mortificaban como si le quitasen el aire.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando Zenón entró en su alcoba con el café, lo encontró profundamente dormido.

Mauricio preguntó si no le habían trasmitido otro aerograma desde Punta del Este y como la contestación fue negativa, se puso de mal humor.

Pero reaccionó al pensar en que el transatlántico debió enfrentar aquel puerto a mala hora para telegrafiar.

Después se acordó del almuerzo con Lacerda y las tonadilleras.

Al pronto estuvo por escribir cuatro líneas desistiendo de la fiesta, pero luego se resolvió a ir. ¡No había que dejarse dominar por la tristeza!

La fiesta de la Cholito fue un almuerzo ruidoso, con música de guitarras, *cante jondo* y mucho baile gitano.

Mientras duró la acción de los primeros cocktails de Jerez, persistió la bullanga, el zapateo y el repicar de las castañuelas; pero, después de los postres, cuando se despidió a los músicos y al servicio, la alegría decayó y los cuatro comensales se miraron sorprendidos de encontrarse juntos.

—¿Qué diablos nos pasa? — decía Lacerda, horas más tarde, cuando regresaban, profundamente descorazonados.

—Que estamos viejos y no lo queremos confesar, — contestó Mauricio filosóficamente.

Y esa noche, al recluirse en su alcoba, como el día anterior, lo primero que hizo fue preguntarse nuevamente por qué había dejado partir a Jac.

Sin confesárselo, veía que la idea de que la joven no iba a volver, ganaba terreno. Su razón la rechazaba, pero su corazón la sentía crecer e infiltrarse lentamente.

En el afán de conformarse con aquel contraste posible, buscaba en su pasado situaciones análogas. ¿Acaso no había desaparecido el dolor experimentado al fallecer su esposa, el primer amor de su vida, su ilusión más pura? ¿No había concluido para siempre la pasión alentada en otro tiempo por Eloísa Llanos, aquella mujer de fuego y piel de raso con la que creía haber agotado la fuente de los deseos? ¿No había creído dejar prendida su alma en la reja del balcón de Zulma, la noche que la bella judía ocultaba su llorosa imagen detrás de las celosías de su balcón, para verle partir definitivamente por una estrecha callejuela del Cairo? ¿No era ya una nota risueña en el eco lejano de los recuerdos, el último abrazo de la romántica Elvira, al despedirse de él para siempre, sobre las aguas tranquilas de un canal veneciano?

Sí, todo eso había pasado ya, dejando más o menos rastro en su memoria; pero esas impresiones, desde la primera, provocada por la muerte con su sello inapelable, hasta las teatralidades de la última, se habían producido durante su juventud o en la plenitud de sus fuerzas.

Ahora, en cambio, ya no se sentía capaz de iniciar nuevos amores, de esperar la oferta de otra copa para llevarla a los labios. Las anteriores etapas de su existencia se habían señalado por crisis dolorosas, hondas y a veces largas; pero esa intensidad y duración fuera a la vez su más eficaz lenitivo, por ser el resultado de la propia exuberancia de la vida.

Mauricio comprendía que no lo mataría el dolor; su experiencia medía con cruel exactitud el alcance de sus pesares; pero le advertía también que ya nadie le amaría por él, desinteresadamente, que aquellos amores eran su último lote de dicha, el rasgo final de sus arrestos masculinos y, enternecido, se apenaba de sí mismo, sintiéndose invadir por un profundo abatimiento.

De pronto reaccionó. Le pareció que una oleada de sangre caliente le recorría las venas y le hacía revivir.

—Aún hay mucha vida aquí dentro, — pensó, golpeándose el pecho. Y recordando luego las opiniones consoladoras de su amigo Juan Carlos Márquez, añadió mentalmente. — El hombre es joven y tiene derecho al amor mientras esté en condiciones de reproducir la vida.

Esta idea fue un bálsamo. A su arrullo, le pareció que sus sentimientos se armonizaban con su conciencia y ésta se ensanchaba hasta tocar los límites de la verdad.

—¡Sí, sería esposo y padre!

CAPITULO XV

Cuando Mauricio despertó recién amanecía.

Al ver que entraba luz por las rendijas de las ventanas, se preguntó dónde estaba.

Este desconocimiento del lugar en que despertaba era un fenómeno que le ocurría con frecuencia desde el día de la partida de Jac. La inquietud se había apoderado de él y andaba de un lado para otro. Tan pronto amanecía aquí como allá. Hoy era en una de sus estancias, mañana en la casa solariega de la ciudad, otro día en la vieja quinta del Miguelete, otro en algún balneario.

En todas partes se encontraba mal. En unas porque no había recuerdos de Jac, en otras, porque los había demasiado intensos. Del campo lo corría la soledad. De la ciudad el bullicio y de las playas el espectáculo del mar, que era el camino por donde Jac se había ido.

Llegó un momento que no le quedó más refugio que el Oasis y a él se acogió, aunque había hecho propósito de no volver allí antes del regreso de su querida.

En cuanto tuvo conciencia del lugar en que estaba, su primer movimiento fue mirar hacia la puertecita que comunicaba con la alcoba de la joven.

¡Con qué gusto hubiera ido a despertarla!... ¡En fin, pronto podría volver a hacerlo!... Jac estaría pronto de vuelta. Bien era verdad que el dichoso Renato había tenido la suerte de escapar de la matanza. Lo habían herido y al saber que ella estaba en París,

había querido verla; pero seguramente ya la joven habría salido de aquel trance... Quizá el hombre hubiese muerto... ¡Qué gran solución!... En ese caso, él reconocería a la pequeña como hija suya, ordenaría su vida definitivamente y formaría con Jac el hogar anhelado. Todavía estaba en tiempo de alcanzar a ver a sus hijos crecidos. Si no sobrevenía algún accidente, podía confiar en que llegaría a la edad de la mayor parte de sus antepasados. En tal caso, aún tenía más de veinte años por delante.

¡Veinte años!... ¿Qué clase de hombres habría que formar para entonces? ¿La guerra actual acabaría por transformar fundamentalmente las sociedades, logrando la armonía estable de los intereses, o sólo se cambiaría la nomenclatura de las cosas? ¿Los hombres llegarían alguna vez a arreglar sus diferencias inteligentemente o estaban condenados a morderse eternamente como las fieras?... De todos modos era prudente seguir templando las almas para la lucha, formar caracteres fuertes, pero sin endurecer el sentimiento.

En este punto de sus divagaciones le sorprendió Zenón con el café.

—¿Qué se miente por el Oasis? — preguntó Mauricio al verle.

—Parece que Fausto anda *ronceando* por aquí cerca, — contestó el recién llegado mientras abría los postigos.

—Sería bueno espantarlo, — dijo Mauricio, frotándose los ojos.

—Ya lo anduvieron *campeando* por orden del administrador; pero no pudieron dar con él, — contestó Zenón en tono un tanto despectivo.

—Se habrá ido, — replicó Mauricio, encogiéndose de hombros, mientras Zenón salía de la alcoba sacudiendo la cabeza negativamente.

A pesar de su aparente despreocupación, aquella noticia intranquilizó a Mauricio. Comprendió que no era posible vivir en el Oasis con semejante amenaza y se puso a buscar la manera de conjurar sus peligros.

La idea de ofrecerle a Peralta una situación estable y holgada, lejos de allí y en compañía de la mujer querida, le pareció razonable a pesar de que Fausto había rechazado hacía poco tiempo ofertas análogas. Entonces el hombre se creía un redentor y ahora debía ser más fácil convencerlo. Todo sería cuestión de cantidad.

Mauricio pensó luego que Pispeta sería el mejor intermediario para entenderse con Fausto y, con el propósito de ir a verla, empezó a vestirse. Estaba en eso, cuando la puerta de la alcoba de Jac se abrió sola, como invitándole a entrar, y obedeció.

La habitación estaba en la penumbra; pero a poco de estar en ella vio con suficiente claridad.

La cama estaba tendida y la colcha muy estirada, sin una arruga. Sobre la mesa de luz, junto a la lámpara eléctrica, había un retrato suyo dentro de un marco de bronce. Era un Mauricio de hacía cuatro años largos... ¡Cinco ya!... ¡Cómo se iba el tiempo!

Al lado del retrato había un libro: "Jack", de Daudet.

Mauricio recorrió con mirada amorosa todos aquellos objetos íntimos, tan elocuentes para él a pesar de su silencio y se acercó a un canapé cubierto de almohadones de plumas que estaba en el centro de la habitación, adosado a un arcón antiguo.

Abrió el arcón y sintió que se esparcía por la alcoba un perfume suavísimo. Era el perfume de Jac. Parecía que la joven estaba dentro del mueble, vestida con las prendas íntimas que había usado en su última noche de amor. Enervado por aquellas sugestivas emanaciones, se dejó caer sobre el canapé, se hundió entre los cojines y cerrando los ojos permaneció inmóvil, entregado a sus ensueños.

¿Cómo había podido pasar tanto tiempo separado de Jac?

Cuatro meses hacía ya que ésta se había ido. ¡Qué equivocado estaba cuando pretendió reemplazarla! ¡Qué insulsas le habían parecido las demás mujeres que había frecuentado!

Unas se parecían a Jac en el color de los ojos, otras en la abundancia del cabello, las otras en la expresión de la boca. Quien tenía de ella la picardía de la mirada o la gracia de la sonrisa, quien recordaba su silueta ondulante, su andar flexible o sus gestos resueltos. Pero ninguna reunía las características de su alma, su vehemencia, su espontaneidad, su ternura, aquella cambiante receptividad que le permitía saltar del llanto a la alegría o de la alegría al llanto, terminar con lágrimas una escena festiva o espantar las tristezas con su risa fácil y cristalina. Sobre todo, ninguna como ella era su obra. Sin duda lo mejor de sus obras, aquella en que más nítidamente veía reflejados los nobles impulsos de su espíritu bueno.

Y aquel perfume, aquel canapé y aquel lecho, todo aquel ambiente de voluptuosidad, despertaba sus mejores y más íntimos recuerdos.

—*¡Encore!...¡Encore!...* — murmuró, como en éxtasis, creyendo sentir los labios de Jac posársele

una vez más sobre la frente, sobre las mejillas y sobre la boca, ¡ardientes, inquietos, insaciables!

. . . .

Los pasos de Zenón en la habitación vecina le volvieron a la realidad. Sacudió la especie de sopor que le había invadido y abandonando su cómoda actitud, se levantó y fue a vestirse.

—Hoy no hago esgrima, — dijo en cuanto estuvo listo.

—¿Quiere el revólver? — le preguntó Zenón al verle en traje de montar.

Mauricio vaciló antes de contestar.

—Bueno, no estará de más, — dijo por fin.

Momentos después montaba a caballo para ir en busca de Pispeta.

Podía elegir entre dos caminos; la carretera que costeaba el arroyo de las Aguilas, y un atajo tortuoso, aunque más breve, que atravesaba un extenso pinar.

Mauricio, después de refistolear algunos rincones favoritos, dar un vistazo a los faisanes y a los cisnes del lago, fue hacia el fondo del parque, abrió un portillo con la llave maestra que colgaba siempre de su montura y se metió por el atajo.

Al penetrar en aquel lugar solitario, se acordó de Fausto y maquinalmente corrió la cartuchera de su revólver hacia adelante. En verdad el sitio era aparente para una celada; pero, por lo mismo que la temía, le pareció acertada la elección de aquel camino embolsado en el fondo del Oasis, entre el arroyo y sierras inaccesibles para un hombre a caballo. Si en realidad Peralta andaba por aquellos alrededores, su campo de acción y su mejor guarida era sin duda

en la margen izquierda de Las Aguilas y corriente abajo, donde aún había grandes extensiones de monte natural y no por allí. Además, todo el mundo lo creía en la ciudad. Y sin preocuparse más del asunto, siguió adelante hasta llegar a unos manantiales y para evitarlos hizo saltar al caballo una cañada angosta y se internó en el bosque.

Gozaba de la placidez del lugar, cuando, de pronto, lo sorprendió el estampido de un arma de fuego.

La detonación había sonado a sus espaldas, un poco hacia su izquierda.

Creyéndose el blanco de aquel disparo, desmontó, empuñó su revólver y agazapándose detrás de un pino, trató de orientarse.

La frondosidad de los árboles había desterrado el pasto y la maleza, y la vista podía extenderse hasta muy lejos por entre los troncos, sobre la alfombra de hojas secas. Pero como los troncos eran suficientemente gruesos para ocultar a un hombre, Mauricio juzgó prudente redoblar sus precauciones y apartándose de su caballo, buscó una planta de ramas bajas, la escaló y se ocultó en la copa.

Una vez allí, observó.

Otro tiro que sonó en dirección opuesta al anterior lo dejó perplejo.

Del primer tiro pensó que era de Fausto; pero el que había tirado en segundo término tenía que ser otro.

En esto, oyó el chasquido de la segunda bala y le pareció que provenía del lugar de donde había partido la primera detonación. En tal caso los tiros no eran dirigidos a él.

—¿Serán cazadores? — se preguntó, sintiéndose un poco en ridículo.

Pero en el acto rechazó esta hipótesis.

La pava del monte no se caza con bala.

¿Sería Francisco, con algún otro peón, que daba una batida a los zorros?

De todos modos era muy singular aquel tiroteo.

Dos nuevas detonaciones que sonaron a su derecha, le permitieron precisar el origen y la dirección.

De pronto alcanzó a ver el tirador de la derecha.

Era un hombre fuerte, que se arrastraba con dificultad, tratando de pasar de un tronco a otro, sin duda para despistar o acechar su presa.

En cuanto el hombre logró su objeto, se acomodó, apoyó su Winchester contra el tronco del pino que le abrigaba e hizo fuego. Mauricio siguió entonces la dirección del arma y alcanzó a ver otro bulto que se movía detrás de un tronco. Los movimientos de aquel bulto, se hicieron cada vez más visibles, hasta que, de pronto, un hombre se irguió como impulsado por un resorte, tendió los brazos hacia adelante y cayó de bruces dando un alarido formidable que el eco reprodujo entre la selva.

Mauricio creyó reconocer a Fausto.

Pero entonces, ¿quién era el otro?

¿Quién, aquel defensor gratuito que merodeaba tan oportunamente por aquellos parajes?

¿Sería Francisco?

Una sonrisa irónica, acompañada de un leve encogimiento de hombros, respondió a la pregunta. Después pensó en la autoridad y por último en Zenón.

Entonces. alarmado por la inmovilidad de su desconocido defensor y a riesgo de descubrirse, dio una gran voz.

—¿Eres tú, Zenón? — Y como el interpelado hiciera señas incomprensibles, con movimientos torpes,

Mauricio bajó de su observatorio y se le acercó cautamente.

Era Zenón, en efecto.

—¿Estás herido? — le preguntó Mauricio con inquietud, cuando alcanzó a reconocerlo.

—Sí, — contestó Zenón, con voz débil. Y señalando hacia el punto en que estaba Fausto, añadió: — Tome cuidado.

—Me parece que lo has muerto, — afirmó Mauricio, dirigiéndose hacia donde estaba el cuerpo del otro.

—No se fíe, — exclamó Zenón haciendo un esfuerzo para incorporarse otra vez y apuntar con el Winchester.

—No hay cuidado, — repuso Mauricio dando un rodeo para acercarse al caído.

Se cercioró de que el *Ahijao* estaba bien muerto y volvió donde estaba Zenón para examinarle la herida. Era en mal sitio. La bala había entrado en el abdomen y no se veía orificio de salida. Convencido de la gravedad del caso, Mauricio acomodó al herido lo mejor que pudo y montó a caballo para ir en busca de auxilio.

Una hora después, Zenón estaba instalado en la enfermería, atendido por el joven doctor Arrarte que reemplazaba a Oviedo.

La herida era grave y el médico creyó indispensable proceder en el acto a una intervención; pero cuando se disponía a realizarla vio que el paciente entraba en la agonía.

Con los ojos vueltos hacia Mauricio y estereotipada en el semblante su característica sonrisa, aquel abnegado servidor dejó de existir sin exhalar una sola queja, resignado y agradeciendo con la mirada las palabras de consuelo que el patrón le dirigía.

Mauricio estaba desolado. No había medio de conformarlo. Aquello le parecía un sueño.

Como para convencerse de la realidad, apretaba las manos de Zenón, le palpaba la frente, y, al sentir su contacto helado, se sentaba estremecido a los pies de la cama y le clavaba la vista en los ojos sin brillo.

Hacía doce años que Zenón le acompañaba. Era una herencia de su tío el general Marcial Padura.

—Es un asistente inapreciable, —le había dicho al morir el viejo soldado,— consérvale siempre. Jamás me bajé del caballo después de una marcha, sin encontrar a Zenón cuadrado delante de mí con el mate pronto.

Desde entonces Mauricio no había hecho sino corroborar la afirmación de su tío.

Parecía que Zenón hubiese nacido exclusivamente para servir, que poseyera, por instinto, la facultad de obrar según los deseos y la voluntad de sus amos.

Y mientras Mauricio contemplaba el cadáver, recordaba la época de su llegada al valle de las Aguilas para echar las bases del Oasis.

Entonces la parada del ferrocarril quedaba distante y como había llovido mucho en esos días, los atajó un arroyo, obligándoles a pernoctar en la choza de unos carboneros.

¡Qué milagros había realizado Zenón aquel día!

La jardinera que traía las provisiones había quedado muy lejos, atascada en el barro, y los montaraces, que se disponían a descansar, apenas si ofrecieron mate. Ya Mauricio se resolvía filosóficamente a echarse sin comer en el interior del carruaje, cuando Zenón se le apareció con un suculento *puchero* de oveja y un churrasco a punto.

Después, hasta le había brindado cama. Una cama de pasto tierno y seco, improvisada en una choza de ramas. Mauricio no recordaba haberlo pasado mejor en toda su vida.

Pero Zenón no se amañaba tan sólo en el desierto; también sabía valerse en poblado.

—¿Cómo te manejas para hacerte entender? — solía preguntarle Mauricio durante su último viaje a Europa, cuando lo veía vigilando los trasbordos del equipaje.

A lo que él contestaba enseñando los dientes:

—Les muestro moneda y si aciertan, les doy. ¡No falla ni uno!

Y así siempre. Desde la taza de café de la mañana hasta el camisón de dormir a la noche, Zenón intervenía en todas las menudencias de la vida de Mauricio, contribuyendo poderosamente a hacerla amable.

Cuidaba de su ropa y de su calzado, tenía sus armas al pelo y brillantes los arneses de su uso; atendía el entrenamiento de sus caballos favoritos; le hacía practicar en esgrima y en el tiro; le preparaba personalmente el baño; le daba masajes, y, desde que Jac se había instalado en el Oasis, le arrancaba las canas del bigote a medida que iban apareciendo, para que la joven no se enterase de *las malas artes del tiempo*, como él decía, riendo con risa sana, respetuosa y franca.

Zenón había concluido por formar parte integrante de la persona de Mauricio. Nunca estaba ausente, nunca había estado enfermo, nunca iba de paseo.

—Si no hago más que pasear, — solía decir, cuando Mauricio lo instaba a tomarse un poco de libertad.

¿Cuál era el por qué de aquella ejemplar y constante devoción, de aquella dedicación exclusiva al servicio de su patrón?

El mismo Zenón no lo sabía.

Desde muy pequeño había rodado por campamentos y cuarteles acostumbrándose a obedecer y a servir.

Para él la vida no tenía otro objeto.

—¿Estás a gusto a mi lado? — le preguntó Mauricio una vez, al principio de sus relaciones.

Zenón al oírlo se cuadró militarmente, y sin vacilar contestó que sí; pero como Mauricio le palmeara el hombro afectuosamente, añadió, con la voz velada por la emoción:

—¡Hasta la muerte!

La presencia del enfermero que venía para amortajar a Zenón, sacó a Mauricio de su ensimismamiento, y mientras realizaban la fúnebre tarea, se trasladó al Hotel donde se velaba a Fausto.

El cuerpo del *Ahijao* había sido instalado en el comedor que resultaba estrecho para el gentío que había acudido al velorio. En cambio, la noticia de la muerte del otro no había producido la menor emoción.

Mauricio se sorprendió del contraste. El aventurero audaz, el indisciplinado arrogante, el vicioso contumaz, admirado como un héroe, y el hombre trabajador, el servidor constante, leal y abnegado, despreciado totalmente.

Pensando en esto entró al comedor; pero no tardó en arrepentirse de haberlo hecho. A medida que avanzaba por el salón, le parecía leer en todos los rostros una reserva hostil, una sorda irritación. Sentía que para aquella gente no era más que un ricacho explotador de la miseria ajena, un detentador de las ri-

quezas de todos, un gandul que vivía del trabajo de los demás. Hasta le pareció que lo hacían culpable de lo ocurrido.

En el primer momento se rebeló. Aquellas acusaciones mudas le parecieron el colmo de la injusticia, sintió la amargura que produce la ingratitud, como no la había sentido hasta entonces y tuvo impulsos de despedirlos a todos, de soltar los animales al campo y de dejar crecer el pasto en los cultivos.

Pero su irritación, como siempre, fue pasajera y la reflexión se impuso.

—Es el espíritu de rebeldía, — pensó con tolerancia, casi con lástima. Y a medida que recordaba lo que su ahijado había hecho, se preguntaba si no habría habido alguna virtud fundamental en el fondo de aquella alma fiera.

Fausto había enflaquecido durante sus correrías de los últimos tiempos; pero a pesar de eso y de la señal morada que recordaba el latigazo recibido el día de la huelga, su rostro conservaba aún toda su hermosura varonil.

—¡Qué pena! — exclamó Mauricio al verle, sorprendido de no experimentar rencor y de sentirse sinceramente conmovido.

Como si fuera el eco de sus palabras, oyó un fuerte sollozo a sus espaldas.

Era Pispeta.

Francisco no había podido impedir que su hija viniera al velorio para ver por última vez a su novio. La chica tenía el cargo de conciencia de haberlo azuzado injustamente contra el patrón y le parecía aliviarse del peso de la falta cometida llorando y rezando junto al cuerpo.

—No llores, mi hijita, — le dijo Mauricio, — no te faltará otro mejor.

Pero como no conseguía consolarla le habló de tomarla de nuevo a su servicio para que Jac la encontrase en su antiguo puesto cuando volviese.

—Tendrás, como antes, tu cuartito y muchos trajes para ponerte linda.

Aquel recuerdo de las cosas de antes, agradó a los dos. El sonrió vagamente dentro de su tristeza y ella lo miró con singular reconocimiento a través de sus lágrimas.

—¿Te gusta lo que te propongo? — le preguntó acariciándole la barbilla.

Y como ella asentía, impedida de hablar por el hipo nervioso que la había acometido, Mauricio ordenó a Francisco que la sacase de allí.

Entretanto, una reacción, aparentemente sincera, empezó a producirse entre el personal. Algunos peones de los más antiguos se acercaron al patrón para felicitarle por haber salido ileso de la terrible aventura y otros para darle el pésame por lo ocurrido.

Pero Mauricio se cansó pronto de aquel desfile. Lo que leía en el fondo de las pupilas, le daba alternativamente rabia o náuseas. Y temeroso de cometer alguna violencia, se volvió a la enfermería para ver como habían arreglado la capilla ardiente de Zenón.

Tussoni lo había interpretado bien.

Como no había en el Oasis más que un solo juego de candelabros fúnebres y éstos rodeaban el cuerpo de Fausto, el administrador usó cuatro candelabros de bronce que sacó de una sala, colocándolos sobre sendos pedestales de madera. Colgado en el muro puso un crucifijo de ébano y marfil que le facilitó la señora de Llanos y como no era época de violetas,

esparció sobre el ataúd gran cantidad de flores azuladas.

Mauricio complacido se instaló al lado del cuerpo.

Durante las últimas horas de la tarde hubo un breve desfile de curiosos por la capilla ardiente; pero en cuanto cerró la noche ya no vino nadie.

Cuando avisaron a Mauricio que la comida estaba servida, manifestó que no tenía hambre. Y cuando a eso de las dos de la mañana, Tussoni, desesperado por irse a la cama, le hacía notar lo avanzado de la hora, contestó que no tenía sueño.

—Bastantes noches veló el pobre por mí. Bien puedo sacrificarle una.

Todos callaban con respeto; pero, en el fondo, les fastidiaba aquella resolución que los obligaba a permanecer en vela.

Entre tanto las horas pasaban.

Ensimismado y silencioso, Mauricio asistía al desfile de los acontecimientos ocurridos durante su vida entera, maravillado de su rapidez y de la manera inesperada cómo se iban eslabonando y conduciéndola, con absoluta prescindencia de su voluntad.

De cuanto le había ocurrido hasta entonces, sólo había querido la formación del Oasis. Todo lo demás, era obra del destino.

La muerte de su esposa, la irrupción de Eloísa Llanos, su encuentro con Jac, la sucesiva desaparición de sus amigos más íntimos, llevándose a la tumba esa cadena tan fina, tan fuerte, y, sobre todo, tan difícil de formar y tan imposible de reemplazar a cierta altura de la vida. Luego el amor de Jorge y el resurgimiento de Renato en el acto de ir a tomar parte en aquella guerra colosal.

¡Renato y la guerra europea! ¡Qué asociación!

¡Y precisamente para intervenir en su destino!

Esto le recordó la partida de Jac, aquel desgarro inútil al que había sido arrastrado por impulsos irresistibles, pero evidentemente contrarios a sus sentimientos y que nunca había logrado explicarse satisfactoriamente. Y, por último, aquella tragedia estéril, aquellas dos muertes que hubieran podido evitarse con sólo habérsele ocurrido hacer venir a Pispeta a su casa, en vez de ir él a su encuentro.

¿Qué misteriosa relación con las recónditas finalidades de su vida, tendría aquella sucesión de cosas dolorosas?

Entre tanto, el reloj seguía avanzando. Tussoni se había dormido en un sillón y roncaba tan satisfecho que se adivinaba una sonrisa si se le despertaba suavemente. Lauro Casares y el doctor Arrarte, cabeceaban uno frente al otro como si se estuviesen saludando. El enfermero, por respeto hacia Mauricio, despabilaba las velas para despabilarse a sí mismo y Jorge *huido,* con la vista fija en un rincón, revelaba que su alma estaba ausente.

Mauricio comprendía la indiferencia de todos y experimentaba la sensación de su aislamiento.

Una tristeza suave, muy penetrante, se fue apoderando de él. Le pareció que entraba en una nueva faz de la existencia. ¿Jac volvería para darle calor y alegría, o tendría que ponerse a buscar algún nuevo punto de apoyo?

Estremecido por el alcance de esta interrogación, pesaba en la balanza de su conciencia las probabilidades que tenía en favor o en contra de sus anhelos y, a la quietud absoluta de su cuerpo, correspondía una actividad febril de su espíritu que le hacía perder la noción del tiempo.

De pronto, atrajo la vista de Mauricio algo como una mancha de luz que apareció en el fondo de la vasta sala blanca.

Sin detenerse a inquirir su origen y cediendo a la fascinación de aquel pequeño punto brillante, clavó en él la mirada. Excitada por larga vigilia, su imaginación fue poco a poco dando formas a aquel reflejo hasta convertirlo en la imagen de Jac. Esta iba creciendo sobre el muro; sin duda acudía evocada por el ardor de sus deseos.

—¡Oh, sí!... Ven... Ven... *¡Encore, encore, ma chérie!* — murmuraba inconsciente, ávido de consuelo y amor.

Dócil a tan ardiente conjuro, el punto luminoso fue aumentando de tamaño y con él la imagen que representaba, hasta que, repentinamente, la ilusión se desvaneció y en su lugar quedó una larga faja de luz que hacía empalidecer las velas.

Mauricio se pasó las manos por la cara, se frotó los ojos, y, sorprendido, como quien recién despierta, buscó el origen de aquella claridad y vio que era un rayo de sol del nuevo día.

La faja seguía su curso con lentitud, insensiblemente: se extendía, se inclinaba, lamía los objetos, aumentaba de intensidad al chocar sobre ellos o al quebrarse en el ángulo del muro y parecía adueñarse de la cámara mortuoria, dándole nueva vida, nuevas alegrías, nuevas esperanzas.

Millones de corpúsculos de oro danzaban en el aire formando fajas paralelas que espolvoreaban el cajón del muerto y, afuera, los pájaros saludaban la mañana.

Mauricio se levantó, miró a Zenón y como le pareció que empezaba a descomponerse, lo mandó tapar.

Antes de que lo hicieran, pensó en despedirse de él; pero luego le pareció aquel acto desprovisto de objeto y suspirando profundamente salió.

Nada tenía ya que hacer por él sino recordarlo hasta la muerte con el afecto y el aprecio que merecía.

—Si Zenón no estuviera entre cuatro velas, ya tendría yo una palangana delante para refrescarme la cara, — pensó.

Mientras caminaba, satisfecho de su oración fúnebre, vio a don Brígido Hueso y a la negra Juana que tomaban mate frente a la cocina del Hotel.

—La guardia vieja, — murmuró, recordando su infancia.

En ese momento Tussoni le alcanzó, disculpándose por haberse dormido y proponiéndole ir a tomar alguna cosa.

A Mauricio le parecía que ya no habría medio de tomar nada en su casa desde que faltaba Zenón.

Sin embargo, fueron caminando hacia ella para pedir café: el primero que iba a tomar servido por otras manos.

Y cuando un rato después el sirviente lo depositó sobre una mesita de la terraza que enfrentaba al escritorio, empezó a saborearlo con verdadero deleite; pero, a medida que iba bebiendo, le parecía que cometía una infidencia.

CAPITULO XVI

Un Fiat de excursión, con la baca cubierta de baúles y el interior lleno de valijas y paquetes de diversos tamaños, aguardaba bajo presión al pie de la escalera que daba acceso al despacho de Mauricio.

El auto esperaba a Eloísa y a su hijo para llevarlos a la estación del ferrocarril.

Jorge había concluido por vencer las resistencias de la señora de Llanos a dejar el Oasis y se marchaba con ella para Buenos Aires.

Mauricio había intentado atenuar tan extrema resolución; pero toda su buena voluntad se había estrellado contra los inquebrantables propósitos de su secretario.

—Eres injusto, — le decía esa mañana al despedirle, — piensa que quiebras tu porvenir... ¡piensa que te quiero como un padre!...

Y al hablar, su emoción era tan sincera, que, Jorge, temeroso de ablandarse, cortó por lo sano y salió del despacho bruscamente, como quien huye.

Mauricio quedó frente a Eloísa con los brazos tendidos.

—Esto es una muchachada, mi pobre Elsa, — dijo, ofreciendo a su antigua amante el abrazo que el otro había desdeñado.

Al oir el diminutivo de su nombre, amoroso reclamo de otras épocas, Eloísa se conmovió más de lo que estaba y contestó con profunda tristeza:

—Elsa murió.

Pero, a pesar de la reconvención que había en sus palabras, se dejó abrazar.

Primero pasivamente, con cierta reserva, luego, enternecida hasta el llanto, devolvió el abrazo a pesar suyo; y, por último, concluyó acariciándole con ternuras de madre; pero en el fondo de aquel gesto de intención casta, se advertía algo cálido que denunciaba a la antigua amante.

Así permanecieron largo rato, como acunados por los mismos recuerdos, haciendo revivir idénticas vibraciones.

¿Por qué estando los dos con vida, ya no se amaban como antes?

El espejo de la estufa dio la respuesta.

Mauricio sacó entonces de un cajón del escritorio un sobre preparado de antemano y se lo entregó.

—Gracias, — dijo ella, adivinando el contenido y ocultándolo cuidadosamente bajo el tapado.

Mauricio, satisfecho de que Eloísa hubiese aceptado sin resistencia su último donativo, le ofreció el brazo para bajar la escalera. Pero ella le detuvo con el gesto.

—No le violentemos más, — dijo, refiriéndose a su hijo.

—¿Escribirás? — preguntó él accediendo.

—¿Para qué? — contestó la pobre mujer, sonriendo con resignación y amargura.

Y Mauricio la vio bajar la escalera y subir al auto. Sintió el golpe de la portezuela, el rugido del motor y el rechinar de los frenos. Después vio salir el coche a escape, girar en torno de la pelouse de gramilla que se extendía frente al edificio y, por último, desaparecer bajo la fronda, dejando enturbiada la transpa-

rencia de la atmósfera con un rastro leve de polvo y de humo.

—¡Otro pedazo de la vida que se va! — pensó, suspirando.

¡Sí! A pesar de sus inconvenientes, la presencia de Eloísa le resultaba amable. Tenía placer en verla. Hacía revivir en su memoria trozos dulcísimos del pasado, escenas que formaban parte del tesoro de sus recuerdos.

Sí: ella y todas las que alguna vez hiciera vibrar de amor entre sus brazos. ¡Con cuánto placer las hubiera visto de vez en cuando tal como eran entonces!... Pero ¡ay! No era posible.

Y Mauricio, con gesto escéptico, se sentó frente al escritorio y se puso a contemplar el retrato de Jac.

¡Era su última vocación, su postrera esperanza, tal vez el tronco de su futura familia!

En esa actitud lo halló Tussoni.

Este traía una espiga de maíz de grandes dimensiones. La muestra de la cosecha del año.

¡Aquello sí que hubiera podido venderse bien, si hubiera sido cosechado más cerca de Montevideo!

Mauricio examinó la espiga con aire distraído, y mientras inadvertidamente la desgranaba, dijo, muy serio:

—Don Juan: ¿qué le parecería si le prendiéramos fuego al Oasis?

Tussoni rió.

—¡Qué don Mauricio! ¡Qué don Mauricio!

—Es claro, — agregó éste, — puesto que el establecimiento no sirve ni para vender maíz!...

Al ver que el patrón hablaba en serio, el viejo administrador dejó de reir y contestó gravemente, como quien se excusa:

—Nunca participé de sus entusiasmos... siempre creí que usted se adelantaba y daba demasiada extensión a sus ensayos... Asimismo, no es para desesperar. Esto puede costearse y aún producir beneficios. Todo es cuestión de suprimir algunos renglones que evidentemente están de más; disminuir el personal y exigirle más trabajo al restante. Procediendo de esa manera yo aún me animaría...

—A ganar dinero, —interrumpió Mauricio con cierta brusquedad.— Para eso bastaba con haber dejado las cosas tal como estaban antes de instalarme aquí.

Tussoni se pasó la mano por la calva, se acomodó los lentes y dijo con marcada nerviosidad:

—Reconozco la elevación de sus propósitos. Yo sé que usted aspira a otro género de beneficios, que, por más lejanos, no son menos importantes; aún así, me permito hacerle notar que el mejor medio para alcanzar los fines que usted persigue, es el de realizar cosas productivas. Si usted aspira a que su obra quede en pie, tiene que someterse a esa regla. Lo que no produce, sólo vive artificialmente, mientras duren las fuerzas o el capricho de su iniciador.

Mauricio callaba, y, Tussoni, por aquello de que quien calla otorga, siguió exponiendo sus ideas, cada vez con más calor.

Había que dejarse de sentimentalismos. Con lástimas no se daba un paso en este mundo y mucho menos en materia industrial. Era, sin duda, muy noble aspiración la de intentar el aumento de la capacidad productiva del país y la de abrir nuevas fuentes de trabajo y de riqueza; quien tal lograse se ganaría una estatua; pero para eso había que tener espíritu práctico y corazón frío.

A juicio de Tussoni el país no estaba en condiciones de apreciar ciertos refinamientos y menos aún de costearlos. Una cosa era hacer humanitarismo o arte y otra muy distinta comerciar o industrializar. Admitía que se plantara viña y que se hiciera vino; pero no quería oir hablar de especialidades, de Cavernais, de Chablis, ni de Champagne del Oasis.

—¡Nada, nada! —exclamaba con energía.— ¡Vino común, vino común!... ¡Uva estrujada y a la venta!... ¡Buena está la plaza para preocuparse de dar perfume al vino, cuidándolo durante años enteros en el fondo de las bodegas!

De la leche decía otro tanto. Ordeñar y hacer manteca mientras resistiera el mercado y con el resto hacer queso barato. Todo lo demás eran cuentos... ¿La fruta?... ¡Buena cosa la fruta!... ¡Cómo para pagar el personal a peso de oro para que tomara el fresco debajo de los árboles durante ocho horas!... ¡Bah!... ¡Era más conveniente hacerla venir de Australia! ¡No, no y no! Los ricos tenían el derecho de realizar fantasías como aquella, que, al fin y al cabo, no era de las peores; pero también tenían el deber de dar buenos ejemplos, de enseñar a administrar capitales, dando aplicación a los suyos, sobre todo en un país joven donde todo estaba por hacerse y donde la índole del suelo obligaría a saltar de la ganadería a la industria, dejando de lado ensueños agrícolas.

Pero como en ese momento se dio cuenta de que no era oído, suspiró, miró de reojo a su patrón que se paseaba desgranando inconsciente la espiga de maíz que él le había dado al entrar, y, resignado, guardó silencio.

Mauricio, que sabía de antemano lo que el buen hombre iba a decir, lo había dejado hablar, sin pres-

tarle mayor atención y se había puesto a pensar en el destino del Oasis si él llegaba a morir sin hijos.

De pronto, se encaró con el administrador y le dijo:

—¿Qué opinaría usted de la formación de una sociedad anónima?

Tussoni lo miró con sorpresa. No por la idea de la sociedad anónima que él ya había estudiado con gran atención, sino porque se le ocurriera a Mauricio y, sobre todo, porque se resolviera a proponerla.

—Es sin duda lo más acertado, — dijo gravemente, observando a su interlocutor para apreciar el grado de seriedad de sus palabras. Y como le pareció que iba de veras, añadió: — pero, entonces tendríamos que empezar...

—¡Claro!... por preparar las cosas para vintenear.

—¡Eh!... ¡Eh!... ¡El negocio es negocio!

—¡Comprendo, comprendo! — repuso Mauricio. Y como leía cierta incredulidad en la mirada de Tussoni, agregó: — No es broma, don Juan; estoy convencido. Esto dejará de ser el Oasis; pero, al menos, no se convertirá de nuevo en potrero de invernada.

—¡No veo por qué se le había de cambiar de nombre! — exclamó Tussoni.

Mauricio sonrió, y ahogando la réplica que le sugirió la ingenuidad de su administrador, lo empujó con suavidad hacia la puerta, mientras le palmeaba el hombro y le decía:

—Planee bien la cosa, don Juan; mire que es una resolución formal.

—¡Qué don Mauricio! ¡Qué don Mauricio! — exclamaba el otro, sacudiendo la cabeza mientras se iba.

En cuanto se vio solo, Mauricio se asomó al balcón que dominaba el valle de las Aguilas y durante largo

rato permaneció ensimismado contemplando el Oasis. ¡Su Oasis!

¿Para qué servía todo aquello, concebido con tantas esperanzas, comenzado con tantas ilusiones y realizado con tanto amor? ¿Qué resultado había dado el único esfuerzo generoso de su vida?... Tussoni lo había dicho: ¡ninguno!

La obra de arte estaba en pie; pero ¿quién, después de él, tendría interés en conservarla?

En ese momento sintió que le ardían los dedos de la mano derecha y con extrañeza se dio cuenta de que aún seguía frotándolos contra la espiga que el administrador le había dado al entrar. Irritado por aquella insignificancia, arrojó la espiga al canasto de los papeles y al verla totalmente desgranada suspiró con amargura.

También su vida, como la de aquel marlo pelado y rugoso, se había desgranado sin provecho.

Pero el recuerdo de Jac le iluminó el semblante.

¡Sí! ¡Aún le quedaba aquella esperanza!

—*¡Encore, encore ma chérie!* — murmuró sentándose frente al escritorio y contemplando el retrato de la ausente.

Después, abrió un cajón, sacó de su interior un fajo de papeles y los extendió sobre la carpeta.

Eran cartas de Jac y postales de Oviedo, en las que su amante figuraba en primer término. La última de la serie era de París, tomada en el momento de llegar al hotel donde se habían hospedado.

Después Oviedo se había marchado en busca de aventuras fotográficas y el envío de postales había cesado.

Lo peor era que Jac tampoco escribía.

Sin duda le incomodaba narrar su entrevista con Renato.

Y para consolarse, Mauricio releía por centésima vez la última carta de Jac, aquella en que le daba cuenta de la aparición de su primer amante, herido de gravedad y llamándola desde un hospital de provincias.

—Valiente personaje, —pensaba,— a buena hora se acordaba de aquella pobre muchacha y de su hija... ¡La cara que habría puesto Jac al verle!... ¡Hubiera dado cualquier cosa por haber presenciado la escena!

Pero en su desprecio había despecho. El prolongado silencio de su querida le tenía intranquilo.

El tiempo se le hacía interminable.

Su mejor hora era la caída de la tarde, a la llegada del tren.

Entonces, se metía en su *voiturette* y se iba en persona a la estación en busca de la correspondencia.

Impaciente, casi febril, se incautaba de la valija de la estancia y leía una por una todas las direcciones, hasta convencerse de que no había carta de Jac. Decepcionado entonces, entregaba todo a Lauro Casares, que reemplazaba a Jorge en sus tareas, y cuando el nuevo secretario venía a darle cuenta del contenido de las cartas y documentos que le dirigían, se encogía de hombros y contestaba con displicencia:

—Haz lo que te parezca.

Lauro, poseído de la importancia de su misión, resolvía según su criterio.

Aquel, —haz lo que te parezca,— lo llenaba de orgullo y para estar a la altura de su misión y de la confianza que inspiraba contestaba con tanta severi-

dad como atildamiento a las solicitudes en que intervenía.

Tan brusco cambio de procedimientos, originó frecuentes quejas de los numerosos clientes de Mauricio. Pero éste no las atendía: sólo se interesaba por lo que concernía a Jac.

Vivía para ella y consagraba todas sus actividades a lo que pudiera halagarla a su regreso. Hacía reformas por todas partes, teniendo en cuenta los gustos de la joven y previendo con íntima satisfacción el placer que ella experimentaría al verlas realizadas.

Con ese fin agrandó el rosarium y demolió una parte de las caballerizas; ahondó y ensanchó el lago; copió el templo del Amor en un paraje adecuado del parque; cambió los muebles y los tapices de varios salones y emprendió cuanto recordaba que la joven había deseado.

Lo único que no se atrevió a tocar fue la alcoba de Jac.

Le hubiese parecido una profanación.

Era, además, su refugio favorito, el rincón más grato para él, el único sitio donde se sentía acompañado, donde aún se sentía el calor de la ausente.

Así habían pasado cuatro largas semanas, hasta que una tarde de otoño en que Mauricio había llegado a la estación del ferrocarril, más triste que de costumbre por el espectáculo de la caída de las hojas, al recorrer la correspondencia reconoció estremecido la letra de Jac.

Era un sobre abultado.

Sin duda la joven narraba su entrevista con Renato.

—¡Cómo lo habrá puesto! — pensó Mauricio alegremente, teniendo en cuenta el carácter violento de su querida.

Iba ya a romper el sobre en el mismo andén de la estación, cuando cambió de propósito. En realidad, era preferible languidecer algunos minutos más, a trueque de gozar libremente en la soledad de su despacho, del contenido de la carta.

Su *voiturette* franqueó rápidamente la distancia que lo separaba de su casa y una vez instalado frente a su escritorio, abrió con viva emoción el sobre.

En cuanto recorrió las primeras líneas, se detuvo sorprendido.

—"Si aún no has encontrado una mujer digna de ti, tal vez te produzca mucha pena la resolución que te anuncio en esta carta".

Mauricio experimentó un escalofrío.

¿Quién le habría soplado que él andaba buscando novia?... Y, ¿qué cosa iba ella a decir que habría de producirle tan honda pena?... ¿Acaso, que no volvía?... ¡Bah!... ¡Pues no faltaba más!

E irritado, dispersó de un fuerte papirotazo los pliegos de la carta y se puso de pie.

Con violencia en él inusitada, apartó el sillón en que estaba sentado y estirándose el chaleco, caminó hasta el fondo de su despacho taconeando fuerte.

—¡Era lo único que me faltaba... que me tuvieran lástima! — exclamó en voz alta, continuando su paseo con la mayor agitación.

Así anduvo mucho tiempo, acompañándose con gestos incoherentes.

¿Qué se habría figurado aquella mocosa?

Sólo al cabo de un buen rato empezó a serenarse.

—¡Vamos, vamos! Tengamos calma, — pensó. — Y volviendo a reunir las hojas de la carta, intentó reanudar su lectura.

La letra de Jac era grande y clara, por eso había podido leer antes el primer párrafo; pero, para continuar la lectura tuvo que recurrir a los lentes.

Aquella maniobra acentuó su mal humor y después de habérselos colocado, se los arrancó bruscamente y los arrojó sobre el escritorio, a riesgo de hacerlos pedazos.

En el acto volvió a levantarse, suspiró profundamente y reanudó el paseo por la habitación murmurando palabras sueltas, sin ilación aparente.

En una de aquellas idas y venidas, se detuvo ante la estufa y se miró al espejo.

En esa actitud permaneció largo rato, observándose.

Tenía la mirada apagada, las ojeras hinchadas y la piel de la cara caía más que de costumbre, formando arrugas sobre el bigote, a los costados de la nariz y bajo la barba. Como estaba demacrado parecía como que hubiese enflaquecido, pero en realidad había engrosado y los chalecos se lo advertían oprimiéndole y quitándole la flexibilidad que siempre había acompañado su natural esbeltez.

Pensó entonces que tenía que reiniciar sus ejercicios físicos ya desde largo tiempo abandonados.

De repente notó múltiples reflejos blancos en el bigote y esto le recordó que no se arrancaba más las canas desde que Zenón había muerto.

¡También! ¿Quién no envejecía con aquel régimen de disgustos?... ¿Que no venía más?... ¿Y qué?... ¿Acaso faltaban mujeres en el mundo?... ¡Valiente pretensión!... Pero, en suma: ¿diría eso o diría otra cosa?

Y abalanzándose al escritorio, se colocó otra vez los lentes con mano temblorosa y leyó la carta de un tirón, desde la fecha hasta la firma.

Jac narraba sus impresiones al entrar al hospital donde estaba Renato.

Iba muy mal dispuesta hacia el padre de su hija, hacia aquel hombre que la había perdido, abandonándola a la vorágine de la gran capital sin recursos y con un hijo en el vientre. Pero luego, al verle herido de gravedad, casi murienta, tendido sobre una de aquellas camas por donde desfilaban tantos héroes, con el semblante pálido, tan blanco como los lienzos que lo envolvían, surcado los ojos por ojeras violáceas y profundas que marcaban las huellas de terribles sufrimientos, su rencor se había desvanecido, empequeñecido sus agravios y en lugar de sus abortadas recriminaciones, la piedad había brotado de su corazón, pródiga en consuelos.

Apenas cinco años habían transcurrido desde que aquel parisino sibarita y egóista la había abandonado y, sin embargo, su transformación era completa: tan grande y tan radical que parecía obra de siglos. De un miserable había hecho un mártir. Sometido a las pruebas más rudas a que puede someterse un hombre, se había transformado y reaparecía ahora regenerado por el dolor, purificado por el fuego.

"Trae un brazo de menos", — escribía Jac, — "pero en su lugar pende la cruz de guerra y luce el cintillo rojo. ¿Cómo puedo negarle el derecho de legitimar a su hija?"

"Perdóname si te hago daño, — concluía la carta, — no me taches de ingratitud, ni me acuses de ligereza... ¡Si supieras cómo lloro! ¡Todo es aquí tan triste, tan solemne, tan trágico!... ¡Oh, sí! Reconozco que toda mi parte de dicha en esta triste vida la pasé a tu lado. Comprendo tu bondad y tu cariño... pero me creo obligada a quedarme al lado de

él, del padre de mi hija... Es algo más fuerte que yo... Sin embargo, te quiero. Sé que no te olvidaré jamás, que pronto extrañaré tu afecto... ¡Oh, qué triste!... ¿Por qué no consentistes en que tuviera un hijo contigo?... ¿Y por qué no te desobedecí?... Los hijos son el lazo más fuerte del amor: en el alma de cada uno de ellos, reverdecen unidas las almas marchitas de los padres... Reemplázame, aún puedes hacerlo con ventaja... Pero en el fondo de tu memoria, conserva un pequeño recuerdo de tu muñequita de marfil".

"Cuando concluyas de leer esta carta, saca del estuche que pinté, la prenda que llevaba puesta aquel día inolvidable: la que recogió mis lágrimas al narrarte por primera vez, allá en Lausana, las tristezas y dolores de mi vida. Fue sin duda entonces que resolviste librarme de los horrores que me amenazaban... ¿Verdad que sí?... Es tu mejor obra, aunque te arrepientas de ella. Si la resolución que tomo te hace llorar, pobre querido mío, llora sobre esa prenda que guardas con tanto amor. Verás cómo tus lágrimas, al mezclarse con las mías de entonces, producirán un perfume suave, una esencia de gratitud infinita que caerá como un bálsamo sobre tu corazón entristecido".

Mauricio permaneció inmóvil, con la vista clavada en la firma.

Durante largo rato ni pestañeó.

De pronto, se pasó la mano por la cara y volteó inadvertidamente los lentes que conservaba puestos. Como si aquel pequeño incidente le hubiese devuelto la noción de la realidad, se los puso otra vez y releyó la carta, analizándola.

—¡No puede ser! — exclamó al terminar la segunda lectura.

Pensó en una broma, en alguna prueba a que Jac intentaba someterlo a su vez. Luego se puso a comparar la letra de aquella carta con las de otras escritas por Jac.

—¡No puede ser! — repetía.

Cediendo a una sensación de impaciencia, se levantó y miró en torno, como si buscase algo.

Su mirada tropezó con el retrato de su madre: el primer amor de su vida. Más allá vio el de su mujer: la primera mujer que había amado; colgado recientemente sobre una pequeña biblioteca, resplandecía el retrato de Eloísa Llanos, en sus buenos tiempos, cuando le había inspirado aquella pasión que aún le hacía estremecer con el recuerdo: más lejos, Jacobo Skien y Gerardo González colgaban también del muro, separados por un sátiro de bronce antiguo que atisbaba su presa, y en lugar preferente, Juan Carlos Márquez, lucía la nobleza de su amplia frente, llena de ideas generosas.

Todo aquello había sido, había formado parte integrante de su vida, la había llenado; pero, había dejado de ser, se había transformado en recuerdos, en sombras, en formas impalpables, en cosas que ya habían pasado para no volver.

El necesitaba reemplazar lo que perdía en aquel momento, encontrar otro estímulo para vivir, alentar una nueva esperanza.

Y como nada logró interesarle en aquel naufragio total de sus ilusiones, se apoderó del retrato de Jac y zamarreándole, cual si quisiera arrancarle una respuesta, gritó con angustia.

—¡¿Y tú también te vas?!

Su voz se perdió en el silencio de la habitación, y esta circunstancia le hizo sentir con mayor intensidad la soledad que le rodeaba. Le pareció que una mano helada le subía por las entrañas y le oprimía el corazón impidiéndole respirar. Para aliviar su angustia, se arrancó el cuello y la corbata.

—¡No puede ser! — repitió, buscando siempre algo con la mirada.

Caía la tarde.

Los objetos comenzaban a desvanecerse al suave abrazo de las sombras.

Mauricio había vuelto a sentarse frente al escritorio, cuando su mirada vaga y opaca se animó de pronto al ver el estuche a que Jac hacía referencia en los últimos párrafos de su carta.

Maquinalmente, lo cogió, sacó de su interior las prendas de Jac y se quedó contemplando la mujercita que la joven había pintado sobre la tapa.

—¡Mi pobre muñequita de marfil! — exclamó, como había exclamado el día en que Jac, ya desnuda de cuerpo, también había desnudado su alma.

—Sí, pobre muñequita, — había contestado ella al oírle, — pronto tendrá que ir a ofrecerse en venta por las calles de París.

¡Pero no! ¡No había ocurrido semejante cosa!

Pobre mimbre que crecía en la orilla de una ciénaga, a punto ya de hundirse en ella arrastrado por el viento, había sentido con sorpresa que de pronto enderezaba su tallo la mano vigorosa de un jardinero experto. Andando el tiempo, cuando ya su gallarda copa se mecía con seguridad sobre el tronco flexible y fuerte, abandonaba al salvador y se entregaba de nuevo a los caprichos del viento.

—La vida lo quiere así, — pensó Mauricio, alcanzando a distinguir aún, en la penumbra de la habitación, el retrato de Eloísa Llanos.

Y como a pesar de sus esfuerzos no pudo contener el llanto, se cubrió la cara con la prenda que había sacado del estuche de Jac, para enjugar sus lágrimas y apagar el rumor de los sollozos.

Así permaneció mucho tiempo: sollozante y pronunciando palabras sueltas, como las que se pronuncian cuando un ser querido ha muerto.

Después, sin rencor, sin vanidad y sin despecho, saturado de amor a pesar de su profundo duelo, besó de nuevo el retrato de Jac y resignado a pasar bendijo su memoria.

Maroñas, 1917.



FIN